Arqueologia das fortificações: perspectivas

Organização
Fernanda Codevilla Soares

Florianópolis
2015

Capa: Gleice Meireles
Diagramação: Victor Emmanuel Carlson

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)

A772 Arqueologia das fortificações : perspectivas / organização: Fernanda Codevilla Soares. – Florianópolis : Lagoa, 2015.
232 p. : il. ; 21 cm.

Inclui bibliografia
ISBN 978-85-8879-396-5

1. Fortificações - Arqueologia. 2. Fortificações - Brasil. I. Soares, Fernanda Codevilla.

CDU 623.817
CDD 623.1

(Bibliotecária responsável: Sabrina Leal Araujo – CRB 10/1507)

Esse livro faz parte do projeto "O doméstico e o bélico: análise arqueológica da cultura material das fortificações catarinenses, mesorregião grande Florianópolis", aprovado na chamada pública FAPESC nº 04/2012, Edital Universal, Termo de Outorga nº TR 20120000025, Processo nº FAPESC3520/2012.

Rua das Cerejeiras, 103
88040-510 Florianópolis/SC
Fones (48) 3025 4236 e 9960 2311
www.lagoaeditora.com.br
victor@lagoaeditora.com.br

Prólogo

El estudio de fortificaciones desde la arqueología ha permitido contribuir a la comprensión de la conformación de fronteras en escenarios de conflicto mediante el estudio de variadas formas de implantación material de arquitectura militar en un amplio rango temporal y espacial. El libro Arqueologia das Fortificaciones. Perpectivas enriquece notablemente el aporte de la arqueología en el contexto de la expansión marítima Atlántica como expresión del colonialismo y la modernidad.

Los capítulos abordan el sistema de fortificaciones en escala continental y exploran también las variaciones regionales y locales que permiten comprender las particularidades de cada contexto social y material. Así, en su conjunto el libro ofrece aproximaciones que trasmiten la diversidad de experiencias involucradas en el proceso de instalación y transformación de las fortalezas en el tiempo hasta el presente.

El interés por el estudio de fortificaciones en Brasil no es nuevo. En este libro se reconoce el camino transitado desde hace más de tres décadas cuando el desarrollo de estudios pioneros comenzaba a demostrar el potencial del estudio de fortificaciones en Brasil. A la vez, los autores expresan en sus capítulos novedosas ideas y métodos. Se presentan relecturas de casos ya estudiados y se incorporan nuevos sitios. Los capítulos ofrecen un amplio panorama de preguntas, análisis e interpretaciones. En sus acercamientos se conectan una variedad de conceptos teóricos y planteos metodológicos que contribuyen sustantivamente al entendimiento de realidades complejas de las que las fortificaciones estudiadas formaron parte.

Las preguntas abordadas por los distintos autores se apoyan en ricos conceptos teóricos como paisaje, territorio, prácticas sociales, poder. Los temas estudiados son variados, diversos y originales. Por ejemplo, se propone el estudio de la función simbólica de las fortificaciones, se discute la relación de las fortalezas con la naturaleza. Las aproximaciones incluyen al

mar como conformador del paisaje y problematizan la capacidad de las representaciones gráficas o cartográficas para producir realidades. Se aborda la naturalización de los paisajes culturales.

En los acercamientos a los contexto amplios, se presenta el estudio de los vínculos con el sistema colonial y las relaciones que se crean entre la rigidez y la flexibilidad de sus esquemas. Se enmarcan en una escala global y presentan los conflictos que formaron parte de la expansión colonial y aportan conocimiento sobre los sistemas defensivos relacionados con la expansión marítima portuguesa y sobre la trama comercial y cultural que operaba en el Atlántico. Por otra parte discuten perspectivas regionales y locales que implican relaciones particulares con poblaciones diversas y diferentes. Así por ejemplo se incluyen temas vinculados a la identidad social de las fortalezas y el rol de mujeres y niños en contextos masculinos. En sus nuevas interpretaciones los capítulos incluyen agentes invisibilizados por las narrativas tradicionales.

Es de destacar la diversidad de perspectivas analíticas propuestas en los distintos capítulos. Estas incluyen o bien miradas comparativas entre fortificaciones en busca de conexiones intra o inter-regionales; o bien se enfocan en situaciones particulares integrando en el análisis de la vida interior y de la exterioridad de las fortalezas. Estas aproximaciones iluminan la complejidad y heterogeneidad de realidades sociales presentes en los contextos de fortificación de ambos lados y en el Atlántico.

La riqueza de perspectivas se extiende a la diversidad de evidencias incluidas en las investigaciones. Aproximaciones a lo material son una parte fundamental del libro. Entre la variedad de acercamientos, se encuentra la combinación de estudios de la estructuración del espacio desde las perspectivas de la arqueología de la arquitectura y el análisis integral de contextos arqueológicos y conjuntos de artefactos. Lo material no se limita a lo que ha perdurado, sino que la comprensión del proceso implica sumar a las fortificaciones remanentes también aquellas desaparecidas. Por otra parte, lo escrito en sus múltiples formas y conceptualizaciones también presentan una gran despliegue de métodos para su análisis. Las narrativas escritas, documentos administrativos, relatos de viajeros son procesados desde múltiples perspectivas . Asimismo se incluyen el análisis de representaciones gráficas y cartografía que son abordadas desde miradas teóricamente posicionadas y sumamente interesantes por ejemplo entendiendo su valor representacional y discursivo.

Otro aspecto novedoso del libro es que las miradas no se circunscriben al estudio del pasado. Por el contrario, las realidades de las fortificaciones estudiadas se inscriben en una conexión entre pasado, presente y futuro. Esto subyace o se hace explícito en propuestas que presentan la "construcción deconstrucción y reconstrucción" de las fortificaciones o en aquellas que consideran el carácter transformativo de sitios militares que pasaron por distintos períodos de apropiación, abandono y restauración. O también en ciertos casos en los que la arquitectura militar es a la vez monumento arquitectónico y artístico. Así, entre presente, pasado y futuro se cruzan experiencias de gestión del patrimonio y su valorización actual. En ese contexto puede considerarse muy interesante la inclusión en el libro de propuestas holísticas y que presentan herramientas para investigación y estudio, e integran instancias de desarrollo de inventarios y documentación, divulgación y difusión, educación patrimonial, valorización cultural - turística de los monumentos y su memoria, y la gestión del patrimonio. De hecho son perspectivas que logran articulan investigación, protección, preservación y valorización con el propósito concreto de democratizar y socializar la construcción de conocimiento.

El libro constituye un gran aporte a la arqueología de fortificaciones. Representa además una obra de gran valor para la arqueología histórica en tanto sus perspectivas enriquecen considerablemente las miradas a la conformación de fronteras en escenarios de conflicto como expresión del colonialismo y la modernidad.

Maria Ximena Senatore

IMHICIHU-CONICET y Universidad de Buenos Aires, Argentina

Sumário

Arqueologia de unidades de defesa

Marcos Albuquerque

Mesmo a nível internacional, a arqueologia histórica como a entendemos na atualidade, possui uma existência relativamente curta quando comparada à pratica da arqueologia dedicada a outros períodos. A pré-história, incluindo a paleoantropologia, foi desenvolvida e praticada em momentos muito anteriores ao surgimento e desenvolvimento de sua pratica voltada a períodos mais recentes como o denominado período histórico. A arqueologia histórica surgiu em diferentes lugares, tendo recebido denominações distintas, como arqueologia pós-medieval na Europa e arqueologia histórica nas Américas, como é também denominada no Brasil.

A prática da arqueologia histórica no Brasil sofreu, nos seus primórdios, algumas reações, sobretudo por parte dos pesquisadores que se dedicavam apenas ao período pré-histórico. Isto ainda no início dos anos 60. Não havia espaço em congressos para apresentação de trabalhos relacionados a este período, ou seja, no caso do Brasil, a pesquisas relacionadas a expansão do sistema colonial europeu em terras do Novo Mundo. Diante deste contexto, Margarida Andreatta, em São Paulo, Oldemar Blasi, no Paraná, e o autor, em Pernambuco deram início pioneiramente a esta especialidade da arqueologia no Brasil. Nos dias atuais a arqueologia histórica constitui-se em uma área bastante procurada por novos pesquisadores, e como bem se pode avaliar, tem dado grande contribuição ao entendimento deste período histórico.

Nas últimas décadas sobretudo, a arqueologia histórica alcançou um acentuado crescimento que lhe permitiu individualizar-se, superando a sua crise inicial, uma crise de identidade.

Do ponto de vista epistemológico a arqueologia constitui-se em uma área do saber que pode ser aplicada a qualquer período, inclusive aos dias atuais. Trata-se de um procedimento interdisciplinar que procura interpretar uma sociedade, independentemente de sua cronologia, através dos seus elementos materiais da cultura e de suas diversas inter-relações. A arqueologia como um todo, inclusive em sua vertente histórica, exige uma abordagem interdisciplinar. Grande parte de seu *modus operandi* se relaciona com a área das exatas, como cálculos, processos físicos de datação, termografia, difratometria de RX e ainda com a geologia, a pedologia, dentre outras especialidades. Não deixa também de se relacionar com a química, a matemática, com a biologia, a engenharia genética, etc., porem o seu resultado se direciona especificamente para as humanidades.

No caso especifico da arqueologia histórica, cujos procedimentos aproximam-se muito da arqueologia pré-histórica, pode-se destacar duas vertentes distintas; a arqueologia cientifica voltada para o entendimento de uma sociedade inserida no período histórico, e outra vertente direcionada para contribuir de forma decisiva no processo de restauração de monumentos. Estas duas vertentes não se apresentam de forma auto excludentes, muito ao contrário, apenas oferecem resultados específicos para cada uma destas áreas de interesse. O restaurador se apropria dos resultados e conclusões oriundas da pesquisa arqueológica para respaldar o partido arquitetônico a ser adotado, o que não impede, ao arqueólogo, ir um pouco mais além e interpretar o sitio escavado inserindo-o em um contexto interpretativo mais amplo, procurando não desvincular a unidade funcional estudada do sistema no qual a mesma se encontra inserida. Todas as restaurações que foram precedidas por uma pesquisa arqueológica, sem exceção, apresentam resultados finais diferenciados quanto a qualidade do partido adotado. Como exemplo poderia ser citado a pesquisa arqueológica realizada pelo autor na Igreja de Nossa Senhora Graça, em Olinda, realizada no início da década de 70. Esta restauração, segundo o arquiteto Luis Saia que ministrou uma aula de Pós-graduação durante a escavação arqueológica ali realizada, "seria a primeira restauração realizada no Brasil precedida por uma pesquisa arqueológica". E realmente a pesquisa arqueológica em muito contribuiu para respaldar a elaboração do projeto e consequentemente do restauro.

Se a arqueologia histórica no Brasil enfrentou dificuldades operacionais no seu desabrochar, na atualidade atingiu a sua fase adulta com a adoção de métodos e técnicas universalizadas. O seu amadurecimento permitiu uma significativa produção, tanto no nível acadêmico como no direcionado para

a restauração dos monumentos estudados. Embora grande parcela da arqueologia histórica praticada no Brasil tenha atingido um nível internacional, a própria essência do conhecimento científico a motiva para a busca de novos horizontes, de novos saberes, de interpretações mais próximas da realidade passada. Observa-se, na atualidade, uma tendência crescente para a especialização quanto aos objetos de estudo. Várias unidades funcionais do Sistema de expansão europeia no Novo Mundo, como engenhos, igrejas, fortificações, etc., já foram pesquisados arqueologicamente no Brasil. A cada nova pesquisa observa-se a crescente necessidade de um aprimoramento no conhecimento acerca da unidade especifica a ser pesquisada. As peculiaridades de cada unidade funcional requerem um maior refinamento por parte do pesquisador.

A unidade funcional igreja, por exemplo, não pode ser tratada apenas como um monumento edificado. Padrões gerais existem, em todas as igrejas católicas, que atendem a preceitos canônicos e dogmáticos, entretanto, além destes elementos comuns, que devem ser de conhecimento do pesquisador, existem características inerentes a cada ordem religiosa ou mesmo aos templos seculares. Aparentemente são itens simples de serem tratados pelo arqueólogo, entretanto o seu desconhecimento poderá acarretar conclusões errôneas decorrentes de uma avaliação simplista. Poder-se-ia ilustrar esta afirmativa com inúmeros exemplos cujo desconhecimento prejudicará a expectativa arqueológica que deverá anteceder a intervenção de campo. A função, simbolismo e distribuição espacial deve relacionar-se diretamente com a expectativa arqueológica, como também com o procedimento do arqueólogo em campo. A localização da pia batismal, da pedra d'ara, do sacrário, da mesa de comunhão, dos confessionários, além de outros elementos moveis como o ostensório, a patena, os cálices, e demais peças, podem ser de fundamental importância para o arqueólogo elaborar o seu projeto de forma coerente. Consistiria em uma expectativa arqueológica, por exemplo, se procurar celas em uma capela secular? Ou desconsiderar a sua presença, mesmo que não mais exista, em uma estrutura conventual? Além de todos estes aspectos ainda devem ser levados em consideração pelos arqueólogos as diferenças marcantes entre ordens religiosas, pois, embora aspectos básicos da liturgia católica sejam mantidos, cada ordem possui características próprias que as diferenciam, não podendo o arqueólogo desconsidera-las, vendo apenas os aspectos construtivos como de qualquer outra unidade funcional. Quando a equipe coordenada pelo autor escavou e identificou a primeira Sinagoga das Américas, a Kahal Zur Israel, o sucesso da pesquisa apenas foi possível por se ter estudado aspectos da religião judaica, sem o que não se poderia ter formulado hipóteses e chegado a

conclusões confirmadas por rabinos especializados em mikvê.

De modo análogo, e não poderia ser diferente, a arqueologia de unidades de defesa, abordando seja uma trincheira, uma bateria, um fortim, um forte, uma fortaleza, um campo de batalha, ou mesmo uma cidadela fortificada, se depara com peculiaridades inerentes às diferentes funcionalidades. Tais peculiaridades não podem ser descuradas pelo arqueólogo em todas as etapas da elaboração e execução do projeto, desde a identificação de problemas, à formulação de hipóteses, pois permitirão desenvolver uma expectativa arqueológica, e estabelecer as estratégias de abordagem dos problemas, elementos indispensáveis ao sucesso ou fracasso de um projeto de pesquisa.

A funcionalidade de uma unidade de defesa difere de outras unidades funcionais pois erros de concepção do traçado poderão acarretar o sucesso ou o fracasso em sua operacionalidade. Neste aspecto a complexidade construtiva de seus projetos exige de seus engenheiros não apenas cálculos estruturais, mas sobretudo conhecimento operacional, o que não pode faltar ao arqueólogo que o pretenda escavar.

Em uma situação hipotética, suponhamos que o arqueólogo se prepare para elaborar um projeto de pesquisa para realizar uma escavação arqueológica em uma unidade de defesa. Ao se pensar nos primeiros passos que consideramos de fundamental importância para o início de suas atividades, e, adotando uma perspectiva geométrica, partamos do geral para o particular. De início, antes da elaboração do projeto de pesquisa, o arqueólogo deverá se situar quanto ao estado da estrutura que pretende estudar, não importando se o elemento a ser pesquisado se trate de um fosso ou de uma fortaleza. Em qualquer que seja a unidade de defesa entendemos que deverá ser considerado o estado em que o objeto de estudo se encontre. Na prática podemos considerar diferentes estados em que se encontra o objeto de estudo. Tais diferenças são decorrentes da história de vida a que foi submetido o bem, desde suas transformações no contexto sistêmico[1], ou seja, seu uso, adaptações, abandono, até as transformações sofridas já no contexto arqueológico.

Estado em que se encontra a unidade de defesa ser estudada

Considerando as diferentes situações em que a Unidade de Defesa possa se encontrar pode-se considerar na pratica algumas situações como:

[1] Schiffer, Michael B. Contexto Arqueológico e Contexto Sistêmico. American Antiquity, vol. 37. N. 2, 1971.

– **Unidades preservadas**: Embora sejam casos mais raros, uma unidade de defesa pode se encontrar em estado de preservação que permita a sua visualização como um todo. Nestes casos, reforçando que são raros no Brasil, a fase de planejamento da pesquisa se torna mais simples, podendo-se, com o apoio de outros elementos complementares se elaborar o projeto de pesquisa (Caso do Forte de Copacabana, no Rio de Janeiro/RJ).

– **Unidades superpostas por novas obras de defesa**: Não são raros os exemplos em que uma antiga unidade de defesa, mesmo inserida cronologicamente no período colonial do Brasil, tenha tido uma continuidade funcional até os dias atuais. Continuidade que não significa uma não ade-

Figura 1 – Forte de Copacabana. Fonte: Acervo Marcos Albuquerque

quação a novos conceitos de defesa e de equipamentos. Estas alterações ao longo de sua existência necessariamente ocasionaram mudanças funcionais de suas dependências, e até mesmo novas construções. Um outro aspecto que não pode ser descurado é que em muitos casos certas subunidades foram demolidas dando origem a novas estruturas construídas em sucessivos períodos de sua ocupação como é o caso do Forte de Santa Bárbara (SC) e do Forte Orange, em Itamaracá (PE).

– **Unidades abandonadas e conhecidas sob a forma de ruina**: Em várias regiões existem unidades de defesa que foram abandonadas, e ao longo do tempo tiveram suas estruturas arruinadas, restando apenas alguns elementos de sua feição original. Para este tipo de Unidade restou pelo menos, na memória coletiva, a lembrança de sua existência como também de

Figura 2 – Escavação Arqueológica no Forte Orange, Itamaracá (PE), revelou a porta original do forte holandês, do séc. XVII, que foi soterrada pelo reparo da cortina do Forte de Santa Cruz, português, do século XVIII, que se superpôs ao primeiro. Fonte: Acervo Laboratório de Arqueologia da UFPE.

Figura 3 – Forte de Santa Bárbara, em Florianópolis (SC).
Fonte: Projetos Fortalezas Multimídia, em http://www.fortalezasmultimidia.com.br/

sua primitiva função como é o caso da Bateria de São Caetano, próximo à Fortaleza de São José da Ponta Grossa (SC).

– **Unidades desaparecidas e a área ser sobreposta por novas ocupações**: Não são raros, ainda, os casos em que uma Unidade de Defesa depois de abandonada tenha tido sua área reocupada. Esta reocupação che-

Figura 4 – Bateria de São Caetano, Santa Catarina.
Fonte: Projeto Fortalezas Multimídia, em http://www.fortalezasmultimidia.com.br/

Figura 5 – Trecho da cidade de Penedo (AL), no local onde existiu o Forte Maurício. Fonte: Google.

ga a eliminar elementos vestigiais em superfície, nada mais restando de suas construções originais. É o caso do Forte de Penedo (AL), que foi totalmente ocupado pela cidade, que hoje apenas se pode entrever através da topografia onde se instalam as casas[2].

– **Unidades parcialmente desaparecidas**: Uma outra situação em que o arqueólogo pode se deparar trata-se de Unidades de Defesa par-

[2] Albuquerque, Marcos et alii. Reconhecimento arqueológico em Penedo (estudo comparativo e georeferenciamento com base na iconografia histórica e na análise geoarqueológica do sitio do forte Maurício), Alagoas, 2005 (Relatório de Pesquisa).

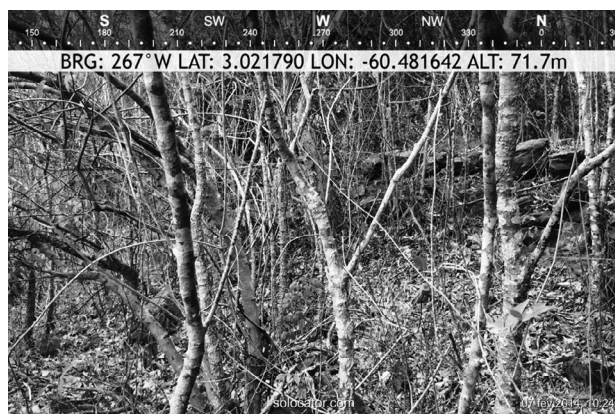



Figura 6 – Vestígios do Forte São Joaquim, em Roraima. Fonte Acervo do Laboratório de Arqueologia da UFPE.

cialmente desaparecidas. Algumas vezes existem vestígios aparentes de parte da estrutura original, tendo sua identidade sido perdida na memória coletiva local. Aproxima-se deste exemplo o Forte de São Joaquim, em Roraima.

– **Unidades desaparecidas e a área retrabalhada por agentes naturais (abandonada)**: Casos existem nos quais se dispõe de uma informação histórica da existência de uma Unidade de Defesa, em uma determinada área, mas que dado ao estado de abandono da região não resta mais informações na memória oral das populações mais próximas. Até mesmo as ações erosivo/deposicionais se encarregaram de mascarar seus vestígios. Por ocasião de sua visita ao nordeste do Brasil, D. Pedro procurou pelo Forte Real (velho) do Bom Jesus, e relatou em seu diário que não havia mais vestígios do mesmo. (Caso do Forte Real Velho do Bom Jesus, em Recife/PE).

O contexto histórico:

Em todas as situações em que se encontre a Unidade de Defesa a ser estudada, o arqueólogo, antes de elaborar o seu projeto de pesquisa deve necessariamente procurar inserir e contextualizar o seu objeto de estudo no seu contexto histórico. Esta contextualização deve necessariamente privilegiar a documentação histórica primária e secundária, sem descurar da iconografia, tanto coeva como subsequente. Esta fase do estudo preliminar para a elaboração do projeto de pesquisa constitui-se em elemento de fundamental importância para a identificação de problemas, sob a ótica epistemológica, e consequentemente permitir a formulação de hipóteses que

Figura 7 – Área onde teria existido o Forte Real do Bom Jesus, antes da escavação arqueológica.
Fonte: Acervo Laboratório de Arqueologia da UFPE.

Figura 8 – Vista parcial do fosso duplo, resgatado arqueologicamente, e já é parque da cidade.
Fonte: Acervo Laboratório de Arqueologia da UFPE.

serão testadas em uma fase posterior por ocasião da pesquisa de campo. É exatamente neste momento que deve ser gerada a primeira expectativa arqueológica. Pelo fato de defendermos como pressuposto, uma escavação em múltiplos estágios[3], entendemos que a expectativa arqueológica não seja

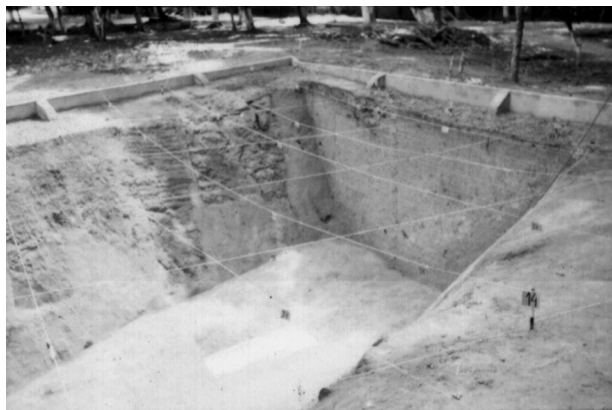



Figura 9 – A Escavação Arqueológica revelou o fosso que circundava a fortificação.
Fonte: Acervo Laboratório de Arqueologia da UFPE.

imutável, até muito ao contrário. A cada nova descoberta, a cada alteração da estratigrafia, ou mesmo a ocorrência de elementos materiais que não se coadunem, nem com a cronologia esperada, nem com a expectativa arqueológica, tais fatores devem funcionar como feedback para retroalimentar os pressupostos inicias, gerando novos problemas e consequentemente novas hipóteses. Nesta fase ainda, o arqueólogo deve considerar alguns fatores de primordial importância, e que, em grande parte, podem ser esclarecidos pelo levantamento histórico realizado.

A bandeira do construtor: Deve-se considerar nesta fase quem construiu o elemento de defesa em estudo, e qual o contexto sócio/econômico/político/religioso em que o mesmo se encontrava na Europa. Considere-se que, mesmo havendo princípios gerais quanto a arte de fortificar, existiu uma grande variedade de modelos, alguns dos quais prevaleceram em determinados países. Portanto, é de fundamental importância nesta fase de elaboração do projeto se ter uma expectativa arqueológica apoiada na tendência construtiva predominante no país de origem, de um modo geral, e se possível do próprio engenheiro encarregado do traçado da obra.

A troca de bandeira durante a sua existência: O saber se houve troca de bandeiras durante a sua existência operacional é de fundamental importância para a geração da expectativa arqueológica indispensável ao

---

[3] Redman, Charles L. Trabalho de Campo em Multi-Estágios e Técnicas Analíticas. AMERICAN ANTIQUITY Vol. 38, n.º. 1 1973 (61- 79).

sucesso da pesquisa. Não apenas saber se houve troca de bandeiras, mas sobretudo de que forma isto ocorreu. Através de batalha? De abandono da posição? De acordos? Enfim, sob quais condições e de que modo ocorreu a mudança. Esta informação, em reforço a anterior, deverá gerar uma expectativa arqueológica quanto a possíveis modificações estruturais decorrentes de cada experiência em fortificar, ou mesmo decorrente de fragilidades identificadas durante o processo de ocupação. Inclusive, deve-se atentar para o fato de que possíveis reparos ou mesmo alteração funcional de dependências provavelmente se refletirá através de uma alteração no material arqueológico móvel em decorrência de novos hábitos do quotidiano.

Períodos de abandono da posição: Tendo sido o contexto histórico bem estudado de modo a realmente fundamentar a elaboração do projeto arqueológico, devem ser devidamente registrados possíveis períodos de abandono da posição. Este abandono pode ter sido pelo mesmo grupo que o ocupava anteriormente ou por uma sucessão posterior decorrente da ocupação por outro grupo. Neste aspecto de períodos de abandono ainda deve ser considerado, para efeito da elaboração de um projeto de pesquisa, sobretudo no tocante a expectativa arqueológica, o real conceito de abandono. Existem relatos de fortificações que permaneceram durante muitos anos com apenas um (01) ocupante. Do ponto de vista da expectativa arqueológica esta informação é muito significativa, pois toda a estrutura funcional e operacional do forte é alterada praticamente para uma estrutura quase que doméstica.

O que defender e o inimigo potencial: Ainda como decorrência do levantamento histórico, que deve ter sido realizado em momento anterior a elaboração do projeto de pesquisa arqueológica, é de fundamental importância ficar claro o que esta posição fortificada, não importando a sua dimensão, dispunha-se a defender. Nesta oportunidade deve ser avaliado os contextos econômico, político e religioso. E, em qualquer destas situações, definir qual seria o potencial inimigo. Esta avaliação permitirá, tanto durante a execução da pesquisa quanto em sua fase analítica, avaliar o verdadeiro poder defensivo para o qual esta posição foi armada. Poder-se-ia exemplificar utilizando-se um forte que se encontrava extremamente preparado para se defender de um inimigo europeu e completamente despreparado para um ataque indígena. Ainda se poderia pensar em um forte que se encontrava preparado para um ataque naval e sem condições de defesa para um ataque de infantaria que porventura desembarcasse fora do alcance visual ou de tiro do seu defensor.

O contexto geoarqueológico e paisagístico

Uma avaliação, tanto do contexto geoarqueológico como logístico constitui-se em outro elemento de substancial importância para o bom desenrolar da pesquisa. Considere-se que todas as atividades humanas ocorrem em uma paisagem. Esta paisagem, em uma conceituação mais ampla, inclui relevo, rede hidrográfica, vegetação, recursos alimentares (inclusive água potável), navegabilidade e demais elementos com os quais o homem convive e que não podem ser negligenciados por ocasião da realização de uma pesquisa arqueológica em uma unidade de defesa.

Fortificação e Relevo: A avaliação do relevo onde se encontra inserida a fortificação a ser estudada deve ser realizada na cartografia atual e coeva, pois grandes alterações podem ter ocorrido entre a construção da fortificação e os dias atuais. O Forte dos Reis Magos, em Natal, exemplifica bem esta situação, pois quando de sua construção havia uma duna a cavaleiro da fortificação que foi utilizada como ponto estratégico pelos holandeses quando de seu ataque ao Rio Grande do Norte. Nos dias atuais estas dunas não mais existem, consequentemente caso a avaliação da topografia seja efetuada apenas com a cartografia atual se estaria cometendo um erro imperdoável de avaliação.

Figura 10 – Forte São José da Ponta Grossa. Fonte: Projetos Fortalezas Multimídia, em http://www.fortalezasmultimidia.com.br/

Por outro lado a topografia também pode influenciar de forma decisiva na traça da fortificação. Vários fortes como os de Santa Cruz de Anhatomirim e São José da Ponta Grossa em Santa Catarina, por exemplo, tiveram seu projeto condicionado por uma topografia movimentada de modo que seria

praticamente impossível a sua construção com a traça de um forte regular. Inúmeros exemplos poderiam ser citados da adequação do projeto a topografia, considerando, inclusive, os aspectos estratégicos.

Fortificação e a Rede Hidrográfica: Grande parte das fortificações brasileiras se encontram próximas a áreas de portos, sejam eles marítimos ou fluviais. O estudo detalhado da rede hidrográfica constitui-se, portanto, em outro elemento que não pode escapar ao arqueólogo na estruturação de um projeto de pesquisa e muito menos em suas conclusões. Cursos de rios e sua navegabilidade, incluindo o calado dos barcos que poderiam por ele ter acesso, as peculiaridades de cada barra, com seus canais, são elementos fundamentais na avaliação da disposição das frentes de combate. A orientação quanto aos ventos predominantes, o que permitiria avaliar-se, em uma situação de ataque, se os barcos inimigos se encontrariam a sotavento ou a barlavento, o que alteraria significativamente o poder de fogo inimigo contra a fortificação é outro fator a ser considerado. É necessário considerar-se ainda a amplitude das marés, caso a fortificação estudada se encontre a beira mar, o calado permitido durante a baixa mar, enfim, o arqueólogo deve se colocar em uma situação de avaliação a mais próxima possível da realidade da época para poder melhor entender seu objeto de estudo.

Fortificação e Cobertura Vegetal: Considere-se que a cobertura vegetal de qualquer região do planeta sofreu ao longo dos milênios grandes modificações em toda a face da Terra. A área hoje ocupada pela selva amazônica é relativamente recente em uma cronologia geológica. Em torno de 5000 anos bolsões de caatinga penetraram em áreas hoje ocupada pela selva. De modo análogo florestas de galeria fossilizadas já foram encontradas em áreas hoje ocupada por uma vegetação de caatinga. Portanto cabe ao arqueólogo, em seu corte temporal da pesquisa, se informar de forma consistente acerca da cobertura vegetal contemporânea ao objeto de sua pesquisa.

No caso de um estudo de fortificações no Novo Mundo já se encontra definido o corte temporal da pesquisa a ser executada. Note-se porém, que, mesmo em um período relativamente curto e recente, grandes modificações ocorreram, decorrentes sobretudo de ação antrópica. Grande parte da mata atlântica cedeu lugar a grandes canaviais. Parte de uma vegetação de cerrado deu lugar a enormes plantações de soja. Enfim, cabe ao arqueólogo se fundamentar de forma exaustiva na documentação coeva, na descrição de cronistas e viajantes como ainda na iconografia disponível.

A inserção do forte a ser estudado na paisagem vegetal da época de sua construção é de fundamental importância por diferentes razões, tanto estratégicas quanto logísticas. A construção de paliçadas, a alimentação de fornos para o cozimento de tijolos e telhas, a fauna que habitava esta paisagem e seu poder alimentício, sobretudo se houvesse uma interrupção de viveres oriundos da Europa, constituem-se em elementos que devem ser devidamente considerados para uma boa avaliação da unidade de defesa em estudo. A proximidade da mata em muito assustava os primeiros europeus que vieram para o Novo Mundo. Habitat muito conhecido em todos os aspectos pelos indígenas que habitavam a região e que eram potenciais inimigos dos ocupantes do forte.

Dois outros aspectos ainda são de suma importância: a disponibilidade de matéria prima para a construção da fortificação e a presença de inimigos comuns independentemente da bandeira de seus ocupantes.

Uma fortificação, enquanto construção, necessita de matéria prima preferencialmente local. Esta matéria prima inclui desde o material de elevação da construção como pedras, argila propícia ao fabrico de tijolos e telhas, até o material cimentante utilizado em sua construção. Muitos destes insumos foram trazidos da Europa como lastro de navios, entretanto não se pode pensar, a priori, que todo o material construtivo tivesse uma origem europeia.

O outro aspecto que também não pode deixar de ser avaliado constitui-se nos inimigos comuns aos europeus, independentemente de sua origem. Mosquitos, pernilongos, verminoses locais, atacavam indiscriminadamente “o sangue novo” independentemente de sua origem, e muitas vezes levando a óbito. Considere-se também que houve um processo reverso com doenças trazidas pelos europeus que dizimaram um grande efetivo de indígenas das Américas.

Ainda constituinte da paisagem temos a presença de fontes d’água e sua potabilidade. Preferencialmente o poço deverá se posicionar no interior da fortificação em uma posição o mais possível equidistante de todas as subunidades funcionais do forte. Em terrenos cristalinos obter-se uma fonte no interior da fortificação, nem sempre é possível como é o caso do Forte de Ratones, em Florianópolis.

Terminologia castrense:

Além das considerações acima referidas outros aspectos constituem-se também em elementos indispensáveis ao arqueólogo que se prepara para realizar uma pesquisa arqueológica em uma fortificação ou em qualquer

Figura 11 – Escavação da ruína da casa de pólvora do Forte Orange, Itamaracá (PE), parcialmente construída com tijolos vindos da Holanda (Eisel). Foto Laboratório de Arqueologia da UFPE, 2004.

Figura 12 – Estrutura que dá acesso à fonte de água, na área externa da Fortaleza de Santo Antonio de Ratones, em Santa Catarina. Foto Arqueolog Pesquisas, 2014.

outra unidade de defesa. É quase improvável o sucesso de uma pesquisa arqueológica em uma fortificação caso o arqueólogo não domine uma terminologia castrense e demais atributos inerentes a esta atividade. As descrições oriundas do levantamento histórico e iconográfico perdem completamente o sentido pragmático na formulação de problemas e levantamento de hipóte-

ses caso não façam sentido para o pesquisador que deverá estabelecer uma expectativa arqueológica, ou seja, o que ele deve procurar e explicar caso não encontre o esperado.

Efetivo: Grande parte das informações sobre o efetivo da fortificação pode e deve ser oriunda do levantamento histórico prévio que deve ter sido realizado ainda na elaboração do projeto de pesquisa arqueológica. Considere-se, entretanto, a possibilidade de por razões as mais variadas não corresponder exatamente a realidade. Mesmo tomando esta cautela, o projeto de arqueologia deverá ter como um dos problemas a ser respondido pela pesquisa, avaliar a relação de espaço, elementos materiais encontrados e consequentemente checar com as expectativas iniciais.

Tanto no levantamento histórico como na pesquisa arqueológica deve-se observar qual a mão de obra utilizada na construção, se escrava, assalariada ou dos próprios combatentes, como existem inúmeros exemplos na arquitetura militar brasileira. Durante a execução, tanto do projeto como da pesquisa, não pode ser relegado pelo pesquisador uma avaliação da relação entre o efetivo descrito e as dimensões da fortificação como ainda a relação do efetivo de combatentes com as posições a serem defendidas, incluindo as bocas de fogo. Todos estes aspectos encontram-se entrelaçados de tal forma que, se não houver uma proporcionalidade entre efetivo e a real condição de defesa da fortificação a mesma tende a ser facilmente tomada pelo inimigo. O reflexo do efetivo, por outro lado encontra-se diretamente relacionado com os elementos materiais que deverão ser resgatados durante a escavação arqueológica.

Cadeia de Comando: Uma exigência a mais que deve estar presente na mente do arqueólogo dedicado a arqueologia militar, consiste na sua familiaridade com a terminologia e a operacionalidade das diferentes cadeias de comando. Não teria utilidade prática ter sido levantado no estudo histórico prévio que havia na defesa da fortificação uma companhia de arcabuzeiros. O pesquisador que se dedique a arqueologia militar necessariamente tem que saber distinguir a diferença entre um pelotão, uma companhia, um batalhão e um exército. Como também o efetivo de cada seguimento e as respectivas cadeias de comando do período considerado. Este conhecimento não apenas permitirá uma melhor avaliação da fortificação como um todo, mas auxiliará na crítica do material arqueológico encontrado nas escavações.

Objetivo das diferentes armas: Embora possa passar desapercebido a parte dos arqueólogos que se dedicam a arqueologia militar é de funda-

mental importância o conhecimento das diferentes armas e de suas funções e habilidades. O infante tem uma formação e uma atuação completamente distinta do artilheiro ou do bombeiro. Não foi sem propósitos objetivos que desde cedo foram criadas no Brasil escolas para artilheiros e bombeiros, inclusive com fortes conhecimentos de matemática. Aliás, este foi praticamente o início do ensino das matemáticas no Brasil. A cavalaria tem missões e atuações completamente distintas da artilharia. Enfim, cabe ao arqueólogo não apenas conhecer esta nuance como avaliar as condições da fortificação estudada, sua função, seu efetivo e ainda a constituição deste efetivo. E mais, na oportunidade que seu projeto de pesquisa envolva situação de combate, é importante conhecer também as forças do inimigo, e suas práticas. Considerar ainda que, em um mesmo momento da história, organizações militares distintas não necessariamente agiam de maneira análoga.

Táticas, Estratégias e Logística: Embora o objetivo final de um conflito de qualquer grupo humano, em qualquer época, seja a vitória, o *modus operandi* de cada grupo possui características próprias que precisam ser do conhecimento do pesquisador que se prepara para realizar uma pesquisa arqueológica em uma unidade de defesa.

O conhecimento de objetivos, de táticas de enfrentamentos, de estratégias e logísticas, podem ser procurados pelo arqueólogo em um grande número de obras específicas sobre o tema, entretanto o objetivo primordial deste artigo não ultrapassa o de alertar ao arqueólogo, que estes conhecimentos são indispensáveis a sua pesquisa. O desconhecimento destes aspectos da guerra poderá conduzir o pesquisador a falácias interpretativas no seu intento de estudar uma determinada unidade de defesa. Como se daria o ataque inimigo? Com que armamento? Com que efetivo? Os que já leram Asterix[4] devem ter observado a acuidade dos autores quando apresentam conflitos armados entre romanos e gauleses. Nota-se organizações de defesa completamente díspares em todos os aspectos.

Sendo portanto um dos objetivos da pesquisa arqueológica procurar entender o seu objeto de estudo, sendo de fundamental importância ter um razoável conhecimento de aspectos da arte da guerra e loca-la no espaço/tempo do seu projeto de pesquisa.

Armamento e munição: Não apenas o efetivo integra uma unidade de defesa. O armamento e munição devem ser do conhecimento do arqueólo-

---

[4] Asterix , obra de R. Goscinny e A. Uderzo.

go não apenas por ocasião da elaboração de seu projeto de pesquisa, mas, inclusive durante a análise do material arqueológico encontrado nas escavações. Considere-se, inclusive, que frequentemente não se encontra a peça integra, em condições de uso, e sim fragmentos ou porções de seus componentes.

O funcionamento de cada tipo de arma, seja branca ou de fogo, seu alcance, suas debilidades, enfim, são elementos que permitem uma avaliação do ponto fortificado que se encontra sob estudo. Tanto a neuro-balística como a piro-balística devem integrar a plêiade de conhecimentos indispensáveis ao arqueólogo que se dedique a esta unidade funcional, no intuito de avaliar sua capacidade defensiva, considerando-se o terreno em que se encontra instalada, e mais, estabelecer as áreas de maior potencial arqueológico.

O propelente e suas propriedades, o calibre, e os tipos de projeteis, o alcance do tiro de cada arma, enfim, todos estes elementos são indispensáveis, tanto na elaboração do projeto, oportunidade em que se estabelece a expectativa arqueológica, durante a escavação, e na bancada de análise, para que se entenda com maior profundidade a fortificação sob estudo. Sobre este tema também há uma vasta bibliografia que deverá ser conhecida pelo pesquisador em momento anterior ao início das escavações arqueológicas.

Fortificações, tratadistas e engenheiros militares:

Como já foi abordado no início deste trabalho, uma obra de defesa não difere de outras enquanto princípios gerais, ou seja defender um determinado ponto de interesse da sociedade que a construiu. Embora este seja o ponto comum a todas as sociedades que construíram fortificações a forma ou os princípios variaram ao longo do tempo, entre diferentes povos, e no caso do sistema colonial europeu no Novo Mundo, com as diferentes Escolas que aqui se fizeram representar. Ao longo do tempo, muitos estudos foram realizados sempre com o objetivo de tornar a fortificação o mais inexpugnável possível. Estes especialistas têm sido frequentemente referidos como Tratadistas[5], e produziram milhares de páginas defendendo seus princípios que foram seguidos à risca pelos engenheiros militares ou utilizados parcialmente em combinação com mais de um princípio teórico da arte de fortificar.

Ao arqueólogo compete não apenas conhecer, pelo menos os princípios

[5] O termo é aqui utilizado no sentido aplicado por muitos dos antigos engenheiros militares, como O *Methodo lusitâno,* do Engenheiro-mor Serrão Pimentel, editado em 1680, e o *Engenheiro português*, de 1728, escrito pelo Brigadeiro Manoel de Azevedo Fortes, também Engenheiro-mor do Reino.

gerais dos Tratadistas, como as tendências dos engenheiros militares que atuaram na traça e construção da fortificação que pretende estudar. É este conhecimento mínimo que deve ter o arqueólogo, que o permite elaborar uma expectativa arqueológica acerca das Unidades Funcionais que deverá encontrar no seu objeto de estudo. Deve estar atento ainda aos casos em que o forte teria mudado de bandeira, para buscar possíveis interferências construtivas que a fortificação teria sofrido em decorrência de outras tendências teóricas dos novos ocupantes.

A pesquisa arqueológica de campo:

Admitindo-se que o arqueólogo, fundamentado nos elementos acima citados, tenha elaborado o seu projeto de campo, é de se supor que tenha identificado problemas e formulado hipóteses tanto para atender às questões pertinentes às solicitações da restauração, como também as questões científicas. Esta abordagem lhe permitirá, na medida do possível, se aproximar cientificamente do quotidiano dos ocupantes desta Unidade de Defesa.

Procedimentos básicos de campo: Considera-se indispensável a definição de todos os espaços que em princípio serão escavados, tanto em quotas negativas como positivas. Todas as dependências deverão ser identificadas, inclusive todas as paredes, tanto internas como externas, de modo que todos os componentes da equipe possam "falar" a mesma linguagem, inclusive os responsáveis pela restauração que seguirá a pesquisa arqueológica. O rigoroso controle de toda a escavação, aparentemente simples em alguns tipos de sítios, pode se tornar um grande obstáculo para o pesquisador por ocasião do andamento da pesquisa. Nem sempre há uma uniformidade estratigráfica entre todas as dependências, até porque nem sempre as mesmas apresentam a mesma cronologia. Identificar, durante todo o processo de escavação o que é sincrônico ou diacrônico permitirá um melhor e mais profundo entendimento da pesquisa na sua fase de síntese. Determinar quais as amostras que devam sofrer uma análise especial, ainda durante a escavação, pode inclusive redirecionar os procedimentos de campo.

Avaliação das subunidades funcionais que se encontram visíveis na fortificação objeto de estudo do estudo arqueológico:

Fundamentado nos conhecimentos supra citados, o arqueólogo poderá identificar, a priori, a ausência de alguma subunidade funcional que deveria integrar a unidade funcional em estudo.

Como resultado da pesquisa arqueológica, é de se esperar que o arqueólogo responda pelo menos a algumas questões, tanto sobre elementos que poderão ajudar no partido arquitetônico a ser adotado na restauração, como aos aspectos que permitam entender um pouco mais desta Unidade funcional, além do que se encontrava descrito no suporte histórico trabalhado. Como exemplo poder-se-ia citar algumas das respostas que se espera obter após a escavação de uma unidade de defesa.

1. Crítica da unidade de defesa em relação aos tratadistas que influenciaram os construtores da mesma. Procurar avaliar a presença de ângulos mortos de tiro, como ainda a possível cobertura oferecida por elementos externos de defesa como redentes, revelins, etc.;

2. Interferência construtiva decorrente de mudanças de bandeira, ou mesmo, promovida pelo mesmo grupo ao longo dos séculos de ocupação;

3. Associação ou não das alterações com a introdução de novos armamentos;

4. Avaliação quanto à presença ou não de subunidades funcionais como fosso, (escarpa e contra escarpa), berma, o trânsito, sua morfologia, e estruturas integradas (corpo da guarda, seteiras e elementos de comunicação), alojamentos de comandantes, graduados e praças, refeitório, dispensa, cozinha, sentinas, poço d'água, incluindo sua vazão e potabilidade, cisterna, depósito de palamentas, casa de pólvora, canhoneiras, plataforma dos canhões, e demais elementos fundamentais a unidade de defesa estudada, compatíveis com o seu porte, ou seja, se uma bateria, ou uma fortaleza, por exemplo.

5. Matéria prima utilizada nas diferentes etapas construtivas, como alicerce, muralha, contra muralha, piso, cobertura, dentre outros, incluído a sua fonte, se local ou oriunda de outros lugares, incluindo a Europa, o que era comum, sobretudo para algumas peças que vinham como lastro de navios. Ainda nesta categoria de avaliação deve ser observado o material cimentante utilizado, sua composição e origem. Nesta etapa, inclusive, é desejável que seja realizada uma crítica à especialização da mão de obra utilizada, como a homogeneidade do traço, o acabamento, etc.;

6. Avaliação crítica quanto à inserção desta fortificação na paisagem. Esta avaliação deverá privilegiar desde os aspectos estratégicos como logísticos, inclusive prevendo uma provável situação de sítio;

7. Distribuição tridimensional do material arqueológico encontrado em toda a área escavada da fortificação e suas associações. Esta visão espa-

cial, tanto quantitativa como qualitativa deverá responder a muitas questões acerca do efetivo, tais como comportamento, alimentação e a sua preparação, contatos com a Europa e com outras comunidades locais, inclusive indígena. Ainda neste tema muitas vezes é possível a localização de áreas especiais utilizadas pelos ocupantes da fortificação tanto durante combates como em períodos de lazer.

Análise de Laboratório: Tanto em campo como em laboratório, diferentes análises permitirão uma melhor compreensão da unidade de defesa em estudo. A sintonia entre campo e laboratório deverá ser o mais possível confiável, de modo a se aproximar da realidade vivenciada pelos ocupantes da fortificação.

Há algum tempo, a análise do material arqueológico tomava por base a matéria prima. Esta prática predominou durante anos por uma transferência analítica que teve origem na arqueologia pré-histórica. Normalmente dividia-se o material arqueológico pré-histórico em cerâmica, lítico, cestaria e em alguns casos ósseos. Isto também não é mais recomendável na prática da pré-história, embora tenha sido transposta para a arqueológica histórica nos seus primórdios.

> *"As categorias de material são [anteriormente] arranjadas tomando-se como base a matéria prima. Embora seja de suma importância o estudo da matéria prima, o arranjo das categorias de material por matéria prima parece se encontrar desprovido de qualquer interesse operacional. Suponhamos que tenham sido resgatados de uma escavação de um forte, alguns projetis de canhão, em ferro, algumas facas, também em ferro, alguns projetis de mosquete em chumbo, alguns fragmentos de faiança, alguns fragmentos de telha, dados de jogo, em osso, cachimbos de argila, e ossos de boi. Muitas vezes esse material se encontra agrupado, após a análise por matéria prima. Suponhamos, ainda hipoteticamente que no exemplo citado fossemos classificar o material coletado de acordo com esta sistemática. Teríamos então três grandes categorias de material, os de metal, os de cerâmica, e os de ossos. Desta forma se encontrariam na mesma categoria objetos de funções completamente diferenciadas, o que dificultaria consequentemente a fase de entendimento do sítio arqueológico. Estariam associados cachimbos, telhas e faiança na categoria de material de cerâmica, enquanto que outra associação seria formada por pregos, projetis de mosquete e de canhão, colheres e facas, que se associariam nesta classificação como objetos de metal, e finalmente teríamos ossos de boi com dados de jogar. A que resultado chegaríamos?"*[6]

---

[6] ALBUQUERQUE, M. A. G. M. Assentamentos Militares: Una Perspectiva en Abordagem. In: II Conferencia Internacional de Arqueologia Histórica Americana., 1995, Santa Fé. Atas da II Conferencia Internacional de Arqueologia Histórica Americana. Columbia/ South Carolina.: Univeersity of South Carolina., 1995. v. 1. p. 19-38.

De acordo com esta outra ótica, o estudo da matéria prima não deverá encabeçar a análise, e sim ser estudada em uma fase posterior do procedimento analítico. Este é um ponto de vista que temos defendido de há muito:

> *"...com certeza atingiríamos um patamar de entendimento mais elevado se considerássemos estes materiais de acordo com suas vinculações funcionais maiores. De acordo com este movimento de rotação observacional teríamos como objetos de defesa, projetis de canhão e de mosquete, como objetos de construção pregos e telhas, como peças ligadas a alimentação facas, faiança e ossos de boi, como objeto lúdico os dados, e como objetos de uso pessoal ou de socialização como querem alguns, os cachimbos. Ora, esta perspectiva parece aproximar mais a realidade arqueológica com a realidade social de uso destes materiais. De acordo com esta ótica poderíamos analisar em maior profundidade cada categoria de material. Após este tipo de ordenação, que seguiria aproximadamente os subsistemas básicos de uma sociedade, como alimentação, defesa, reprodução, saúde, socialização, comunicação, abrigo, seria necessário o estabelecimento de tipologias representativas para cada classe de material arqueológico.*[7]

É fundamental que fique claro que uma análise, do ponto de vista epistemológico, nada mais é do que a decomposição do 'todo' em 'partes' de modo que retorne para o pesquisador na forma de síntese, mais enriquecido. Não se pode esquecer, também, que uma análise, balizada em qualquer corrente teórica, necessariamente passa pela identificação do elemento sob análise. Houve épocas, inclusive, em que muitos pesquisadores foram acusados de estarem realizando uma arqueologia descritiva, isto de forma pejorativa. Claro que a fase da arqueologia exclusivamente descritiva se encontra completamente obsoleta nos dias atuais, mas deve também ficar claro que o problema não se encontra na descrição e sim em se parar a análise na mesma. Deve ainda ficar claro que, como já foi abordado anteriormente, não é fácil para a maioria dos arqueólogos identificar um material oriundo de uma estrutura de defesa. É indispensável uma familiaridade do pesquisador com este tipo de material que é muito peculiar.

Consoante esta perspectiva analítica, que tem como objetivo o entendimento, o mais próximo possível da unidade funcional estudada, o material arqueológico resgatado deveria ser analisado com base nos agrupamentos funcionais.

Outro aspecto, que nos parece de substantiva importância, consiste na capacidade de extração de informações das peças analisadas, sobretudo na qualidade das informações obtidas. Suponhamos hipoteticamente, mais

---

[7] Idem, ibidem.

uma vez, que estejamos analisando um conjunto de projetis de mosquete. Quais seriam as informações que deles poderíamos obter. Claro que descrevermos a sua matéria prima e o seu diâmetro não ultrapassaria a categoria do óbvio. Entretanto poderíamos resgatar um conjunto de informações adicionais que nos mesmos se encontram contidas. Qual teria sido o seu processo de fabrico? Teria sido feito em um molde único de areia, ou teria sido utilizado uma peça apropriada para moldagem? Caso tivesse sido fabricado com um alicate de moldagem, apresenta marcas excrescentes do molde em sua região hemisférica? O projétil foi produzido com chumbo puro, ou foi utilizada uma liga? Todas estas questões, não apenas permitem um maior aprofundamento no entendimento da sociedade estudada como remetem necessariamente o pesquisador para patamares avaliativos mais complexos. Não nos deteremos em todas estas questões, entretanto, à guisa de exemplo procuramos demonstrar como poderia se extrair algumas informações referentes às perguntas acima formuladas. Caso se identifique que o projétil foi construído para ser disparado por uma arma de carga avante, deve-se avaliar o alcance, bem como a precisão do tiro. Ocorre que este projétil poderá ter sido disparado por uma arma de carga avante, de alma lisa, cujo mecanismo de ignição tenha sido a serpentina. Neste caso deveria ser avaliado os projetis utilizados pelos defensores do forte, bem como o de seus inimigos, pois, caso o inimigo, ou vice versa, utilizasse um mecanismo de ignição mais avançado se encontraria em vantagem operacional.

A regularidade na esfericidade do projétil permite informações valiosas quanto a precisão de tiro. O deslocamento do centro de gravidade de um projétil alterará consideravelmente a localização do seu ponto de impacto. O mesmo ocorrendo com possíveis e comuns marcas de fundição que ocorrem na região hemisférica do projétil. O contato com o ar oferece uma resistência diferenciada de modo que prejudica consideravelmente o resultado do tiro. Considere-se ainda que, caso os inimigos fossem os nativos americanos, que disparavam flechas certeiras na proporção de cinco para cada tiro de mosquete, a precisão do tiro passaria a ter uma maior importância operacional.

O estudo da composição, bem como do processo de fabrico do projétil poderá ser um grande indicador do seu produtor. Esta identificação talvez seja a única que possibilite, ao se encontrar algumas dezenas de projetis de mosquete, saber a sua origem, se era do atacante ou do atacado. Ora, se sabemos de quem era o projétil, poderemos recompor a posição do oponente, se bem que seja mais difícil em projetis esféricos do que nos ogivais. Todas estas considerações efetuadas para o projétil de mosquete deverão ser esten-

didas para todas as demais categorias do material arqueológico resgatado em um forte.

As observações, inclusive, não deverão se ater apenas ao material encontrado, como ainda ao material não encontrado. Pois, se durante a fase de avaliação do meio ambiente, constatou-se que a região oferecia ostra como suporte alimentar, e que entre os restos localizados não foram encontradas carapaças de ostra, este fato deverá remeter o pesquisador imediatamente para a formulação de novas perguntas. Por que a ostra não foi utilizada? Será que o grupo que ocupava o forte não tinha a tradição de utilizar a ostra como alimento? Ou será que se alimentaram e que tinham a tradição de se desfazer de seus resíduos em área exterior ao forte? Ou será ainda que já traziam para o interior do forte as ostras tratadas? E se utilizassem a carapaça das ostras para o fabrico de cal? Todas estas questões deverão ser cuidadosamente analisadas. Muitas delas durante a escavação, outras em fase laboratorial, mas sempre avaliadas.

O mesmo deverá ocorrer com o material de construção e com as demais categorias acima mencionadas. Enfim, ao final da análise do material oriundo da escavação de um forte, deveremos saber responder a questões básicas que permitam acrescentar algo ao conhecimento da sociedade estudada. As suas relações externas e também o seu quotidiano, como as áreas internas do forte foram utilizadas pela tropa.

A tralha doméstica, particularmente a louça, seja de cerâmica vermelha, vitrificada, faiança, e faiança fina, deve ter um tratamento analítico muito cuidadoso e particular por várias razões inerentes a esta categoria de material. A sua homogeneidade ou não, se constitui no primeiro quesito de significativa importância. A primeira vista, como seria o caso em um engenho de açúcar, em um forte, não necessariamente a aquisição deste material teve como ponto de partida uma decisão de compra do comandante da fortificação. Por ocasião de todo o período colonial brasileiro e inclusive do restante das américas, houve uma grande mobilidade de tropas. Tropas constituídas não necessariamente por guerreiros de carreira, e sim arregimentados em diversas camadas da sociedade. Por outro lado, nem sempre o deslocamento destas tropas ocorreu com um aparato logístico compatível com o efetivo. Existe ainda o elemento 'saque', prática comum nos conflitos do período colonial. Este procedimento, por outro lado, poderá ter interferido significativamente no contexto arqueológico encontrado por ocasião da escavação arqueológica. Diante desta perspectiva, poderia ocorrer algumas distorções no resultado da análise caso não tenha

sido considerado a variável de saque. Admitindo-se esta possibilidade, um engenho do século XVII poderia ter uma faiança conservada para atender visitantes ilustres, o que era comum, e ter sido saqueado por uma tropa que se dirigia para uma fortificação no século XVIII. Do ponto de vista estratigráfico iria se encontrar uma faiança em uma camada lacrada do XVIII com material identificado como sendo do XVII. A primeira duvida que provavelmente seria levantada pelo analista seria de que a cronologia da faiança não estaria correta, e como segunda possibilidade que uma perturbação na estratigrafia não havia sido percebida durante a escavação, e que aquela ou aquelas peças eram intrusivas. Portanto é de suma importância que com conhecimento desta possibilidade se avalie de forma a considerar esta variável em unidades de defesa o que é mais raro em uma unidade produtiva, como um engenho. O exemplo enfocando a faiança pode, e deve, ser estendido a outras categorias de material arqueológico.

Todas estas questões que foram aventadas até o momento, não podem estar dissociadas dos avanços teóricos que se alcançou em arqueologia. E lamentavelmente este é um grande problema com o qual se depara não apenas a arqueologia, mas que atinge a praticamente todas as ciências humanas. Nas ciências ditas exatas, na física por exemplo, uma nova teoria passará necessariamente pelo crivo da comunidade científica. A partir deste momento dois caminhos poderão ser trilhados, ou a inovação será rejeitada ou será aceita. Caso seja aceita, incorporará necessariamente o bojo teórico daquela área do conhecimento. Depois que se descobriu o átomo e o mesmo foi aceito, nenhum físico discute a sua existência. Muito pelo contrário, passa a explorá-lo na tentativa de acrescentar algo mais ao conhecimento. Posteriormente é descoberta mais uma propriedade ou uma nova partícula, que é agregada ao conhecimento. Mesmo quando se trata de teorias maiores como a física newtoniana ou o relativismo, a existência de uma não invalida a existência ou a utilização de outra. Sabe-se até quando, ou para que, deve-se utilizar uma ou outra teoria. No caso das humanidades o procedimento se comporta de forma distinta. Quando surge uma nova teoria, e esta obtém uma grande popularidade, parece que tudo que foi produzido para trás se encontra completamente superado e obsoleto, o que não é verdade. Muitas vezes a teoria da moda atende a determinados problemas até com mais abrangência do que as até então vigentes, mas que não privilegia certos aspectos que seriam melhor analisados através de teorias mais antigas. Muitas vezes fala-se em arqueologia pós-processual sem que se tenha absorvido ainda os conceitos de

Binford[8]. O mesmo ocorrendo com Shiffer[9], South[10], e tantos outros que deram uma valiosa contribuição para o saber arqueológico. Acredito que seria necessária uma reflexão profunda quanto à utilização de teorias, procurando-se sobretudo avaliar o que pode e deve ser utilizado na arqueologia que é praticada na atualidade.

A arqueologia, enquanto saber científico, possui objetivos próprios, procedimentos próprios, embora interdisciplinares, nos quais grande parte dos procedimentos são oriundos das exatas e biológicas e cujos objetivos almejados são das humanidades. Trata-se de uma característica única da arqueologia este proceder para procurar entender uma sociedade, passada ou presente.

Um aspecto que também se deve ter em mente é que o trabalho arqueológico, visando o conjunto da sociedade é necessariamente lento, se comparado ao histórico. A escavação de um forte, por exemplo, confinará o pesquisador por um tempo considerável a apenas esta unidade funcional. Considere-se os trabalhos de pré-escavação, de escavação propriamente dito, de laboratório e de gabinete. Quantos fortes precisariam ser escavados para que a arqueologia conseguisse entender o conjunto mais amplo que se constitui no sistema de defesa de uma determina região? E por que entender o sistema de defesa e não o forte? Ora, um forte, uma igreja, um engenho, não possuem existência em si próprios. Cada um integra um conjunto mais amplo, e estão relacionados entre si em patamares hierárquicos e diferenciados. Portanto, as perguntas arqueológicas passarão a contribuir efetivamente para o entendimento de uma sociedade, no momento que esta perspectiva mais ampla não for perdida de vista.

Trata-se indiscutivelmente de uma tarefa árdua, quase inatingível, sobretudo se os procederes arqueológicos não assumirem uma perspectiva de maior abrangência. Quando se refere a esta abrangência, não significa abolir ou cercear a liberdade individual de cada pesquisador. Liberdade no sentido mais amplo que se possa dar ao termo, considerando tanto os métodos de abordagem quanto os de procedimento. Liberdade portanto teórica, liberdade metodológica. Ocorre, entretanto, que mesmo consoante esta ótica de liberdade, parece ser necessário haver um patamar comum, atingido de forma consensual, quanto à problemática a ser estudada, quanto às

---

[8] A obra de Lewis Binford – sobre arqueologia processual também conhecida como “Nova Arqueologia”.

[9] A obra de Michael Schiffer.

[10] A obra de Stanley South.

perguntas mínimas a serem formuladas, quanto à linguagem a ser utilizada. Não parece que este procedimento tolheria a liberdade dos pesquisadores. Até muito pelo contrário, esta prática possibilitaria um melhor desempenho coletivo e consequentemente da própria arqueologia histórica.

Este trabalho não teve como objetivo se tornar um manual voltado para a pesquisa arqueológica de uma unidade de defesa, muito pelo contrário, apenas sugerir alguns procedimentos e questões que necessitam aprofundamento por parte do pesquisador que se dedique de forma sistemática a contribuir com o entendimento deste segmento da arqueologia histórica.

Bibliografia

ALBUQUERQUE, Marcos. Arqueologia – Forte Orange e seu cotidiano material, in: **Revista DaCultura**, FUNCEB. Rio de Janeiro, Ano XII, no. 19, p. 26-35, 2012.

ALBUQUERQUE, Marcos. Arqueologia do Forte Orange II, in: **Revista DaCultura**. FUNCEB. Rio de Janeiro, Ano X, no. 16, p. 44-51, 2010.

ALBUQUERQUE, Marcos. Arqueologia do Forte Orange. **Revista DaCultura**. FUNCEB. Rio de Janeiro, n. 15, ano IX, p 37-47, Jun./2009.

ALBUQUERQUE, Marcos. As escavações arqueológicas no Forte de Orange. **ARC – Revista Brasileira de Arqueometria, Restauração e Conservação**, Olinda, v.1, n. 2, p. 51-55, 2007. Número dedicado aos trabalhos do III Simpósio de técnicas avançadas em conservação de bens culturais, Olinda, 2006.

ALBUQUERQUE, Marcos. Remanescentes materiais do Período Pombalino no Amapá. **ARC – Revista Brasileira de Arqueometria, Restauração e Conservação**, Olinda, v.1, n. 6, p. 313-319, 2007. Número dedicado aos trabalhos do III Simpósio de técnicas avançadas em conservação de bens culturais, Olinda, 2006.

ALBUQUERQUE, Marcos. Holandeses em Pernambuco: resgate material da História. In: PÉREZ, José Manuel S.; SOUZA, George F. C. (eds). **El desafio holandés al dominio ibérico en Brasil en el siglo XVII**. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2006. p. 107-160.

ALBUQUERQUE, Marcos. Assentamientos militares: Una perspectiva en abordagem. CONFERÊNCIA INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGIA HISTÓRICA AMERICANA, 2ª, 1995, Santa Fé, Argentina. **Atas I**. Columbia, A.C.USA, The University of South Carolina. 1995, V. 14, p. 19-38.

ALBUQUERQUE, Marcos O Forte de Orange. In: XXIV Reunião Brasileira de Antropologia – Nação e Cidadania, 2004, Olinda. **Anais**... Recife: Associação Brasileira de Antropologia, 2004. v. 1.

ALBUQUERQUE, Marcos; LUCENA, Veleda; WALMSLEY, Doris. **Fortes de Pernambuco: imagens do presente e do passado**. Recife: Graftorre, 1999. 204 p., il.

ALBUQUERQUE, Marcos; LUCENA, Veleda. **Arraial Novo do Bom Jesus: consolidando um processo, iniciando um futuro**. Recife: Graftorre, 1997. 225 p. il.

ALBUQUERQUE, Marcos; LUCENA, Veleda. **Forte Real do Bom Jesus: resgate arqueológico de um sítio histórico**. Recife: CEPE, 1988. 64 p. il.

ALBUQUERQUE, Marcos; LUCENA, Veleda. Arqueologia Histórica e Restauração de Monumentos. **BOLETIM DO DEPARTAMENTO DE HISTORIA DA UFPE**, v. 1, n.1, p. 58-61. Recife: Departamento de História de UFPE, 1976.

ALBUQUERQUE, Marcos et alii. **Reconhecimento arqueológico em Penedo**. (Estudo comparativo e georeferenciamento com base na iconografia histórica e na análise geoarqueológica do sitio do forte Maurício), Alagoas, 2005 (Relatório de Pesquisa).

BERGO, Márcio Tadeu Bettega. **Explicando a Guerra. Polemologia: o estudo dos conflitos, das crises e das guerras**. Rio de Janeiro, CEPHiMEx, 2013.128 p.:il.

CASTRO, Adler Homero Fonseca de. **Muralhas de Pedra, Canhões de Bronze, Homens de Ferro: Fortificações do Brasil de 1504 a 2006**. Rio de Janeiro: Fundação Cultural Exército Brasileiro (Funceb), 1º Edição 2009, 478p.: v. I; il.

REDMAN, Charles L. Trabalho de Campo em Multi-Estágios e Técnicas Analíticas. **American Antiquity**, Vol. 38, n.º. 1 1973 (61- 79)

SCHIFFER, Michael B. Contexto Arqueológico e Contexto Sistêmico. **American Antiquity**, vol. 37. N. 2,1971

TEIXEIRA, Paulo Roberto Rodrigues. Fortaleza de Santa Cruz de Anhatomirim. **Revista DaCultura**. FUNCEB. Rio de Janeiro, Ano V, No. 9, Dezembro 2005.

TEIXEIRA, Paulo Roberto Rodrigues. Fortaleza de Santo Antonio de Ratones. **Revista DaCultura**. FUNCEB, Rio de Janeiro, Ano VIII, No. 14, Dezembro 2008.

TEIXEIRA, Paulo Roberto Rodrigues. Fortaleza de São José da Ponta Grossa. **Revista DaCultura**. FUNCEB, Rio de Janeiro, Ano X, No. 16, Dezembro 2010.

Documentos eletrônicos

TONERA, Roberto. **Fortalezas Multimídia**. Florianópolis: Editora da UFSC, Projeto Fortalezas Multimídia, 2001 (CD-ROM).

UFSC. **www.fortalezasmultimidia.com.br**. Florianópolis: Projeto Fortalezas Multimídia, 2008 (Website).

As fortificações no Sul do Brasil e a sua documentação no Banco de Dados Internacional sobre Fortificações: www.fortalezas.org

Roberto Tonera

Panorama das fortificações no Sul do Brasil

Nosso objetivo neste trabalho, ao tratar das fortificações no Sul do Brasil, se restringe a apresentar um panorama geral da construção das principais estruturas defensivas erguidas nesse território, elencar as principais obras de referência publicadas sobre essa temática e comentar sobre as recentes ações voltadas à pesquisa, inventário, estudo, sistematização de conteúdos e difusão de informações sobre esse imenso patrimônio fortificado, e que buscam contribuir para o conhecimento, a proteção, a preservação e a valorização daquelas fortificações ainda remanescentes.

O Brasil atual possui mais de 15.000 km de fronteiras terrestres e um litoral com cerca de 9.000 km de extensão. Proteger esse vasto território, ao longo de sua história, com um eficiente cordão de fortificações defensivas, nunca foi uma tarefa fácil, em função de uma série de fatores combinados: inerentes dificuldades de acesso a muitos pontos longínquos das fronteiras terrestres, repletos de obstáculos quase intransponíveis à época; a falta de recursos financeiros, humanos e materiais suficientes para construção e posterior manutenção e municiamento dessas construções; a falta de uma estrutura logística e operacional eficaz de transporte e comunicação entre os pontos fortificados, entre outros fatores.

Durante o período do Brasil Colônia, as fortificações eram quase todas de origem portuguesa, havendo algumas estruturas erigidas sob as bandeiras

de outras nacionalidades como Espanha, Holanda, Reino Unido e França. No período imperial (1822-1889), estruturas de defesa foram também erguidas no contexto das lutas pela independência, nas revoltas internas e nos conflitos externos com as novas repúblicas sul-americanas vizinhas, em especial: o Uruguai, a Argentina e o Paraguai, as quais se somam um número menor de construções defensivas erguidas durante a época republicana[1]. Na República (1889 até 1942[2]) surgem as primeiras baterias de artilharia de costa, levantadas em vários pontos do litoral, instaladas sempre em posições elevadas, como ocorre no Sul com a Bateria do Morro da Baleia, na Ilha do Mel (Paraná), e com os fortes catarinenses Marechal Luz, no Morro de João Dias (São Francisco do Sul) e Marechal Moura, no costão da Ponta dos Naufragados (Florianópolis). Trata-se de um período marcado principalmente pela modernização do armamento, com o emprego de canhões de longo alcance, já há algum tempo incompatíveis com as velhas fortificações coloniais.

Durante o século XVIII, essas fronteiras terrestres disputadas entre Portugal e Espanha foram muito flexíveis, em especial no Sul do Brasil. Neste período, muito além do que definiam os tratados diplomáticos (Tordesilhas, Madrid, Santo Ildefonso, entre outros), a posse de fato de um território se dava pela sua ocupação efetiva (princípio *uti possidetis*, muito empregado pela diplomacia portuguesa), o que ocorria principalmente por meio da construção de fortificações, seguida do estabelecimento de núcleos de povoamento.

A expansão dos domínios portugueses em direção ao sul do continente americano, com a fundação da Colônia do Sacramento em 1680, primeira linha fronteiriça nessa região, construída na margem oposta do Rio da Prata, bem em frente a Buenos Aires (atual Uruguai), foi facilitada pela lacuna deixada pela omissão dos castelhanos no povoamento da banda oriental do Rio Uruguai. Basta lembrar que entre Sacramento e Laguna (em Santa Catarina), não havia ocorrido nenhuma ocupação regular espanhola até a fundação de Montevidéu por volta de 1724-1726, quase meio século após o estabelecimento de Sacramento. Um segundo momento nessa disputa

[1] Cabe destacar que essas posições geográficas cruciais – que os velhos fortes protegiam ao longo das fronteiras terrestres do Brasil – se mantêm ainda na atualidade como rotas chaves de ingresso no território brasileiro, e permanecem até hoje guarnecidas pelas forças armadas do país, o que demonstra a visão estratégica dos antigos engenheiros militares lusos e daqueles que atuaram a serviço de Portugal.

[2] O Forte dos Andradas (no Guarujá, litoral de São Paulo), cujas obras se concluíram em 1942, é considerada a última fortificação erguida em solo brasileiro (MORI: 2003, p. 83).

territorial vai ocorrer a partir da fundação de Rio Grande, em 1737, segunda linha fronteiriça, que se manterá em disputa até 1777. O Forte de São Miguel e a Fortaleza de Santa Teresa, próximos ao rio Chuí, inicialmente projetados por portugueses e depois tomados e ampliados pelos espanhóis (hoje em território uruguaio, na divisa com o Brasil) funcionavam como uma espécie de posto avançado de Rio Grande. Na região da chamada *Campanha* fortes inicialmente espanhóis como Santa Tecla e São Martinho guarneciam o interior da região e eram confrontados com outras construções portuguesas posicionadas para conter o avanço espanhol, dentre as quais o Forte Jesus, Maria e José de Rio Pardo, a conhecida *Tranqueira Invicta*, era a fortificação mais emblemática. Esses limites geográficos eram complementados com o que podemos denominar de uma fronteira recuada, representada pelas fortificações da Ilha de Santa Catarina[3], fundamentais no apoio logístico ao *Exército do Sul*, em especial às cidades de Rio Grande e Sacramento[4]. O mapa do Sul do Brasil será de fato definido e consolidado apenas em 1801, com a incorporação definitiva das missões jesuíticas no noroeste do Rio Grande do Sul e a fixação dos limites meridionais do país ao norte do rio Chuí. Essas disputas pelas fronteiras do sul resultaram na construção de um dos maiores sistemas defensivos erguidos no Brasil e que se torna ainda mais expressivo quando consideramos neste contexto as fortificações do lado uruguaio.

Outras fortificações foram erguidas, ampliadas ou reequipadas no território brasileiro na primeira metade do século XIX – algumas delas junto às fronteiras terrestres – para combater as tropas fiéis a Portugal nas chamadas *guerras de independência*, bem como no enfrentamento das revoltas regionais internas[5] do período inicial do Império e ainda como suporte às ações militares internacionais, como a anexação do Uruguai com a criação da Cisplatina (1825-1828), e as campanhas contra Oribes, no Uruguai (1851) e Rosas, na Argentina (1851-1852), entre outros.

Até o final do século XIX outras construções fortificadas irão merecer a atenção do governo imperial, motivado por acontecimentos como a Questão Christie (1862-1865), a Revolta de Armada e Revolução Federalista

---

[3] Ver TONERA, Roberto. **Fortificações catarinenses: patrimônio de Santa Catarina e do Brasil**. In: Revista História Catarina, nº 48, ano VII, p. 64.82.

[4] TONERA, Roberto & OLIVEIRA, Mário Mendonça. **As defesas da Ilha de Santa Catarina e do Rio Grande de São Pedro em 1786**. Florianópolis: Editora da UFSC, 2011, p. 23-27.

[5] Revoltas internas como a Guerra dos Farrapos no Sul do Brasil, a Confederação do Equador no Nordeste, a Sabinada (Bahia), a Balaiada (Maranhão), a Revolução Praieira (Pernambuco), a Cabanagem (Pará), entre outras.

(1893-1895), e a campanha de Canudos (1895-1897), para citar alguns dos mais importantes. No começo da segunda metade do beligerante século XIX, a campanha brasileira no Uruguai contra Aguirre (1864-1865) será considerada como um dos estopins para a declaração de guerra do Paraguai ao Brasil, dando início ao maior conflito armado da América do Sul, a Guerra da Tríplice Aliança, ou Guerra do Paraguai (1864-1870).

Foram muitas as fortificações envolvidas na guerra travada entre o Paraguai e as forças aliadas do Brasil, Argentina e Uruguai. Algumas estruturas defensivas haviam sido herdadas dos sistemas fortificados coloniais dos respectivos países, ou foram construídas durante a primeira metade do século XIX. Outras foram erigidas na iminência da guerra e mesmo durante os anos em que durou o conflito. Ocorreram quase duas centenas de batalhas durante todo o período da guerra, embates que envolveram dezenas de fortificações, algumas participando diretamente das ações na linha de frente dos combates, outras atuando como suporte logístico às operações militares, tanto em solo paraguaio quanto nos territórios das três nações aliadas. Outras fortificações mais afastadas das áreas de conflito foram também mobilizadas e, em alguns casos, reequipadas, municiadas e reformadas na incerteza de poderem ou não vir a atuar futuramente no desenrolar do conflito. Algumas dessas estruturas funcionaram também como unidades de apoio de retaguarda na preparação e treinamento das forças de combate, no tratamento e convalescença de feridos[6] e nas operações logísticas de longa distância.

Entre as principais fortificações brasileiras envolvidas diretamente no conflito estão aquelas situadas nos estados (ou províncias, como se denominava à época) do Mato Grosso do Sul (que fazia fronteira imediata com o Paraguai)[7], e Rio Grande do Sul (Uruguaiana e Bagé).

Deste conjunto de fortificações[8] platinas sobraram pouco exemplares, tanto no Brasil quanto no Paraguai, Uruguai e Argentina, as quais quase não

[6] É o caso, por exemplo, da Fortaleza de Santa Cruz de Anhatomirim, em Santa Catarina, no Sul do Brasil, que foi adaptada para funcionar também como hospital de convalescença dos feridos da guerra. Disponível em <http://fortalezas.org/index.php?ct=fortaleza&id_fortaleza=1>. Acesso em 29 de setembro 2014.

[7] Fortificações de Mato Grosso (hoje dividido nos estados de Mato Grosso, Mato Grosso do Sul e Rondônia): Forte Novo de Coimbra, Vila Bela, Melgaço, Nioac, Colônia Militar de Dourados, Colônia Militar de Miranda, Fortificações de Corumbá, para citar apenas alguns.

[8] O número de fortificações (existentes ou arruinadas, e estruturas desaparecidas) localizadas nessa área de interesse e já presentes no Banco de Dados Internacional: Mato Grosso (4 fortificações); Mato Grosso do Sul (20 fortificações); Rio Grande do Sul (43 fortificações); Santa Catarina (45 fortificações); Uruguai (27 fortificações); Argentina (8 fortificações) e Paraguai (14 fortificações), ...

foram estudadas, independentemente do país de origem. Os poucos trabalhos existentes estão dispersos e/ou abordam essas fortificações mais pelo viés do relato histórico-descritivo de sua trajetória cronológica, destacando os fatos mais relevantes a elas associadas, mas quase sempre considerando de forma superficial outros aspectos importantes referentes à arquitetura militar das construções, aos seus armamentos e tropas, apenas para citar alguns dos temas pertinentes a esse patrimônio fortificado.

A disputa pelo Sul do Continente[9]

A Colônia de Sacramento, fundada pelos portugueses em 1680 e ponto de apoio para um intenso comércio de contrabando em área espanhola – rica em metais preciosos, gado e couro –, era considerada vital por interligar o interior do continente a seu litoral e foi vista pelos espanhóis como uma invasão aos limites impostos pelo Tratado de Tordesilhas, cuja fronteira ao sul se situava em Laguna, Santa Catarina. Esses limites sempre foram contestados por Portugal, tanto no campo jurídico quanto prático, tentando alargá-los até o Prata. Essas fronteiras, na realidade, já haviam se tornado bastante flexíveis durante o período da União Ibérica, entre 1580 e 1640, bem como em decorrência da interiorização da ocupação do continente promovida pelos bandeirantes paulistas. Como era previsível, logo depois de sua fundação, a Colônia foi invadida pelos espanhóis e, em seguida, retomada pelos luso-brasileiros, dando início a uma série de embates militares e diplomáticos, com frequentes alternâncias de posse entre as duas coroas, que se estenderiam até 1778.

Em 19 de fevereiro de 1737, ao retornar de uma malograda expedição de conquista de Montevidéu, o brigadeiro português José da Silva Paes (1679-1760) se estabeleceu junto à barra do Rio Grande e ali ergueu o Forte de Jesus, Maria e José, núcleo de fundação da colônia militar (presídio) e futura Vila de São Pedro, atual cidade de Rio Grande[10]. A escolha do local,

números que devem ampliar-se com o avanço das pesquisas e com a ampliação dos conteúdos inseridos nessa base de dados pelos investigadores parceiros (Informações compiladas a partir do Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações. Disponível em: <http://www.fortalezas.org>. Acesso em: 29 de setembro 2014).

[9] Texto condensado a partir do livro TONERA&OLIVEIRA. As defesas da Ilha de Santa Catarina e do Rio Grande de São Pedro em 1786. Florianópolis: Editora da UFSC, 2011. Todas as citações atribuídas a RANGEL (1786), citadas ao longo do texto, foram extraídas desta obra.

[10] O estabelecimento oficial dessa primeira povoação portuguesa em território gaúcho é considerado a gênese do Rio Grande do Sul e a origem do próprio nome do estado, sendo essa efeméride comemorada como data de aniversário da cidade de Rio Grande.

que seria sede da comandância militar de Rio Grande, permitia aproximar a base de apoio logístico à Colônia, dava segurança aos estancieiros (para manter o fornecimento de carne e couro, e animais para carga, tração e montaria), facilitava as pretendidas investidas contra Montevidéu, bem como oferecia um novo ancoradouro às embarcações portuguesas naquele trecho da costa, embora a navegação pela *Barra Diabólica* fosse difícil e traiçoeira. A Espanha passou então a ter dois grandes desafios nessa região: recuperar Sacramento e expulsar os portugueses de Rio Grande, retomando os territórios ao sul de Laguna que julgava seus por direito.

No calor dessas disputas, a Ilha de Santa Catarina – ancoradouro abrigado onde as embarcações podiam se reabastecer de água, víveres e lenha, e receber reparos –, último porto seguro e amplo o suficiente entre o Rio de Janeiro e Buenos Aires, passou a representar um ponto estratégico para Portugal. A Coroa necessitava garantir a posse da Ilha pela sua efetiva ocupação, fortificação e utilização como base de apoio à navegação e às operações militares de longa distância. Para isso o governo português criou, em 1738, a Capitania Subalterna da Ilha de Santa Catarina (com jurisdição também sobre os territórios do Rio Grande do Sul) e nomeou como seu primeiro governador o mesmo Silva Paes fundador de Rio Grande, militar experiente e engenheiro militar autor também de fortes em São Paulo e Rio de Janeiro. Ao chegar à Ilha, em março de 1739, o brigadeiro assumiu o governo, projetando e dando início à construção de um sistema defensivo composto de quatro fortalezas e que viria a ser ampliado com outras fortificações menores até o fim do século XVIII.

Os espanhóis, após se apossarem mais uma vez da Colônia, finalmente invadiram e tomaram a Vila de São Pedro, em 1763, sob o comando do governador de Buenos Aires, D. Pedro de Cevallos (1715-1778). Não satisfeitos, atravessaram o Canal e ocuparam também a margem esquerda da Barra do Rio Grande (atual município de São José do Norte), o que representou um risco iminente para a segurança das demais povoações portuguesas estabelecidas mais ao norte. A contra-ofensiva portuguesa recuperou essa margem do Canal em 1767, quando era governador da Capitania o Coronel Sá e Faria, construindo diversos fortes nessa posição, chamada Fronteira do Norte, que passou a ser o centro de operações do *Exército do Sul* com apoio de retaguarda de Rio Pardo e suporte logístico instalado em Viamão e depois em Porto Alegre. A ofensiva espanhola se ampliou também pelo interior do território (chamado *Campanha*) com a fundação dos fortes de São Martinho (próximo à atual cidade de Santa Maria) e Santa Tecla (em Bagé), criados como base

de apoio à pretendida conquista de Rio Pardo. No entanto, a *Tranqueira Invicta*, como ficou sendo conhecida a Fortaleza de Rio Pardo, conteve o avanço espanhol e serviu de apoio à conquista e à destruição de ambos os fortes espanhóis, respectivamente em 1775 e 1776. A margem sul do Canal de Rio Grande e a Vila de São Pedro também foram reconquistadas por Portugal em abril de 1776, sob o comando do General João Henrique Böhn, após 13 anos de dominação espanhola.

A resposta da Espanha a essas perdas seria poderosa. A maior expedição que já cruzou o Atlântico em todos os tempos – comandada pelo mesmo Cevallos, agora nomeado Primeiro Vice-Rei do Rio da Prata – tomou sem resistência a Ilha de Santa Catarina e suas fortificações, em fevereiro de 1777. Na continuidade de sua investida conquistou também Sacramento, mas novo acordo de paz o impediria, porém, de retomar Rio Grande. O Tratado de Santo Ildefonso, de 1º de outubro daquele mesmo ano, devolveria a Ilha de Santa Catarina a Portugal, mantendo o Rio Grande sob a bandeira lusa. A Colônia de Sacramento, após quase 100 anos de disputas, passaria definitivamente para o domínio espanhol. A sua manutenção pelos portugueses tornou-se insustentável àquela altura, pois era já de fato uma posição encravada e isolada em meio a um território agora efetivamente ocupado pelos castelhanos.

Fortificações em Santa Catarina

O litoral catarinense chegou a possuir mais de quatro dezenas de fortificações, se considerarmos também aquelas estruturas defensivas de menor porte. No entanto, foi a Ilha de Santa Catarina que abrigou um dos mais expressivos sistemas defensivos já construídos no Brasil. O brigadeiro português José da Silva Paes projetou três fortalezas para guarnecer o acesso à sua Barra Norte: Santa Cruz (iniciada em 1739), na Ilha de Anhatomirim; São José da Ponta Grossa (1740), num pontal de terra ao norte da própria Ilha de Santa Catarina, e Santo Antônio (1740), na Ilha de Ratones Grande, mais no interior do canal. Para defender a entrada da Barra Sul, um canal bem mais estreito, construiu apenas a Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição (1742), na Ilha de Araçatuba. Nas décadas seguintes alguns fortes de menores proporções foram erguidos mais próximos ao centro da Vila, totalizando 11 principais fortificações antes do final do século XVIII: os fortes de Santana do Estreito (cerca de 1763) e São Francisco Xavier da Praia de Fora (cerca de 1763), a Bateria de São Caetano da Ponta Grossa (1765), e os fortes de São Luís da Praia de Fora (cerca de 1771), Santa Bárbara da Praia da Vila (antes

de 1774), Nossa Senhora da Conceição da Lagoa (cerca de 1775) e São João do Estreito (cerca de 1793). Além dessas fortificações principais, teriam existido ainda algumas outras estruturas mais modestas, que não deixaram vestígios de sua existência, como o desconhecido Forte do Pontal do Rio Ratones (atual Pontal da Praia da Daniela), fortificação construída em 1819 com a função de dar apoio à Fortaleza de Anhatomirim. Outras estruturas de menor porte – estacadas, trincheiras, baterias e fortins – foram ainda erguidas no estado, nos séculos XVIII, XIX e XX, tanto na Ilha de Santa Catarina (Ribeirão da Ilha, José Mendes, Saco dos Limões, Praia de Fora, Agronômica e Santo Antônio, entre outros locais), como também em Laguna, Imbituba e São Francisco do Sul[11]. Dentre as construções mais recentes, ainda hoje encontramos o Forte Marechal Moura (1909/1911), ruínas situadas junto ao Farol de Naufragados, no sul da Ilha de Santa Catarina, e o Forte Marechal Luz (1909/1913), ainda em uso e localizado no Morro do João Dias, na Barra da Baía da Babitonga, em São Francisco do Sul. Essas duas últimas fortificações construídas em Santa Catarina foram erguidas pelo Exército Brasileiro no âmbito de um novo sistema de defesa que empregava baterias isoladas de artilharia de costa. Armadas com canhões de longo alcance (peças com calibres de 120 e 152 mm), deveriam realizar a proteção e defesa do litoral brasileiro e a vigilância do mar aberto, não possuindo mais a função de guarnecer a entrada de baías, enseadas ou barras de rios, como ocorria com os fortes coloniais.

A construção das fortificações do século XVIII seguia as orientações técnicas presentes nos tratados e manuais elaborados, entre outros, pelos portugueses Serrão Pimentel e Azevedo Fortes[12]. As técnicas construtivas utilizadas não se diferenciavam daquelas empregadas nas demais fortificações da época, predominando em Santa Catarina a alvenaria de pedra e cal, tanto na construção das muralhas quanto dos edifícios. Os principais materiais de construção eram obtidos no próprio local da obra ou nas vizinhanças dos fortes, como a pedra, a madeira, as telhas cerâmicas, a areia e a cal de conchas de moluscos (ostras, berbigões e mexilhões, entre outros) produzida nas caieiras da região.

---

[11] Textos completos, iconografias e fotografias sobre cada uma dessas fortificações podem ser encontrados no Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações (www.fortalezas.org). Disponível em: <http://fortalezas.org/?ct=fortalezas>. Acesso em: 29 de setembro 2014.

[12] *Método lusitânico de desenhar as fortificações* (1680), de Luís Serrão Pimentel, e o *Engenheiro Português*, de Manoel Azevedo Fortes (1660-1749), cujo original é de 1728. Azevedo Fortes era engenheiro-mor do Reino quando se iniciaram as obras das fortificações de Silva Paes na Ilha de Santa Catarina, projetos que tiveram a sua análise e aprovação oficial. Aliás, Silva Paes possuía em sua biblioteca particular praticamente todas as obras de autoria de Azevedo Fortes, entre outros tratadistas de fortificações da época.

As peculiaridades das fortificações em Santa Catarina, no entanto, se revelam no seu inteligente ajuste às variadas condições topográficas locais, criando uma grande diversidade de soluções tipológicas entre si e em relação às demais fortificações brasileiras. Nelas não vamos encontrar a solução tradicional do forte regular com baluartes destacados, mas sim terraplenos ou platôs geralmente contidos por trechos descontínuos de muralhas baixas, formando desenhos irregulares, com os canhões atirando quase sempre por sobre os parapeitos dessas muralhas, *à barbeta*, como se dizia então. Os edifícios não estão enclausurados no interior da fortificação, como era comum, mas sim descortinados na paisagem. Na maior parte dos casos, as próprias ilhotas que abrigavam a maioria dessas construções funcionavam como recintos naturais fortificados, garantindo por si só o necessário e suficiente isolamento e proteção da praça-forte. Esse tipo de implantação confere a essas fortificações um papel relevante na atual paisagem do litoral catarinense, onde se apresentam harmoniosamente integradas ao ambiente natural em que estão inseridas e de onde, por sua vez, se pode desfrutar de visuais deslumbrantes dos ricos cenários paisagísticos que as circundam.

A manutenção dos fortes sempre foi difícil, sendo a precariedade do estado de conservação das construções, assim como dos uniformes das tropas e dos armamentos, mencionada constantemente nos relatórios dos engenheiros que as inspecionaram e nas crônicas dos viajantes estrangeiros que as conheceram nos séculos XVIII e XIX. No final da década de 1960, praticamente todas as fortificações ainda remanescentes encontravam-se em ruínas, entregues à ação da natureza e à depredação humana. Haviam desaparecido completamente os fortes de São Luís da Praia de Fora e São Francisco Xavier, vendidos em leilão público já em 1839 e 1841, respectivamente. Também não mais existiam os fortes da Conceição da Lagoa e de São João, este último soterrado quando da construção da Ponte Hercílio Luz (entre 1922 e 1926)[13]. O Forte de Santa Bárbara, apesar de bastante descaracterizado, era o único que continuava sendo ocupado pela Marinha, com funções administrativas.

[13] Em verdade o Forte de São João já se encontrava arruinado em meados do século XIX, quando foi elaborado um novo projeto de fortificação para o mesmo local (1864). Essa construção ou reforma foi iniciada, mas, provavelmente, nunca chegou a ser inteiramente executada. Esse forte possuía uma área de grandes dimensões, que permanece ainda hoje parcialmente ocupada com instalações do Exército Brasileiro (residência de oficiais, hotel de trânsito, entre outras). Algumas de suas primitivas estruturas ainda eram visíveis durante a construção da primeira ligação Ilha-Continente e mesmo hoje – semissoterrados em uma área pública na encosta que desce em direção ao mar – há ainda trechos remanescentes de suas muralhas e ao menos uma construção...

A reabilitação das fortificações catarinenses foi fruto de um processo, lento e gradual, iniciado em 1969 com a recuperação do Forte de Santana, numa iniciativa do Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (atual IPHAN) em conjunto com a Prefeitura Municipal de Florianópolis e Governo do Estado de Santa Catarina. No início da década seguinte, o IPHAN deu sequência a esse resgate com a realização dos primeiros trabalhos de restauração na Fortaleza de Anhatomirim. Esse processo tomou impulso decisivo a partir de 1979, por intermédio de um convênio celebrado entre a Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC), o IPHAN e o Ministério da Marinha, quando a UFSC assumiu formalmente a guarda e manutenção de Anhatomirim.

Durante esse período, as demais fortificações continuaram praticamente abandonadas e em ruínas. Por iniciativa do IPHAN, as fortalezas de Ponta Grossa e Ratones receberam intervenções eventuais de limpeza de vegetação e consolidação emergencial de seus edifícios arruinados. Entre 1987 e 1989 foram realizados os primeiros trabalhos de prospecção arqueológica e de levantamento cadastral dos edifícios e muralhas de ambas as fortificações.

A recuperação desse valioso patrimônio consolidou-se definitivamente entre 1989 e 1992, com a criação do *Projeto Fortalezas da Ilha de Santa Catarina – 250 Anos na História Brasileira*[14], ação de cunho interinstitucional que possibilitou a restauração das fortalezas de Ratones (1990) e Ponta Grossa (1991), passadas também, desde então, à guarda da UFSC e abertas à visitação pública em 1992. Foi sem dúvida uma iniciativa pioneira e singular no Brasil: uma universidade mantenedora de três fortificações históricas! O *Projeto Fortalezas*, como passou a ser conhecido, permitiu ainda a realização de uma nova etapa da restauração de Anhatomirim (1989/90) e a consolidação emergencial das ruínas da Fortaleza de Araçatuba (1991). Na continuidade desse processo de resgate dos fortes catarinenses, foi criado na UFSC, em 1995, o *Projeto Fortalezas Multimídia*, cujo objetivo principal

---

abobadada de maiores proporções. Esses vestígios são suficientes para justificar plenamente a necessidade de ser realizado no local um trabalho de pesquisa arqueológica, seguido de um projeto de sinalização e valorização paisagística dessa área, com o consequente resgate da memória histórica do antigo Forte de São João.

[14] Esse projeto foi coordenado pela UFSC, em parceria direta com o IPHAN, e contou com o apoio institucional da Marinha e do Exército Brasileiro e financiamento a fundo perdido da Fundação Banco do Brasil. Além das obras de restauração, o *Projeto Fortalezas* publicou diversas obras temáticas e vídeos educativos, dotou as fortalezas de comunicação visual de apoio à visitação dos monumentos, produziu maquetes, exposições e apresentações artístico-culturais, promoveu cursos de formação de guias, entre outras ações de cunho cultural e educativo.

era trabalhar com a informatização e difusão de conteúdos relacionados às fortificações, buscando democratizar o acesso ao conhecimento sistematizado sobre esse patrimônio e contribuir para o aproveitamento otimizado do potencial educacional, cultural e turístico desses monumentos[15].

Fruto do somatório de todas essas ações, as fortificações catarinenses tornaram-se sinônimo de preservação cultural na região e passaram a receber diariamente um fluxo crescente de visitantes locais e turistas provenientes de diversas partes do Brasil e do exterior[16].

Fortaleza de Santa Cruz de Anhatomirim

A Fortaleza de Santa Cruz está localizada na Ilha de Anhatomirim, no atual município de Governador Celso Ramos, dominando a entrada da Barra Norte da Ilha de Santa Catarina. Sua construção iniciou em 1739, sendo a principal fortificação do sistema defensivo idealizado pelo Brigadeiro Silva Paes. Entre seus principais edifícios, se destacam o imponente Quartel da Tropa, o maior do gênero entre as fortificações brasileiras, e a Portada principal de acesso à fortaleza, com peculiares linhas de inspiração oriental. Em relação ao seu armamento, o levantamento de Correia Rangel (1786/89) registra que a fortaleza possuía então 57 peças de artilharia, sendo 38 canhões de ferro e 19 de bronze, com calibres variando de 2 a 24 libras.

Entre os episódios mais marcantes de sua história consta ter sido o local de execução sumária de dezenas de revoltosos contrários ao governo do Marechal Floriano Peixoto, em abril de 1894, no desfecho da Revolução Federalista e Revolta da Armada. A partir do início do século XX, a fortaleza passou a pertencer ao Ministério da Marinha, recebendo novos edifícios e armamentos, além de outros melhoramentos no período compreendido entre as duas grandes guerras mundiais. Em 1938 foi declarada *Monumento Nacional* pelo então recém-criado Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional – atual IPHAN[17]. A partir de meados do século XX, as novas tecnologias bélicas a tornaram definitivamente obsoleta como unidade

---

[15] *Fortalezas Multimídia* é um projeto continuado de extensão e pesquisa que promove estudos e ações de conservação, documentação, valorização e divulgação das fortificações catarinenses, sendo responsável pela criação e desenvolvimento do Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações.

[16] O número de visitantes das três fortalezas mantidas pela UFSC saltou de 3,5 mil pessoas em 1986 (apenas Anhatomirim estava restaurada nessa data) para mais de 113 mil visitantes ano, atualmente, com significativos resultados positivos também do ponto de vista econômico e social, refletidos na dinamização do turismo local e na geração de emprego e renda.

militar. Apesar de desativada, a Marinha ainda manteve vigilância no local até fins da década de 1950, a partir de quando as instalações da fortaleza foram definitivamente abandonadas e entregues à ação das intempéries e da depredação humana.

Como já mencionado, Anhatomirim foi redescoberta no início da década de 1970, quando alguns de seus edifícios receberam as primeiras intervenções promovidas pelo IPHAN, recuperação que se acelerou a partir de 1979 com sua adoção pela UFSC, viabilizando a reabertura da fortaleza à visitação pública em 1984. Finalmente, entre 1988 e 1990, no âmbito do *Projeto Fortalezas*[18], ocorreram os primeiros trabalhos de arqueologia[19] nessa fortaleza e seus últimos edifícios foram restaurados.

Fortaleza de São José da Ponta Grossa

A Fortaleza de São José está localizada no alto do Morro da Ponta Grossa, entre as atuais praias do Forte e de Jurerê Internacional. Foi a segunda fortaleza do sistema defensivo projetado por Silva Paes, com obras iniciadas em 1740. Rangel (1786) informa que seu poder de fogo era de 31 peças de artilharia, assim distribuídas: cinco canhões de bronze, sendo quatro de calibre 12 libras (lb) e um de 8 lb, e 26 canhões de ferro, com calibres variando entre 2 e 24 libras.

Arruinada já no século XIX, a fortaleza começou a receber as primeiras intervenções de limpeza e consolidação emergencial de seus edifícios arruinados a partir de 1976, quando o IPHAN recuperou alguns trechos de muralhas e de paredes remanescentes da Casa do Comandante e da Portada,

[17] Todas as fortificações coloniais remanescentes em Santa Catarina foram tombadas como Monumentos Nacionais: Anhatomirim, Ponta Grossa, Ratones e Santana em 1938; Araçatuba em 1980 e Santa Bárbara em 1984. As ruínas do Forte Marechal Moura de Naufragados estão inclusas na área de entorno protegido pelo tombamento da Fortaleza de Araçatuba, ratificado em 2014. Em Santa Catarina ficará faltando estender essa proteção federal somente ao Forte Marechal Luz, de São Francisco do Sul (no norte do estado), e às ruínas remanescentes do antigo Forte de São João do Estreito.

[18] Após mais de três décadas e meia de gestão, a UFSC – que também é mantenedora das fortalezas de Ratones, Ponta Grossa e Bateria de São Caetano – desenvolve nessas fortificações atividades de cultura, pesquisa, extensão e turismo cultural, mantendo-as abertas à visitação pública durante todos os dias do ano.

[19] Entre 1989 e 1990 foi realizada a primeira e única pesquisa arqueológica em Anhatomirim (quase um *salvamento*), no momento iminente das obras de restauração da última fase de intervenção na fortaleza. Esse trabalho, realizado sob a coordenação de Teresa Fossari, encontra-se disponível em: <http://fortalezas.org/index.php?ct=bibliografia&id_bibliografia=2544>. Acesso em 29 de setembro 2014.

sendo então executada também a restauração parcial da Capela. Entre 1987 e 1990 foram realizados os primeiros trabalhos de prospecção arqueológica por técnicos do IPHAN/Fundação Pró-Memória e, posteriormente, pela equipe do Museu Universitário da UFSC[20]. Sua restauração efetiva ocorreu no âmbito do *Projeto Fortalezas,* estando desde então (1992) também sob a gerência da UFSC e aberta à visitação pública.

A fortificação possui a forma de um polígono irregular, com os edifícios distribuídos por três terraplenos situados em cotas de nível distintas, interligados por rampas de pedra e cercados por espessas muralhas em alvenaria de pedra e cal. No primeiro terrapleno situavam-se a principal bateria de canhões e a Casa da Palamenta (hoje em ruínas). Mais abaixo, junto à entrada da fortaleza, estavam o Calabouço e a Casa da Guarda. O Quartel da Tropa e outra bateria complementar de artilharia estavam localizados no segundo patamar. Finalmente, o terceiro e mais elevado platô era ocupado pela Casa do Comandante, Paiol da Pólvora, Capela e por uma terceira bateria auxiliar de canhões que flanqueava o acesso por terra à fortaleza. O abastecimento de água da fortificação era realizado por meio de uma fonte (*carioca*), situada, de forma peculiar, no exterior das muralhas da fortaleza.

Após a restauração da fortaleza o Quartel da Tropa passou a ser ocupado pelas rendeiras da comunidade local, que ali trabalham, expõem e comercializam a sua arte (a renda de bilro), revitalizando um fazer artesanal tão antigo quanto a própria fortificação. Na Casa do Comandante – um edifício de dois pavimentos, geminado ao Paiol da Pólvora – foi assinada a capitulação frente aos espanhóis em 1777. Parte dos artefatos encontrados durante as prospecções arqueológicas realizadas na fortaleza encontra-se exposta nessa construção. A Capela, dedicada a São José, padroeiro da fortificação, ainda hoje é utilizada como templo religioso, sendo o único edifício no conjunto das fortificações catarinenses a manter as suas funções originais.

---

[20] Por volta de 1987 ocorreram os primeiros trabalhos de prospecção realizados por equipe de arqueologia do IPHAN/Pró-Memória (Rossano Bastos e Rodrigo Lavínia). Posteriormente, entre 1989 e 1990, foi realizada uma pesquisa sistemática em diversas áreas internas e externas da fortaleza, sob a coordenação de Teresa Fossari (relatório disponível no Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações, em: <http://fortalezas.org/index.php?ct=bibliografia&id_bibliografia=249>. Acesso em 29 de setembro 2014). Finalmente, entre 1991/1992, ocorre o acompanhamento arqueológico das obras de restauração, sob a coordenação da arqueóloga Maria Madalena Velho do Amaral. Ver também SOARES, 2012, disponível em: <http://fortalezas.org/index.php?ct=bibliografia&id_bibliografia=2522>. Acesso em Acesso em 29 de setembro 2014.

Fortaleza de Santo Antônio de Ratones

Essa fortificação está localizada na Ilha de Ratones Grande, em meio à chamada Baía Norte da Ilha de Santa Catarina. Terceiro vértice do sistema defensivo da Barra Norte, sua construção teve início também em 1740.

A fortaleza apresenta a maioria das suas construções localizada em um único platô, conformado por uma muralha de pedra, em formato curvo a nordeste, e que segue retilineamente para sudoeste. Os edifícios foram erguidos em uma linha contínua sobre esse terrapleno principal, descortinando o mar à sua frente, com sua retaguarda voltada para a encosta natural. O Paiol da Pólvora, mais isolado, possuía dois pavimentos (hoje em ruínas) e ocupava uma posição mais elevada no terreno, como era tradicional naquela época. A porta de entrada da fortaleza e a Casa da Guarda localizavam-se um pouco abaixo do terrapleno principal, com a Fonte d'Água situada praticamente ao nível do mar.

As construções mais significativas desse conjunto são a Portada, que contava originalmente com uma ponte levadiça e fosso seco; a Fonte d'Água, com teto abobadado e piso revestido de tijolos; e um interessante sistema de captação, condução e aproveitamento de águas pluviais, que contava inclusive com um pequeno aqueduto, unindo os telhados da Casa do Comandante e do Quartel da Tropa. Cabe destacar também a Casa da Palamenta, edifício de apoio à principal bateria de canhões da fortaleza e que é o único exemplar preservado desse tipo de construção ainda remanescente nas fortificações catarinenses.

Segundo Rangel (1786), Ratones contava com 12 canhões de ferro, com calibres variando entre 4 e 24 libras, e dois de bronze, ambos de calibre 12 libras. Desarmada e desativada no decorrer do século XIX, funcionou nessa época e, provavelmente, até princípios do século XX como lazareto para pessoas infectadas por cólera e outras doenças contagiosas. Durante a Revolução Federalista e Revolta da Armada (1893/94), foi ocupada e artilhada pelos rebeldes com armamentos mais modernos: um canhão *Whitworth* desse período, de alma sextavada, permanece ainda hoje *protegendo* o porto da fortaleza. No início do século XX, as suas instalações passaram para a jurisdição do Ministério da Marinha, que a utilizou também como depósito de carvão.

Desde as primeiras décadas do século XX encontrava-se já completamente abandonada, em ruínas e invadida pela vegetação. Um mutirão em prol da conservação do monumento foi realizado entre setembro de 1983 e setembro de 1984, com a participação de voluntários de diversos segmentos

da sociedade catarinense. Até o final daquela década novas campanhas se seguiram e os recursos angariados permitiram iniciar os primeiros trabalhos de pesquisa arqueológica (1989) e de consolidação das ruínas da fortaleza[21].

A restauração efetiva da fortaleza ocorreu em 1990, no âmbito do *Projeto Fortalezas*. A UFSC assumiu o gerenciamento dessa fortificação em 1991, abrindo-a à visitação pública no ano seguinte.

Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba

A Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição está localizada na pequena Ilha de Araçatuba, na entrada da Barra Sul da Ilha de Santa Catarina. Essa ilhota está situada no atual município de Palhoça, entre a Ponta do Papagaio, no continente, e a Ponta dos Naufragados, no extremo sul da Ilha de Santa Catarina. Erguida a partir de 1742, foi a quarta fortificação do sistema inicial de defesa e a única com a função de guarnecer o acesso à Baía Sul. Também conhecida como Fortaleza da Barra do Sul ou ainda Fortaleza de Araçatuba[22], nela se destaca a bateria principal de artilharia, erguida em alvenaria de pedra e cal, com planta em formato circular e situada no ponto culminante da pequena ilhota. Em 1786, segundo o levantamento de Correia Rangel, estava artilhada com 10 canhões de ferro: quatro de calibre 18 libras, três de 12 lb e três de 8 lb.

Em 1987 o IPHAN realizou o levantamento gráfico cadastral de seus edifícios arruinados, os quais receberam escoramento e consolidação emergenciais em 1991, no âmbito do *Projeto Fortalezas*. Entre 2001 e 2003 a tutela da fortaleza passou temporariamente para a responsabilidade da UFSC, que elaborou

[21] A Fortaleza de Ratones passou por quatro intervenções arqueológicas. A primeira delas, cerca de 1988/1989, consistiu em prospecções preliminares às obras de restauração, executadas sob a coordenação do arqueólogo Hélio Viana da Universidade Estácio de Sá, do Rio de Janeiro. Em 1990, o acompanhamento das obras de restauração da fortaleza foi realizado pelos arqueólogos Edna June Morley e Rossano Lopes Bastos, do IPHAN/SC. Em 1990-1991, foi executada a retirada de dois sepultamentos , pertencentes ao conjunto de 11 óbitos ocorridos na segunda metade do século XIX, período em que a fortaleza funcionou como lazareto. Essa escavação foi coordenada pela arqueóloga Edna Morley e pelo médico legista Daniel Muñoz (USP/SP). Finalmente, cerca de 1991, ocorreu uma prospecção no Paiol da Pólvora, trabalho realizado sob a coordenação do arqueólogo Marcos André Torres de Souza, com a participação do arqueólogo Frascesco Palermo. O arqueólogo Marcos André foi estagiário de Hélio Viana, havendo atuado também na primeira intervenção arqueológica realizada nessa fortaleza (ver texto do arqueólogo nesta publicação).

[22] Araçatuba era também o antigo nome das praias do Sonho e Pinheira, naquela época então uma única praia, topônimo que também se estendeu à ilhota fronteira onde se encontrava a Fortaleza da Barra do Sul. A fortificação, por sua vez, também passou a ser denominada oficialmente de Fortaleza de Araçatuba por determinação ministerial de 28 de agosto de 1894.

um projeto para sua restauração[23]. No entanto, a execução da obra não se concretizou e o imóvel retornou para a jurisdição do Exército Brasileiro[24].

O acesso a essa fortificação é bastante difícil em virtude da inexistência de praia para desembarque ou atracadouro para embarcações. A visitação pública das ruínas da fortaleza – embora ocorra eventualmente de forma não sistemática – não é oficialmente autorizada pelo Exército Brasileiro e nem pelos órgãos de preservação.

Forte de Santana

O Forte de Santana está localizado na Avenida Oswaldo Rodrigues Cabral, sob a Ponte Hercílio Luz (lado insular), junto ao estreito de união das chamadas baías Norte e Sul da Ilha de Santa Catarina, a cerca de 1,5 km do centro da cidade.

Entre 1762/1763 o governador do Rio de Janeiro, Gomes Freire, enviou o engenheiro militar Sá e Faria para fazer o levantamento e avaliação das defesas da Ilha de Santa Catarina. Esse oficial concluiu que havia a necessidade de construção do Forte de Santana, na ponta da Ilha mais próxima ao continente, bem como do Forte de São Francisco Xavier, mais ao norte da vila, cujos projetos foram por ele mesmo elaborados. Construído por volta de 1763, Santana teria suas defesas complementadas com a construção do Forte de São João (1793), hoje quase integralmente desaparecido, localizado no continente fronteiro, com quem poderia cruzar fogos. Segundo o levantamento de Rangel (1786), Santana estava artilhada então com 10 canhões, sendo quatro deles de bronze, um de calibre 8 libras e três de calibre 6 lb e seis de ferro, todos de calibre 12 libras.

---

[23] A UFSC, em 2001, coordenou a elaboração do projeto arquitetônico de restauração de Araçatuba, juntamente com os projetos complementares de engenharia e projeto do atracadouro. Também foram realizados a pesquisa histórico-documental sobre a fortificação, o inventário fotográfico das ruínas e a prospecção arqueológica das áreas que receberiam intervenção: Casa da Palamenta, Paiol da Pólvora, Fonte, Cisterna, Casa do Comandante/Quartel da Tropa e Cozinha. Esse trabalho de prospecção foi coordenado pela arqueóloga Maria Madalena Velho do Amaral. Ver também Ver também trabalho de conclusão de curso de Luciene Rossi que abordou parte do material coletado nessa prospecção. Disponível em: <http://fortalezas.org/index.php?ct=bibliografia&id_bibliografia=2504>. Acesso em 29 de setembro 2014.

[24] Julgamos imperativa a retomada do processo de restauração dessa fortaleza, interrompido em 2003 e que aguarda recursos financeiros para sua viabilização, bem como a sua adoção por uma instituição mantenedora (trata-se de um bem da União sob a jurisdição do Exército Brasileiro). A restauração desse monumento, e sua consequente abertura à visitação pública, representa o elo faltante que permitirá a recuperação completa do sistema defensivo original composto pelas quatro primeiras e principais fortalezas idealizadas por Silva Paes.

Esse forte foi continuamente utilizado ao longo de sua história, sendo desativado em 1907. Além de suas funções originais, abrigou a Escola de Aprendizes Marinheiros (1857), a Companhia dos Inválidos (1876), o serviço de Polícia do Porto (1880) e uma estação meteorológica do Ministério da Agricultura (1912). Um episódio marcante da sua história ocorreu em 1893, por ocasião da Revolta da Armada, quando trocou tiros com a esquadra rebelde. O forte é constituído por um único conjunto de edificações, quase todas geminadas, tendo à sua frente uma bateria com sete plataformas de tijolos para posicionamento de seus canhões.

Esteve ocupado por construções clandestinas até 1969, quando o IPHAN iniciou a sua restauração, sendo esse o primeiro trabalho dessa natureza realizado em uma fortificação catarinense. Após sua recuperação, passou a abrigar o Museu de Armas Lara Ribas, aberto ao público a partir de 1975. O forte e o museu (hoje uma construção independente no mesmo terreno) são desde então administrados pela Polícia Militar de Santa Catarina. Em 1999, um trabalho assistemático e emergencial caracterizado por coleta de superfície do material arqueológico existente na praia frontal ao forte foi realizado pela arqueóloga Fabiana Comerlato[25].

Forte de Santa Bárbara

O Forte de Santa Bárbara está localizado no aterro da Baía Sul, no centro da cidade de Florianópolis. Na sua implantação original, situava-se sobre uma ilhota de pedra fronteira à antiga Praia do Canto (ou da Vila), ao sul da Praça Matriz da antiga Vila de Nossa Senhora do Desterro, sendo ligado à praia por um pequeno pontilhão em arcos. Os aterros efetuados na Baía Sul, na década de 1970, uniram essa pequena ilha à praia, sendo o forte posteriormente envolto por diversas avenidas da malha urbana. Essa fortificação tinha a finalidade de impedir um desembarque na Praia da Vila, que era considerada extremamente vulnerável caso alguma embarcação inimiga viesse a ultrapassar as defesas da Fortaleza de Araçatuba, na Barra Sul da Ilha.

Não se conhece a data exata de sua construção nem o autor do seu projeto. Sua planta não consta no levantamento das fortificações que Sá e Faria realizou por volta de 1760. É certo, porém, que a fortificação já havia sido iniciada em 1774, quando aparece nomeada como *forte novo* em um

[25] Ver artigo da autora sobre o referido trabalho, disponível em <http://fortalezas.org/?ct=bibliografia&id_bibliografia=1987>. Acesso em 29 de setembro 2014.

mapa daquele ano atribuído ao Marechal Funck. Segundo o manuscrito de Rangel estava guarnecida por um canhão de bronze de calibre 6 libras e 12 canhões de ferro de calibres entre uma e 12 libras.

O forte foi frequentemente registrado iconograficamente nas obras de diversos viajantes dos séculos XVIII e XIX que passaram por Santa Catarina: La Pérouse, Krusenstern, Langsdorff, Debret e outros. No século XIX, serviu como hospital militar, quando passou a servir à Capitania dos Portos, do Ministério da Marinha. Durante a Revolução Federalista (1893), foi utilizado como sede do governo. Durante a primeira metade do século XX novas reformas foram realizadas e alguns anexos construídos, descaracterizando-o completamente e dando-lhe as linhas arquitetônicas que conserva até hoje, à espera de uma intervenção de restauro mais incisiva.

Em 1984, fruto da polêmica sobre sua pretendida demolição, o forte foi tombado como Patrimônio Histórico Nacional. Em 1999 a fortificação foi cedida pela Marinha do Brasil ao município de Florianópolis, passando a abrigar, entre 2001 e 2013, a sede da Fundação Cultural de Florianópolis Franklin Cascaes. Retomado pela Marinha, o forte encontra-se atualmente em processo de restauração visando a implantação no local de um museu naval.

Bateria de São Caetano

Essa bateria está localizada no norte da Ilha de Santa Catarina, entre a Praia do Forte e a Praia de Jurerê Internacional, junto à Fortaleza de São José da Ponta Grossa, distante, aproximadamente, 28 km do centro de Florianópolis. Foi erguida a partir de 1765, no governo do Capitão Francisco de Souza de Menezes (1765-1775), em complemento à defesa do flanco leste da Fortaleza de Ponta Grossa, da qual dista cerca de 200 metros, guarnecendo-a contra eventuais assédios provenientes das atuais praias de Jurerê e Canasvieiras. Seu posicionamento buscava também impedir o acesso a um *padrasto*, uma elevação natural, localizado na retaguarda da Fortaleza de São José, um ponto vulnerável de onde a mesma poderia ser facilmente atacada.

A autoria de seu projeto é atribuída ao Sargento-mor Francisco José da Rocha, tendo sido artilhada à época com seis canhões, os mesmos que ainda lá se encontravam quando da invasão espanhola de 1777. Naquela ocasião, foi a primeira fortificação do sistema defensivo a ser tomada pelas forças espanholas que desembarcaram na vizinha praia de Canasvieiras e avançaram por terra.

Suas ruínas atuais integram o *Sítio Histórico da Ponta Grossa* – na área de entorno da Fortaleza de São José –, protegido em nível federal pelo

IPHAN e estando igualmente sob a guarda e manutenção da UFSC. De seu projeto original restam apenas a base de uma guarita, alguns trechos de muralhas, a maior parte de seu terrapleno e vestígios das alvenarias de duas pequenas construções que, segundo o levantamento de Rangel, teriam servido de casa de pólvora e alojamento dos soldados[26].

Forte de São Francisco Xavier

O Forte de São Francisco Xavier, hoje desaparecido, localizava-se no final do caminho que, vindo da antiga Vila de Nossa Senhora do Desterro, alcançava a Praia de Fora, na atual Praça Esteves Júnior, a cerca de 2 km do centro de Florianópolis. O forte foi construído por volta de 1763, no governo de Francisco Antônio Cardoso de Menezes e Sousa, segundo projeto de Sá e Faria, conforme já mencionado. Em tempo de guerra resguardava o acesso à Vila Capital e em tempo de paz buscava evitar a atracação de embarcações tripuladas por contrabandistas. Esse forte possuía uma planta em forma de polígono irregular, uma muralha semicircular voltada para o mar e uma plataforma elevada de artilharia – acessada por um único lance de escadas – onde os canhões ficavam posicionados. Segundo Rangel (1786), o forte chegou a possuir um conjunto de armamentos com 19 peças: uma de bronze de calibre 6 libras, e 18 de ferro, sendo duas de calibre 8 lb, seis de calibre 6 lb, quatro de calibre 4 lb, quatro de calibre 2 lb e as últimas duas de calibre 1 libra.

O Forte de São Francisco foi vendido, em leilão, no dia 31 de agosto de 1841. O terreno de marinha passou à Câmara Municipal, que, atendendo a uma reivindicação da comunidade local, por volta de 1862 ali fez erguer uma praça pública, recebendo depois o atual nome de Praça Esteves Júnior[27].

---

[26] A Bateria de São Caetano, o Forte de Naufragados e as estruturas remanescentes do antigo Forte de São João, embora em ruínas, são sítios arqueológicos que carecem igualmente de uma maior atenção da sociedade e dos órgãos de salvaguarda, de forma a garantir a sua preservação, bem como assegurar que sejam igualmente valorizados e integrados ao conjunto das demais fortificações já recuperadas e revitalizadas.

[27] Apesar de nada mais restar da estrutura original do forte na superfície da praça, durante uma escavação no local, destinada à execução de obras públicas de drenagem pluvial, foram encontrados três canhões de ferro fundido que pertenceram à antiga fortificação. Sobre eles ainda pode ser visto o brasão do Rei George II, indicando a procedência inglesa desses armamentos (canhões *Armstrong* de calibre 12 libras, fabricados entre 1727 e 1760, mas que foram utilizados no Brasil até o século XIX). Duas dessas peças passaram a incorporar o novo aspecto da praça, junto com painéis informativos sobre a história do antigo forte. O terceiro canhão, por sua vez, foi *transferido* para o Forte de Santa Bárbara. Esses *achados* acidentais demonstram que uma pesquisa arqueológica naquela praça e nos seus arredores poderia evidenciar muito mais da história dessa fortificação. Cabe observar ainda que na relação de armamentos do forte, informada por Rangel em 1786/89,...

Forte de São Luís

O Forte de São Luís da Praia de Fora, também já desaparecido, localizava-se no final da antiga Praia de Fora, junto à atual Avenida Beira--Mar Norte, no final da Avenida Mauro Ramos, a cerca de 4 km do centro de Florianópolis.

Foi construído por volta de 1771, no governo de Francisco de Souza de Menezes (1765-1775), com projeto atribuído ao Sargento-mor Francisco José da Rocha, autor também do projeto da Bateria de São Caetano. Segundo Rangel, a bateria de canhões e o Paiol da Pólvora situavam-se junto ao mar, na margem direita do arroio ali existente. Já o Quartel da Tropa, a Casa do Comandante e a Cozinha, situavam-se numa única edificação mais afastada da praia, na margem esquerda do citado arroio[28]. Na ocasião o forte estava armado com cinco peças de ferro, uma de calibre 8 libras e quatro de 6 libras. Essa fortificação também foi vendida em leilão, no dia 2 de dezembro de 1839, *por um preço menor do que valia a cantaria de seus portões*, segundo críticos da época. Sua função, junto com o Forte de São Francisco Xavier, era defender a Praia de Fora e o acesso norte à Vila[29].

não constam peças de calibre 12 libras, sendo provável que esses canhões tenham vindo para o forte entre aquela data e o ano de 1841, quando o forte foi demolido.

[28] Com a demolição do Forte de São Luís, adaptou-se ali uma fonte pública, transformando o local em um largo e, depois, em uma praça. Posteriormente, o arroio ali existente foi retificado e um novo trecho da Avenida Mauro Ramos foi executado, ligando-a à Rua Bocaiúva e à Beira-Mar Norte. É provável, portanto, que a área total ocupada pela antiga fortificação se estendesse da praça onde se encontra atualmente o busto de Lauro Müller até o terreno não edificado, em frente ao *Beiramar Shopping*. Esse último terreno ainda se encontra hoje sob a jurisdição do Exército Brasileiro.

[29] Durante os anos que antecederam a invasão espanhola da Ilha de Santa Catarina (1777), uma série de defesas complementares foi erguida ao longo da costa oeste da Ilha (no interior da Baía Norte) visando barrar um eventual desembarque ou conter o avanço das tropas castelhanas. Conforme mapa das defesas da Ilha (cerca de 1778), de norte para sul foram construídas: uma bateria sem artilharia na margem esquerda da foz do Rio Ratones, duas trincheiras em Santo Antônio de Lisboa, dois fortes em Cacupé, sendo um deles no alto do morro, para guarnecer o caminho que levava a Santo Antônio, Rio Ratones e norte da Ilha; quatro trincheiras no bairro da Agronômica, sendo uma junto às Três Pontes (atual Avenida da Saudade, no início do bairro Itacorubi), outra junto à atual Casa do Governador, a terceira entre a Ponta do Lessa e a Ponta do Coral e a quarta entre essa última ponta e o Forte de São Luís. Ressalte-se que naquela época o termo *trincheira* não significava uma simples vala, como é senso comum, mas tratava-se sim de uma estrutura defensiva com muralha (algumas vezes revestida de pedra ou tijolos), parapeito e, quase sempre, fosso seco. Complementando essas defesas – segundo mapa espanhol de 1777 – foram construídas ainda linhas de estacadas (dentro d'água) entre o Forte de São Luís e o Forte de Santana e em frente à Praia da Vila, além de mais seis estruturas defensivas de apoio na Praia de Fora: duas entre os fortes de São Luís e de São Francisco Xavier e quatro entre este e o Forte de Santana.

Forte de Nossa Senhora da Conceição da Lagoa

Esse forte, já desaparecido no século XVIII, localizava-se na Lagoa da Conceição, leste da Ilha de Santa Catarina, a cerca de 22 km do centro de Florianópolis. Existem controvérsias sobre sua precisa localização. As informações sobre essa fortificação são escassas: acredita-se ter sido iniciada por volta de 1775, por determinação do governador militar da Ilha de Santa Catarina, Marechal Antônio Carlos Furtado de Mendonça, na iminência da já comentada invasão espanhola de 1777. Segundo Rangel (1786), seu comando era então ocupado pelo Capitão Manuel Gonçalo Leite de Barros, estando artilhado com quatro canhões de ferro montados em carretas, sendo três de calibre 12 libras e um de 8 lb. É possível que tenha desaparecido ainda naquele período, pois mapas do início do século XIX já não trazem mais indicada essa fortificação[30].

Fortificações no Rio Grande do Sul

Conforme já comentamos, a primeira fortificação permanente construída no Rio Grande do Sul foi o Forte Jesus, Maria e José de Rio Grande (1737)[31]. Erguido pelo Brigadeiro Silva Paes, sobre uma posição provisoriamente fortificada pelo Coronel de Ordenanças Cristóvão Pereira de Abreu, destinava-se a servir de alojamento à tropa de primeira linha da expedição do Brigadeiro. De forma complementar, esse engenheiro militar criou ou consolidou ainda uma série de estruturas de defesa auxiliares (guardas, redutos ou fortins) em torno dessa posição: Arroio, Estreito e Passo da Mangueira, mais próximos à fortificação inicial, e Albardão, Taim, Arroio Chuí e São Miguel[32], um pouco mais distantes de Rio Grande, em direção ao sul do continente.

Alguns anos depois, entre 1752 e 1759, Gomes Freire de Andrade ergueria ao longo do Rio Jacuí as fortalezas de Rio Pardo (1753/1754) e Santo

---

[30] Do conjunto das principais fortificações da Ilha de Santa Catarina, três delas desapareceram completamente: Nossa Senhora da Conceição da Lagoa, São Francisco Xavier e São Luís. No entanto, os locais onde esses fortes se encontravam edificados necessitam ser pesquisados e melhor identificados, promovendo-se o resgate e a valorização de suas memórias.

[31] Além dessa *fronteira sul* luso-brasileira e anteriormente a essa data os portugueses haviam fundado somente a praça-forte da Colônia de Sacramento (1680), porém, em território hoje uruguaio.

[32] O Forte de São Miguel foi projetado e construído por Silva Paes em outubro de 1737, no atual lado uruguaio do Chuí. A partir de 1763 os espanhóis o tomaram, reformaram e mantiveram. Foi restaurado no início do século XX e hoje funciona como um museu militar, administrado pelo Exército do Uruguai.

Amaro (1754)[33]. A primeira foi batizada de Jesus, Maria e José, o mesmo nome da primeira fortificação de Rio Grande. Rangel (1786) fala dos armamentos e demais petrechos de artilharia existentes em Rio Pardo e dos *gêneros* existentes nos seus armazéns, mas não menciona essa fortaleza[34], sendo provável que ela já não mais existisse em 1786[35]. Junto à atual cidade de Pelotas, Gomes Freire construiria ainda o Forte de São Gonçalo (1752), para guarnecer o canal de mesmo nome (também chamado Sangradouro da Mirim), que comunicava o Rio Piratini e a Lagoa Mirim à Lagoa dos Patos, na retaguarda da Vila de Rio Grande.

Por volta de 1764 o governador Sá e Faria ergueria o Forte de Tebiquari[36] – construído de terra socada (taipa de pilão) e capaz de receber 20 canhões –, com a função de defender a incipiente povoação de São José do Taquari e complementar as defesas de Rio Pardo. Na *Ponta Rasa* – a nordeste do atual município de São José do Norte, à beira da Lagoa dos Patos e junto à *linha de divisa* imposta pelos espanhóis em 1763 –, esse governador implantaria também o Forte de São Caetano[37], importante fortificação de *fronteira* que serviria como base de apoio para a futura recuperação de toda a margem norte do Canal da Barra.

[33] O Forte de Santo Amaro foi construído na atual cidade de General Câmara, distante 75 km a oeste de Porto Alegre.

[34] A única imagem conhecida dessa fortificação – também chamada *Tranqueira Invicta*, por sua resistência contra índios e espanhóis – é um levantamento datado provavelmente de 1754, realizado por Manoel Vieira Leão (1727-1803), sendo essa uma reformulação da primeira fortificação levantada pelo engenheiro João Gomes de Melo entre 1753 e início de 1754, a qual foi destruída por um incêndio em agosto de 1754. Vieira Leão era discípulo (*partidista*) do engenheiro militar José Fernandes Pinto Alpoim (1700-1765) – a quem se atribui a autoria desse novo projeto –, que viveu em Rio Pardo nessa época acompanhando o Exército de Demarcação (1752-59) chefiado por Gomes Freire. Leão também foi grande colaborador de Sá e Faria, desenhando diversos fortes e mapas de Santa Catarina e do Rio Grande do Sul, tendo sido por isso um dos acusados pela entrega da Ilha de Santa Catarina aos espanhóis em 1777. Permaneceu preso até 1786, quando foi perdoado e reformado no seu posto por decreto da rainha D. Maria I de Portugal (GOLIN, 1998).

[35] Já em junho de 1763 as ordens da Junta Governativa do Rio de Janeiro davam instruções para que a Fortaleza de Jesus, Maria e José de Rio Pardo fosse abandonada, *não só pela sua matéria, mas sim por se não poder defender nem socorrer, e os inimigos a podem atacar por terra e pelo rio e se quisessem defender perdíamos a sua guarnição.* Da mesma forma, em 1775, pouco mais de 10 anos antes do manuscrito de Rangel, o General Böhn, ao visitar Rio Pardo, comenta sobre a antiga fortificação já desaparecida: *vê-se ainda o mastro da bandeira e um velho armazém da mesma época, algumas peças de ferro de alguma utilidade, sem grande risco. O palácio de então serve de alojamento ao Destacamento de Artilharia do Rio de Janeiro (...) mas de fortificações não existe mais nada (BENTO, 1996).*

[36] Tebiquari é a atual cidade de Taquari, localizada a cerca de 94 km a oeste de Porto Alegre. Teria sido o português Luiz Manoel de Azevedo e Cunha (1710-1784) quem definiu a localização do Forte de São José do Taquari, além de ter sido o autor do projeto e o responsável pela direção das obras de fortificação de Santo Amaro (atual General Câmara), levando, com os planos de Manoel Vieira Leão, à fundação dessas duas cidades.

Com a conquista de Rio Grande (1763-76), os espanhóis mantiveram e melhoraram as fortificações portuguesas da Vila e do Arroio, já ali existentes, e ampliaram as defesas dessa margem sul construindo os fortes da Barra e do Ladino, além de levantarem uma série de pequenas baterias de canhões ao longo do Canal: Mosquito, Triunfo, Trindade e Mangueira. Durante os primeiros anos da ocupação, também mantiveram uma base fortificada na Povoação do Norte (atual município de São José do Norte).

Entre 1767, quando retomou a margem norte do Canal da Barra, e 1776, quando reconquistou definitivamente Rio Grande, Portugal estabeleceu uma série de fortes e fortins naquela margem esquerda do Canal: São José da Povoação do Norte, Patrão-mor (que abrigou o quartel-general do *Exército do Sul*), Conceição, São Jorge, Bateria Nova e Lagamar, todos eles ainda presentes no *plano dos lugares fortificados* elaborado por Rangel (1786), embora se encontrassem já então desativados e arruinados[38]. Outra fortificação importante nesse contexto foi o Forte de Santa Tecla, erguido pelos espanhóis em 1774, conquistado e arrasado pelos luso-brasileiros em 1776, sob o comando de Rafael Pinto Bandeira, à frente de sua afamada tropa de Cavalaria Ligeira.

Em resumo, ao longo dos séculos XVIII e XIX foram construídas dezenas de fortificações no Rio Grande do Sul, em torno do Canal de Rio Grande e em outras partes do território gaúcho[39], cuja menção completa extrapolaria os objetivos deste trabalho[40]. De todas essas construções restam hoje apenas as ruínas arqueológicas do Forte de Santa Tecla e do Forte de D. Pedro II[41]. Tombados como Patrimônio Histórico Nacional, esses são os dois únicos testemunhos remanescentes de um conjunto de mais de 40 fortificações er-

---

[37] O Forte de São Caetano da Barranca do Estreito, erguido a partir de 7 de agosto de 1764, foi construído de torrão, estacas e faxinas, tendo sido armado com canhões de ferro de 4 libras que então possuía e tendo capacidade de ser armado com 16 peças.

[38] O General Böhn, ao avaliar o estado das fortificações portuguesas da Fronteira Norte, em fevereiro de 1775, afirma: *quanto a fortalezas (realmente falando), não existe uma só em toda esta parte. Não são, na maior parte, senão baterias muito mal construídas, mal guarnecidas, mal arruinadas [sic], abertas na retaguarda ou fechadas por algumas paliçadas.*

[39] A Coroa Portuguesa havia iniciado ainda, em 1762, outra fortificação em território hoje uruguaio, a Fortaleza de Santa Teresa, conquistada e ampliada pelos espanhóis no ano seguinte, juntamente com o já mencionado Forte de São Miguel. Assim como Sacramento, essas duas fortificações de origem portuguesa se mantêm preservadas naquele país até os dias atuais. Esses acontecimentos – e outros que viriam a ocorrer no futuro, como a *Cisplatina*, por exemplo – demonstram de forma inequívoca que o estudo mais aprofundado das fortificações erguidas no Uruguai e no Sul do Brasil necessita obrigatoriamente ser realizado de maneira conjunta, em função das mútuas correlações existentes entre essas estruturas defensivas, erguidas num contexto histórico de tal forma inter-relacionado que extrapola as atuais fronteiras territoriais dos dois países.

guidas no estado gaúcho, o que torna o levantamento de Correia Rangel um documento ainda mais importante para o estudo dessas obras defensivas, assim como para o resgate da memória desse importante período da história do Rio Grande do Sul e do Brasil.

Forte de São José da Barra

Entre as quatro fortificações de Rio Grande, cujas plantas foram levantadas por José Correia Rangel (1786), encontra-se o Forte de São José, que se localizava na ponta extrema da margem direita do Canal da Barra. Foi construído pelos espanhóis após a invasão de 1763, sendo a principal fortificação, em tropas e armamentos, durante o período de ocupação castelhana. Sua forma era de um quadrado com quatro baluartes pentagonais em seus vértices. Suas muralhas originais eram de terra[42], com uma estacada horizontal abaixo do parapeito (*frisa*), sendo os edifícios construídos de tijolo e

[40] Isso sem falarmos nas missões jesuíticas, que também foram fortificadas e armadas, combatendo tanto forças de Portugal quanto da Espanha – além de bandeirantes paulistas – e tendo participação importante nas disputas territoriais daquele período. Existiram também os fortes construídos durante os conflitos ocorridos no século XIX – Revolução Farroupilha, campanha contra Oribe e Rosas, Guerra do Paraguai e Revolução Federalista – erguidos em Uruguaiana, São Borja, São Gabriel e Jaguarão, entre outras cidades. Dentro desse vasto conjunto de defesas, poderíamos mencionar ainda as inúmeras *guardas* e *registros*, que eram também, salvo exceções, guarnecidos militarmente, instalados em locais estratégicos de transpasse dos rios (*passos*) e nos pontos-chave de passagem das poucas vias terrestres então existentes.

[41] Os vestígios arqueológicos do Forte de Santa Tecla, na atual cidade de Bagé, assim como os trechos remanescentes das muralhas do Forte de D. Pedro II, em Caçapava do Sul, aguardam por ações de preservação de suas estruturas e de valorização de sua memória. Esta última fortificação trata-se na verdade de um forte iniciado por volta de 1850, portanto já do período imperial, mas que de fato nunca chegou a ser finalizado, restando hoje trechos incompletos (leia-se, *inconclusos*) das suas muralhas externas de pedra.

[42] Diferentemente das fortificações em Santa Catarina, construídas quase todas de *pedra e cal*, a grande maioria dos fortes e baterias erguidos no Rio Grande do Sul utilizou materiais mais perecíveis, como o *torrão* (blocos de terra cortados diretamente do terreno, em forma de paralelepípedos), a *taipa de pilão* (terra socada entre formas), a conjugação de terra e faxina (ramos de madeira amarrados em feixes), a taipa de *formigão* (terra estabilizada com cal, também chamada taipa militar) e o *adobe*, que eram tijolos de terra crua secos ao sol. Outra alternativa às muralhas de pedra ou terra era a construção de *estacadas* ou *paliçadas* (troncos ou varas de madeira fincados no solo, e algumas vezes também nas próprias muralhas de terra), sendo comum a presença combinada de mais de uma dessas técnicas construtivas na mesma obra. Essas soluções foram empregadas devido à ausência de pedreiras próximas aos locais das construções, como também em função da necessidade de erguer estruturas defensivas de forma mais prática e rápida – e com mão de obra menos especializada –, numa região onde a dinâmica dos conflitos impunha a necessidade de uma maior velocidade no prazo de construção e posterior reparação das fortificações. Embora tecnicamente funcionais essas estruturas apresentavam uma vida útil muito menor do que a das de pedra, exigindo manutenções mais constantes, sendo essa uma das causas de seu completo e precoce desaparecimento.

cal, e cobertos de telhas. Na parte exterior, era completamente cercado por uma paliçada de madeira. Quando da reconquista de Rio Grande, em 1º de abril de 1776, os castelhanos incendiaram o forte durante a fuga, destruindo completamente os edifícios interiores e três de seus baluartes. Antes desse episódio, a estrutura era conhecida dos portugueses apenas como forte ou Fortaleza da Barra (Sul), sendo batizado de São José pelo General Böhn, em 2 de abril de 1776, em homenagem ao Rei de Portugal. Böhn resolveu conservá-lo e repará-lo, encarregando nessa tarefa o capitão e engenheiro Montanha[43].

No levantamento efetuado por Rangel, cerca de 10 anos depois, esse forte já aparece acrescido de fosso, estrada coberta e esplanada (glassis), possuindo, então, seis canhões de ferro, sendo dois de calibre 36 libras, três de calibre 24 lb e um de calibre 12 lb.

Forte do Lagamar

O Forte de São Pedro da Barra[44] estava localizado no lugar chamado Lagamar[45], na margem esquerda do Canal da Barra de Rio Grande, na atual cidade de São José do Norte. Pelas iconografias disponíveis, percebe-se que não houve apenas um projeto único para o Forte do Lagamar, mas sim várias construções e/ou reconstruções, algumas com formas bastante distintas, que teriam sido erguidas praticamente na mesma localização.

O General Böhn inspecionou o forte em fevereiro de 1775, informando que lá encontrou uma obra bastante curiosa: *uma bateria de canhões de grosso calibre posta sobre um estrado, de sorte que o mar estando alto, suas ondas passam por baixo*, tendo sido essa plataforma projetada pelo

---

[43] O Capitão Alexandre José Montanha (1730-1800) foi um engenheiro militar que serviu vários anos no Rio Grande do Sul, tendo sido responsável, entre outros trabalhos, por um dos diversos projetos e obras do Forte do Lagamar, pelos arruamentos de Taquari e de Santo Amaro, pela primeira planta de Porto Alegre e pelo levantamento dos fortes construídos em Rio Grande pelos espanhóis após a expulsão destes. Ainda planejou e dirigiu melhoramentos nos fortes de São José da Barra e do Arroio, depois da reconquista de Rio Grande (BENTO, 1996).

[44] Essa fortificação, sempre localizada na mesma posição, era mais comumente denominada nos documentos textuais e iconográficos como Forte do Lagamar, sem a explicitação de seu santo padroeiro (orago), sendo chamada também de forte ou fortaleza portuguesa da barra, embora a historiografia oficial lhe atribua São Pedro como padroeiro, a mesma denominação também conferida à península ao sul do Lagamar.

[45] O porto no Lagamar (lagoa + mar), sob a forma de uma enseada, ficava localizado na margem norte da entrada do Canal da Barra de Rio Grande. Enquanto a entrada da barra foi dominada pelos espanhóis, o Lagamar possibilitou que as forças portuguesas recebessem suprimentos em São José do Norte por via marítima.

Capitão e Engenheiro Montanha. Ainda segundo o General, o forte contava então com seis peças de artilharia: duas de calibre 24 libras, duas de 1 lb, uma peça de 8 lb (de bronze) e outra pequena de 1 lb. A guarnição, alojada metade em cabanas e metade em barracas, era de 186 homens, comandados por um capitão. Até a retomada de Rio Grande, em 1° de abril de 1776, o Lagamar foi a principal fortificação portuguesa na margem norte. Nesse episódio seus canhões de grosso calibre provocaram o encalhe de cerca de metade da esquadra espanhola. Depois dessa conquista, essa posição foi assoreada e inutilizada.

Forte do Arroio

O Forte do Arroio localizava-se às margens do riacho que lhe dá nome, próximo à Ilha de Marçal de Lima, a oeste da Vila de São Pedro. Inicialmente foi apenas um pequeno reduto estabelecido por José da Silva Paes, em 1737, e ampliado sob domínio espanhol (1763/1776), quando recebeu a denominação de São João Batista da Guarda do Arroio. Nessa época foi seu comandante o tenente espanhol Paulo Desfile. O Comandante de Artilharia em Rio Grande era o Tenente-Coronel Francisco Bethezebé, ajudado pelo Tenente-Coronel Antônio Monier.

Em 1º de abril de 1776 o forte retornou ao domínio português, juntamente com as demais fortificações da margem direita do Canal de Rio Grande. O General Böhn mandou repará-lo e concentrou em torno dele toda a sua infantaria, tornando-o centro de gravidade da defesa do Rio Grande, que naquele momento estava sob nova ameaça do espanhol Cevallos. O Forte do Arroio guardava o passo desse rio, a passagem do Chuí para Rio Pardo ou para Santa Tecla, além de defender por terra a retaguarda da Vila do Rio Grande.

Levantamento dessa época o mostra como uma estrutura quadrada contendo nos vértices dois baluartes pentagonais, dois meio baluartes, além de um baluarte regular na parte central da cortina entre os dois anteriores. Era todo cercado de uma estacada de madeira, possuindo internamente uma casa de pólvora de tijolo e cal coberta de telha, uma cacimba (poço d'água) e *quartéis bons, ainda que cobertos de palha*. Outra iconografia de 1777 mostra a planta e perfil do forte, quando foi *consertado e acrescentado com uma estrada coberta, conforme o projeto do Marechal Funck, e a execução do Capitão Montanha*, desenho publicado nas memórias do General Böhn (BENTO, 1996). Interessante notar nesse projeto a existência de fosso,

contra-escarpa, estrada coberta e esplanada (*glacis*), sendo essas duas últimas soluções, em especial, obras exteriores de defesa pouco utilizadas nas fortificações do Sul do Brasil, mas que foram implementadas nesse forte e também na reconstrução do Forte de São José da Barra.

Em seu mapa das fortificações de Rio Grande, Rangel localiza junto ao forte o *Campo do Arroyo em que estiveram abarracados no tempo da guerra os três Regimentos da Europa: Moura, Chimorro* [Estremoz] *e Bragança*. Apresenta a planta e elevação do forte, com as mesmas características já descritas acima, informando ainda que possuía quatro canhões de bronze de calibre 6 libras e quatro canhões de ferro, sendo três deles de 12 lb e um de 3 lb.

Forte da Vila de São Pedro

Esse forte estava localizado a leste do núcleo da antiga Vila de São Pedro. Pode ser que ao menos parte de sua estrutura principal remonte ao Forte Jesus, Maria e José, a primeira fortificação erguida por Silva Paes em Rio Grande, embora as plantas conhecidas dessa estrutura apresentem poucas semelhanças com a imagem que se popularizou daquela primitiva construção de 1737. Caso se trate do forte inicial, as alterações que se notam no desenho dessa fortificação também poderiam ser fruto das modificações que teria sofrido ao longo dos anos, em função de sucessivos arruinamentos e reconstruções, bem como devido a possíveis supressões e complementações eventualmente realizadas.

Outra hipótese admissível é que o Forte Jesus, Maria e José houvesse já desaparecido completamente em 1763, quando ocorreu a tomada de Rio Grande. Haviam decorrido já 26 anos da fundação daquela estrutura defensiva, bem como um longo período sem enfrentamentos entre luso-brasileiros e castelhanos. Nesse contexto, a função defensiva e, por conseguinte, a conservação do forte podem ter sido relegadas a segundo plano, em especial após 1750, com a duradoura paz do Tratado de Madri. A durabilidade de um forte de torrão, sem manutenção, era de seis anos ou menos. Uma fortificação de madeira, nas mesmas condições, provavelmente não chegaria a 26 anos. Dessa forma, esse presente *Forte da Vila*, documentado por Rangel, poderia tratar-se de uma fortificação completamente nova – iniciada pelos luso-brasileiros[46]

[46] Em carta de Gomes Freire de Andrade ao Coronel dos Dragões Tomás Luís Osório, em maio de 1762, o Conde de Bobadela solicita que sejam providenciadas madeiras para a *Tranqueira* [forte de estacada], *que* ***tenho mandado fazer no Rio Grande na parte em que está o hospital***...

e concluída e ampliada pelos espanhóis –, erigida talvez no mesmo local ou, mais provavelmente, apenas em posição próxima àquela do primitivo forte de Silva Paes. A favor dessa hipótese, nos informa o General Böhn que ao chegar à região, em 1775, constatou que *os espanhóis, do outro lado* [do Canal], *tinham construído um forte, perto da Vila, mais próximo do rio*. Esse forte seria reconquistado pelos luso-brasileros somente em 1º de abril de 1776.

Rangel (1786) apresenta a planta da fortificação com o formato de um polígono irregular e mais dois meios baluartes cercados e ligados entre si por estacadas de madeira. Informa ainda que, à época, os armazéns da Vila possuíam 11 canhões de bronze, sendo quatro de calibre 4 libras, três de 3 lb, dois de 2 lb, e dois de 1 lb. Contava também com 12 canhões de ferro, sendo seis deles de calibre 4 lb e outros seis de calibre 3 lb. Possuía ainda um canhão roqueiro de 2 lb, seis peças curtas de calibres 8, 6 e 3 lb (duas cada) e 28 pedreiros de ferro de 1/2 lb.

Esse forte é provavelmente aquele mencionado por Saint-Hilaire (1779-1853)[47], em agosto de 1820, o qual não aparece mais representado no mapa da Vila do Rio Grande elaborado em abril de 1829. A sua localização coincidiria aproximadamente com a atual Praça Sete de Setembro e seus arredores, onde foi colocada há alguns anos uma placa alusiva à memória da primeira fortificação de Rio Grande.

Outras fortificações em Rio Grande

No seu mapa dos lugares fortificados do porto de Rio Grande, Rangel ainda localiza outras fortificações, além daquelas destacadas acima, embora delas não nos apresente nem os levantamentos gráficos nem a relação de armamentos e petrechos, em função de estarem já naquela época abando-

---

Da mesma forma, em outra carta da Junta Administrativa do Rio de Janeiro ao Coronel Elói de Madureira, em janeiro de 1763, aquele governador é instruído para que passe à margem norte do Canal toda a munição e mantimentos da Vila de Rio Grande, para que não caia em mãos castelhanas, *pois o* ***forte de estacada que se erigiu nessa Vila*** *não parece obra suficiente para nele se conservar coisa alguma*. Outro documento informa que *antes da invasão dos castelhanos, tinham os portugueses principiado um forte quase no mesmo sítio ao pé do rio grande, hospital e botica, e como estas casas eram de cal e tijolo cobertas de telha, e assaz fortes, o general castelhano as destinou para principal depósito de munições de guerra, inclusas na mesma fortificação*.

[47] Segundo Saint-Hilaire, em agosto de 1820, na *entrada da cidade existe uma pequena fortificação, construída há cerca de 25 anos e que se acha tão mal localizada que parece ser destinada somente ao ataque da cidade. Junto desse forte existe uma praça quadrangular, cercada de velhas casas separadas umas das outras, no centro da qual há um grande tanque de pedra que fornece muito boa água*.

nadas e em ruínas. Na margem esquerda identifica as seguintes estruturas: Fortim de São José[48], Forte do Patrão-mor[49], Forte da Conceição[50], Fortim de São Jorge[51] e Forte de Santa Bárbara. Indica ainda a posição de outra estrutura sem denominação, entre o Lagamar e o Forte de São Jorge, devendo tratar-se provavelmente da Bateria Nova[52]. Na margem direita, além dos fortes do Arroio, da Vila e da Barra, localiza ainda: Forte do Ladino[53], Bateria da Mangueira[54], Bateria da Trindade[55], Bateria do Triunfo[56] e Bateria do Mosquito[57]. Sobre essas quatro últimas baterias informa estarem todas elas abandonadas.

---

[48] O Fortim de São José, também denominado Forte da Fronteira Norte ou do Quartel do Norte ou ainda da Guarda do Norte, estava localizado pouco ao sul da Vila (hoje cidade) de São José do Norte. Foi provavelmente uma antiga guarda portuguesa tomada e ampliada pelos espanhóis em 1763 e retomada pelos luso-brasileiros em 1767. Segundo o General Böhn contava em 1775 com uma bateria a cavaleiro com duas peças de 6 libras e era fechado na parte de trás por uma paliçada de madeira. Estava arruinado em 1777.

[49] O Forte de São Francisco ou do Patrão-mor (ou ainda da Figueira), construído de estacas de pau a pique e torrão, ficava localizado meia légua ao sul do Fortim de São José. Em 1775 estava artilhado com duas peças de 6 libras de ferro e duas peças de bronze de calibre 9 lb, abrigando ainda quartéis para a guarnição dentro de suas paliçadas. Foi arruinado em 1777, não sendo reedificado.

[50] O Forte de Nossa Senhora da Conceição ou do Pontal, segundo o General Böhn, era uma fortificação recentemente construída (em fins de 1774), armada com cinco peças de diferentes calibres e situada a pouco mais de meia légua ao sul do Patrão-mor.

[51] O Fortim de São Jorge ou dos Dragões estava localizado entre os fortes do Lagamar e da Conceição. Já estava construído em outubro de 1773, sendo armado no início de 1774 com três peças de pequeno calibre e com dois canhões de 6 libras em meados de 1775.

[52] A Bateria Nova foi mandada construir pelo General Böhn no início de 1775, com projeto do Marechal Funck. Estava situada entre o Forte de São Jorge e o Forte do Lagamar, conforme pode ser visto em alguns mapas portugueses e espanhóis daquele período. Rangel, em seu mapa dos lugares fortificados de Rio Grande, marca com uma discreta meia-lua vermelha uma pequena construção localizada na ponta extrema da península do Lagamar e ao sul do Forte de São Jorge. Embora não lhe atribua qualquer denominação, deve provavelmente tratar-se da representação dessa bateria. Nos combates navais de 4 de abril de 1775, armada com um canhão de 24 libras e outro de 12 lb, disparou 24 tiros contra as forças espanholas.

[53] O Forte do Ladino situava-se em uma ilhota – desaparecida há alguns anos, após a construção do porto atual – que existia junto à boca do Saco da Mangueira, local anteriormente habitado por um homem com essa alcunha. O plano espanhol de Tomás Lopez de Vargas Machuca (1777) lhe atribui o nome de Bateria del Jesus. Sua construção, de origem espanhola, foi finalizada em 1776. Esse forte foi armado com sete canhões, sendo duas peças de calibre 18 libras, mais duas peças de 4 lb e outras três peças de 1lb, todas de ferro.

[54] A Bateria da Mangueira foi erguida pelos espanhóis antes de janeiro de 1775 para guarnecer o saco de mesmo nome e as embarcações ali fundeadas. Foi ampliada nesse mesmo ano e depois em janeiro de 1776. Após sua conquista pelos portugueses em 1º de abril de 1776, as suas peças de artilharia, munições, palamenta e demais petrechos foram recolhidas à Vila de São Pedro. A bateria era uma fortificação de terra, com uma forma irregular bastante inusitada, armada com cinco canhões, sendo duas peças de 18 libras, duas peças de 16 lb (um calibre pouco usual) e outra de 12 lb, todas de ferro.

Todas essas fortificações de Rio Grande e São José do Norte estão hoje desaparecidas. Mas é possível que os vestígios dessas importantes defesas se encontrem apenas adormecidos, soterrados sob dunas de areias ou submersos nas águas de ambas as margens do Canal da Barra. Talvez ainda estejam lá no mesmo lugar à espera de pesquisas arqueológicas e de estudos mais profundos que possam resgatá-los, se não fisicamente, ao menos para o lugar que merecem na memória daqueles que hoje vivem nas terras e mares que esses fortes um dia ajudaram a chamar de Brasil.

Fortificações no Paraná

No Paraná, dentre as seis fortificações registradas no Banco de Dados Internacional, duas são as colônias militares de Chopim e Jatahy, ambas do século XIX, outra é o antigo Forte de Nossa Senhora do Carmo dos Campos de Guarapuava (c. 1771) e uma quarta é a Bateria da Ilha das Peças, na Baía de Paranaguá, estrutura de existência duvidosa. Todas são fortificações já desaparecidas. As duas únicas construções remanescentes são a Fortaleza de Nossa Senhora dos Prazeres de Paranaguá, situada na Ilha do Mel, e os vestígios da antiga bateria de artilharia de costa do Morro da Baleia, no mesmo local. Mas entendemos que o Paraná, no contexto histórico dos sistemas defensivos do sul do continente, encontra-se muito mais próximo

[55] A Bateria da Trindade, de origem espanhola, começou a ser construída em junho ou julho de 1775, tendo sido finalizada no início de 1776. Ficava localizada sobre a mais alta elevação existente da margem sul do Canal, em posição oposta àquela do Forte da Conceição. Sua função era *cobrir a esquadra espanhola ancorada entre esse forte e o de Santa Bárbara*. Essa bateria foi armada com seis canhões, sendo duas peças de 24 libras e mais duas peças de 18 lb, todas de ferro, além de dois falconetes de bronze de 4 libras. A bateria, assim como sua vizinha da Mangueira, era uma fortificação de terra, com uma forma irregular também bastante peculiar, complementada por uma muralha – espécie de barbacã ou um tipo de obra avançada de fortificação – destinada a proteger a porta de entrada da bateria. O Forte de Nossa Senhora da Conceição ou do Pontal, segundo o General Böhn, era uma fortificação recentemente construída (em fins de 1774), armada com cinco peças de diferentes calibres e situada a pouco mais de meia légua ao sul do Patrão-mor.

[56] A Bateria do Triunfo teve sua construção iniciada pela Coroa Espanhola em 23 de fevereiro de 1776, conforme relato do General Böhn: *começaram* [os espanhóis], *a 23 de fevereiro* [1776], *um outro* [forte novo], *mais rasante, quase no meio do espaço entre* [as baterias da] *Trindade e Mosquito, no centro de sua esquadra. Era um formigueiro de gente que trabalhava em toda parte*. Teria sido batizada com esse nome para comemorar a então recente vitória castelhana sobre a esquadra portuguesa ocorrida em 19 de fevereiro daquele ano. Essa bateria foi armada com três canhões de ferro, de 24, 16 e 12 libras. A bateria propriamente dita, para três canhões, era uma fortificação de terra com uma forma quase circular.

[57] A Bateria de Santa Bárbara, também denominada *do Mosquito*, de origem espanhola, começou a ser construída em julho de 1775, e finalizada por volta do início de 1776. Essa bateria foi armada com três canhões, sendo uma peça de 16 libras e outras duas de 12 lb, todas de ferro.

de São Paulo que do Sul do Brasil e, por isso, não convém aos objetivos desse trabalho estender aqui a abordagem sobre suas fortificações.

A ponta do Iceberg

Mas essas construções fortificadas são apenas *a ponta visível do Iceberg* quando pensamos nas dezenas de fortificações que existiram no Sul do Brasil[58]. No estudo desses monumentos atuais, faz-se necessário também incluir as fortificações já desaparecidas, e analisá-las num contexto geográfico que vá além das atuais fronteiras nacionais, de forma a ser possível compreender efetivamente os monumentos ainda remanescentes[59]. Em nível mundial mais amplo, não se pode deixar de considerar as similaridades existentes entre as fortificações brasileiras e as dos países vizinhos do Prata com aquelas estruturas defensivas erguidas sob postulados construtivos similares, projetadas por engenheiros militares que atuaram tanto na América portuguesa e espanhola, como no velho mundo.

Para poder empreender essa nova abordagem holística sobre as fortificações, assim como para otimizar a gestão dos monumentos já salvaguardados e garantir a efetiva preservação desse imenso patrimônio fortificado, faz-se necessário ampliar e sistematizar o conhecimento sobre essas fortificações por meio da realização de uma série de ações complementares e coordenadas, implementadas pela atuação conjunta de diversos atores na esfera pública e privada. Torna-se imprescindível e urgente, por exemplo, ampliar o número de fortificações protegidas pelo tombamento nacional. Faz-se necessário também a realização de inventários nacionais cadastrais dessas construções remanescentes e, de forma concomitante, a utilização do Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações como ferramenta de suporte ao registro e sistematização qualificada desse patrimônio inventariado.

Observa-se também que na área da documentação, registro e difusão de informações ainda há uma quantidade muito grande de documentos de fonte primária, textuais, fotográficos, cartográficos e iconográficos, adorme-

---

[58] O Banco de Dados Internacional até o momento registra terem existido 94 fortificações nessa região: 45 em Santa Catarina (34 já desaparecidas), 43 no Rio Grande do Sul (sendo 41 desaparecidas), e 6 no Paraná (4 já não existem mais). Esse total sobe para 121 fortificações se considerarmos nessa análise as construções defensivas erguidas em território uruguaio.

[59] Como entender o sistema defensivo de Santa Catarina e os fortes do Uruguai sem contextualizá-los no âmbito mais amplo dos conflitos pela posse do sul do continente americano, e sem levar em conta, por exemplo, as mais de 40 estruturas de defesa erguidas no Rio Grande do Sul ao longo do século XVIII e XIX, todas praticamente já desaparecidas.

cidos nos arquivos de instituições civis e militares, assim como em arquivos internacionais, carecendo de serem localizados, identificados, tratados, transcritos, estudados, sistematizados e difundidos - tanto em meio impresso quanto digital. São louváveis as iniciativas nesse sentido empreendidas nos últimos anos por instituições como a Biblioteca Nacional e o Arquivo Histórico do Exército. Merecem destaque especial ações como a empreendida pelo "Projeto Resgate Barão de Rio Branco" (iniciada em 1995), uma realização do Ministério da Cultura, com apoio de diversas instituições nacionais, em cooperação com instituições internacionais detentoras de acervos documentais referentes ao Brasil Colonial. No entanto, a catalogação desses fundos documentais, produto principal resultante desse projeto e de valor extraordinário, é fato, ainda necessita ser complementada com a conclusão da digitalização completa de todos os documentos originais, textuais e iconográficos referentes às fortificações brasileiras presentes nos respectivos acervos e sua sistematização numa base de dados confiável, pública e unificada, um trabalho monumental que seguramente será tarefa para muitos anos[60].

De forma semelhante, constata-se a necessidade de aprofundar melhor o conhecimento sobre centenas de personagens históricos, compilando pequenos informes biográficos de engenheiros militares e outros oficiais e praças menos graduados, correspondentes de guerra, médicos, comerciantes, entre tantos outros personagens quase anônimos que participaram do cotidiano de vida das fortificações[61]. Também se faz necessário iniciar um processo de mapeamento georreferenciado das dezenas de campos de batalha e sítios arqueológicos onde existiram antigas fortificações e elaborar para essas áreas um mapa de potencial arqueológico e um plano de futuras investigações de campo, a serem realizadas a médio e longo prazo[62].

Outra ação importante no campo da gestão de fortificações diz respeito à troca de informações e experiências entre gestores desses monumentos,

---

[60] Nesta área específica, o Projeto Fortalezas Multimídia da Universidade Federal de Santa Catarina vem desenvolvendo nos últimos anos um trabalho de pesquisa continuado junto a diversos acervos documentais brasileiros, realizando gradativamente a sua transcrição, sistematização e publicação integral no Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações (ver seção "Bibliografias" do Banco de Dados, disponível em: <http://fortalezas.org/index.php?ct=bibliografias>. Acesso em 29 de setembro 2014). Trabalho semelhante está previsto para ser realizado pelo projeto nos próximos anos com os documentos do Arquivo Histórico Ultramarino (Portugal), já digitalizado e trazidos para o Brasil pelo Projeto Resgate Barão de Rio Branco.

[61] Ver seção "Personagens" do Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações, disponível em:<http://fortalezas.org/index.php?ct=personagens>. Acesso em 29 de setembro 2014.

em nível nacional e internacional. Nesta área merece destaque a realização de oito edições do Seminário Internacional de Cidades Fortificadas e Encontro Técnico de Gestores de Fortificações. Este evento foi gestado no *Espacio Cultural Al Pie de la Muralla*, em Montevidéu (Uruguai), onde ocorreram, desde 2005, as primeiras cinco edições do seminário. O evento ampliou-se gradativamente no decorrer de suas três realizações no Brasil, em 2010 (Florianópolis), 2011 (em Bertioga, São Paulo) e 2012 (Rio de Janeiro), contando nessa última e oitava edição com a participação de pesquisadores e gestores de nove países[63]. Esses eventos vêm sendo importantes para conhecer e compartilhar experiências de ações de gestão, conservação, pesquisa, entre outras, e na proposição de trabalhos transdisciplinares e interinstitucionais voltados à preservação do patrimônio fortificado do Brasil e demais países participantes[64]. Um dos objetivos desses seminários é estruturar as ações dos gestores em atuações cooperadas por meio de redes virtuais de trabalho, com o Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações desempenhando papel de suporte a essa integração. Torna-se evidente que as ferramentas digitais de gestão de conteúdo vêm atualmente ganhando espaço e relevância no Brasil e se mostrando cada vez mais adequadas ao estudo de temática tão ampla e diversificada.

No campo da gestão das fortificações brasileiras, a grande maioria desses monumentos é mantida por diversas instituições públicas, em nível municipal, estadual ou nacional. Cabe destacar a atuação do Exército Brasileiro e Marinha do Brasil que nos últimos anos vêm ampliando e profissionalizando a sua equipe técnica, tomando consciência do valor desses monumentos como patrimônio cultural e como parte da memória de suas instituições. Não é possível deixar de citar também o importante papel da Universidade

---

[62] Nesse sentido está sendo elaborado um Termo de Cooperação Técnica entre as universidades federais de Pernambuco e Santa Catarina (com a participação da equipe do Laboratório de Arqueologia da UFPE – coordenado pelo professor Marcos Albuquerque) para o desenvolvimento do projeto "As fortificações de Santa Catarina – patrimônio histórico e arqueológico". O projeto maior (guarda-chuva) terá pelo menos quatro sub-projetos: *"Projeto de consolidação e de usos múltiplos do acervo arqueológico das fortalezas de Santa Catarina"*; *"Projeto de mapeamento do potencial arqueológico das fortificações de Santa Catarina"*; *"Projeto de prospecção e monitoramento das intervenções de restauração e consolidação das fortificações de Santa Catarina"* e *"Projeto de pesquisa documental de fontes primárias (textual e iconográfica) referentes às fortificações catarinenses"*.

[63] O website com os conteúdos dos seminários já realizados está disponível em: <http://cidades fortificadas.ufsc.br>. Acesso em: 29 de setembro 2014.

[64] São também louváveis as iniciativas nesse sentido empreendidas nos últimos anos por instituições como a Diretoria do Patrimônio Histórico e Cultural do Exército Brasileiro – DPHCEx, no Rio de Janeiro, e a Asociación Cultural Mandu'ara (Assunção, no Paraguai).

Federal de Santa Catarina (UFSC) neste contexto, como instituição mantenedora das três principais fortalezas de Santa Catarina, responsável ainda pela criação e desenvolvimento do Projeto Fortalezas Multimídia, e que se encontra há 35 anos (o que corresponde a mais de 60% de seu tempo de existência) atuando de forma ininterrupta pela preservação das fortificações catarinenses e brasileiras[65].

Já no campo das políticas públicas, novo alento à preservação desses monumentos nacionais vem sendo propiciado também pela recente inclusão de algumas fortificações brasileiras no programa de obras de restauração e ações de revitalização empreendido pelo Ministério da Cultura do Brasil, por meio do Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (IPHAN). O chamado Plano de Aceleração do Crescimento (PAC 2) das Cidades Históricas, na sua vertente voltada às fortificações brasileiras, está propiciando investimentos no Forte dos Reis Magos (Natal), nas ruínas arqueológicas dos fortes de Fernando de Noronha (Pernambuco) e no conjunto de fortificações de Santa Catarina, este último contando com recursos da ordem de 10 milhões de reais.

Todas essas ações combinadas é que permitirão reconstituir verdadeiramente a história das fortificações, bem como, fazer do estudo, pesquisa, inventário, difusão e revitalização desse patrimônio fortificado uma ferramenta de preservação da memória nacional. Em suma, precisamos tratar as fortificações de forma mais holística, abordá-las em seus diversificados contextos interrelacionados: patrimônio cultural material e imaterial, patrimônio ambiental, documento histórico, repositório de técnicas e saberes tradicionais, espaço para o desenvolvimento de ações de caráter artístico-cultural e de lazer, herança e testemunho de nossa memória preservada, entre outros enfoques.

O Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações

O estudo de temática tão ampla e diversificada – como requer a abordagem holística do patrimônio fortificado internacional – pode ser extremamente favorecido pelo uso de ferramentas digitais de gestão de conteúdo, como o *Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações*, que é uma base

[65] A UFSC encontra-se atualmente desenvolvendo um plano de gestão para as fortificações sob a sua administração, buscando integrá-las de forma mais dinâmica à vida acadêmica da própria instituição, bem como ampliando as relações desses monumentos com a sociedade local e brasileira. Entre 2014 e 2015 a UFSC irá investir aproximadamente 1,5 milhão de reais na restauração e conservação dos monumentos que estão sob a sua guarda.

de dados unificada internacionalmente, disponível em três idiomas (português, inglês e espanhol) e específica sobre patrimônio fortificado[66]. Trata-se de uma plataforma virtual de cooperação transnacional construída de forma compartilhada e colaborativa, disponível gratuitamente na internet (www.fortalezas.org) e que foi concebida pelo autor e integralmente desenvolvida no Projeto Fortalezas Multimídia da Universidade Federal de Santa Catarina[67]. A função dessa base de dados é sistematizar conteúdos sobre as fortificações existentes ou já desaparecidas, dispersos em vários acervos e países, atuando como uma ferramenta de suporte a várias ações complementares entre si: pesquisa e estudo dessas fortificações, inventário e documentação, divulgação e difusão, educação patrimonial, valorização cultural e turística dos monumentos remanescentes, e gestão compartilhada de experiências nas áreas de conservação e restauração desse patrimônio fortificado.

Além de sistematizar conteúdos (textos, iconografias, cartografia, fotografias, vídeos, entre outras mídias) sobre as fortificações propriamente ditas, a base de dados disponibiliza ainda: notas biográficas sobre os engenheiros militares e sobre diversos outros personagens históricos da vida cotidiana das fortificações; bibliografias com conteúdo integral, relacionadas aos monumentos, à história militar, aos armamentos, compartilhando artigos científicos, relatórios de pesquisa arqueológica, livros, periódicos, dissertações, teses doutorais, além de documentos históricos de fontes primárias. A base de dados conta ainda com glossário técnico ilustrado de termos referentes à arquitetura militar e à vida castrense; linha do tempo com a contextualização dos acontecimentos de relevância nacional e internacional ocorridos ao longo da história das fortificações, entre outros conteúdos temáticos. A vantagem desse sistema informatizado sobre outros suportes tradicionais de informação está exatamente em poder tratar as fortificações dentro desta perspectiva

---

[66] O conceito de fortificação adotado no Banco de Dados Internacional inclui construções de inequívoco caráter militar, tais como fortalezas, fortes, fortins, baterias, redutos, trincheiras, entre outros, mas também contempla construções menos convencionais, mas de reconhecida função defensiva, como registros, guardas, presídios, colônias militares, cercas, portões, e até mesmo outras construções adaptadas para defesa eventual, como moinhos, igrejas, conventos, missões religiosas, pontes, entre diversas outras tipologias de estruturas de defesa.

[67] *Fortalezas Multimídia* é um projeto de pesquisa e extensão da Universidade Federal de Santa Catarina – UFSC, criado em 1995 e desde então coordenado pelo autor deste artigo. Em 2001, o projeto lançou o CD-ROM Fortalezas Multimídia, com conteúdos sobre as fortificações no Brasil e em alguns outros países. O Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações – concebido a partir de 2002 e disponível publicamente na internet desde 2008 – já vem sendo adotado inclusive como base de dados de referência sobre patrimônio fortificado mundial pelo Icofort (*ICOMOS – International Scientific Committee on Fortifications and Military Heritage*) e Icofort Brasil.

holística, abrangente e seletiva, reunindo e sistematizando em um único repositório uma enorme gama de documentos e informações antes dispersos em uma infinidade de fontes não intercambiáveis, além de poder comparar e recuperar rapidamente dados objetivos sobre as fortificações por meio de mais de duas dezenas de quesitos combinados e parametrizados de pesquisa. Essa base de dados, portanto, não se configura em um simples visualizador de conteúdos, mas é sim uma ferramenta efetiva de trabalho, voltada ao estudo, à documentação, à difusão, à valorização e à gestão do patrimônio fortificado.

Além de contribuir para socializar o acesso à informação, o que já é tarefa das mais imprescindíveis, o *Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações* pretende democratizar a construção do conhecimento, incentivando a criação de uma comunidade virtual focada na preservação do patrimônio fortificado remanescente, bem como, comprometida com o resgate da memória das fortificações em todos os tempos. O processo de ampliação permanente de conteúdos desta base de dados ocorre através da espontânea participação dos pesquisadores e instituições por meio de um simples acesso à internet a partir de suas respectivas cidades, permitindo desta forma uma efetiva representatividade do universo das fortificações em escala internacional. Neste momento, buscamos difundir a utilização desta ferramenta digital, ampliar o processo de construção de uma comunidade virtual internacional dedicada às fortificações e, por meio desta plataforma informatizada, contribuir para o estudo e a valorização do patrimônio fortificado no Brasil e nos demais países.

Até o momento, o Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações dispõe do registro de 550 fortificações no Brasil (incluindo aquelas hoje desaparecidas ou em ruínas), número que deve ampliar-se com o avanço das pesquisas e com a ampliação dos conteúdos inseridos nessa base de dados, a qual se encontra em constante expansão. Desse montante total, 132 fortificações ainda estão presentes no território brasileiro, entre estruturas completas ou em estado de ruínas, sendo que menos da metade delas estão declaradas como *Patrimônio Nacional* protegido.

A maioria das estruturas defensivas erguidas no Brasil (e centenas delas em outros países) já está contemplada neste banco de dados. No entanto, faz-se necessário ampliar o número de estruturas cadastradas, bem como completar e enriquecer qualitativamente os conteúdos sobre as fortificações inseridas até o momento, através da criação de parcerias com as instituições detentoras de acervos documentais e com os mantenedores dos fortes. Igualmente necessário é fomentar a participação e contribuição direta dos

pesquisadores e técnicos que atuam junto às fortificações locais e/ou que dispõem de acesso às fontes documentais regionais, sistematizando e compartilhando instantaneamente nessa base de dados uma grande quantidade de informações e documentação – hoje dispersa em arquivos e bibliotecas de inúmeras cidades e países. Esses conteúdos, além de poderem ser usufruídos pelas próprias comunidades locais, passam a estar imediatamente disponíveis para acesso em qualquer parte do mundo. Em paralelo, este projeto busca contribuir também para democratizar a construção do conhecimento e incentivar a formação de uma comunidade virtual de instituições e especialistas internacionais dedicados ao tema, comprometidos tanto com a preservação do patrimônio fortificado ainda remanescente, quanto com o resgate da memória das fortificações em todos os tempos.

Conclusão

À título de conclusão deste trabalho, podemos constatar que uma grande quantidade de fortificações já se perdeu no Brasil, fruto da precariedade dos materiais com que foram construídas, ou resultado de seu abandono por terem se tornado obsoletas como unidades militares ou ainda devido a falta de reconhecimento de seu valor como patrimônio cultural. Torna-se necessário, no entanto, ampliar as medidas efetivas de salvaguarda do patrimônio ainda existente (construções ainda edificadas, bem como estruturas arruinadas e remanescentes arqueológicos), conservando-o e revitalizando-o para usufruto da sociedade. Também é medida urgente estender a proteção legal sobre aquelas construções ainda não classificadas como patrimônio nacional. As velhas fortificações remanescentes perderam a sua função militar e passaram a desempenhar outros papéis nos dias atuais. Continuam, no entanto, a ser um fantástico repositório acumulado de conhecimento histórico e de técnicas construtivas centenárias; são campo propício ao desenvolvimento de atividades de ensino, pesquisa e extensão, bem como de ações de educação patrimonial e ambiental; necessitam se afirmarem como centros de preservação de nossa memória e de nossa identidade cultural, e como espaços potencialmente privilegiados para a realização de atividades de lazer e de manifestações artístico-culturais, assim como para a prática do turismo educativo e cultural.

Outra decisão necessária é a promoção de novas parcerias da UFSC e o seu Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações com as instituições detentoras de acervos documentais referentes a esse patrimônio fortificado (como o Arquivo Histórico do Exército, Arquivo Nacional, Biblioteca Nacional, Ministério da Cultura, IPHAN, Centro de Documentação da Marinha,

entre outros), de forma a promover ações concretas visando a digitalização e alimentação de documentos textuais, iconográficos, cartográficos, fotográficos, nessa base de dados unificada e compartilhada, promovendo o acesso público e internacional a este acervo.

Em paralelo, faz-se necessário também dar continuidade às pesquisas regionais sobre essas fortificações e realizar a difusão nacional e internacional de seus resultados, seja através de novas publicações impressas, seja por meio da sistematização desses conteúdos em plataformas virtuais como o Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações.

Outro grande desafio que se apresenta no momento para as instituições e pesquisadores dos países parceiros deste projeto é fazer com que as diversas ações comentadas nesse texto, sejam aquelas já em curso ou outras ainda em gestação, não se restrinjam a iniciativas isoladas e passageiras, mas consigam tornar-se um conjunto coordenado de ações permanentes, continuadas e complementares entre si, todas voltadas de forma holística e integrada ao estudo, documentação, preservação, valorização e difusão deste fantástico legado patrimonial representado pelas nossas fortificações.

Bibliografia

CABRAL, Oswaldo Rodrigues. **As Defesas da Ilha de Santa Catarina no Brasil Colônia**. Rio de Janeiro: Departamento de Imprensa Nacional, 1972.

BENTO, Cláudio Moreira. **A guerra da restauração do Rio Grande do Sul, 1774-1776**. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército, 1996.

GOLIN, Tau. **A Guerra Guaranítica: como os exércitos de Portugal e Espanha destruíram os sete povos dos jesuítas e índios guaranis no Rio Grande do Sul (1750-1761).** Passo Fundo: Ediupf; Porto Alegre: Editora da UFRGS, 1998.

MACHADO, Rosângela de Melo. **As fortalezas da Ilha de Santa Catarina: um panorama**. Florianópolis: Imprensa Universitária da UFSC, 1994.

MORI, Victor Hugo. **Arquitetura militar: um panorama histórico a partir do Porto de Santos**. São Paulo: Imprensa Oficial do Estado: Fundação Cultural do Exército Brasileiro, 2003.

OLIVEIRA, Mário Mendonça de & TONERA, Roberto. **As defesas da Ilha de Santa Catarina e do Rio Grande de São Pedro em 1786**. Florianópolis: Editora da UFSC, 2011.

SOARES, Fernanda Codevilla. **Revisão das pesquisas arqueológicas das fortificações catarinenses do litoral e novas perspectivas para a análise da cultura material**. In: Tempos Acadêmicos, Dossiê Arqueologia Histórica, nº 10, 2012, Criciúma, Santa Catarina.

SOUZA, Augusto Fausto de. **Fortificações no Brasil**. Rio de Janeiro: Typographia Universal de Laemmert & C., 1885.

TONERA, Roberto. **Fortificações catarinenses: patrimônio de Santa Catarina e do Brasil**. In: Revista História Catarina, nº 48, ano VII, p. 64-82. Disponível em: <http://fortalezas.org/index.php?ct=bibliografia&id_bibliografia=2310>. Acesso em: 29 de setembro 2014.

TONERA, Roberto (coord.). **Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações**. Disponível em: <http://www.fortalezas.org>. Acesso em: 29 de setembro 2014.

______. **Fortalezas Multimídia: Anhatomirim e mais centenas de fortificações no Brasil e no mundo**. Florianópolis: Editora da UFSC/ Projeto Fortalezas Multimídia, 2001 (CD-ROM).

Ilustrações

Figura 1 – Uma das múltiplas visualizações randômicas da página inicial do Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações, disponível nos idiomas português, espanhol e inglês. Disponível em <http://fortalezas.org>. Acesso em 29 de setembro 2014.

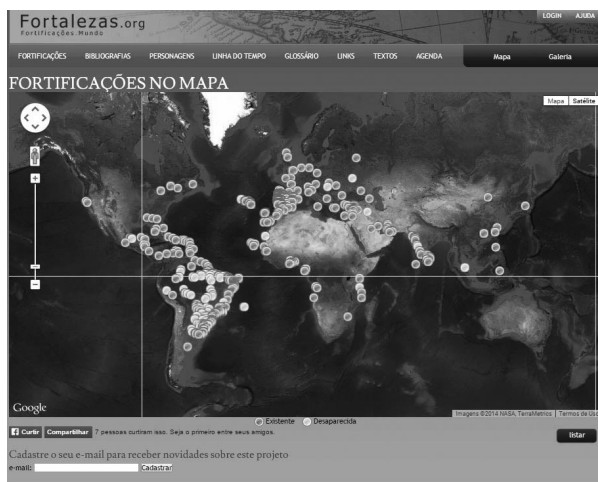



Figura 2 – Mapa com a localização georreferenciada das 1448 fortificações até o momento inseridas no Banco de Dados Internacional. Disponível em < http://fortalezas.org/index.php?ct=mapa>. Acesso em 29 de setembro 2014.

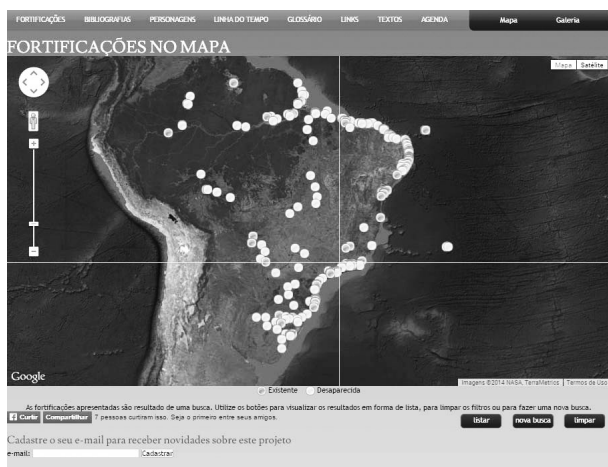



Figura 3 – Mapa com a localização georreferenciada das 551 fortificações no Brasil até o momento inseridas no Banco de Dados Internacional. Disponível em < http://fortalezas.org/index.php?ct=mapa>. Acesso em 29 de setembro 2014.

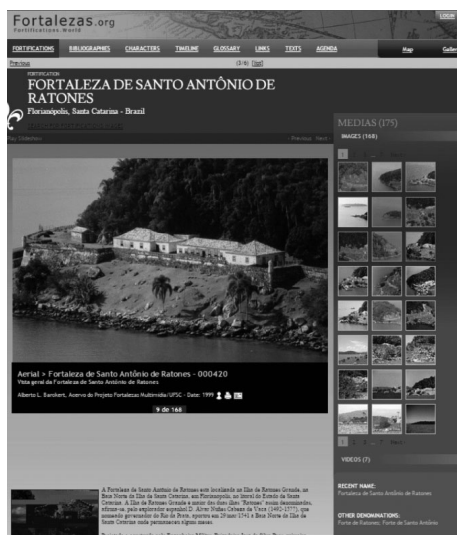



Figura 4 – Detalhe de página com textos, dados, imagens e vídeos sobre a Fortaleza de Santo Antônio de Ratones (Santa Catarina) presente no Banco de Dados Internacional. Disponível em <http://fortalezas.org/index.php?ct=fortaleza&id_fortaleza=2>. Acesso em 29 de setembro 2014.

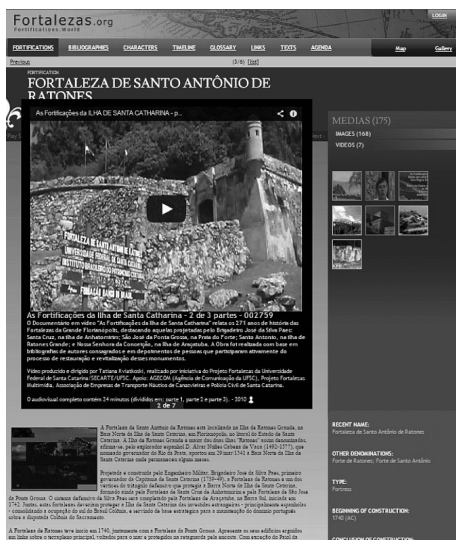



Figura 5 – Página de visualização de vídeos sobre a Fortaleza de Ratones, presente no Banco de Dados Internacional. Disponível em <http://fortalezas.org/index.php?ct=fortaleza&id_fortaleza=2>. Acesso em 29 de setembro 2014.

Figura 6 – Página de pesquisa avançada do Banco de Dados Internacional Sobre Fortificações. Disponível em <http://fortalezas.org/?ct=fortalezasAV>. Acesso em 29 de setembro 2014.

Figura 7 – Página de visualização de uma das bibliografias temáticas sobre as fortalezas catarinenses presentes no Banco de Dados Internacional. Disponível em: <http://fortalezas.org/index.php?ct=bibliografia&id_bibliografia=2310>. Acesso em 29 de setembro 2014.

Figura 8 – Detalhe de página de visualização de uma das biografias temáticas presentes no Banco de Dados Internacional. Disponível em <http://fortalezas.org/index.php?ct=personagem&id_pessoa=950>. Acesso em 29 de setembro 2014.

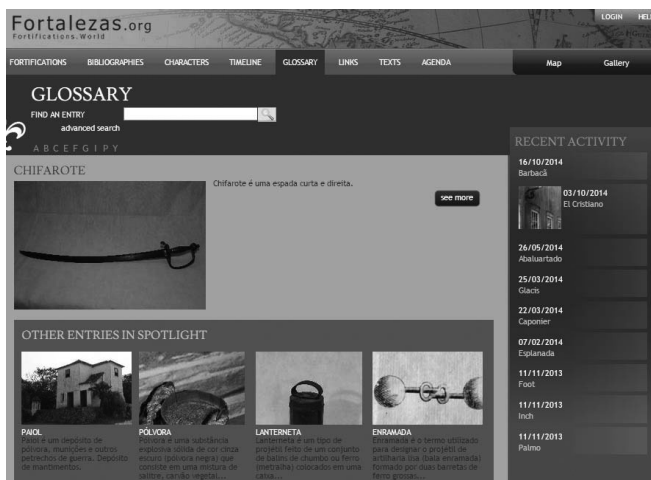



Figura 9 – Página de abertura do glossário temático ilustrado sobre termos técnicos referentes ao patrimônio fortificado, que integra o Banco de Dados Internacional. Disponível em <http://fortalezas.org/index.php?ct=verbetes>. Acesso em 29 de setembro 2014.

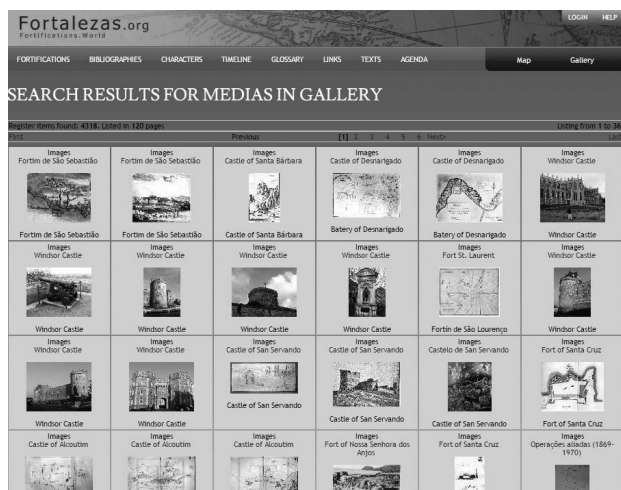



Figura 10 – Detalhe de página de visualização de imagens de guaritas de todo o mundo, presentes na seção "Galeria" do Banco de Dados Internacional.
Disponível em <http://fortalezas.org/index.php?ct=galeria>. Acesso em 29 de setembro 2014.

Figura 11 – Detalhe de página de visualização de informações sobre o 6º Encontro Internacional de História sobre a Guerra da Tríplice Aliança divulgado na agenda de eventos do Banco de Dados Internacional.
Disponível em <http://fortalezas.org/index.php?ct=evento&id_evento=53>. Acesso em 29 de setembro 2014.

As Fortalezas da Ilha de Santa Catarina e adjacências nas pesquisas do MArquE/UFSC

Teresa Domitila Fossari

Angelo Biléssimo

Maria Madalena Velho do Amaral

O Museu de Arqueologia e Etnologia Prof. Oswaldo Rodrigues Cabral da Universidade Federal de Santa Catarina – MArquE/UFSC tem sua origem no antigo Instituto de Antropologia, fundado pelo pesquisador que hoje lhe dá nome, ainda nos primeiros anos de funcionamento da Universidade. Um dos berços da Antropologia em Santa Catarina, o Instituto, e o Museu que lhe sucedeu, foi local de pesquisas científicas de áreas e temas dos mais diversos, nas áreas de arqueologia, história e antropologia, em uma trajetória de meio século. O próprio trabalho de Oswaldo Cabral, idealizador e primeiro diretor da instituição, reflete essa mesma variedade, transitando entre temas e abarcando uma série de áreas do conhecimento, influenciando aqueles que o sucederam.

Importante parte deste trajeto – tanto da instituição como do pesquisador – está ligada às Fortalezas da Ilha de Santa Catarina e adjacências, do mesmo modo que os estudos sobre elas não podem se abster de levar em conta as investigações feitas pelo MArquE, assim como não podem deixar de consultar os estudos de Oswaldo Cabral.

Partindo da arqueologia, mas não a ela se limitando, o MArquE busca assim contribuir para que se conheça, cada vez mais, a trajetória da Ilha de Santa Catarina e do litoral catarinense.

> *A matéria-prima essencial para o conhecimento em arqueologia consiste nos restos materiais de atividades culturais de sociedades passadas. Construir o conhecimento a partir dos restos materiais implica, no entanto, em ir além da mera descrição, ou seja, dar um sentido aos restos materiais, de forma a poder dizer algo significativo a respeito das sociedades que os produziram (FOSSARI, 1992. p. 53).*

As pesquisas arqueológicas, sob a responsabilidade do MArquE, desenvolvidas nas fortalezas da Ilha de Santa Catarina e Ilhas adjacentes resultaram em importante acervo. Através da manutenção deste acervo arqueológico do período colonial, pode-se pensar o MArquE como um polo centralizador de grande parte do conhecimento disponível sobre estas fortalezas.

De maneira inédita até então na arqueologia de sítios coloniais, estas pesquisas foram encaminhadas a partir de projetos interdisciplinares, que envolveram, além de arqueólogos e historiadores, especialistas em biologia e arquitetura. As pesquisas arqueológicas não se restringiram ao estudo dos monumentos enquanto exemplares da arquitetura de caráter militar, mas, e principalmente a sítios arqueológicos que remetem a assentamentos humanos, expressão de uma época histórica. Buscaram evidenciar aspectos do cotidiano das populações que habitaram aqueles espaços, em especial suas relações com as populações que o cercavam e que com ele interagiam.

Um dos pontos indispensáveis, para tanto, foi o de compreender as fortalezas como ponto de ocupação que dependia e se interligava com as demais iniciativas de ocupação do território sul brasileiro. Entretanto, é preciso esclarecer que estas pesquisas arqueológicas tiveram como mote inicial o *Projeto Fortalezas da Ilha de Santa Catarina 250 anos na História Brasileira*[1] abrangendo o conjunto de fortalezas construídas pelo Brigadeiro José da Silva Paes, durante o século XVIII, na Ilha de Santa Catarina e ilhas adjacentes.

Deste modo, as pesquisas também perseguiram informações arqueológicas sobre os elementos que compunham os conjuntos que configuravam as fortalezas, neste caso sob a perspectiva de monumentos singulares e componentes do sistema defensivo português do Brasil Meridional. Neste sentido, as pesquisas foram direcionadas para a identificação dos elementos técnicos e materiais construtivos, dimensionamentos originais, reformas e

[1] Sob a responsabilidade da Pró-Reitoria de Cultura e Extensão da UFSC, e do Instituto Brasileiro do Patrimônio Cultural (IPHAN), com o objetivo de preservá-las e revitalizá-las, com o apoio financeiro da Fundação Banco do Brasil.

adaptações dos prédios e confirmação das funções originais das edificações que compõem os conjuntos arquitetônicos.

Além das pesquisas arqueológicas, foram realizados levantamentos exaustivos das principais fontes arquivísticas no âmbito estadual, visando reunir informações pertinentes contidas na bibliografia específica sobre as fortificações oitocentistas brasileiras, principalmente aquelas referentes às fortificações da Ilha de Santa Catarina e Ilhas adjacentes.

Em síntese, o MArquE tem uma longa trajetória nos estudos das Fortalezas da Ilha de Santa Catarina e adjacências, que começaram com os estudos históricos de Oswaldo Cabral na década de 1960 e posteriormente com os estudos arqueológicos de Teresa Domitila Fossari e equipe. Ao propor a primeira pesquisa arqueológica, no forte São José da Ponta Grossa, em 1989, Fossari criou uma metodologia inovadora, inaugurando uma nova fase nas pesquisas das fortalezas, que foi utilizada na Fortaleza de Nossa Senhora de Araçatuba, em 2001, por Maria Madalena Velho do Amaral[2]. Cabe destacar que na Fortaleza de Santa Cruz de Anhatomirim, a aplicação integral desta metodologia foi limitada, devido ao cronograma das obras de restauração, resultando numa pesquisa de caráter emergencial.

Hoje, os estudos das fortalezas estão sendo retomados pelo MArquE, buscando-se um aprofundamento das questões históricas, em especial o papel de Desterro, atual Florianópolis, nas disputas entre Portugal e Espanha no século XVIII. Essa aproximação tem o intuito, também, de auxiliar na construção de um conhecimento mais intenso do período de ocupação e colonização de Santa Catarina no cenário da expansão portuguesa. O objetivo desses estudos, entretanto, mantém-se o mesmo no transcorrer destas décadas, sempre buscando compreender o papel das fortificações no cenário maior do trajeto histórico de Santa Catarina.

A importância histórica

A busca por um conhecimento mais amplo sobre a Ilha de Santa Catarina até o século XVIII passa pelos estudos sobre as constantes disputas entre as Coroas Portuguesa e Espanhola[3]. Dentro desse cenário, um dos principais pontos é a permanente disputa entre os dois países pela região

[2] Colaboradora do Setor de Arqueologia do MArquE.

[3] Ainda que possa haver discussão sobre a nomenclatura do Estado que viria a ser a atual Espanha, neste trabalho optamos por utilizar, como sinônimos, espanhol e castelhano, uma vez que essa forma é a comumente utilizada na historiografia sobre Santa Catarina.

meridional do litoral atlântico da América do Sul, uma das fronteiras pouco ou não definidas entre Espanha e Portugal.

A Ilha de Santa Catarina estava, grosso modo, no meio do caminho entre Buenos Aires e Rio de Janeiro, principais pontos de ocupação e peça importante nos planos coloniais de, respectivamente, Espanha e Portugal. Também tinha grande importância para as expedições que, vindas da Europa, buscassem o Rio da Prata ou o Pacífico, uma vez que a sul da ilha temos um longo litoral bastante pobre em termos de portos naturais, até pelo menos Rio Grande, no atual Rio Grande do Sul.

Além da posição geográfica, outras características faziam da ilha uma boa opção de parada para os navios europeus, em especial pela abundância de alimentos, água e madeiras de boa qualidade, produtos indispensáveis para as expedições poderem seguir sua extenuante viagem. Suas amplas baías, largamente protegidas de ventos e outras intempéries, também acabavam por ser convidativas para as frotas que chegavam a suas costas. Há muitos relatos de viajantes do primeiro século da colonização europeia que atestam o caráter aqui descrito da ilha, como do espanhol Oviedo:

> *Esta ilha está povoada de índios que receberam bem os cristãos e é terra fértil de mantimentos da terra, e está em 27 graus e meio da outra parte do equinócio; há muitas vacas, antas, veados e tatus, e certos animais que os índios chamam de pacas [...] Há grandes gambás e muitos gêneros de aves; e há duas lagoas nesta ilha, uma delas salobre de água do mar, e a outra doce, nas quais há muitas pescarias: as canas-de-açúcar crescem muito bem, e há muitos ananases cheirosos (MELLO, 2005. p. 385-386).*

A pouca definição das fronteiras entre os impérios ibéricos na América também contribuía para a constante disputa sobre o que é hoje o litoral catarinense. A principal divisão existente era o Tratado de Tordesilhas, bastante impreciso e incapaz de definir de forma satisfatória os reais limites. Com a indefinição, as duas coroas sabiam que a ocupação efetiva poderia vir a ser um importante argumento para a definição final sobre a Coroa com domínio sobre o território (ARMAS, 1992) A disputa pela posse ia, assim, muito além do sentido exclusivamente militar, e as ações das Coroas eram obrigadas a levar em conta múltiplas abordagens.

> *Toda a história dos tempos coloniais apresenta uma sucessão de perigos concretos a que eram necessários contrastar. Logo nos primórdios da colonização, além da atitude adversa de muitas das tribos indígenas, as atividades dos corsários agindo com inteiro respaldo de seus soberanos, trouxe para as populações do Brasil um constante sobressalto, e de permanente prejuízo de bens e sobretudo de homens.*

> *Mais tarde, as tentativas francesas no Rio de Janeiro e Maranhão, dos holandeses na Bahia e em Pernambuco, e daí para todo o nordeste, dos holandeses e ingleses na Amazônia, os ataques espanhóis no sul, tudo exigiu da parte da metrópole e dos administradores por ela envolvidos um cuidado constante, que se deveria traduzir numa política defensiva capaz de assegurar a conservação da terra, ameaçada desde seus primórdios (PLANELLA, 1976. p. III).*

Ainda que nas primeiras décadas nenhuma das duas nações tivessem as condições ou o interesse necessário a uma colonização completa, havia uma contínua presença de expedições de exploração. Em 1552 Juan de Salazar critica a presença portuguesa, que a seu ver colocava em risco a soberania castelhana sobre esse trecho de litoral.

> *Chegamos à Ilha de Santa Catarina (21 graus e meio)... A esta ilha achei despovoada: a causa foi que como faz muitos tempos que não vem a estas terras vassalos de Sua Majestade, os portugueses tem vindo a contactar com eles (os índios), dizendo que são castelhanos e de paz e assim tem enchido os navios e os tem levado como escravos para vender em São Vicente e outros lugares da costa para os engenhos de açúcar, do que se tem seguido grande dano à terra e aos que a ela vimos e hão de vir; e a Deus grande disserviço (LUZ, 2000. p. 26).*

É apenas no ano de 1737, no entanto, que temos uma ação mais concreta por parte do Estado Português no sentido de efetivamente ocupar a Ilha de Santa Catarina. Nesse momento a questão da posse da região já não estava sob disputa, mas a ilha continuava de grande importância como apoio para os enfrentamentos constantes entre portugueses e espanhóis, em especial nas disputas decorrentes da fundação da Colônia do Sacramento, às margens do Rio da Prata e praticamente fronteira a Buenos Aires.

> *A 14 de novembro de 1737, o Conde de Bobadela, General Gomes Freire de Andrada [...] dirigiu a El Rei D. João V uma carta, na qual demonstrava a conveniência de se dar um comando único a toda a costa sul-brasileira, até a Colônia do Sacramento, e de se fortificar a Ilha de Santa Catarina. Com efeito, com estes portos abrigados e suas enseadas tranquilas, a Ilha poderia vir a ser um excelente ponto de apoio às tropas lusitanas, sempre se defrontando com o rival castelhano no sul do continente, ponto de onde poderiam sair reforços de toda a ordem, necessários a conservação do domínio na eterna e sempre renovada querela entre as duas potências peninsulares (CABRAL, 1972. p. 11) .*

O enfrentamento com os vizinhos ibéricos era, assim, o principal incentivo para a fortificação da Ilha. O que estava em jogo era mais, no entanto, do que a simples tática militar. O desenvolvimento de uma estrutura permanente permitiria o desenvolvimento de uma povoação, dentro do projeto português de ocupação e colonização da América meridional.

O estabelecimento de um contingente militar era o primeiro passo no sentido de expandir o império. Era a partir dele que iria se desenvolver uma administração civil, contribuindo com seu papel militar não só sendo local das fortificações, mas desenvolvendo-se de forma a poder contribuir com homens e com recursos em caso de guerra. Sobre o papel de fortificações na expansão portuguesa, podemos imaginá-los como um ponto de apoio, capaz de canalizar e centralizar esforços que de outra forma estariam dispersos no território.

> *A colonização daí resultante, caracterizou-se, naturalmente, por uma dispersão populacional, em que os núcleos urbanos principais eram pequenos conglomerados, mal aparelhados para suas funções, tanto as administrativas, como para as de centros mais dinâmicos de desenvolvimento econômico. Precárias eram as construções [...] Eram mais o local de sede da administração de uma população dispersa, que a ela se ligava por incertos e precários caminhos (PLANELLA, 1976. p. II).*

Os fortes da Ilha de Santa Catarina e adjacências, neste cenário, eram o local simbólico da presença portuguesa, articulando-se como projeção de poder da corte. No amplo panorama colonial, Lisboa acabava por se tornar um ponto muito distante, e a existência de fortificações no horizonte da cidade poderia ajudar a lembrar seus habitantes da soberania que exercia sobre as comunidades. Era o poder militar que garantia o poder civil, inclusive sua capacidade de garantir a execução de lei e ordens emanadas da Europa. O controle do comércio, por exemplo, e a garantia do pagamento de tributos indispensáveis à administração também acabava por se aproveitar da presença do poder.

> *Temos a impressão de que a sua construção [...] se determina com a preocupação de fazê-los enfrentar não só uma situação bélica, fosse a de dificultar um desembarque nas praias situadas à época nos fundos da Vila Capital, como também obstar a atração de pequenas embarcações bastante ousadas, sem dúvida, tripuladas por contrabandistas de outras nações, que costumavam frequentar estas paragens, buscando um comércio clandestino com a população ilhoa, e que Portugal procurava evitar (CABRAL, 1972. p. 39).*

A existência das fortificações, e do poder militar que elas representavam, também era de grande importância na manutenção da ordem social. Em um império tão amplo como o Português, o medo de revoltas e insurreições por parte da administração era permanente, não só surgidas de processos internos, mas também incentivadas por rivais externos. Grande parte da responsabilidade de governadores e administradores locais era evitar tais episódios, e a presença próxima e a possibilidade de resposta imediata eram

ferramentas importantes em sua consecução.

Embora com menos força em Santa Catarina, o relacionamento com as populações anteriormente estabelecidas também era um dos temas onde a presença de uma ocupação ostensiva podia auxiliar na atuação do Estado. Desde o começo da colonização empreendida por Portugal, o relacionamento com populações indígenas foi um dos pontos de maior importância. Como podia ser visto também no esforço colonizador português em África, era a partir de posições protegidas que se tornava possível projetar o poder sobre vastos territórios. Ainda que tal preocupação estivesse mais presente em outros pontos do Brasil e em períodos anteriores, tal não pode ser de todo descartado.

> *Essa deficiência numérica, numa terra habitada por tribos indígenas, cujo contacto com os portugueses nem sempre foi pacífico oferecendo, pelo contrário, em muitas regiões uma sistemática hostilidade, obrigava a uma série de medidas defensivas, que constituíram inicialmente, uma preocupação de erguer uma cerca para facilitar a atuação dos colonizadores diante de qualquer eventual ataque indígena (PLANELLA, 1976. p. 6).*

De todo modo, não havia uma real separação entre objetivos militares e seu uso civil. As duas dimensões estavam profundamente ligadas. O desenvolvimento de uma povoação, nos moldes pretendidos pelo colonizador português, só poderia ser alcançada a partir da forte presença do poder militar, ao mesmo tempo em que um poder militar forte e capaz de atuar em caso de necessidade só poderia existir em um cenário de desenvolvimento das estruturas civis. A expansão portuguesa nos territórios coloniais sempre teve essas duas dimensões bastante próximas. A arte da guerra dos exércitos portugueses sempre foi muito dependente das forças não profissionais, em especial em lugares distantes da administração central.

> *Temos, portanto, esse aspecto fundamental; a inexistência de um exército português, propriamente dito, durante quase século e meio de colonização, originando-se disso aspectos bem diversos dos atuais na organização da defesa e na concepção das obrigações dos habitantes de participação conjunta nas atividades essencialmente militares, sem que, entretanto, isto correspondesse a uma profissionalização efetiva, porque, em tempo de paz, esta prestação de serviço militar, alterava-se, seja em relação ao serviço prestado, seja em relação ao tempo reservado ao mesmo (PLANELLA, 1976. p. 4).*

Talvez a mais eficiente ferramenta de defesa fosse uma cidade pujante, com população ampla e comércio desenvolvido. A possibilidade de levantar recursos, inclusive soldados, no local – ainda que sob a orientação da hierarquia militar – era uma arma que não podia ser negligenciada.

> *Nesta cidade não pode entrar inimigo por terra, nela há muita gente, e, se não vai mais listas do Governador, é porque ficaram fora, e se não puxou por negros e carijós ou índios, que são todos bons soldados... e para estes matos são os mais úteis (PLANELLA, 1976. p. 45).*

As relações entre esses dois poderes, entretanto, nem sempre eram harmônicas. Embora em teoria a administração dos assuntos da colônia exigisse o trabalho em conjunto, a disputa diária podia erguer distâncias intransponíveis. Na invasão espanhola de 1777 tal distância foi um dos principais motivos citados, atuando para que não fosse possível levantar resistência a força invasora. Para Rosa "esses dois chefes criaram cada qual seus partidários. Extremaram-se ao ponto de abandonar a defesa da ilha." (ROSA, 1944. p. 30).

A invasão espanhola de 1777 é um dos episódios que levantam questionamentos em relação à real utilidade das fortalezas da Ilha de Santa Catarina e adjacências. No final de fevereiro de 1777, uma grande armada espanhola chegou à Ilha de Santa Catarina. Dias antes havia encontrado a esquadra portuguesa, que estava na região, e que optou por não travar combate e retirou-se para o Rio de Janeiro. As estruturas militares e os planos de defesa de Santa Catarina mal chegaram a ser postas em funcionamento, e em poucos dias toda a região foi conquistada, sem que o invasor perdesse um único homem. Foi uma derrota incontestável e uma grande humilhação às forças militares portuguesas, e grandes dúvidas levantaram-se sobre a qualidade e capacidade bélica das fortalezas.

Mas não foi a invasão sem resistência a única fonte de questionamentos. Em 1785 esteve na Ilha de Santa Catarina a expedição científica francesa liderada pelo Conde de La Perouse. Entre seus comandados estava Mr. Moneron, que teceu considerações bastante invectivas sobre o sistema de defesa local. Diz ele sobre a Fortaleza de Anhatomirim:

> *Estou persuadido de que este lugar com um simples fogo de mosquetaria se poderiam inquietar os defensores deste Forte; mas um só morteiro ou mesmo dois obuzes que com muita facilidade se poderiam pôr nesta cortina, bastariam para obrigar a entregarem-se. Este Forte, enfim, não é de molde algum capaz de uma defesa regular, não tem alojamento a prova de bomba e a sua situação em uma ilha é em consequência desta falta tão má que quando mesmo fossem sitiados três contra um, não seria menos difícil o obriga-los a render-se à discrição (CABRAL, 1972. p. 19).*

E, mais a frente, cunha um dito que ia propagar-se até os dias de hoje, uma acusação que paira permanentemente sobre as fortificações: "A posição

de uma esquadra na distância média entre as três referidas Fortalezas fica isenta de todos os fogos" (CABRAL, 1972. p. 20).

Ainda que uma resposta definitiva sobre a possibilidade ou não de um navio passar a barra norte mantendo-se fora do alcance dos canhões não exista, tal acusação tem sido repetida até hoje, de tempos em tempos. Há indicações, entretanto, que a situação não seja de todo real. Já em 1799, talvez sob influência das considerações de Moneron, o governo português buscou investigar o assunto, patrocinando, segundo Cabral

> *A presença de um homem hábil para continuar as obras de defesa da ilha, tendo o Vice-Rei despachado para executar semelhante tarefa, o Sargento-Mor graduado Anastácio Correia Vasques, recomendando, entretanto, 'que as fortificações mal-pensadas' deveriam ser abandonadas, de preferência, a se gastar com a sua melhoria (CABRAL, 1972. p. 17).*

Como não foi tomada a decisão de abandonar qualquer das fortalezas, podemos inferir que o inquérito da administração encontrou nelas valia. Ainda assim, no mesmo ano, o ex-governador de Santa Catarina General Manuel Soares de Coimbra escreve um relatório em que faz coro às acusações de Moneron, indicando tanto o não cruzamento dos fogos como a possibilidade de atacar o Forte de Santa Cruz a partir de uma posição no continente fronteiro. A discussão, ainda assim, continua sem receber uma resposta definitiva por parte das investigações historiográficas até hoje. Talvez uma resposta interessante seja a dada por Oswaldo Cabral, quando diz que a posição da adequação dos fortes

> *Tem a seu favor o fato que, anos mais tarde, apesar de ter andado por aqui e não ignorar a situação das fortalezas [...] não arriscou a sua esquadra, tentando a penetração do estreito para ancorar na baía e aí executar o desembarque das suas tropas, preferindo fazê-lo em mar aberto para atacar um dos fortes pela retaguarda e depois avançar sobre a Vila de Desterro, em marcha penosa e com a certeza de encontrar em terra a oposição dos seus defensores. Muito mais fácil teria sido [Cevallos] penetrar a barra, se tivesse a certeza de pelos fortes passar incólume e apresentar-se frente a Vila, com todo seu poderio, cortando a retirada para o continente, para intimar a total rendição (CABRAL, 1972. p. 23).*

Fossem as fortalezas adequadas ou não ao propósito a que se destinavam, é certo que a posição da Ilha não era de fácil defesa, em especial a entrada norte da baía. Desde o início da ocupação militar esta dificuldade era assinalada. Já em 1721 um relatório o Sargento-mor Manuel Gonçalves de Aguiar defende que

> *Ainda que se fizessem não só uma fortaleza mas quatro, era impossível o impedir-se a entrada de navios a defender aquele porto, ou fossem na terra firme ou na Ilha, principalmente na barra do norte, que é a melhor e a mais segura [...] e só na paragem onde chama Estreito, ou na Terra Firme ou na Ilha é que se poderá fazer uma boa fortaleza para a defesa da Povoação; porque de qualquer das partes a descobre por ter um tiro de mosquete seguro de pontaria de uma e outra parte (CABRAL, 1972. p.21).*

Ao fim, não cabe preocupar-nos, como se fôssemos um administrador colonial português, com a eficiência do sistema construído para a defesa da Ilha de Santa Catarina. A verdade é que da única vez que sua capacidade bélica poderia ser testada, em 1777, houve uma fragorosa derrota. Ainda assim, não há porque questionar que sua importância para a História de Santa Catarina vai muito além do alcance de seus canhões. Figura presente em todo seu desenvolvimento, ainda que com diferentes funções, as fortalezas são um dos mais importantes marcos da história tanto da Ilha como da província e do estado que lhe sucedeu.

As pesquisas arqueológicas

Entre os anos de 1989 e 1992, sob a responsabilidade do MArquE, foram realizadas pesquisas arqueológicas no Forte de São José da Ponta Grossa e Fortaleza de Santa Cruz de Anhatomirim e, posteriormente, nos anos de 2001 a 2003 na Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba.

As pesquisas arqueológicas foram iniciadas no ano de 1989 quando Fossari e equipe montaram um grande projeto buscando abranger estes sítios arqueológicos por inteiro. Abordagem indispensável para entendê-los enquanto assentamento humano, ou seja, além dos estudos meramente militar e descritivo. Dentro das propostas da instituição, as pesquisas arqueológicas buscaram compreender as fortificações para além de sua função inicial, em especial nas suas relações com o cotidiano das populações que o cercavam e que com ele interagiam. Não nos parece possível, sob esse prisma, compreender de forma abrangente a trajetória das fortificações sem essa aproximação. Um dos pontos indispensáveis para isso, assim, seria compreender as fortalezas como um ponto de ocupação, que dependia e estava profundamente ligado às demais iniciativas de ocupação do território.

> *Destaca-se, em termos da documentação arqueológica, a cerâmica de barro cozido. Pela diversidade de formas ocorridas, é possível inferir os variados usos dos quais a cerâmica foi objeto (para cozinhar, armazenar e transportar alimentos, entre outros). Levando-se em conta a grande quantidade em que foi encontrada, pode-*

mos supor que ela foi descartada e substituída frequentemente. [...] A presença de vestígios de mamíferos (gado e porco) e aves também apontam para fornecedores, provavelmente das vizinhanças (FOSSARI, 1992. p. 60).

Forte São José da Ponta Grossa

O Forte São José da Ponta Grossa foi construído em 1739, na Baia Norte da Ilha de Santa Catarina, município de Florianópolis. Os estudos arqueológicos nele centrados foram norteados pelo projeto intitulado *Pesquisa Arqueológica no sítio histórico São José da Ponta Grossa* com o objetivo de produzir informações sobre aspectos relacionados ao Forte enquanto assentamento humano, em especial àquelas que dizem respeito ao cotidiano dos seus antigos moradores.

As pesquisas de campo, realizadas em duas etapas, aconteceram entre os meses de agosto e setembro de 1989 – a primeira delas, e entre novembro e dezembro de 1990 – a segunda. Posteriormente, efetuou-se o acompanhamento das obras da "reconstrução" do Forte São José da Ponta Grossa para controlar e vistoriar essas obras tendo como objetivo evitar maiores danos ao patrimônio arqueológico. Trabalhos estes realizados entre os meses de maio e junho de 1991 e os meses de setembro de 1991 e fevereiro de 1992.

Além da pesquisa arqueológica, este também incluiu pesquisa histórica, levantamento em fontes arquivísticas – no âmbito estadual, buscando informações sobre as fortificações oitocentistas brasileiras, principalmente aquelas referentes ao Forte são José da Ponta Grossa e registro em fichas dos dados obtidos em arquivos. As escavações arqueológicas na Forte São José da Ponta Grossa, atingiram as áreas internas das ruínas das seguintes unidades que o compunham: "Casa do Comandante", "Paiol da Pólvora", "Quartel da Tropa", "Cozinha", "Palamenta", "Portada", "Calabouço", "Casa da Guarda" e "Área Lateral da Capela".

Durante as escavações do sitio histórico São José da Ponta Grossa, coletou-se uma grande quantidade de artefatos, ou melhor, fragmentos de artefatos, transferidos para o laboratório do Setor de Arqueologia do MArquE para receberem os devidos tratamentos.

No primeiro semestre de 1991 começaram as obras de "reconstrução" do Forte São José da Ponta Grossa, o que exigiu o acompanhamento técnico-arqueológico, a fim de controlar e vistoriar os trabalhos. Além disso, também houve necessidade de se proceder com escavações arqueológicas de salvamento em locais que não haviam sido prospectados nas etapas anterio-

res e que seriam afetados pelas obras de engenharia em curso, ou seja, nas áreas externas às ruínas escavadas interiormente e no interior da Capela.

As atividades de acompanhamento e de escavações – realizadas durante os meses de maio, de junho e de setembro de 1991 e fevereiro de 1992 – que também resultaram em coleta de material arqueológico, contaram com a participação da arqueóloga Maria Madalena Velho do Amaral e da historiadora Ana Maria Martins Correia, contratadas pelo projeto, coordenado pela arqueóloga do MArquE Teresa Domitila Fossari. Destes trabalhos também participaram os acadêmicos Isabel Knoll e Oswaldo Paulino da Silva.

Os poços testes feitos na área externa às muralhas do forte resultaram na coleta de material arqueológico quantitativamente expressivo – fragmentos de ossos de animais, de ferro, de cerâmica portuguesa, principalmente na parte próxima da Casa do Comandante.

Depois de analisado, o material foi submetido a uma classificação genérica, tendo como critério o atributo matéria-prima, o que resultou no estabelecimento de cinco categorias de artefatos: cerâmica, vidro, metal, artefatos de origem animal e artefatos líticos. A cerâmica – de produção local, portuguesa, chinesa, inglesa, holandesa e francesa – foi classificada em três subcategorias (cerâmica de barro cozido, louça branca e grés) e o material elaborado sobre metal reúne artefatos de ferro, de cobre e prata.

Outras classificações foram estabelecidas em termos das possíveis utilizações dos mesmos. Assim, pode-se dizer que o referido acervo é integrado não só por peças de armamento que atestam a função militar do sítio, como as bolas de canhão, mas também, por evidências artefactuais de vestuário, ornamentos, moedas, objetos de uso pessoal (cachimbos, botões, fivelas, monóculo, dedal), utilitários de cozinha, serviço de mesa, entre outros. Conta-se ainda com exemplares de elementos construtivos (como tijolos, cravos, ferrolhos).

Além dos artefatos, o material proveniente do sitio histórico São José da Ponta Grossa reúne ecofatos, mais precisamente ossos de peixe (partes do esqueleto e otólitos), mamíferos aquáticos e terrestres (esqueletos e dentes), aves (esqueletos, principalmente os ossos longos) e moluscos (bivalves e gastrópodes), que apontam para aspectos da dieta alimentar de seus antigos ocupantes.

Em síntese, o acervo material reunido a partir das escavações e dos trabalhos de acompanhamento das obras de "reconstrução" do Forte São José da Ponta Grossa, corresponde a um de total aproximadamente 30.000

peças – mais precisamente, fragmentos de artefatos e ecofatos. No que se refere ao acervo documental, conta-se com aproximadamente 270 documentos escritos (fichas de campo e de anotações de laboratório) e em torno de 90 documentos iconográficos (entre croquis e fotografias).

Foram montadas duas exposições na "Casa do Comandante" – depois de concluída a sua "reconstrução" cujas temáticas fundamentaram-se nos *Aspectos sobre Técnicas e Elementos Construtivos da Edificação do Forte São José da Ponta Grossa e no Cotidiano no Forte São José da Ponta Grossa: Aspectos da Alimentação*, respectivamente.

Fortaleza de Santa Cruz

A Fortaleza de Santa Cruz foi construída entre os anos de 1739 e 1744, na Ilha de Anhatomirim, município de Governador Celso Ramos. Os estudos arqueológicos nela centrados foram norteados pelo projeto intitulado *Pesquisa Arqueológica na Fortaleza de Santa Cruz* –, proposto pelo Setor de Arqueologia do MArquE[4].

Tendo em vista o cumprimento do cronograma do projeto de restauração, a pesquisa arqueológica foi conduzida em caráter emergencial. As escavações foram realizadas em apenas três unidades desta fortificação, que seriam restauradas: "Armazém da Praia", "Paiol da Farinha" e "Antiga Capela".

Os trabalhos deveriam ser conduzidos no sentido de contribuir para a identificação dos elementos técnicos e materiais construtivos, dos seus dimensionamentos originais, bem como das reformas e adaptações e confirmação das funções originais das edificações que foram escavadas.

Por outro lado, procurou-se diagnosticar a potencialidade arqueológica desta fortificação, buscando realizar um projeto arqueológico futuro que viria abranger a Fortaleza de Santa Cruz como um todo.

Entretanto, durante o desenvolvimento dos trabalhos estes ficaram limitados as áreas internas daquelas três unidades, impossibilitando maiores aprofundamentos em termos da identificação de certos elementos construtivos, ou mesmo de seus usos e funções.

[4] Como o projeto anterior, este também estava incorporado ao projeto de restauração e revitalização "Fortalezas da Ilha de Santa Catarina – 250 anos de História Brasileira", proposto pela Universidade Federal de Santa Catarina e com a participação da Secretaria do Patrimônio Artístico Nacional (atual IPHAN) e Secretaria da Cultura do Estado de Santa Catarina.

O desenvolvimento do projeto arqueológico no sítio histórico Fortaleza de Santa Cruz se deu entre os meses de dezembro de 1989 e março de 1990, sendo que durante este tempo foi realizado o levantamento documental e as pesquisas de campo e laboratório.

Durante as escavações do sitio histórico Fortaleza de Santa Cruz, coletou-se uma pequena quantidade de artefatos, ou melhor, fragmentos de artefatos, todos transferidos para o laboratório do Setor de Arqueologia do MArquE, onde foi devidamente tratado.

Depois de analisado, o material foi submetido a uma classificação genérica, tendo como critério o atributo matéria-prima, o que resultou no estabelecimento três categorias de artefatos: cerâmica, vidro e metal. Conta-se ainda com exemplares de elementos construtivos (como tijolos, cravos, ferrolhos), provenientes desta fortaleza.

O material arqueológico relacionado ao sitio histórico Fortaleza de Santa Cruz, que se encontra em Reserva Técnica, é quantitativamente pouco significativo se comparado com aquele que foi coletado no Forte de São José da Ponta Grossa e na Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição. As evidências de cerâmica não ultrapassam 250 fragmentos; 130 fragmentos de vidro antigo; algumas centenas de fragmentos de ferro. Conta-se, ainda, com alguns ecofatos identificados como ossos de peixe, de mamíferos e de ave.

No que se refere ao acervo documental, conta-se com aproximadamente 20 documentos escritos (fichas de campo e de anotações de laboratório) e em torno de 30 documentos iconográficos (entre croquis e fotografias).

Fortaleza Nossa Senhora da Conceição

A Fortaleza Nossa Senhora da Conceição foi construída em 1742, na Ilha de Araçatuba, município da Palhoça. Os estudos arqueológicos nela centrados foram coordenados pela arqueóloga Maria Madalena Velho do Amaral[5] em parceria com o setor de Arqueologia do MArquE.

A pesquisa arqueológica na Fortaleza Nossa Senhora da Conceição, em termos da proposta de restauração, buscou identificar elementos técnicos e materiais construtivos, dimensionamentos originais, reformas e adaptações dos edifícios, bem como de algumas estruturas dispersas nos entornos. Por

[5] Esta arqueóloga foi contratada pelo DAEX/UFSC, para desenvolver a pesquisa arqueológica, tendo em vista a execução das obras de restauração e consolidação que envolveria o conjunto de edificações desta fortaleza.

outro lado, foi conduzida no sentido coletar informações sobre aspectos relacionados ao cotidiano desta Fortaleza, enquanto assentamento humano, em especial aquelas que dizem respeito e que possam ou não comprovar hipóteses sobre as diversas atividades e inter-relações nela mantidas.

Segundo Amaral (2003, p. 1) a pesquisa buscou entender a Fortaleza "como parte de um processo que envolveu assentamentos humanos, através dos quais vários grupos culturamente diferentes se encontraram – os luso-brasileiros; os açorianos-madeirenses; os índios Guarani e os afro-brasileiros."

Os trabalhos nesta fortaleza, que contaram uma equipe formada por alunos do Curso de História da UFSC, se desenvolveram durante os anos de 2000/2001 e compreenderam um levantamento bibliográfico, a pesquisa em campo e a pesquisa em laboratório.

O projeto arqueológico esteve voltado para as áreas interna e entornos das seguintes unidades da Fortaleza Nossa Senhora da Conceição: "Paiol da Pólvora", "Palamenta", "Quartel da Tropa", "Fonte", "Armazém da Praia", "Antigo Trapiche", "Casa do Comandante", "Cisterna".

Depois de analisado, o material foi submetido a uma classificação genérica, tendo como critério o atributo matéria-prima, o que resultou no estabelecimento de sete categorias de artefatos: cerâmica; vidro; artefatos elaborados em metal; artefatos elaborados em osso; artefatos elaborados em madeira e artefatos líticos.

O acervo também é integrado por elementos construtivos como reboco; fragmento de piso; fragmentos de telhas, além de peças de armamento que atestam a função militar do sítio.

Além das evidências de artefatos, o material proveniente do sitio histórico reúne restos de alimento (ecofatos) como ossos de peixe (partes do esqueleto e otólitos), mamíferos aquáticos e terrestres (esqueletos e dentes), aves (esqueletos, principalmente os ossos longos), moluscos (bivalves e gastrópodes).

Em síntese, o acervo material reunido a partir das escavações na Fortaleza Nossa Senhora da Conceição corresponde a um total aproximadamente de 12.000 peças – mais precisamente, fragmentos de artefatos e ecofatos. No que se refere ao acervo documental, conta-se com aproximadamente 780 documentos escritos (fichas de campo e de anotações de laboratório) e em torno de 100 documentos iconográficos (entre croquis e fotografias).

Considerações Finais

De modo geral, as pesquisas realizadas nas fortalezas levantam mais questionamentos do que fornecem respostas. Presença permanente na paisagem da Ilha de Santa Catarina, assumiu diferentes funções e foi frequentado pelas mais diversas populações. Como uma das paisagens mais antigas ainda em pé, suas muralhas estiveram presentes em grande parte da história local. Sua perenidade, entretanto, não pode se confundida com imutabilidade.

> *Desta forma, nosso trabalho no Forte São José da Ponta Grossa não teve como preocupação apenas a descrição dos elementos estruturais subsistentes às ruínas, nem tampouco a mera descrição dos restos da cultura material, os artefatos e os ecofatos. Nossa preocupação esteve voltada, também, para resgatar os aspectos culturais refletidos nestes elementos. Procuramos, desta forma, entender o sítio sobre a perspectiva de sua função militar e pelos aspectos de seu cotidiano, enquanto marco de um assentamento humano (FOSSARI, 1992. p. 54).*

Como toda construção humana, as fortalezas têm sido ocupadas e utilizadas com diferentes propósitos, sempre em contato com os habitantes de seu entorno e respondendo às determinações de Lisboa, Salvador, Rio de Janeiro ou de Brasília. A historiografia ainda se ressente de estudos mais aprofundados sobre os diferentes usos das edificações, seja como unidade militar, leprosário ou local de uso comum pelas comunidades vizinhas.

Se as discussões sobre a eficácia ou importância militar dos fortes são importantes, não podemos nos deixar limitar por elas. As fortificações eram locais de ampla atividade, e tanto sua construção quanto seu uso no decorrer do tempo foram parte importante das sociedades nas quais estiveram inseridos.

Embora passíveis de investigações e importantes fontes de conhecimento, as pesquisas precisam levar em conta, também, o longo período de existência dessas fortificações e a ampla gama de usos e processos que ali se desenvolveram. Como outros empreendimentos humanos são eles também históricos, constituindo-se em importantes fontes para o conhecimento de diversos períodos, assim como exigindo que se conheça profundamente os diversos períodos para que se possa abarcar de maneira mais abrangente sua diversidade e importância.

> *De fato, percebemos uma mudança qualitativa em relação ao material encontrado na camada da ocupação militar do forte. Nos níveis estratigráficos inferiores, que corresponderiam provavelmente ao século XVIII, encontramos somente cacos de cerâmica de barro cozido de produção local e raros fragmentos de cerâmica*

> *portuguesa. Isto nos permite inferir que no primeiro século de ocupação do forte os utensílios usados no cotidiano, basicamente serviço de cozinha e mesa, limitavam-se praticamente a itens não importados. Por outro lado, nos níveis superiores, aparece em grande quantidade cerâmica bastante variada, cuja catalogação nos remete a uma produção importada de países europeus a partir de meados do século XIX (FOSSARI, 1992. p. 55).*

Essa diversidade de usos, sentidos e ocupações apenas salienta a necessidade de ampliar o alcance dos conhecimentos existentes sobre o tema. Neste cenário assume grande importância o papel desempenhado pelo MARquE desde seus tempos de Instituto de Antropologia. Como instituição que tem sob sua guarda grande parte do material das fortalezas, assim como uma longa história de trabalhos desenvolvidos sobre ela, abarcando áreas diversas, o Museu deve buscar, no futuro, manter-se como local de convergência de conhecimentos de áreas diversas, sem os quais torna-se impossível o avanço dos estudos.

Mais do que isso, há na busca de significados possíveis nas fortificações uma tentativa de compreender o passado e sua relação conosco. Procurar compreender, conservar e dar sentidos possíveis ao patrimônio é, também, uma aposta em uma sociedade mais consciente de sua história, e capaz de valorizar a diversidade de origens e experiências que a compõe.

> *Tentar assumir o forte a partir das preocupações acima expostas teria outra explicação que ultrapassa o comportamento científico da tarefa empreendida, na medida em que, procurando descortinar esta dimensão humana dos produtos culturais, talvez se contribua para o fortalecimento da identidade coletiva em torno do patrimônio cultural. Dotando este patrimônio de sentido, se recriaria o sentido de presença, que por sua vez, se fortaleceria com a valorização da memória histórica. [...] Assim também, o produto deste trabalho está comprometido com o processo de preservação do patrimônio, e nesta medida diz respeito a construção da cidadania (FOSSARI, 1992. p. 61).*

Desde o papel desempenhado pelo seu fundador, Oswaldo Cabral, o MArquE/UFSC mantêm-se parceiro e executor de diversas iniciativas de investigação sobre o tema. E, também, o tema mantém-se relevante e instigante, apontando a necessidade, viabilidade e oportunidade da construção de um conhecimento específico tanto sobre as fortificações como sobre o papel que estas desempenham – abrangendo diferentes simbologias, pertencimentos e identidades – na história de Santa Catarina.

Referências Bibliográficas

AMARAL, Maria Madalena Velho do. A pesquisa Arqueológica na Fortaleza Nossa Senhora de Araçatuba. Palhoça. SC. *Relatório de Pesquisa*. MArquE/UFSC. Florianópolis. 2003.

ARMAS, Antonio Rumeu de. *El Tratado de Tordesillas: Rivalidad hispano-lusa por el dominio de océanos y continentes*. Madrid: MAPFRE, 1992.

CABRAL, Oswaldo R. *As defesas da Ilha de Santa Catarina no Brasil-Colônia*. Rio de Janeiro: Departamento de Imprensa Nacional, 1972.

FOSSARI, Teresa Domitila. et al. *Relatório preliminar da pesquisa arqueológica no Forte Santa Cruz de Anhatomirim*. MArquE/UFSC. Florianópolis, 1990.

FOSSARI, Teresa Domitila. *Relatório final*. Pesquisa arqueológica no Forte São José da Ponta Grossa: Projeto Fortalezas da Ilha de Santa Catarina – 250 anos na história brasileira. MArquE/UFSC. Florianópolis, 1991.

FOSSARI, Teresa Domitila a (Coord.) A Pesquisa Arqueológica do Sítio Histórico São José da Ponta Grossa. *Anais do Museu de Antropologia da Universidade Federal de Santa Catarina*. Florianópolis, v. 8, Ano XIX e XX, p. 5-103, março. 1992a.

FOSSARI, Teresa Domitila. *Relatório do controle arqueológico, feito durante o desenvolvimento das obras de restauração do Forte São José da Ponta Grossa*. MArquE/UFSC. Florianópolis, 1992b.

LUZ, Aujor Ávila da. *Santa Catarina, quatro séculos de história:* XVI ao XIX. Florianópolis: Editora Insular, 2000.

MELLO, Amilcar d'Ávila. *Crônicas das Origens: Santa Catarina na era dos descobrimentos geográficos*. Florianópolis: Expressão, 2005.

PLANELLA, João José. *Aspectos da defesa do Brasil no Século XVIII*. 1976. Dissertação (Livre-Docência) – Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul-PUC/RS, Porto Alegre, 1976.

ROSA, José Vieira da. A vergonha de 1777. In: *Revista do IHGSC*, ago-dez 1944.

Muralhas que comunicam: fortificações catarinenses como portais de acesso ao Brasil Meridional

Juliana Brandão Moreira

Fernanda Codevilla Soares

Introdução

A história das fortificações catarinenses relaciona-se com os primeiros momentos de colonização do Brasil Meridional, no qual os conflitos territoriais entre Portugal e Espanha marcaram a agenda política do sul do país.

Nesse contexto, na Ilha de Santa Catarina e arredores, foram construídas mais de 10 fortificações[1], entre fortalezas, fortes e baterias[2], são elas: Santa Cruz do Anhatomirim (1739), São José da Ponta Grossa (1740), Santo Antônio de Ratones (1740), Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba (1742)[3], São Francisco Xavier (1763)[4], Santana (1763)[5], São Caetano (1765), São Luís (1761)[6] e Santa Bárbara (1785)[7].

---

[1] Tonera e Oliveira (2011, p. 29) afirma que "o litoral catarinense chegou a possuir mais de duas dezenas de fortificações", levando em conta estruturas de menor porte que não deixaram vestígios; como por exemplo: Forte do Pontal do Rio Ratones, Bateria do José Mendes, Bateria da Praia de Fora, Estacada da Praia da Vila, Estacada Leste da Praia de Fora, Estacada Oeste da Praia de Fora, Forte do Cacupé, Forte do Ribeirão da Ilha, Trincheiras de Santo Antônio, Trincheira da Agronômica, Trincheira da Foz do Rio Ratones, Trincheira da Ponta do Estreito, Trincheira das Três Pontes, Trincheira do Caminho dos Açores, Trincheira do Lessa, Trincheiras da Praia de Fora, Trincheiras de São Luís, Forte Marechal Moura de Naufragados.

[2] Fortaleza caracteriza-se por uma denominação atribuída as fortificações que contém duas ou mais baterias de artilharia, instaladas em obras independentes. Forte caracteriza-se por uma fortificação constituída de uma ou duas baterias, instaladas na mesma obra. Bateria caracteriza-se...

As primeiras fortalezas foram projetadas e implantadas em 1739 por José da Silva Paes, engenheiro militar e primeiro governador da Capitania da Ilha de Santa Catarina. No ano de 1735, Silva Paes destinava-se ao sul do continente americano; tinha como missão auxiliar os portugueses que estavam sendo atacados na Colônia Sacramento e tomar Montevidéu. Nesse percurso, fez escala em Santa Catarina e concluiu ser de suma importância fortificar a Ilha, tendo em vista a sua posição estratégica – entre Buenos Aires e Rio de Janeiro – e as condições naturais locais, que apresentavam uma série de portos favoráveis para paradas de navios e reabastecimentos. Silva Paes percebeu que o principal problema para a posse portuguesa na Colônia de Sacramento era o isolamento da região e concluiu ser essencial conservar a Ilha militarmente (CORRÊA, 2005). Em 1737, Gomes Freire de Andrade – então presidente da Capitania do Rio de Janeiro e de São Paulo – enviou uma carta ao rei Dom João V "demonstrando a conveniência de se dar um comando único a toda a costa sul-brasileira, até a Colônia de Sacramento e se fortificar a Ilha de Santa Catarina" (CABRAL, 1972, p. 11). Em 1738, o rei expediu uma Carta Régia determinando que o "Brigadeiro José da Silva Paes passasse logo a Ilha de Santa Catarina para a sua defensa, procurando evitar nela tudo quanto lhe possível a maior despesa" (MAFRA, 1890 apud CABRAL, 1972, p. 11). Entretanto, como é sabido, Silva Paes iniciou logo a construção de 4 fortificações (Santa Cruz de Anhatomirim, São José da

---

por uma obra de fortificação existente no interior de um forte ou de uma fortaleza, ou isoladamente, onde são alocadas peças de artilharia. E a palavra fortificação abrange, de modo geral, as três categorias descritas acima, podendo ser caracterizada como obras para defesa militar (BARRETO, 1958 apud CALDAS, 1992, p. 145).

[3] Caldas (1992) afirma que a fortificação de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba foi construída em 1741, porém, Cabral (1972), Souza (1981, 1991), Almeida e Aicard (1990), Uchôa (1992), Machado (1994) e Tonera e Oliveira (2011) entendem que foi em 1742.

[4] Cabral (1972) Almeida e Aicard (1990) afirmam que a construção da fortificação de São Francisco Xavier deu-se entre 1761 e 1765, Veiga (1988), Uchôa (1992) e Machado (1994) entenderam que foi em 1762 e Caldas (1992) e Tonera e Oliveira (2011) afirmam que foi em 1763.

[5] Cabral (1972), Souza (1981, 1991), Veiga (1988), Almeida e Aicard (1990) e Corrêa (2005) afirmam que a construção do Forte Santana deu-se entre 1761 e 1765; porém, Uchôa (1992) e Machado (1994) acreditam que foi em 1762 e Caldas (1992) e Tonera e Oliveira (2011) afirmam que foi em 1763.

[6] Souza (1981, 1991) e Caldas (1992) entendem que a construção do Forte São Luís ocorreu em 1770, porém, Cabral (1972), Veiga (1988), Almeida e Aicard (1990), Uchôa (1992), Machado (1994), Corrêa (2005) e Tonera e Oliveira (2011) afirmam que foi em 1771.

[7] Tonera e Oliveira (2011) afirmam que o Forte Santa Bárbara foi construído antes de 1774; Cabral (1972), Almeida e Aicard (1990), Uchôa (1992) e Machado (1994) entendem que foi antes de 1786; Veiga (2010) afirma que foi em 1785, Corrêa (2005) afirma que foi em 1786 e Caldas (1992) afirma que foi em 1793.

Ponta Grossa, Santo Antônio de Ratones e Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba), apesar das ordens reais sobre contenção de gastos. E, em anos posteriores, sob o comando de novos governadores e engenheiros militares, novas fortificações foram construídas.

Esses sítios militares são marcos na paisagem do litoral catarinense desde o século XVIII. Ao longo do tempo, passaram por várias reformas e apropriações, bem como um longo período de abandono. Atualmente, após os trabalhos de restauração arquitetônica, são considerados pontos turísticos, sendo visitados por cerca de 200 mil pessoas anualmente, conforme consta no site do projeto Fortalezas Multimídia[8].

Durante o processo de restauração, as fortificações de Santa Cruz do Anhatomirim, São José da Ponta Grossa, Santo Antônio de Ratones e Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba foram alvos de trabalhos arqueológicos (BASTOS, 1987; FOSSARI et al, 1992; FOSSARI et al, 1990; VIANNA, 1989, 1991; AMARAL, 2003; SOARES, 2013 e SOARES et al, 2013). O Forte Santana também passou por trabalhos de intervenções arqueológicas, porém relacionados a um salvamento emergencial e não à restauração (COMERLATO, 2000).

Tendo em vista a importância que tais estruturas militares tiveram para a história catarinense e para o Brasil Meridional, o trabalho em tela pretende dar continuidade às pesquisas arqueológicas sobre as fortificações, porém, com a perspectiva de entender o discurso que as paredes desses sítios informam sobre a colonização na região sul do Brasil e sobre as relações sociais ali existentes.

Desenvolvendo uma pesquisa alinhada com as propostas da arqueologia da arquitetura, pretendemos analisar a forma pela qual o espaço das fortificações foi estruturado, condicionando comportamentos e representando visões de mundo. Nessa perspectiva, entendemos as edificações como uma forma de discurso não verbal (MCGUIRE e SCHIFFER, 1983; MARKUS, 1993; MONKS, 1992; NAJJAR, 2011; PEARSON e RICHARDS, 1997; RAPOPORT, 1978; STANCHI, 2008; THIESSEN, 1999; ZARANKIN, 1999, 2002, 2003, 2012, dentre outros), a partir do qual é possível analisar informações sobre o processo histórico de inserção dessa parte do Brasil no Mundo Moderno[9] e sobre as relações sociais nesses sítios militares.

---

[8] Informação no site http://fortalezasmultimidia.com.br/santa_catarina/index-2.html, acessado no dia 24 de Outubro de 2014.

É importante frisar, conforme ressalta Lima (2011), que a cultura material – no caso deste trabalho a arquitetura – é agente ativo na estruturação do mundo social, e não apenas o reflexo de um sistema, estrutura ou ideologia. De acordo com a autora, a cultura material é produzida por escolhas ideologicamente determinadas, mas não é, apenas, um reflexo dessas. Beaudry et al (2007) compartilha uma opinião semelhante à Lima (2011), entendendo a cultura material como uma forma de discurso social.

Assim, podemos considerar as muralhas, os muros e as edificações das fortificações como um meio efetivo pelo qual valores, ideias, distinções e relações de poder foram reproduzidos, legitimados e, inclusive, transformados. A análise desses vestígios materiais, ou super-artefatos, nos permitem fazer inferências sobre como se davam as relações entre os sujeitos que compunham esses sítios militares.

Diante dos objetivos dessa pesquisa, escolhemos tratar de duas fortificações em especial: Fortaleza São José da Ponta Grossa e Fortaleza Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba. Essa escolha se deu porque tais fortificações foram escavadas de forma sistemática pelas equipes coordenadas pelas arqueólogas Teresa Fossari e Maria Madalena Velho do Amaral nas décadas de 1990 e anos 2000, respectivamente (FOSSARI, 1989a; FOSSARI, 1989b; FOSSARI, 1990a; FOSSARI, 1990b; FOSSARI, 1991; FOSSARI, 1992a; FOSSARI, 1992b e AMARAL, 2003). A partir do material produzido em tais trabalhos, sobretudo croquis e plantas de campo, realizamos nossas leituras acerca da arquitetura desses sítios militares e sua espacialidade, além de documentos escritos (relatos de viajantes) e bibliografia histórica sobre as fortificações.

Cabe ressalvar que, apesar de nos propormos a discutir sobre um patrimônio monumental ligado a elite e já muito pesquisado por arqueólogos nos primeiros momentos da arqueologia histórica no Brasil (SYMANSKI, 2009), pretendemos lançar um olhar alternativo sobre esses sítios, nos preocupando em entender os significados de sua materialidade e o cotidiano dessas fortificações, habitadas por comandantes e oficiais e também por soldados e pessoas comuns que interagiram nesses espaços ao longo do tempo. Logo, fazer arqueologia das fortificações é também trazer à tona o dia a dia de diferentes grupos sociais que conviveram nesses sítios e tinham seus corpos, hábitos e comportamentos "domesticados" pelas imponentes paredes que constituíam essas fortalezas e fortes, mas também imprimiam nesses locais a sua visão de mundo, interagindo dialeticamente na construção desse espaço social.

As fortificações e a arqueologia: principais pesquisas, temáticas e significados

Hodder (1994, p.173) afirma que o interesse dos arqueólogos pelos significados da cultura material pode ser considerado uma ruptura com grande parte da arqueologia. Segundo o autor, discutir símbolos em arqueologia coloca em evidência a prática arqueológica em si, visto que não é possível falar de cultura material e comportamentos sem falar de contextos histórico-culturais específicos, agência e significados.

Assim, entendendo que os trabalhos apresentados a seguir preocupam-se em "dar significado ao mundo material do passado" (HODDER, 1994, p. 26), perspectiva a qual pretendemos desenvolver na análise da arquitetura das fortificações catarinenses, acreditamos que seja fundamental dedicarmos algumas páginas para debater suas principais ideias.

Utilizando-se de uma abordagem simbólica, alguns trabalhos desenvolvidos nos EUA debatem temas como: identidade social (MONKS, 1992; STASKI e REITER, 1996), identidade de gênero (CLEMENTS, 1993) e identidade étnica (HUNT, 1993), entre outros. Na Argentina, o trabalho de Senatore (2007) também se caracteriza como uma referência por abordar perspectivas interpretativas sobre fortificações.

O trabalho de Monks (1992) é uma das referências em pesquisas arqueológicas de arqueologia da arquitetura, tendo em vista que o autor propõe-se a analisar a arquitetura do Upper Fort Garry como uma forma de comunicação não-verbal. Segundo o autor, indivíduos e grupos utilizam vários dispositivos para manter ou aumentar a sua vantagem competitiva. Um desses dispositivos é a exibição por meio da construção de ambientes através dos quais é possível manter o controle/domínio. Desse modo, de acordo com a interpretação do autor, o Upper Fort Garry é um conjunto de símbolos arquitetônicos por meio do qual a Hudson's Bay Company estabeleceu e manteve a sua posição dominante nas relações econômicas e sociais com seus funcionários e com os colonos.

O Upper Fort Garry foi construído em 1835, localizado próximo ao encontro dos rios Red e Assiniboine – lugar estratégico devido ao transporte de mercadoria e à produção agrícola. Foi uma obra da Hudson´s Bay Company, que tinha como rival direto a North West Company, a qual também instalou fortificações nesse cruzamento de rios. As escavações nesse sítio ocorreram nos anos de 1981, 1982 e 1983 e tinham como objetivo entender as mudanças

que ocorreram ao longo do tempo na arquitetura do Forte e seu papel com relação ao assentamento contíguo à ele.

Nesse sentido, Monks (1992) realiza uma análise da organização espacial interna do Upper Fort Garry que possui uma grande semelhança com a organização social europeia Medieval, onde a Casa do Governador possuía uma posição central e, de modo hierárquico, distribuía-se no seu entorno as moradias dos demais agentes sociais em grau de importância (os da direita "maior valor" e os da esquerda de "menor valor" social hierárquico). Os indivíduos de "maior importância" ocupavam os prédios mais distante da entrada principal e os de "menor importância" estavam na "frontalidade", simbolizando, segundo o autor, liderança e confronto em um contexto militar, ou controle e recepção em um contexto não militar. O autor observa que a distribuição espacial dessa fortificação apresentou elevado grau de simetria, demonstrando rígida organização, ordem, controle e dominação.

Segundo Monks (1992) a análise do Upper Fort Garry demonstrou que a arquitetura foi usada como uma forma de comunicação com o público externo e interno dessa fortificação, através das edificações e da organização do espaço. A fortificação em si, segundo Monks (1992, p. 43) era uma demonstração de força por parte da Hudson's Bay Company junto ao assentamento de Red River, segundo a qual, suas paredes grossas e organização social comunicavam que "qualquer tentativa de perturbação da ordem econômica e social seriam reprimidas com força".

Ainda nos Estados Unidos, outro caso de estudo interpretativo é o realizado por Clements (1993) no Fort Independence, localizado em Boston. Nesse trabalho, ela se propôs a entender de que forma as mulheres, silenciadas na maioria dos trabalhos arqueológicos e históricos sobre fortificações, viveram e socializavam em uma guarnição militar do século XIX. No período de 1800 a 1830 em que a arqueóloga enfocou sua análise, essa fortificação foi utilizada com a finalidade de proteger comunidades costeiras do ataque de navios estrangeiros. Nesse momento, apesar dos documentos históricos negarem, esposas de militares viviam nas fortificações e tiveram um papel importante na negociação da posição social da sua família.

Segundo a autora, a existência de mulheres nas fortificações se fez representar materialmente, seja nas estruturas edificadas e nos espaços construídos, seja nos diferentes usos da cultura material. Nesse sentido, Clements (1993) afirma que os oficiais e soldados casados possuíam residências separadas dos oficiais e soldados solteiros. Os solteiros tinham que dividir

um mesmo aposento entre dois homens (respeitando, no entanto, a patente de cada grupo) e viviam cerca de 12 pessoas numa mesma estrutura (cada estrutura possuía cerca de 6 aposentos). Assim, para além da divisão hierárquica (oficiais e soldados), a questão do gênero e o status marital atribuíram diferenças no uso dos espaços e nas unidades onde cada militar residia.

A análise da cultura material de 3 diferentes tipos de lixeiras domésticas de dentro dessa fortificação (uma delas familiar, na qual viviam militares, esposas e filhos; outra de oficiais solteiros e outra de soldados solteiros), tornaram evidentes as diferenças com relação aos tipos de alimentos, bebidas e a forma como as refeições eram realizadas. Entre os casados a quantidade de bebida alcoólica era inferior, porém, a qualidade era melhor, existindo a predominância de garrafas de vinho, que supostamente teriam sido acompanhamentos das refeições. Entre os solteiros predominaram diferentes tipos de bebidas como vinho, whisky e gim, cujas proporções em termos de quantidade eram muito maiores do que entre os casados. Os tipos das louças utilizadas na unidade familiar apresentam formas com maior diversidade do que entre os solteiros (terrinas, travessas, pratos, tigelinhas para vegetais, peças de chá etc), sugerindo que existiam recipientes específicos para cada ocasião, além disso, conjuntos de jantar e de chá, ausentes entre as unidades domésticas dos solteiros e presentes entre os casados, indicam uma maior socialização e ritualização da refeição entre as unidades familiares. Os preços das louças de cada ambiente também eram diferenciados. Entre os casados, a proporção de porcelana (Cantão) e louças transfer-printed (pearlware azul e branco), de maior custo, era maior do que entre os solteiros, que possuíam mais louças pintadas à mão, ou seja, mais baratas. Além disso, é provável que os solteiros comessem nos refeitórios e não nos quartéis em si. Na lixeira dos casados foram identificados itens de perfumaria, cosméticos e calçados (femininos, infantis e masculinos) – escassos entre os solteiros (porém, não ausentes), acentuando a imagem de quais atividades familiares eram realizadas nesses locais.

Analisando as evidências materiais e os documentos históricos, a autora conclui que as mulheres não desenvolveram funções “estereotipadas” femininas nesses sítios militares, tais como: costureiras, cozinheiras, professoras, jardineiras, empregadas e outras. Essas funções eram realizadas por homens, conforme demonstraram os soldos pagos e as demais fontes escritas. Segundo a autora, as mulheres eram visíveis nos Fortes e suas atividades relacionavam-se a negociar o status da família, manipulando

simbolicamente o mundo social ali construído e atuando como personagens ativas no dia-a-dia da fortificação.

Assim, elas não foram personagens passivas consideradas como "ornamentos" dos seus esposos, pelo contrário, através dos eventos que promoviam (jantares e chás, por exemplo), influenciaram diretamente no cotidiano da fortificação conferindo um status diferenciado ao seu esposo e negociando papeis sociais e de gênero dentro da rígida hierarquia militar. Os conjuntos de jantar e de chá, a preocupação com a aparência (representada pelos cosméticos, roupas e sapatos), os tipos de comidas, bebidas e o lugar de residência endossam essa afirmação e atestam a importância que as mulheres desempenharam nesse meio militar.

Portanto, mulheres e crianças tiveram efeito significativo no registro material. A influência da mulher nesse ambiente militar era estimulada uma vez que os oficiais eram encorajados a se casarem. Quando casados, os militares conseguiam maior respeitabilidade e estabilidade, mantendo uma vida cotidiana alinhada com os valores da classe média do início do XIX.

Desenvolvendo uma abordagem voltada a analisar a identidade social em sítios militares, Staski e Reiter (1996) estudaram o Fort Fillmore, localizado no Novo México, edificado em 1851 e desocupado em 1862. O objetivo dessa fortificação era proteger euro-americanos e hispânicos dos indígenas apaches. Segundo os autores, a fortificação possuía o formato de "U" e 16 construções com diferentes funções; destacando o Quartel dos Oficiais, ao Norte, e o Quartel dos Homens Alistados (Enlisted Men's Barracks), ao Sul.

Analisando o adobe utilizado na construção e amostras de solo coletadas no Quartel dos Oficiais e no Quartel dos Homens Alistados, os autores entenderam que as diferenças percebidas, especialmente com relação a qualidade do adobe se deram por questões simbólicas, especialmente, como uma forma de demonstrar distinção social entre esse grupo de soldados e os oficiais.

As análises realizadas demonstraram que o adobe empregado na construção do Quartel dos Oficiais possuíam melhor qualidade do que o utilizado no Quartel dos Alistados. Segundo eles, civis ajudaram na construção da fortificação, especialmente na produção de adobe em área circunvizinha. Analisando quimicamente a composição do adobe, os autores concluíram que os materiais utilizados para a edificação do Quartel dos Oficiais possuíam um padrão mais "estandardizado" do que o utilizado na barraca. A diferença se dava na proporção de areia, sedimentos, argila e sais solúveis empregados para fazer a mistura que constitui o adobe. Logo, o adobe usado no Quartel

dos Oficiais possuía uma qualidade superior ao das barracas dos soldados.

Considerando que existem diferenças na dieta de ambos espaços, no uso da cerâmica, nas munições e nas formas das edificações (habitações individuais ou coletivas, isoladas ou compartilhadas, pequenos ou grandes, piso de azulejo ou de adobe etc.), os autores entenderam que essas diferenças na técnica construtiva eram intencionais. Ainda que, na prática, as consequências dessas diferenças eram poucas, ou seja, não deixavam o Quartel mais frio ou mais quente, mais seco ou mais úmido, a escolha do local onde aplicar o adobe de melhor qualidade tinha, antes de tudo, propósitos e significados ideológicos. Nesse sentido, entenderam que o adobe manufaturado ajudava, juntamente com outros elementos materiais, a simbolizar as profundas diferenças entre oficiais e soldados que existiam na fortificação. Tratando-se de um ato "puramente simbólico" (STASKI e REITER, 1996, p.15), sem impacto físico ou prático no dia a dia do grupo, afirmam que o adobe foi utilizado como um indicador de status social e de hierarquia no cotidiano militar.

Também seguindo a linha interpretativa, Senatore (2007) discute a estruturação social em Floridablanca (Argentina), tratando de aspectos relacionados aos discursos e às práticas sociais nessa localidade e desenvolvendo uma abordagem crítica sobre a cultura material recuperada nesse sítio.

Floridablanca foi construída na costa patagônica argentina e caracterizava-se por uma fortificação que tinha por finalidade incentivar o povoamento da região e protegê-la de ataques de nações estrangeiras (especialmente ingleses). Apesar de ser uma área estratégica, em função de rotas marítima e da caça de animais marinhos, a região da Patagônia não possuía núcleos populacionais coloniais e era considerada uma região "desértica", por isso, traçou-se um plano para a sua colonização.

Famílias espanholas foram recrutadas para ocupar o Forte de Floridablanca e a nova povoação. A edificação foi construída em 1780 e durou apenas 4 anos, isto é, até 1784. Apesar de ser considerada uma região desértica, é importante ressalvar a existência de grupos indígenas que viveram nessa região, antes e durante a colonização espanhola, os quais, inclusive, entraram em contato com esses colonos e participaram de trocas comerciais e interétnicas.

O trabalho desenvolvido por Senatore (2007) compreendeu o estudo de fontes documentais escritas e materiais. Os artefatos analisados foram: as edificações da fortificação e do povoado e os demais vestígios arqueológicos relacionados às práticas alimentares e de cura.

Segundo a autora, a unidade básica social nessa fortificação eram as famílias, consideradas úteis para o desenvolvimento da povoação, especialmente para o trabalho agrícola e para a reprodução social e biológica. A "vivenda tipo" sugere a constituição de famílias patriarcais, que compunham unidades produtivas, domésticas, econômicas e de reprodução (biológica e social), ou seja, eram espaços de trabalho, de produção, de descanso, de convivência e de consumo. De acordo com Senatore (2007, p. 294), a "família puede ser interpretada como metáfora del Estado, en la que el pensamento político convencional el rey es el 'padre' de sus súbditos, y el 'reino del padre' es la unidad doméstica. En ella descansa el futuro de la sociedade". Segundo a autora, a família patriarcal, o ideal de igualdade e agricultura como principal fonte de desenvolvimento fizeram parte dos discursos iluministas espanhóis que serviram de apoio para os projetos de povoamento e colonização em Floridablanca (SENATORE, 2007).

No que se refere às edificações, a autora afirma que no primeiro ano toda a população foi abrigada dentro da fortificação, até que se iniciaram as obras para a construção do povoado em área circunvizinha. O forte fora feito de madeira e estava rodeado por um fosso com formato quadrangular e quatro quartéis: metade destinado às famílias de colonos e a outra metade para funcionários da colônia, tropas militares e presidiários. Na área central estava localizada a única cozinha da fortificação, os baluartes possuíam setores destinados às funções específicas, improvisadas nos primeiros anos, tais como: hospitais, armazéns e espaços produtivos, como ferraria e padaria (SENATORE, 2007). A pesquisadora destaca a homogeneidade nos quartéis laterais destinados aos agricultores, em contraste com os quartéis correspondentes à entrada e seu oposto, os quais apresentavam maior heterogeneidade funcional e social.

Apesar dos conflitos, que possivelmente existiram, Senatore (2008) afirma que a análise da cultura material do local onde estavam alojados os colonos e o lugar onde estavam alojados os comandantes e governador não apresentaram grandes diferenças. Em ambos a tendência geral é pelo consumo de fauna local, ausência de indícios que sugerem lugares, meios e utensílios para preparação de alimentos (possivelmente feito em outro local que não nas habitações) e existência de potes cerâmicos contentores, como que numa iniciativa para controlar e armazenar individualmente as rações distribuídas pelos governadores.

De acordo com Senatore (2008), enquanto as famílias estiveram alojadas no forte, este foi um lugar onde conviveram estreitamente agricultores e

militares. Rotinas, hábitos e estilos de vida foram amplamente construídos entre esses diferentes grupos de pessoas que compartilhavam de uma vida cotidiana comum.

No Brasil, a maioria dos trabalhos de arqueologia que tratam de fortificações foram desenvolvidos no bojo de projetos de restauro e tem por objetivo evidenciar suas estruturas e entender a engenharia militar.

Na Amazônia, por exemplo, destacam-se os trabalhos de Albuquerque (2008) e Magalhães (2006) no Forte de São José do Macapá, e de Marques (2006) no Forte do Presépio. Essa região foi palco de disputas entre várias nacionalidades desde o século XVII. Sendo uma das vastas áreas pertencentes à Coroa Portuguesa e por ela pouco explorada, sofreu tanto a invasão de outros estrangeiros como o avanço das missões de diferentes ordens religiosas, as quais exerciam o poder espiritual e temporal onde se estabeleciam. Antes mesmo da ocupação holandesa no nordeste e da fixação portuguesa na própria amazônia, os holandeses já realizavam incursões, implantando entrepostos comerciais e colônias, a exemplo da Amazon Company[10], bem como construindo fortes – o que demonstra a intenção de não apenas realizar um reconhecimento do território, mas de permanecer e ocupá-lo. Os fortes na margem esquerda do Xingu (1599), na confluência do Maracapu com o Amazonas (1628) e na margem esquerda do próprio Amazonas (1631) exemplificam bem isto.

Tais pressões contribuíram em grande medida para o planejamento de estratégias de defesa e ocupação do território por parte da Coroa Portuguesa. A partir, sobretudo, de 1625, os lusitanos começaram a fazer investidas defensivas mais enérgicas do território que passou a lhe pertencer desde a composição do Tratado de Tordesilhas (ALBUQUERQUE, 2008, p. 41). Redes comerciais, implantação de colônias, missões religiosas e construção de fortes compuseram essas estratégias de defesa e dominação, as quais, no entanto, não se deram isoladamente, mas em conjunto, uma complementando a outra.

Conforme explica Albuquerque (2008), muitas das fortificações construídas nesse contexto, no entanto, desempenhavam mais a função de fiscalizar o trânsito pelos rios e de fixar colonizadores em suas proximidades do

---

[10] Proposta à Inglaterra em 1617, a Amazon Company foi uma empreitada que pretendia criar, provavelmente na bacia do Cajari, um entreposto comercial que reunisse produtos coletados pelos nativos, bem como implantar uma colônia para o cultivo de tabaco, algodão e cana de açúcar (ALBUQUERQUE e LUCENA, 2010, p. 972).

que a função de combate e defesa militar propriamente dita. A Fortaleza de São José do Macapá, por exemplo, um representativo monumento militar do século XVIII existente no Brasil, tratou-se, na verdade, de:

> *um empreendimento de colonização e ocupação territorial, através da fixação de uma população comprometida com a Coroa Portuguesa, cujos objetivos militares mais específicos, que eram a defesa contra outros conquistadores e a instalação de uma base de ataque para a conquista de novos territórios (as minas peruanas), sempre exerceram papel secundário (MAGALHÃES, 2006, p. 34).*

De fato, conforme afirma Albuquerque (2008, p. 44), sua imponência arquitetônica era a demonstração da presença lusitana na região. O Forte do Presépio (Belém – PA), ao que tudo indica, também não obteve grande relevância de ataque/defesa. Conforme apontam as fontes históricas, ao longo dos séculos XVII, XVIII e XIX este forte passou por diversos momentos de descasos e reparos, tais como carência de artilharia, munições e soldados (MARQUES, 2006). Esses reparos resultaram em mudanças estruturais e espaciais do forte, as quais puderam ser evidenciadas por meio de escavações realizadas por Fernando Marques no âmbito do projeto "Feliz Lusitânia", empreendido pelo Governo do Estado do Pará entre 1999 e 2002.

No nordeste do Brasil, temos as Casas Fortes (ou Casas de Pedra, conforme denominação popular) construídas durante o século XVII em pontos estratégicos que não necessariamente às margens de rios. As Casas Fortes eram "postos entrincheirados e guarnecidos de alguns homens" (POMBO, 1921 apud SILVA 2005, p. 06), que serviam como unidades de defesa. Durante os primeiros anos de colonização, era obrigatório que cada engenho tivesse uma dessas casas, a fim de que o senhor e, quando necessário, seus trabalhadores, pudessem ali se abrigar – embora não haja certeza acerca da amplitude da obediência a essa ordem (ALBUQUERQUE, LUCENA, WALMSLEY, 1999, p. 17). Roberto Airon Silva (2005) ressalta o potencial arqueológico dessas estruturas localizadas no Rio Grande do Norte. Segundo Silva (2005), nessa Capitania as Casas Fortes foram uma medida estratégica na guerra contra os índios, servindo, sobretudo, de refúgio para os moradores que buscavam se proteger dos ataques indígenas; bem como na colonização e exploração de seus chamados "Sertões".

Além das Casas Fortes do Rio Grande do Norte, merece destaque as fortificações de Pernambuco identificadas e registradas pelo Laboratório de Arqueologia do Departamento de História da Universidade Federal de Pernambuco, no âmbito do projeto "Identificação e Localização de Unidades Funcionais Coloniais em Pernambuco", de 1996. O objetivo desse projeto foi

"localizar e avaliar os remanescentes das unidades funcionais que integravam o sistema colonial português" (ALBUQUERQUE, LUCENA, WALMSLEY, 1999, p. 09) implantado no litoral norte de Pernambuco. Conforme foi constatado, no esforço de defender o território e as feitorias, seja contra a invasão de estrangeiros, ou contra ataques de piratas ou índios, os postos de defesa nem sempre resultavam em fortificações monumentais. Algumas vezes eram erguidos redutos de vida efêmera que, esgotada sua função, poderiam ser abandonados à medida que novos pontos estratégicos eram descobertos. Outros, no entanto, comprovada sua eficiência e boa localização, poderiam ser ampliados e reforçados. Independente do seu tempo de vida útil, todos deixaram vestígios arqueológicos e, consequentemente, pistas acerca do processo de colonização.

Assim como observado na Amazônia, os fortes do Nordeste fizeram parte da disputa de território, sendo construídos por diferentes nacionalidades na tentativa de mostrar domínio sob o local invadido e também protegê-lo. Embora houvesse uma engenharia militar bem estabelecida em cada país, as fortificações erguidas em todo o Brasil sofreram adaptações por conta das particularidades do terreno, da disponibilidade de obra-prima e da mão de obra – em sua maioria indígena. Além disso, tal como os trabalhos desenvolvidos na Amazônia, os trabalhos de identificação dos fortes de Pernambuco detiveram-se numa abordagem voltada a entender o seu sistema estratégico-defensivo, estando muitos deles relacionados às obras de salvamento arqueológico ou restauro arquitetônico.

No Estado de Santa Catarina, as pesquisas em fortificações iniciaram-se em 1987, na Fortaleza São José da Ponta Grossa, tendo como estopim o projeto "Fortalezas da Ilha de Santa Catarina - 250 anos da história brasileira", o qual previa que a intervenção arqueológica no sítio forneceria "subsídios para direcionar o processo de preservação e revitalização do conjunto das fortalezas" (FOSSARI et al, 1992, p.11). Apesar de ser uma atividade motivada pela restauração, a arqueóloga responsável afirma:

> *(...) nosso trabalho no Forte São José da Ponta Grossa não teve como preocupação apenas a descrição dos elementos estruturais subsistentes às ruínas, nem tão pouco a mera descrição dos restos de cultura material, os artefatos e os ecofatos. Nossa preocupação esteve voltada, também, para resgatar os aspectos culturais refletidos nestes elementos. Procuramos, desta forma, entender o sítio sob a perspectiva de sua função militar e pelos aspectos de seu cotidiano, enquanto marco de um assentamento humano (FOSSARI et al, 1992, p. 54).*

Em 1990, as atividades arqueológicas em Ponta Grossa foram direcionadas para o Quartel da Tropa e Cozinha (com intervenções nas canhoneiras e na comua, ao lado da Cozinha), na Palamenta, na Casa do Comandante e no Paiol da Pólvora (com intervenções no interior da Casa do Comandante, no interior do Paiol da Pólvora, nos fundos da Casa do Comandante, na frente da Casa do Comandante/Lateral da Capela), e na Portada (com atividades nos dois recintos laterais da entrada da fortificação e no Fosso).

A metodologia utilizada envolveu a realização de poços-testes, trincheiras e escavação de amplas superfícies na parte interna das edificações, com o objetivo de evidenciar pisos, divisórias, aberturas e tipo do revestimento das paredes. Nos entornos das edificações foram realizadas sondagens e trincheiras, que eram ampliadas em áreas de escavação de acordo com a necessidade. O rebaixamento do solo era realizado por níveis naturais.

As ações realizadas pretendiam entender espacialmente as estruturas em ruínas e determinar suas funções. Segundo consta nos relatórios, algumas famílias viviam dentro das fortificações, tinham roça e criavam animais. A maior parte dos prédios estavam descaracterizados, reduzidos, em muitos casos, a escombros. O trabalho realizado permitiu identificar tais estruturas e evidenciar seus principais usos.

A Fortaleza Santa Cruz do Anhatomirim, de Santa Catarina, foi pesquisada entre dezembro de 1989 e janeiro de 1990, sob a coordenação da arqueóloga Teresa Domitila Fossari. Fossari et al (1990b) que afirma que as atividades desenvolvidas na Fortaleza Santa Cruz do Anhatomirim também faziam parte do mesmo projeto de restauração, visto que a motivação principal para a pesquisa era subsidiar o processo de preservação desse monumento. As áreas planejadas para serem escavadas foram: as ruínas do Armazém da Praia, estrutura localizada próxima ao ancoradouro, também denominada como Casa do Trapiche (Área I), Paiol da Farinha (Área II) e Antiga Capela (também denominada como Nova Casa do Comandante). No entanto, a Antiga Capela, ou Nova Casa do Comandante, não chegou a ser escavada.

A metodologia utilizada compreendeu a realização de poços-teste iniciais que serviram de orientação para a abertura de escavações dos planos internos das estruturas e a realização de trincheiras nas áreas externas. Além das atividades de campo, foi realizada pesquisa histórica documental no Arquivo Público de Florianópolis e consultas na Revista do Instituto Histórico e Geográfico de Santa Catarina existente na Biblioteca Central da UFSC.

O relatório analisado sobre a pesquisa na Fortaleza Santa Cruz do Anhatomirim não encontra-se concluído. Conforme consta em várias partes do documento, as atividades nesse sítio foram interrompidas. Logo, o mesmo não apresenta uma discussão maior com relação as funções e os significados das estruturas escavadas, assim como dos materiais recuperados em campo.

A Fortaleza Santo Antônio de Ratones foi escavada no ano de 1989, estando sob a responsabilidade do arqueólogo Helio Vianna, conforme consta na ficha de registro de sítios arqueológicos existente no Cadastro Nacional de Sítios Arqueológicos do Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (CNSA/IPHAN). Junto às informações levantadas não foi possível verificar o local da guarda do material, porém, conseguimos acessar um relatório de 1989, manuscrito, no qual são informadas as primeiras atividades realizadas no sítio, e outro, de 1991, no qual constam informações sobre a lavagem, triagem e classificação do material (VIANNA, 1989, 1991).

As áreas inicialmente prospectadas em 1989 foram: aterro junto ao ancoradouro; o topo da ilha onde se supõem ser uma área de extração de matéria-prima (rochas); rampa de acesso; pátio superior; bateria de canhões e quartel da tropa e cozinha. Em 1991 foi feita a escavação do Paiol da Pólvora.

A metodologia utilizada compreendeu limpeza, poços-testes e, em alguns casos, realização de quadrículas de 1,5 x 1,5 m. O material coletado teve suas informações de origem preservadas, o acervo foi inventariado e preliminarmente classificado. O material recolhido, segundo o pesquisador, caracteriza-se por louças, cerâmicas (algumas com evidências decorativas indígenas, como corrugado, dígito-ungulado e inciso; outras apresentam "expressões de influência colonial" e outras vidradas, possivelmente de produção local), vidros e metais.

Vianna (1991) busca contextualizar os vestígios e levantar possibilidades de pesquisa sobre o material, porém, em função de não termos tido acesso aos relatórios finais não conseguimos acessar suas interpretações e conclusões sobre os trabalhos realizados.

O Forte Santana foi alvo de intervenções arqueológicas no ano de 1999, sob a responsabilidade da arqueóloga Fabiana Comerlato. A atividade realizada nesse sítio caracteriza-se por um trabalho assistemático e emergencial, tendo em vista a situação eminente de destruição. Segundo Comerlato (2000, p. 05) durante uma visita realizada na área do sítio, foi constatado que "na prainha abaixo da edificação estavam espalhados centenas de fragmentos cerâmicos em sua maioria faiança fina, (...) porcelana

e cerâmica vidrada", além de um fragmento de cerâmica guarani, que foi imediatamente recolhido. De acordo com Comerlato (1999) o afloramento do material em superfície ocorreu devido a ação das marés, especialmente após a construção de um trapiche para os bombeiros em área próxima ao forte, o qual levou a erosão de parte do terreno que circunda a edificação e, por conseguinte, o afloramento de diversos fragmentos arqueológicos pela praia. Segundo a arqueóloga, é possível perceber linhas de acumulação de artefatos de acordo com o retrabalhamento do mar no local.

As atividades de campo nesse sítio caracterizaram-se por uma coleta superficial assistemática. De acordo com a pesquisadora, a grande quantidade de material recolhido indica que essa prainha funcionava como uma grande lixeira, onde os materiais não orgânicos eram enterrados. Comerlato (1999, 2000) afirma que vários materiais recuperados em campo apresentam marcas de queima, logo, é provável que o lixo tenha sido queimado antes de ser enterrado na praia.

O material coletado caracteriza-se por "bordas, fundos e alças de faiança fina, porcelana fina e cerâmica vidrada (colonial), fragmentos de vidro, de procedência nacional e estrangeira, além de um fragmento de cerâmica guarani" (COMERLATO, 2000, p. 07).

O trabalho analisado descreve os procedimentos realizados em campo e apresenta algumas tentativas de análises preliminares, arriscando algumas indicações de padrões e estilos decorativos de louças e de procedência de determinadas peças a partir de selos de fabricação. No entanto, conforme afirma a autora, tratam-se de análises preliminares e não conclusivas sobre o tema.

A Fortaleza Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba foi escavada nos anos 2000 e 2001 sob a coordenação da arqueóloga Maria Madalena Velho do Amaral. O objetivo das pesquisas foi compreender a fortificação

> *(...) não só como fruto de uma obra de engenharia militar com seus elementos construtivos, mas como parte de um processo que envolveu assentamentos humanos, através dos quais vários grupos culturalmente diferentes se encontraram – os luso-brasileiros; os açorianos-madeirenses; os índios Guarani e os afro-brasileiros (AMARAL, 2003, p. 01).*

As estruturas pesquisadas foram: Palamenta, Paiol da Pólvora, Fonte, Cisterna, Quartel da Tropa e Cozinha. A metodologia utilizada compreendeu: levantamento fotográfico do sítio – a fim de documentar o estado de

conservação da fortificação – e escavações nas partes internas e externas das estruturas (AMARAL, 2003).

A intervenção foi sistematizada em quadrículas de 1 x 1m e em níveis artificiais de 10 em 10cm, porém, nos casos em que se percebia estratificação diferenciada dos sedimentos, se procedia a escavação por níveis naturais. O controle das informações de campo foi realizado por meio de fichas e croquis; o nivelamento das camadas era realizado através do "nível de mão" e todo o material recolhido foi peneirado (AMARAL, 2003).

Em campo foi realizado uma triagem do material a fim de se separar vestígios de origem orgânica (ossos e conchas) e inorgânica (metal, vidro e cerâmica). Todos os artefatos recolhidos foram acondicionados em sacos plásticos e identificados quanto a sua procedência. Em laboratório, o material foi limpo e separado de acordo com a sua natureza (lítico, cerâmico, vítreo, metálico, restos faunísticos e restos minerais), dessalinizado e acondicionados em caixas próprias (AMARAL, 2003).

O relatório analisado é minucioso quanto aos procedimentos realizados em campo e em laboratório. As informações quanto às técnicas e materiais construtivos são substanciais, incluindo dados sobre pisos, contra-pisos, soleiras, baldrames e aberturas de ventilação – relacionados às partes internas das edificações – e escadas, calçamentos e canais de escoamento – concernentes às partes externas de algumas estruturas.

Com relação à cultura material recuperada, são apresentadas algumas classificações, porém, conforme afirma a autora, a etapa de análise e curadoria não pôde ser concluída devido à falta de verbas. Segundo Amaral (2003, p.48) "a curadoria está sendo desenvolvida com verbas adquiridas em outros projetos executados pelo Setor de Arqueologia" da UFSC.

Ainda em Santa Catarina, partindo de uma abordagem interpretativa, Marcos André Torres de Souza desenvolve uma arqueologia da paisagem no forte de registro de Laguna. O autor afirma que este "simbolizava a política despótica em toda a sua extensão" (SOUZA, 1995, p. 117). Se por um lado, representava, visualmente, o poder e controle que a Coroa possuía dos portos e acessos meridionais, por outro lado tratava-se de uma "representação oca" (Ibidem), haja vista a negligência em sua manutenção e pagamento dos soldados e também a ausência de conduto militar por parte destes.

O Forte de Laguna localizava-se no canal que liga a cidade de Laguna ao Oceano e foi edificado em fins do XVIII. A primeira referência documental a este é de 1797 (SOUZA, 1995, p. 116), porém, é possível que tenha sido cons-

truído anteriormente. Pode ser caraterizado como um forte de registro, cuja função era "realizar serviços aduaneiros e de inspeção no porto" (Ibidem).

As atividades nesse forte eram realizadas por um almoxarife que tinha como obrigação cobrar impostos por portagem e por um alferes que o auxiliava. Segundo Souza (1995) essa fortificação apresentou uma ocupação efêmera, marcada pelo abandono, tendo existido registros de que foi ocupada por apenas 5 soldados, no ano de 1797; 1 soldado no ano de 1801 ou nenhum no ano de 1808.

O autor lembra que estes fortes, especialmente os pequenos como de Laguna, estavam situados muito próximos às cidades e vilas; seus contingentes, eram, na maioria, locais. Soma-se a isso o descaso por parte da Coroa, que imprimia em tais sítios um cotidiano menos formal e uma relação hierárquica mais atenuada. A paisagem do forte de Laguna apresenta uma simbiose entre os ideais militares, em termos de engenharia militar, e uma apropriação pela cultura regional, que o transformou de acordo como o modelo civil.

A partir do que vimos até agora, é possível fazer uma síntese das principais ideias observadas nessa revisão bibliográfica, enunciando os aspectos elementares que as caracterizam, assuntos em comum e divergências entre si.

Inicialmente, é possível perceber que entre a produção nacional, a maior parte das pesquisas teve como intuito entender o sistema estratégico-defensivo do qual esses sítios militares faziam parte e/ou discorrer sobre os aspectos funcionais das estruturas, analisando, formalmente, suas diversas unidades, entre elas: rampas, quartéis, baterias de canhões, muros, cozinhas, armazéns, celas e outros. Percebe-se que, entre a produção nacional, grande parte das pesquisas teve como enfoque os vestígios materiais acima do solo, ou seja, as edificações em si. Assim, menor atenção foi dispensada, em termos analíticos, para a cultura material recuperada abaixo do solo (fragmentos de louças, vidros, cerâmicas, metais e outros). Além disso, em sua maioria, foram trabalhos realizados no âmbito de pesquisas de arqueologia preventiva ou de restauração (com algumas exceções), ainda que os objetivos dos trabalhos realizados não tenham se reduzido a identificar portas, janelas, paredes, telhas e reformas, mas entender as fortificações enquanto assentamentos humanos.

Por outro lado, os trabalhos produzidos internacionalmente, selecionados para compor esse capítulo, desenvolveram problemáticas específicas de análise, entre elas: gênero, identidade social, identidade étnica e outras.

Buscando debater temáticas atarvés das quais fosse possível acessar o cotidiano das fortificações e entender as suas práticas sociais por meio da cultura material.

Desenvolvendo abordagens mais interpretativas e simbólicas ou mais funcionais e explicativas, nota-se, por meio dos trabalhos compilados que as fortificações possuíam diversos de usos e propósitos que motivaram a sua construção. São sítios militares edificados em diferentes contextos espaciais e históricos, alguns voltados a combater indígenas, outros estrangeiros, outros para controlar o comércio, outros para povoar e colonizar etc. Nesse sentido, podemos entender que os usos de algumas fortificações iam para além do ataque ou defesa militar. Provavelmente, comercializar, cobrar tributos, fiscalizar e estabelecer um povoado, entre outros, também eram funções inerentes a uma fortaleza, forte ou bateria. Além disso, tais fortificações atuaram como marcos simbólicos na paisagem, o que pareceu ter sido uma característica recorrente na maioria dos trabalhos apresentados, independentemente de sua localização espacial e temporal. Percebe-se ainda que no seu dia a dia, as fortificações possuíam muito mais em comum ao mundo civil que estava no seu entorno do que ao mundo bélico propriamente dito, haja vista as estreitas relações existentes entre militares e civis ao longo dos séculos XVIII e XIX.

História das fortificações catarinenses: os portais de acesso ao Brasil Meridional

A tônica central do debate da produção histórica sobre as fortificações gira em torno da utilidade do complexo defensivo catarinense, tendo em vista que quando o mesmo foi testado, na ocasião da invasão espanhola em 1777, a Ilha foi entregue sem qualquer resistência. Diversas causas são apontadas para justificar esse fato, existindo opiniões contrárias e favoráveis sobre o assunto.

A invasão espanhola iniciou-se no dia 23 de fevereiro de 1777 e não houve qualquer reação por parte da bateria de São Caetano, fortificação localizada mais próxima à praia onde ocorreu o desembarque espanhol (Praia de Canasvieiras). O chefe da bateria – tenente do Rio de Janeiro – passou para o lado espanhol e a guarnição "bateu em retirada" para a Fortaleza São José da Ponta Grossa. O comandante de Ponta Grossa enviou um comunicado a Antônio Carlos Furtado de Mendonça – encarregado da defesa da Ilha – informando o ocorrido e aguardando ordens de como preceder, porém,

diante da demora na resposta, acabou abandonando a fortaleza junto com a guarnição. No dia 24 de fevereiro a bandeira espanhola foi hasteada em Ponta Grossa. No dia 25 a mira dos espanhóis voltou-se para a Fortaleza de Santa Cruz do Anhatomirim, lá encontraram o comandante Leão e apenas sete soldados (dois brancos e cinco pretos, conforme afirma Flores, 2004, p.51). Todos foram considerados prisioneiros de guerra e a bandeira espanhola foi novamente hasteada. Em seguida, deu-se o ataque a Fortaleza de Santo Antônio de Ratones, que já se achava abandonada. Por fim, atacaram a Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba, que capitulou, entregando-se ao inimigo (FLORES, 2004; CABRAL, 1972 e CORRÊA, 2005).

Esse episódio levou ao debate sobre a eficácia do complexo defensivo catarinense. Alguns autores acreditam que as fortificações foram "obras de fachada", "mal pensadas" e "inúteis"[11], visto que, quando testadas, não obtiveram êxito (MONERON, 1785 apud CABRAL, 1972; SOARES DE COIMBRA, 1799 apud CABRAL, 1972; SOUZA, 1981; VEIGA, 1988); outros, porém, acreditam que eram "monstros do mar" (VIERIA FILHO, 1990), cuja função era intimidar o inimigo e demarcar território com a grandiosidade de suas edificações.

Os críticos afirmam que o complexo defensivo era ineficaz porque as fortalezas não possuíam uma adequada estratégia de defesa. De acordo com essa linha de pensamento, o planejado sistema de cruzamento de fogos da barra norte não era eficaz porque não se cruzavam e as edificações em Anhatomirim estariam sob a mira de qualquer inimigo (VEIGA, 1988, p.47). Assim, os navios das forças estrangeiras poderiam passar entre as três fortalezas sem sofrer qualquer tiro de canhão e, diante da visibilidade das estruturas, era fácil planejar seu ataque, uma vez que muitas se encontravam sobre a mira dos navios oponentes.

Outra parte dos autores (CABRAL, 1972; ABADIE-AICARD e ALMEIDA, 1990; SOUZA, 1991; CALDAS, 1992; MACHADO, 1994; FLORES, 2004) acredita que, na verdade, um conjunto de fatores deve ser elencado como as causas do sucesso da invasão espanhola, entre eles, o fato das fortificações estarem mal guarnecidas, com a tropa sem fardamento e sem armas, com pouca artilharia e sem artilheiros (SOUZA, 1991, p. 16) e a existência de animosidades entre Lavradio (Vice-rei do Brasil), Lobo de Saldanha (go-

[11] O Vice-rei Monsenhor Pizarro considerou as fortificações catarinenses "obras de fachada" e "mal pensadas" e João Alberto – coronel do Regimento de Moura, quem governava a Capitania de Santa Catarina em 1799 – as considerou "mal pensadas" (CABRAL, 1972, p. 17 e 24).

vernador de Santa Catarina) e José Custódio de Sá e Faria (encarregado da defesa da Ilha).

Segundo Souza (1991, p. 17) as obras de engenharia, cartografia e estratégia desenvolvidas por Sá e Faria foram sempre criticadas, além disso, seus conselhos e pedidos de reforço jamais levados a sério pelo Vice-Rei Lavradio. Corrêa (2005, p. 74) lembra que junto ao triângulo defensivo da Baía Norte, considerado por muitos ineficaz, estava previsto, por Silva Paes, a instalação de batalhões flutuantes e uma guarnição de navios, os quais nunca foram implementados. Cabral (1972, p.32) acredita que a ineficiência das fortificações não ficou comprovada, mas sim a incapacidade dos homens da cúpula administrativa em realizar as ordens oriundas do Reino, dando margem às disputas políticas que levaram ao derrotismo, que acabou no pânico, que entregou Santa Catarina ao inimigo.

É provável, conforme defende Cabral (1972), que a invasão espanhola tenha descreditado o sistema defensivo catarinense e isso se reflete na maior parte dos relatos dos viajantes após 1777, influenciando o olhar dos mesmos sobre essas fortificações, assim como, de uma parte dos historiadores contemporâneos.

No século XVIII, as palavras negativas de Mr. Moneron - viajante francês a bordo do navio La Perouse, que se destinava ao Oceano Pacífico em 1785 - sobre o sistema defensivo português em Santa Catarina tiveram eco em vários documentos históricos. Do mesmo modo, o “Discurso sobre o que observou Moneron na Ilha de Santa Catarina”, escrito pelo General Manuel Soares de Coimbra, em 1799, endossa as afirmações de Mr. Moneron e é reproduzido por alguns viajantes (CABRAL, 1972):

> *Se houvesse a idéia de atacar hostilmente esta parte do Brasil, é sem dúvida que se achariam nos arquivos da Espanha instruções exatas do número de Fortes, de sua força absoluta, e dos socorros que mutuamente se prestam (...). O Forte principal, que não é mais do que uma grande bateria fechada, está situado em uma pequena Ilha de uma elevação mediana sobre o mar (...). A coisa de um terço de altura desta cortina, domina-se o Forte, de maneira que se vê quanto nele se passa, e se descobrem da cabeça aos pés todos os que servem as peças. Estou persuadido de que este lugar com o simples fogo de mosqueteria se poderiam inquietar os defensores deste Forte; mas um só morteiro ou dois obuzes, que com muita facilidade se poderiam por nesta cortina, bastariam para obrigar a entregarem-se (...). A guarnição do forte principal, quando ancoramos, era de 50 soldados mal vestidos e mal pagos, comandados por um Capitão (MONERON, 1785 apud CABRAL, 1972, p. 19).*

> *A Fortaleza de Santa Cruz de Anhatomirim é a mais considerável deste Governo e foi construída pelo Brigadeiro José da Silva Paes no ano de 1739, sendo Gover-*

> *nador desta Colônia: - ela serve de defender a entrada da barra e não deixa de ser de algum modo útil pela proximidade do canal; porém a sua construção mal entendida, aos seus extraordinários quartéis próximos às baterias, a Casa do Governador, a Capela e a casa da pólvora, tudo patente aos inimigos, são defeitos bem consideráveis, e que mostram ter sido o construtor mais arquiteto civil que militar (SOARES DE COIMBRA, 1799 apud CABRAL, 1972, p. 20).*

No entanto, Cabral (1972) lembra que adjetivos pejorativos para as fortificações não eram frequentes em todos os relatos dos viajantes. Segundo Antônio Pernetty, por exemplo, membro da expedição francesa de Bougainville, que tinha como destino as Ilhas Malvinas e que passou pela Ilha de Santa Catarina em 1763, as fortificações tinham "um aspecto muito vantajoso" (HARO, 1996, p. 80). Em 1807, John Mawe, acompanhando uma expedição para Buenos Aires, considerou a Fortificação de Santa Cruz como "poderoso forte" (HARO, 1996, p. 190).

> *Existe na baía onde ancoramos, três fortes que defendem a entrada; o primeiro está situado na ponta da ilha e se chama Forte da Ponta Grossa; em frente está o segundo, chamado Forte de Santa Cruz. Seu aspecto é muito vantajoso (grifos nosso) porque está construído numa plataforma sustentada por arcadas: é onde reside o Comandante. O terceiro forte está mais próximo da Vila. Dá-se-lhe o nome de Forte da Ilha de Ratones (PERNETTY, 1763 apud HARO, 1996, p. 190).*

Apesar de ser um tema intensamente debatido, ainda não existe o veredito sobre a utilidade ou não do complexo militar, ou seja, não é uma discussão encerrada. A nossa proposta, por conseguinte, é apresentar alguns aspectos para analisar esses sítios militares para além de uma perspectiva derrotista, focada no episódio de 1777.

Entendemos que classificar as fortificações catarinenses como "obras de fachada", "mal pensadas" ou "inúteis" devido à conquista da Ilha pelos espanhóis, é diminuir uma série de outros usos que esses sítios militares tiveram no passado e ainda possuem no presente. Nesse sentido, pretendemos apresentar quais seriam estes outros usos, analisando a importância das fortificações para a história da Ilha de Santa Catarina e região.

Inicialmente, cabe lembrar que as fortificações tiveram como uma das suas principais funções conter o contrabando praticado na costa catarinense. Cabral (1972) lembra que em princípios do século XVIII eram frequentes as visitas de piratas e contrabandistas que ancoravam na Ilha com a finalidade de refrescar[12] e comercializar. Segundo o autor, essas passagens "colocavam a população em pânico, pois nem sempre as relações entre visitantes e visitados acabavam amistosas" (CABRAL, 1972, p. 39).

O combate ao contrabando é evidenciado na instrução do Marquês de Pombal para o Vice-Rei Marques do Lavradio em período prévio a construção das fortificações, enfatizando essa como uma das suas principais funções para além do combate militar:

> *5º Instrução - 49 - A conservação da Ilha de Santa Catarina é de suma importância que V. Ex. conhece perfeitamente, porque no tempo de paz defende a costa do sul dos contrabandos, que sem ela seriam sempre inevitáveis; e no tempo de guerra, se por uma parte priva os inimigos dos únicos portos que há na mesma costa com fundo e espaço necessários para neles entrarem e conservarem os ditos inimigos com segurança naus que sejam de força, pela outra parte nos dá faculdade não só para ali termos ancoradas as naus de S. Majestade, mas também para introduzirmos tropas e munições de guerra, e de boca naquele continente do sul (....) (BOITEUX, s/d apud CABRAL, 1972, p. 116).*

Outro uso de suma importância relaciona-se ao incentivo ao processo de colonização e "povoamento" português no Brasil Meridional. Nesse sentido, é importante destacar que, tão logo a Capitania da Ilha Santa Catarina foi criada, em 1738, as fortificações foram idealizadas e começaram a ser construídas. Junto à Casa de Governo (Palácio dos Governadores) e a Igreja Matriz, as fortificações foram pensadas, sendo que, Silva Paes foi o principal responsável por esboçar o desenho dessas obras. Tais monumentos oficiais podem ser considerados como materializações desses primeiros anos nos quais essa porção da América portuguesa foi inserida no Mundo Moderno. A instalação da capitania criava demandas por políticos, padres e militares, segundo os hábitos europeus. As fortificações representaram, justamente, o poder militar, político e espiritual na Ilha, fazendo parte das estratégias de domesticação desse espaço no sul do país.

A vinda das famílias de açorianos, idealizada por Silva Paes e coeva a edificação das fortificações, demonstra que povoar, colonizar e fortificar são ações que se complementavam. As famílias eram provenientes dos arquipélagos dos Açores e Madeiras[13] e muitos desses cidadãos também integraram as Tropas Militares das fortificações:

> *Se das Ilhas e puderem remeter alguns casais seria utilíssimo e ainda alguns recrutas, por que assim se aumentaria a cultura destas Terras que são próprias, não*

---

[12] Segundo Cabral (1972, p.18), refrescar em "linguagem náutica quer dizer, abastecer-se de gêneros e água fresca".

[12] FLORES (2000, p. 39) afirma que as Ilhas de Açores e Madeira foram escolhidas porque estavam densamente povoadas e em crise de subsistência, que seria um facilitador para "estimular o desejo dos ilhéus em partirem".

> *só para todos os frutos, da América, senão tão bem da Europa, e dos filhos dos mesmos Casais se recrutaria o Terço ou Tropas, que aqui assistissem, e seria mais e permanentes do que os de fora (SILVA PAES, 1742, apud CORRÊA, 2005, p. 77).*

Os primeiros casais açorianos chegaram entre 1748 e 1756, foram recebidos pelo próprio Silva Paes e instalados em lugares considerados adequados em termos geomorfológicos, mas também estratégicos para auxiliar o cultivo e a criação de animais que abasteceria a Vila de Desterro e as fortificações. Os lugares escolhidos foram São Miguel do Arcanjo, Barreiros, São José, Enseada do Brito, a Freguesia da Santíssima Trindade de Trás do Morro, Santo Antônio, Canasvieiras, Lagoa da Conceição, Rio Tavares e Ribeirão da Ilha (FLORES, 2000, p. 57).

Segundo Flores (2000, p. 63) entre as reclamações dos imigrantes sobre promessas não cumpridas após a vinda para as terras portuguesas, consta a obrigatoriedade ao serviço militar, visto que no edital de inscrição constava que os colonos estariam isentos do fisco e do serviço militar. A autora explica que as tropas das fortalezas, “por disposição de Silva Paes, deveriam compor-se de seis companhias de sessenta soldados, tendo por graduado um capitão, um alferes, um tenente, dois sargentos, bem como um sargento-mor e um ajudante”, e para preencher os “claros na tropa” era realizado o recrutamento dos colonos, denominados por Flores (2004, p. 35) como “soldado-cidadão”.

Segundo a autora, essa denominação – “soldado-cidadão” – justifica-se diante do fato que “em tempo de paz [esses soldados-cidadãos] cultivavam ao redor de suas moradias as hortas que forneciam o sustento das famílias e criavam animais de terreiro, galinheiros com aves domésticas, que vendiam aos navios que passavam em troca de algum lucro”, porém, em tempo de guerra, deveriam estar aptos para a defesa militar do território. Nos dias de santos e nos domingos, os soldados-cidadãos era obrigado a fazer exercício marcial e treinar o manuseio das armas. Quando envolvidos nessas atividades, seus campos e animais ficavam “abandonados” e não recebiam soldos compatíveis com o trabalho realizado, até porque, o pagamento estava, normalmente, atrasado.

Enquanto marcos importantes dos primeiros anos de Desterro e da Capitania da Ilha de Santa Catarina é importante destacar a rede de relações que tais sítios militares incentivaram. Trocas comerciais e relações econômicas, políticas e culturais eram firmadas dentro das fortificações e no seu entorno, seja através da produção agrícola e criação de animais, seja pelo encontro de diferentes grupos sociais.

Segundo Amaral (2003, p. 12) a maior parte dos materiais construtivos das fortificações eram de origem local, especialmente as madeiras, tijolos e telhas; "os quais eram confeccionados nas redondezas", possivelmente em São José. Além disso, a autora acredita que a Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba era abastecida por produtos cultivados na localidade do Ribeirão da Ilha e por gado vindo dos campos de Araçatuba, lugarejos próximos. Possivelmente, as demais fortificações também estabeleciam esse mesmo tipo de relações comerciais com sua vizinhança, estimulando a produção agrícola e pecuária, bem como o artesanato e a manufatura.

Amaral (2003, p. 01) entende que as fortificações podem ser analisadas enquanto "assentamentos humanos" para além de uma obra de engenharia militar. Assim, segundo ela, "vários grupos culturalmente diferentes se encontraram - os luso-açorianos, os açorianos-madeirenses, os índios Guarani e os afro-brasileiros".

Entendemos que esta é uma perspectiva importante de ser lembrada com relação à história de Santa Catarina, tendo em vista que as fortificações impulsionaram encontros culturais que convergiram para a consolidação do hibridismo que compõe a sociedade catarinense no passado e no presente. Cabe ressalvar, contudo, que esses encontros culturais não foram pacíficos e sem conflito. Amaral (2003) chama atenção para o possível impacto que tais fortificações tiveram junto à população da Ilha, aumentando o contingente demográfico e transformando sua estrutura social. Pequenos agricultores, pescadores, indígenas, negros, mulatos e outros moradores tiveram seu dia a dia modificado com o assentamento dos primeiros militares e suas famílias que dispunham de autoridade política e econômica.

A grandiosidade das obras militares e sua proeminência na vida das pessoas, assim como na paisagem cultural, reforçam a função simbólica que estes sítios tiveram enquanto marcadores territoriais da Coroa portuguesa. Esse uso simbólico pode ser caracterizado como outra importante função desses sítios fortificados. Desse modo, entendemos que as Fortificações são marcos na paisagem, os quais, para além de sua função de defesa ou de ataque militar, nos dizem acerca das relações sociais, discursos de poder e, por conseguinte, de simbolismo.

Em alguns relatos de viajantes percebe-se o quão imponente eram tais sítios. As observações sobre as fortificações figuram entre as primeiras páginas da maioria dos relatos dos estrangeiros. O viajante inglês John Mawe, por exemplo, relata em 1807 que:

> *Ao entrar no porto de Santa Catarina, pelo norte, passamos por várias ilhas, numa das quais, a oeste da entrada, erguia-se o poderoso forte de Santa Cruz. Depois de navegarmos poucas milhas em água raza, fundeamos numa passagem estreita, guardada por dois fortes, e que forma o porto. Do ancoradouro ou, melhor, do lugar de desembarque, no alto de um declive verdejante, com cerca de duzentas jardas, a cidade oferece bela vista e a perspectiva é nobremente coroada pela linda catedral. O verde está entremeado à de laranjeiras oferecendo agradável espetáculo (HARO 1990, p. 190). (grifo nosso).*

Nos relatos, as fortificações podem ser percebidas como um primeiro meio de comunicação com os viajantes. Ao se avistar tais sítios, eram realizados certos protocolos, entre eles: o hasteamento de bandeiras, salvas de tiros de canhão e, em alguns casos, a entrega de um documento Oficial com as devidas apresentações de cada parte. Em 1808, o russo Vassili Golovnin fez o seguinte relato sobre sua chegada à Ilha:

> *Ao entrar na enseada, demos o sinal habitual para chamar o piloto e hasteamos nossa bandeira e bandeirola; entretanto, ninguém veio em nossa direção. Um guarda-costas português saiu então da baía ao nosso encontro com a bandeira hasteada, mas os fortins não hastearam bandeira: sem dúvida os portugueses receavam a salva que íamos dar segundo os tratados, pois teriam de responder a ela, e é mais que provável que não possuíssem pólvora ou então que tivessem tão pouco dela que não desejavam desperdiçar tal preciosidade (...). Nosso capitão mandou à terra um oficial falar com o comandante para saber se a fortaleza ia responder à nossa salva por um número igual de tiros de canhão. O bom comandante foi sincero e confessou ao oficial que na fortaleza quase não havia pólvora; pediu portanto ao capitão para dispensar a salva (Golovnin, 1808 apud HARO, 1990, p. 199).*

Mantendo à parte a questão da precariedade das condições bélicas das fortificações descrita pelo russo Golovnin, pode-se notar a função simbólica que tais marcos possuíam. Estrategicamente construídos e integrados à paisagem local, serviram como uma primeira forma de comunicação para quem chegava. Vistas do mar, podem ser consideradas como portais de acesso à Ilha de Santa Catarina e ao Sul do Brasil, pelos quais eram indispensáveis passar antes de chegar ao sul do continente americano e outros mares. Eram portais monumentais, que apresentavam um discurso de poder, informando propriedade e comunicando acerca das relações sociais.

Assim, para além das funções de defesa e ataque militar, as fortificações tiveram os seguintes usos:: combate ao contrabando; incentivo ao "povoamento", colonização e domesticação desse espaço; fomento à produção agrícola, artesanal, manufatureira e criação de animais; favorecimento do encontro cultural de diferentes grupos étnicos (luso-açorianos, açorianos-

-madeirenses, índios Guarani e afro-brasileiros, conforme Amaral, 2000) e atuação como marcos na paisagem, especialmente portais de acesso ao sul do continente, no qual os comandantes militares (grande parte de origem portuguesa) eram os sentinelas que controlavam as passagens pela região.

Ao longo do tempo, no decorrer dos séculos XVIII, XIX, XX e XXI, essas fortificações, de modo geral, passaram por novos usos, entre eles: postos de quarentena; abrigo de "convalescentes" brasileiros e prisioneiros paraguaios durante a Guerra do Paraguai; "depósito de loucos"; prisão militar na Revolução Federalista e outros; hospital de Lazareto; Hospital Militar; Capitania dos Portos e local de residência de militares e familiares; além de tombamento pelo IPHAN[14].

Dessa forma, podemos afirmar que as relações entre as pessoas e as fortificações, no passado e no presente, ocorreram de diferentes formas e se expressaram a partir de diversos usos. Classificá-las como "inúteis", "mal pensadas" ou "obras de fachada" exclusivamente pela conquista espanhola de 1777 é narrar apenas um episódio da história desses sítios e silenciar uma série de outros que foram tão importantes e significativos para a história catarinense quanto este.

Arquitetura como uma forma de discurso não-verbal

Conforme informamos no início do capítulo, nosso objetivo é debater acerca das relações sociais em duas fortificações de Santa Catarina: São José da Ponta Grossa e Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba. Para isso, utilizaremos de uma abordagem interpretativa da arqueologia da arquitetura, analisando o espaço social dessas fortificações. Nossas fontes de estudo são: as muralhas, os muros, as unidades arquitetônicas e as relações espaciais existente entre elas. Nesse sentido, entendemos que a organização do espaço onde estamos inseridos tem muito a ver com a sociedade que o constituiu. Ao mesmo tempo em que a sociedade possui certa forma espacial é por ela domesticada (HILLIER & HANSON, 1984). Dessa maneira, podemos dizer que a arquitetura é a materialização da ordem espacial em sistemas relacionais nas quais estão incorporadas finalidades sociais.

A arquitetura pode ser considerada um artefato (ou super-artefato) de caráter duplo: ela é produto de um contexto social específico e vetor de

---

[14] Informações detalhadas sobre os usos das fortificações podem ser acessadas em SOARES (2003, p.134, 135, 136, 137 e 138).

relações sociais. Assim, consideramos as construções arquitetônicas produtos culturais carregados de significados e intencionalidades. Uma vez reconhecido esse aspecto, é possível dizer que as edificações, tanto quanto os artefatos móveis, são passíveis de interpretações e podem nos dizer muito acerca de ideologias, práticas sociais, discursos de poder etc. Ou seja, são um caminho alternativo para estudar o mundo social.

> *Este tipo de abordagem oferece uma nova perspectiva de análise para a discussão de elementos vinculados à conformação da paisagem cultural. As construções são vistas como elementos ativos, produtos culturais que interatuam de forma dinâmica com o homem (ZARANKIN, 2002, p. 45).*

De fato, em meio à materialidade que compõe nosso mundo social, estão as edificações: casas, instituições de ensino, bancos, igrejas, repartições públicas, hospitais e outros, isto é, uma série de lugares construídos e bem delimitados, no interior dos quais se estabelecem relações sociais específicas e cuja morfologia e espacialidade atendem necessidades tanto práticas quanto simbólicas. Segundo Umberto Eco (1968 apud Zarankin, 1999, p. 245-6), a arquitetura satisfaz algumas exigências das pessoas apresentando funções que se denotam, que são utilitárias. Porém, ao mesmo tempo, a mesma arquitetura persuade as pessoas para que vivam de uma determinada maneira, apresentando funções que são conotadas, simbólicas. Não queremos dizer com isso que ela determina as relações sociais, seu poder consiste em, no máximo, tornar mais difíceis certas ações. Contudo, esse tipo de inibição não se dá necessariamente por meio de obstáculos físicos, uma vez que a cultura possui códigos que afetam de forma abstrata as relações sociais.

Logo, fazer uma arqueologia da arquitetura não é fazer uma história da arte ou da própria arquitetura. Embora alguns trabalhos dessa área detenham-se, sobretudo, na classificação e sistematização de estilos e fases construtivas[15], o objetivo dessa linha de pesquisa vai além, tendo em vista que entende a arquitetura como um artefato carregado de signos compartilhados culturalmente e que está em constante relação dialética com as pessoas.

Partindo do viés simbólico/contextual da arqueologia, compreendemos a cultural material como um texto, ou um conjunto de signos interligados, a partir do qual é possível acessar uma série de aspectos da sociedade ou grupo, em que os artefatos estão inseridos – tais como sua organização socioeconômica, conceitos públicos e sociais subjacentes às práticas cotidianas.

[15] GARAI-OLAUN 2002 e ZOREDA 2002 são exemplos de trabalhos com estas características.

Assim, a cultura material de uma forma geral pode ser entendida como um "sistema de sinais em códigos que constitui sua própria língua material" (FUNARI, 1999, s/p) – resultado de diferentes discursos construídos socialmente, e que são constantemente reproduzidos e/ou contestados. Portanto, podemos considerar a cultura material como um "discurso material, estruturado e silencioso, ligado às práticas sociais e às estratégias de poder, interesse e ideologia" (FUNARI, 1999, s/p). Partindo desse princípio, muitos arqueólogos argumentam que a arquitetura pode ser vista como um texto, um tipo de linguagem, um meio de comunicação não-verbal, carregado de funções tanto práticas/utilitárias quanto simbólicas/ideológicas, além de ser objeto ativo das relações sociais. Em outras palavras, a arquitetura é a materialização de discursos sociais, o que implica em dizer que ela tem propriedades análogas a um texto escrito, isto é, possui um significado dentro de um contexto específico, da mesma forma como as palavras tem sentido quando associadas às outras. A decodificação da arquitetura se dá culturalmente, pois quando os códigos que a compõe são compartilhados, sua leitura é compreendida (RAPOPORT, 1978).

As edificações, portanto, são objetos sociais carregados de valores e sentidos próprios de cada sociedade. No entanto, eles não são um simples reflexo da sociedade, pois eles ajudam na formação/domesticação das pessoas, afetando-as direta e indiretamente. Os efeitos diretos dizem respeito ao "comportamiento, temperamiento, satisfacción, interacción o actuación" dos sujeitos no espaço (RAPOPORT, 1978, p. 17-18). Basta pensarmos, conforme explica Zarankin (2002, p. 39) que a arquitetura cria limites artificiais que regulam a forma como nos deslocamos no espaço e como nos relacionamos com as pessoas, posto que tais limites podem favorecer certos encontros em detrimento de outros. Ou, nas próprias palavras de Zarankin (2010, p. 81) "(...) são corpos que regulam outros corpos". Os efeitos indiretos, por sua vez, são aqueles em que as construções nos permitem realizar conclusões acerca do status de seus ocupantes, bem como suas alterações comportamentais (RAPOPORT, 1978, p. 18).

Podemos dizer que as fortificações são um dos exemplos de materialização do discurso de poder. Elas apresentam tanto uma função utilitária, no que diz respeito a proteção de determinado território, como também uma função simbólica, se pensarmos que tão (ou mais) importante que proteger, era impor sua marca na paisagem, mostrando a quem pertencia o domínio daquele território.

Aplicação da Análise Alpha nas fortificações catarinenses

Hillier e Hanson (1984) propuseram a "Teoria da Sintaxe Espacial" que busca descrever a ordem espacial do traçado de um assentamento considerando a relação entre as construções e os espaços públicos. E uma vez que a estrutura espacial, com toda a sua realidade física composta por edificações, ruas, praças e outros, não se dá sem os componentes sociais, tal teoria considera ainda as relações entre os habitantes do sistema, e entre estes e os externos ao sistema. Ou seja, se imaginarmos uma malha urbana, os edifícios nela presentes estão distribuídos de modo a facilitar certos encontros e dificultar outros. Logo, cada nova intervenção física resulta em um novo sistema de encontros.

A Sintaxe Espacial, geralmente aplicada na malha urbana a fim de traçar vias que aperfeiçoem a circulação das pessoas, utiliza como procedimento de análise o que Hillier e Hanson (1984) chamam de análise alpha[16]. Por meio dela podemos compreender a distribuição e acessibilidade dos espaços, bem como a criação de hierarquias espaciais. Além disso, é possível mensurar o grau de integração e segregação dos espaços, o que nos permite discutir o nível de controle sob a integração de categorias sociais. Desse modo, um assentamento pode ser caracterizado como distributivo (os espaços nele existentes possuem mais de uma via de acesso) ou não distributivo (possuem apenas uma via), e suas construções podem estabelecer entre si uma relação de simetria (possuem a mesma relação entre si) ou assimetria (não possuem a mesma relação, de modo que é preciso passar por um terceiro espaço para alcançar outro). A quantificação das propriedades sintáticas permite tornar concisa a complexidade relacional das propriedades do espaço e do sistema como um todo (HILLIER e HANSON, 1984, p. 108).

O limite da Teoria da Sintaxe Espacial está no fato de se pensar o movimento dos sujeitos condicionado ao traçado do assentamento, desconsiderando, assim, as possibilidades de subversão dessa ordem. No entanto, a análise alpha nos permite visualizar a projeção da distribuição espacial em termos de integração e controle para, a partir daí, pensarmos em termos de uso prático e simbólico desses espaços, assim como nos discursos nele presentes.

---

[16] Originalmente, alpha-analysis (HILLIER e HANSON, 1984, p. 90).

O procedimento da análise alpha faz uso de diversos mapas e cálculos. Para nosso caso de estudo optamos pelo mapa axial, a fim de calcular a medida de assimetria relativa[17], e o que chamamos de gráfico espacial, a partir do qual conseguimos observar a relação entre edificações (quartel da tropa, casa do comandante, casa do pólvora e outros) e suas respectivas vias de acessos. O mapa axial consiste na menor quantidade de linhas retas necessárias para cobrir toda a malha do assentamento, passando por seus espaços abertos (ou vias de acesso). A linearidade permite-nos captar padrões globais no que tange ao movimento através dos diferentes espaços e, por meio dela, chegamos à medida de assimetria relativa (RA), isto é, a quantificação de quão integrado ou segregado é uma via de acesso com relação a todo o assentamento. Esse cálculo é feito da seguinte forma:

$$RA = \frac{2.(MD - 1)}{k - 2}$$

MD é a medida de profundidade e k é o número de espaços existentes no assentamento em questão (HILLIER e HANSON, 1984, p. 108). Chegamos na medida de profundidade a partir da soma dos passos topológicos[18] dividida pela quantidade de percursos[19]. Os resultados obtidos no RA serão entre 0 e 1, com os menores valores indicando uma maior integração da via de acesso em relação ao assentamento, e os maiores valores indicando maior segregação (HILLIER e HANSON, 1984, p. 108-09). Vê-se, portanto, que as noções de profundidade e assimetria andam juntas, haja vista que quanto mais profundo é um percurso em relação aos demais, mais assimétrico ele é, logo mais difícil é acessá-lo.

Outro método de análise que utilizamos foi o que chamamos de gráfico espacial. Conforme proposto por Hillier e Hanson (1984, p. 104), colocamos no mapa das fortificações círculos preenchidos em cada edificação[20] e círculos vazados em cada espaço não construídos externo à elas. Em seguida, ligamos os pontos sempre que havia permeabilidade direta entre eles. Feito isto, justificamos o desenho de modo que este se tornasse um gráfico a partir

---

[17] Originalmente, relative asymmetry, ou RA (HILLIER e HANSON, 1984, p. 108)

[18] Isto é, as mudanças de direção necessárias para ir de um ponto a outro.

[19] No mapa axial, os percursos correspondem a cada linha nele traçada.

[20] Aqui, optamos em colocar um círculo preenchido também na entrada da fortificação, lugar em que estão seu portão e muro, pois, uma vez que a fortaleza se encontra dentro dessa área construída, achamos pertinente marcar sua entrada.

do qual conseguimos observar claramente as relações entre as edificações e suas vias de acesso e, a partir disso, analisar se as fortificações eram distributivas ou não distributivas, bem como se suas edificações possuíam uma relação de simetria ou assimetria. Estes pontos permitem discutir, por exemplo, relações de hierarquia socialmente construídas e materializadas na espacialidade da fortificação.

Fortaleza Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba

A Fortaleza Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba foi construída em 1742 (existem controvérsias historiográficas sobre essa data, já explicitadas no início do capítulo), na Ilha de Araçatuba, hoje pertencente ao Município de Palhoça, Santa Catarina. As intervenções arqueológicas ocorreram nos anos 2000 e 2001, sendo a arqueóloga Maria Madalena Velho do Amaral a responsável pelos trabalhos de campo e de laboratório (AMARAL, 2003). A partir das informações levantadas em projetos e relatórios de pesquisa, plantas, fotos, fichas de campo e de laboratório presentes no MArquE/UFSC (Museu de Arqueologia e Etnologia da Universidade Federal de Santa Catarina – Oswaldo Rodrigues Cabral), elaboramos as análises a seguir acerca da espacialidade desse sítio militar.

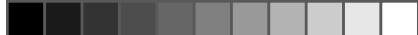
Analisando a arquitetura dessa fortaleza e tendo por base o gráfico espacial (figura 1) e o mapa axial (figura 2) elaborado para a análise alpha, percebemos que a forma como a fortificação foi construída apresenta alguns indícios sobre como se davam as relações sociais na mesma.

Esse sítio militar caracteriza-se por uma espacialidade distributiva, porém, com relações assimétricas entre as suas unidades arquitetônicas e espaços não-construídos (áreas de circulação ou vias de acesso). Ou seja, uma vez na ilha, é possível acessar diferentes lugares e espaços da fortificação por diferentes vias de acesso, caracterizando-se por uma espacialidade distributiva. No entanto, para alcançar determinadas edificações, é necessário passar por outras, por exemplo: para se chegar à Casa do Comandante (unidade 15), primeiro se passa em frente ao Quartel da Tropa I (unidade 5), Casas dos Moços I e II (unidades 6 e 8) e Quartel da Tropa II (unidade 12), além dos fundos da cozinha (unidade 14), frente do pátio interno (unidade 13) e os estreitos corredores da frente e dos fundos da Casa do Comandante (unidades 10 e 11). Em função disso, podemos dizer que as edificações de Araçatuba estão em uma relação assimétrica entre si, visto que algumas unidades estavam distribuídas em maior profundidade no interior da for-

LEGENDA :
1 - Porto
2 - Armazém da Praia
3 - Portada de entrada
5 - Quartel da Tropa 1
6 - Casa dos Moços I
7 - Cisterna
8 - Casa dos Moços II
12 - Quartel da Tropa 2
13 - Pátio Interno
14 - Cozinha
15 - Casa do Comandante
16 - Casa da Pólvora
19 - Fonte
20 - Paiol da Pólvora
21 – Rampa de acesso à bateria de canhões
22 - Palamenta
23 - Bateria de canhões
4, 9, 10, 11, 17, 18 e 24 - Espaços não edificados

Figura 1 – Croqui e Gráfico Espacial da Fortaleza Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba, Palhoça (SC). Autora do croqui: Tallyta Suenny, 2014.

tificação e alguns lugares eram acessados com maior ou menor dificuldade, sendo necessário circular por outros caminhos até chegar à eles.

A partir do gráfico espacial (figura 1) notamos a existência de dois eixos de acessos dentro da fortaleza, um que parece ter sido o “oficial” (unidades 1, 3, 4, 9 e 11) e outro que pode ser considerado alternativo (unidades 1, 24, 18, 10 e 17). Sugerimos essa divisão porque o primeiro corresponde ao acesso pela entrada principal da fortificação, passando pelo portão entre os

muros e um grande espaço (platô) onde várias construções estão dispostas; o segundo eixo prefigura o acesso às edificações contornando o muro à oeste, passando entre rochas e pequenas vias de circulação, possivelmente não--oficiais (alternativas).

Esse eixo de acesso que consideramos "oficial" compreende o espaço no qual a análise do mapa axial (figura 2) apontou como de maior integração do conjunto do sítio. No quadro ao lado deste mapa estão dispostos os resultados do RA de cada linha em forma crescente, isto é, do mais ao menos integrado. Nele, observamos que as linhas 5, 7 e 6 representam esse espaço onde a circulação da fortaleza era facilitada e, por conseguinte, onde o número de encontros eram possivelmente maiores. O mesmo não ocorre, por exemplo, na bateria de canhões da fortaleza (linha 11), cujo RA demonstra uma segregação com relação ao sítio, o que sugere que seu acesso se dava de forma controlada e por poucos sujeitos.

À primeira vista esse croqui desse sítio militar dá a impressão de que a sua espacialidade não apresenta restrições, visto que as edificações estão dispostas em um único platô e – com algumas exceções – não existe apenas uma conexão entre elas. Porém, um estudo crítico dessa planta e a análise do gráfico espacial (figura 1) demonstram que existem uma série de agrupamentos dentro da fortaleza, sendo que dois deles se apresentam de forma mais evidente: o primeiro agrupamento situa-se imediatamente na entrada da fortaleza, no lado leste, onde estão localizados o Quartel da Tropa I (unidade 5), Casa dos Moços I (unidade 6), Casa dos Moços II (unidade 8) e Cisterna (unidade 7); e o segundo agrupamento situa-se no lado oeste, em maior profundidade no sítio, onde se agregam a Casa do Comandante (unidade 15), Quartel da Tropa II (unidade 12), Cozinha (unidade 14), Pátio Interno (unidade 13), Casa da Pólvora (unidades 16), Palamenta (unidade 22) e Bateria de Canhões (unidade 23).

Analisando esses dois agrupamentos podemos supor que escolhas ideológicas influenciaram a distribuição espacial das estruturas dentro do sítio. Nesse sentido, cabe lembrar Thiesen (1999, p.4) que afirma que "os grupos sociais demarcam seus espaços através da construção de fronteiras (visíveis ou não) e essas fronteiras que separam e dividem espaços são percebidas e classificadas" de diferentes formas.

Os agrupamentos apresentados acima estão localizados em lados opostos da fortificação (leste e oeste) e, além disso, ainda que de forma sutil, o segundo agrupamento situa-se em num nível topográfico um pouco mais

Linhas	RA
5	0,123
7	0,142
6	0,152
16	0,152
12	0,171
15	0,180
9	0,180
2	0,2
8	0,209
3	0,238
1	0,247
10	0,257
13	0,257
14	0,266
11	0,333
4	0,380

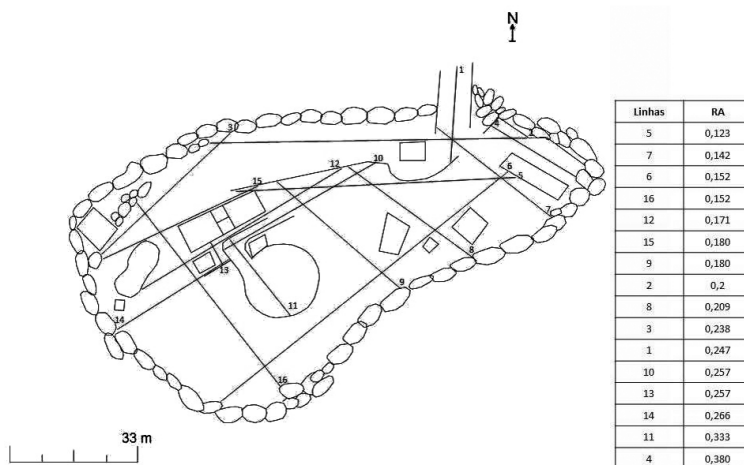



Figura 2 – Mapa Axial da Fortaleza Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba, Palhoça (SC). Autora do croqui: Tallyta Suenny, 2014.

elevado que as outras construções e de forma mais profunda no sistema, ou seja, mais afastado da entrada. Assim, podemos sugerir que existem fronteiras simbólicas delimitando o espaço social no interior da fortificação, as quais separam diferentes grupos sociais que estariam circulando em cada agrupamento. De fato, em termos práticos, é possível supor que poucos resultados teriam (em relação à defesa ou proteção) a localização do Quartel da Tropa I (unidade 5) e Casas do Moços I e II (unidades 6 e 8) próximos ao portão de entrada da Fortificação e a Casa de Comandante (unidade 15) mais afastada. Provavelmente, a pessoa ou grupo de pessoas que conseguisse adentrar os muros da fortificação teria facilidade de acessar essas unidades arquitetônicas, independente da sua localização, porque não existem barreiras físicas restringido o acesso entre elas e existem diferentes formas de circular nesse espaço. Tal constatação nos leva a supor que o que influenciou a escolha do lugar onde as edificações foram construídas, em termos espaciais, foram fatores ideológicos e simbólicos, não práticos, utilitários ou de estratégia militar. Entendemos que as relações de poder e de hierarquia influenciaram na localização espacial das edificações, logo, podemos concluir que na fortaleza de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba, a hierarquia

materializou-se por meio da disposição e distanciamento espacial das unidades arquitetônicas e não por restrições de acessos ou barreiras físicas.

É importante considerar que o fato da fortificação estar localizada em uma ilha corresponde, possivelmente, a uma estratégia militar de defesa, protegendo o canal que dá acesso à Ilha de Santa Catarina pela Baía Sul. Essa localização facilitava o controle dos navios que passavam pela região. Além disso, em função de estar localizada numa ilha, elementos naturais foram utilizados de modo a auxiliar a defesa da fortificação (costões), visto que seu acesso se dava por apenas um porto (de fácil controle) e não existiam outras formas de desembarque em Araçatuba. Na porção sul da fortificação, por exemplo, os costões da ilha substituem os muros que a circunda e foram utilizados como artefatos de defesa/proteção.

Porém, considerando a espacialidade das edificações internas na fortificação, estamos sugerindo que fatores simbólicos e ideológicos, entre eles hierarquia e relações de poder, foram os referenciais que determinaram a distribuição interna dessas unidades arquitetônicas, relacionando usos e grupos que as utilizavam. Provavelmente, os soldados rasos moravam e circulavam no lado leste da fortaleza e os oficiais de patente mais elevada, no lado oeste. A bateria de canhões principais, apesar de estar localizada a oeste, possuía uma rampa que restringia seu acesso e impedia o contato entre os soldados rasos que a utilizavam, preservando, assim, a intimidade dos moradores que viviam no Quartel da Tropa II (possivelmente oficiais de patente mais elevada) e na Casa do Comandante. De fato, conforme demonstra o mapa axial (figura 2), no lado leste da fortificação as possibilidades de encontros entre os moradores eram mais facilitadas do que no lado oeste, acreditamos que nesse local, mais pessoas viviam e circulavam para as lides diárias e o número de encontros eram possivelmente mais intensos e mais controlados, já que mais visíveis.

Por outro lado, também não podemos deixar de ressaltar que, apesar desses valores ideológicos (hierarquia e relações de poder) estarem materializados nessa fortificação e terem influenciado a escolha do lugar onde as edificações foram construídas, os diferentes eixos de acessos (oficial e alternativo) e as diversas ligações entre as unidades arquitetônicas, nos levam a supor que essa hierarquia militar era frouxamente praticada no cotidiano da fortaleza. A assimetria da fortificação, suas diferentes vias de acessos e formas de circulação interna, nos permitem sugerir que a rigidez militar não era tão intensamente imposta nesse sítio, apesar de não ser inexistente. A segregação e o controle eram atenuados diante das diferentes vias de

acessos na Ilha de Araçatuba, conferindo uma certa liberdade de circulação e desviando dos pontos de controle. Além disso, o fato de a fortificação estar situada numa ilha, afastado do continente e da Vila de Desterro, diminuíam o controle por parte dos oficiais graduados que não viviam na fortaleza (os quais, inclusive, eram maioria), conferindo, assim, um dia a dia menos rígido e uma disciplina militar mais atenuada nesse sítio.

Fortaleza São José da Ponta Grossa

A Fortaleza São José da Ponta Grossa foi construída em 1739, localizada na Baía Norte do atual município de Florianópolis, Santa Catarina. Fazia parte do triângulo defensivo de Desterro, no qual, junto com as fortificações de Santa Cruz do Anhatomirim e Santo Antônio de Ratones, deveriam controlar o principal canal de acesso a Vila. Essa fortaleza foi escavada nos anos de 1989, 1990, 1991 e 1992, sob a coordenação da arqueóloga Teresa Domitila Fossari. O material produzido nesse trabalho, como projetos e relatórios de pesquisa, fotos, fichas de campo e de laboratório presentes no MArquE / UFSC foram utilizados como fonte para a elaboração do Mapa Axial (figura 4) e Gráfico Espacial (figura 3) do sítio.

Analisando a arquitetura dessa fortaleza e tendo por base o mapa axial (figura 4) e o gráfico espacial (figura 3) elaborado para análise alpha, percebemos que a forma como a fortificação foi construída apresenta alguns vestígios sobre como se davam as relações sociais na mesma.

De acordo com o gráfico espacial (figura 3), Ponta Grossa apresenta uma espacialidade não distributiva. Ou seja, uma vez dentro da fortificação só é possível seguir um caminho para acessar todas as suas unidades arquitetônicas, as quais são restringidas pelas rampas. No gráfico espacial esse caminho está representado pelo eixo que percorre as unidades 1, 4, 6, 9, 10, 16 e 17. Vê-se, portanto, que não há outras opções de trajeto no interior da fortificação, suas vias de acesso são restritas, de modo que a circulação em seu interior era, possivelmente, controlada. Essa ideia de controle é endossada pelas rampas de acesso que ligam um platô ao outro, as quais estreitam os caminhos, o que diminui o fluxo através deles.

Outra característica presente nessa fortificação é a relação assimétrica entre suas unidades arquitetônicas e espaços não construídos. Isto é, para se chegar a um prédio, ou conjunto de prédios é necessário passar por outros. Por exemplo, para acessar a Casa do Comandante (unidade 19) obrigatoriamente é preciso passar pela frente da Casa da Guarda (unidade 2), do Cala-

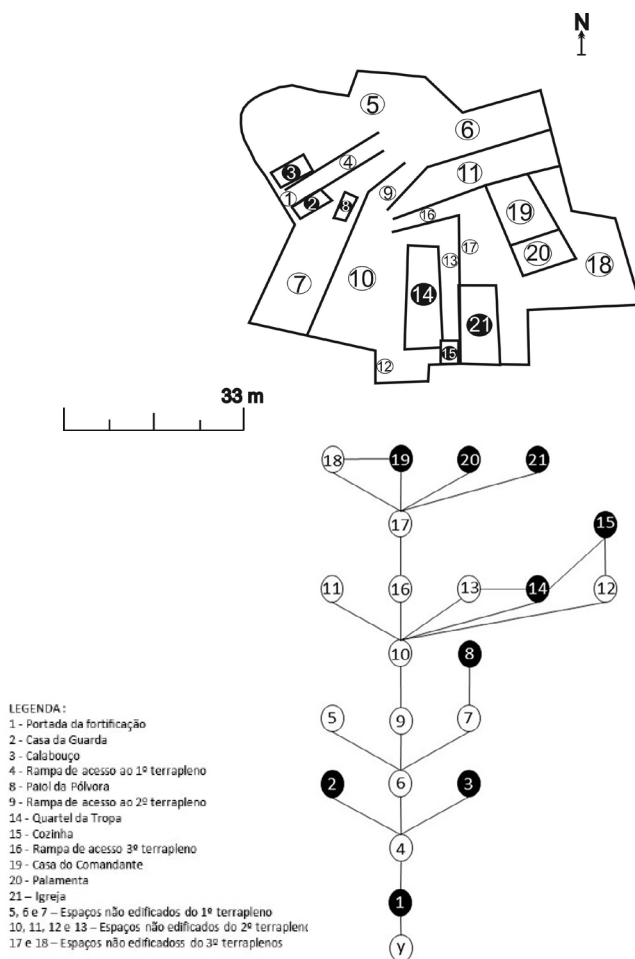



Figura 3 – Croqui e Gráfico Espacial da Fortaleza São José da Ponta Grossa, Florianópolis (SC). Autora do croqui: Tallyta Suenny, 2014.

bouço (unidade 3), do Quartel da Tropa (unidade 14) e da Igreja (unidade 21), além de circular pelas rampas (unidades 4, 9 e 16). Essas características têm relação com a noção de profundidade desse sistema espacial, em que algumas construções estão mais facilmente acessíveis que outras, ou ainda, mais protegidas ou vulneráveis.

Nisso, percebemos, ainda, a existência de uma hierarquia entre as construções, a qual é reforçada pelos níveis topográficos do sítio, onde no

platô mais elevado se encontra a Casa do Comandante (unidade 19), a Igreja (unidade 21) e o Paiol (unidade 8), no nível intermediário, se situa o Quartel da Tropa (unidade 14) e a Cozinha (unidade 15) e, no nível mais baixo, a Palamenta (unidade 20), a Casa da Guarda (unidade 2) e o Calabouço (unidade 3). Nesse sentido, podemos entender quais condições naturais do relevo foram aproveitadas a fim de reforçar esse discurso de poder, onde a posição da casa do Comandante, simbolicamente, demonstra a sua "superioridade" em relação aos outros, bem como a posição da Igreja é proeminente aos demais.

A hierarquia desse sistema espacial também é perceptível no mapa axial (figura 4), o qual aponta a via de acesso para a Casa do Comandante (linha 16) como um dos caminhos menos integrados em relação ao conjunto da fortificação. De modo análogo, o caminho próximo ao Quartel da Tropa (linha 6) é o que apresenta a maior integração com relação ao conjunto, uma vez que ali é possível encontrar pessoas que entraram na fortificação (vindo do primeiro platô) e pessoas que estão descendo o terceiro platô, vindo da Igreja, da Casa do Comandante ou do Paiol da Pólvora. Ou seja, o segundo platô, que comporta o Quartel da Tropa e a Cozinha, é a área de maior circulação, onde era possível o maior número de encontros – provavelmente, sob os olhos vigilantes do Comandante.

Vemos, portanto, que a hierarquia entre as edificações e vias de acesso é, também, uma hierarquia social. Possivelmente, os soldados circulavam com mais intensidade no segundo platô, que era o local onde dormiam, comiam, trabalhavam e tinham seus momentos de lazer e sociabilidade. Eles, no entanto, não ficavam restritos a esse espaço do sítio, circulando, também, no primeiro platô, onde estão dispostas algumas canhoneiras e a Palamenta, para os quais iam a fim de realizar as salvas com tiros de canhão e carregar armamentos ou pegar aparelhos e apetrechos indispensáveis para fazer funcionar uma peça de artilharia. No terceiro platô, o acesso era bem mais restrito e não corriqueiro. É possível que os soldados fossem nesse espaço com a finalidade de frequentar a Igreja lá localizada. Porém, como missas ou outras celebrações religiosas eram pouco frequentes, visto a constante carência de padres nas fortificações (CABRAL, 1972), provavelmente os soldados pouco acessavam esse espaço. Do terceiro platô partiam as decisões oficiais referentes à administração e funcionamento da fortificação. Nele, o comandante obtinha maior privacidade, uma vez segregado dos demais grupos.

Tudo isso nos faz refletir acerca das relações hierárquicas no interior da fortificação, as quais são materializadas na disposição espacial dos dife-

Linhas	RA
6	0,2
5	0,257
12	0,257
10	0,276
2	0,333
7	0,333
13	0,333
8	0,390
11	0,409
14	0,428
1	0,466
3	0,489
9	0,523
15	0,561
16	0,561
4	0,580

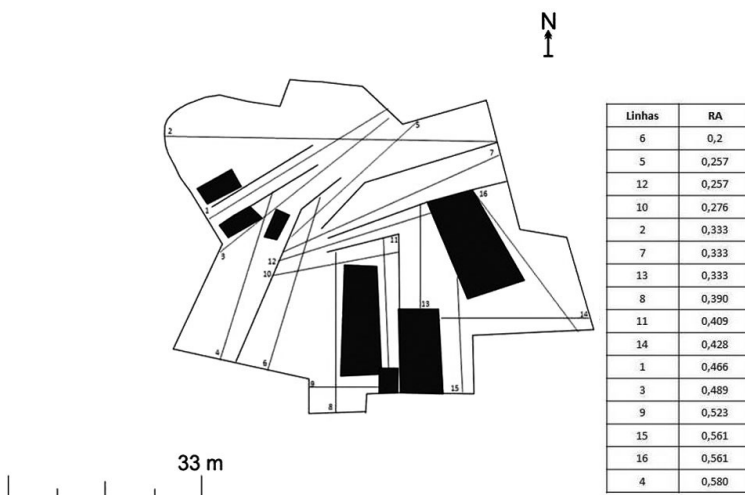



Figura 4 – Mapa Axial da Fortaleza São José da Ponta Grossa, Florianópolis (SC).
Autora do croqui: Tallyta Suenny, 2014.

rentes prédios que a compõe e na sua circulação interna. Afinal, segundo Souza (1995), a distribuição dos edifícios de um forte é evidente demonstração da distribuição de status, poder, segregação e hierarquia. No Forte São José da Ponta Grossa, o gráfico espacial (figura 3) e mapa axial (figura 4) nos permite constatar a intencionalidade da sua construção a qual se baseava na ideologia da estrutura hierárquica militar. Assim, podemos concluir que a escolha da localização de cada edificação se deu em consonância com os usos e com a relação de quem as usufrui.

Cabe ressaltar que nas relações cotidianas essa hierarquia militar poderia ter sido amenizada a partir da vivência no sítio. No entanto, materialmente, não percebemos contra-usos nesse espaço, ou seja, a sua arquitetura e espacialidade apresentam um discurso que reforça poder e hierarquia, características de uma organização militar que dificultam sobremaneira a subversão dessa ordem.

Possivelmente essa característica material do sítio esteja relacionada a sua localização, visto que essa é uma das primeiras fortificações edificadas por Silva Paes na Ilha de Florianópolis e não em ilha adjacente. Assim, seu acesso era mais descomplicado, haja vista não ser necessário chegar a ela

exclusivamente pela via fluvial, como ocorria em Araçatuba, Anhatomirim e Ratones. Essa maior acessibilidade promoveu um reforço material da hierarquia militar, a fim de endossar esse discurso e não sugerir questionamentos do mesmo. Especialmente porque o contato entre civis e militares nesse espaço era mais frequente e a necessidade de reprimir esse contato maior.

Considerações Finais

As fortificações catarinenses analisadas nesse capítulo, a saber São José da Ponta Grossa e Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba, apresentam uma arquitetura militar peculiar se comparada às outras existentes no Brasil, na Argentina e nos Estados Unidos, descritas na revisão bibliográfica desse trabalho. Os Fortes Orange (em Pernambuco), São José do Macapá (no Amapá), Forte Independence (em Boston) e Forte Floridablanca (na Patagônia), por exemplo, apresentam grande semelhança em suas formas e disposição das estruturas internas, estes, apesar de estarem situados em diferentes contextos espaciais e temporais, caracterizam-se por uma forma simétrica, abaluartada e poligonal. Souza (neste volume) lembra que a maioria das fortificações em outras partes do Brasil também são geralmente simétricas, de formato abaluartado e poligonal. Ao contrário disso, as fortificações catarinenses são construções que estão em diálogo com a paisagem local. Ponta Grossa e Araçatuba, por exemplo, não seguem o padrão militar. Suas construções foram planejadas de maneira que estivessem em equilíbrio com a paisagem, fazendo parte da mesma, adaptando-se aos níveis do terreno e utilizando de aspectos geo-ambientais como artefatos de defesa e/ou ataque.

Segundo Monks (1992), a simetria de uma fortificação em termos de arquitetura e distribuição espacial sugere rígida organização, ordem, controle e dominação. Em contraposição a isso, podemos entender que as fortificações de Santa Catarina estão marcadas por uma estrutura militar mais flexível, ainda que não inexistente, tendo em vista sua particularidade formal assimétrica, especialmente relacionada à integração com o ambiente. De fato, a distribuição espacial de suas edificações materializa relações sociais hierárquicas, no entanto, é provável que esses sítios tenham sido apropriados pelo mundo civil, que estabelecia relações estreitas entre os soldados das fortificações e as pessoas comuns, principalmente porque soldados rasos e pessoas comuns eram, na maioria das vezes, os mesmos personagens – soldados-cidadãos, conforme sugere Flores (2004).

Nesse sentido, é importante lembrar que as fortificações catarinenses possuíam diversos usos e finalidades para além da defesa / ataque bélico, tais como: combate ao contrabando; incentivo ao "povoamento", colonização e domesticação do espaço; fomento à produção agrícola, artesanal, manufatureira e criação de animais; favorecimento do encontro cultural de diferentes grupos étnicos, além de serem marcos na paisagem. Esse último parece ter sido recorrente na maioria das fortificações estabelecidas no Brasil e no exterior, garantindo o controle do território e demonstrando posse sobre este.

Dessa forma, entendemos que o estudo arqueológico das fortificações nos permite compreender o mundo bélico que esses sítios militares ajudaram a estruturar, mas também o mundo civil que se estabelecia ao seu redor e com o qual essas fortificações estabeleciam íntima relação. É provável que o controle da Coroa não tenha sido presente cotidianamente nos corpos que habitavam as fortalezas, não obstante suas muralhas informarem ordem, disciplina, hierarquia e segregação. Acreditamos que no dia a dia essas regras de conduta pudessem ser burladas e que se seguissem condutas próprias, ponto que transcende a leitura arquitetônica – na maioria dos casos. Em Santa Catarina, o espaço doméstico das fortalezas se insinua em meio às suas paredes e arquitetura mostrando fazer parte da estruturação desse espaço social.

Agradecimentos

Agradecemos, primeiramente, ao MArquE/UFSC, por disponibilizar todos os dados necessários para o desenvolvimento do trabalho. Agradecemos também a Tallyta Suenny, que gentilmente fez os croquis dos sítios; a Marina Rodrigues, responsável pela correção textual, e a Andrés Zarankin, pela leitura atenciosa e sugestões.

Referências bibliográficas

ALBUQUERQUE, Marcos. Arqueologia da Fortaleza de São José de Macapá. *Revista DaCultura*, 14: 40-46, 2008.

ALBUQUERQUE, M.; LUCENA, V. Arqueologia Amazônica: o potencial arqueológico dos assentamentos e fortificações de diferentes bandeiras. In: PEREIRA, Edithe; GUAPINDAIA, Vera (Org.) *Arqueologia Amazônica*. vol. 2. Belém: MPEG, IPHAN, SECULT, 2010, p. 968-1019.

ALBUQUERQUE, M.; LUCENA, V.; WALMSLEY, D. *Fortes de Pernambuco*: imagens do passado e do presente. Recife: Graftorre, 1999.

ABADIE-AICARD, A. e ALMEIDA, H. B. *A Europa Século XVIII*. A questão de limites entre Portugal e Espanha. Florianópolis: UFSC / Pró-Reitoria de Cultura e Extensão / Departamento de Apoio à Extensão, 1990.

AMARAL, M. M. V. *Relatório de Pesquisa*. A pesquisa arqueológica na Fortaleza Nossa Senhora da Conceição – Ilha de Araçatuba – Município de Palhoça / SC, 2003.

BASTOS, R. L. Relatório preliminar das pesquisas de salvamento da Fortaleza de São José da Ponta Grossa. Florianópolis – SC, 1987.

BEAUDRY, M. C.; COOK, L. J. e MROZOWSKI, S. A. Artefatos e vozes ativas: cultura material como discurso social. *Revista Vestígios*. Belo Horizonte: Laboratório de Arqueologia, FAFICH UFMG. p.73- 113, 2007.

BARTLETT, A. E. A. Spatial order and psychiatric disorder. In: PEARSON, M. P; RICHARDS, C. (Org.) *Architecture & Order*: Approaches to Social Space. Londres e Nova York: Routledge, 1997, p. 160-175.

CABRAL, O. R. *As defesas da Ilha de Santa Catarina*. Rio de Janeiro: Conselho Federal de Cultura, 1972.

CALDAS, M. C. *História militar da Ilha de Santa Catarina*. Notas. Florianópolis: Lunardelli, 1992.

COMERLATO, F. Relatório final da coleta de superfície realizada no Forte Sant´Ana. Florianópolis/SC. Processo IPHAN nº 01510.000167 / 1999 – 50. R.0239, 1999.

COMERLATO, F. Cultura material e possibilidades de intervenção no Forte Sant´Ana, Ilha de Santa Catarina. In: *Anais do IV Congresso Internacional de Estudos Ibero-Americanos*. Porto Alegre, 9 a 11 de Outubro de 2000. PUCRS, 2000.

CLEMENTS, J. M. The Cultural Creation of the Feminine Gender: An Example from 19th-Century Military Households at Fort Independence, Boston. *Historical Archaeology*, 1993, 27(4):39-64.

CORRÊA, C. H. *História de Florianópolis Ilustrada*. Florianópolis: Insular, 2005. 3º edição.

VIEIRA FILHO, D. Os fortes de Santa Catarina, 1990 (mimeo).

FLORES, M. B. R. *Povoadores da fronteira*: os casais açorianos rumo ao Sul do Brasil. Florianópolis: editora da UFSC, 2000.

FLORES, M. B. R. *Os espanhóis conquistam a Ilha de Santa Catarina*, 1777. Florianópolis: Editora da UFSC, 2004.

FOSSARI, T. D. A pesquisa arqueológica do sítio histórico São José da Ponta Grossa. *Anais do Museu de Antropologia da UFSC*, 1987/1988, n. 19, p.5-103, 1992.

FOSSARI, T. D. et al. Diagnóstico sobre os trabalhos de campos a serem efetuados na Ilha Anhatomirim – Fortaleza de Santa Cruz. Florianópolis/SC, 1989.

FOSSARI, T. D. et al. Relatório preliminar da pesquisa arqueológica no Forte São José da Ponta Grossa. MA-UFSC / SPHAN. Florianópolis/SC, 1989.

FOSSARI, T. D. et al. Relatório preliminar: 2º etapa de pesquisa arqueológica. Projeto Fortalezas da Ilha de Santa Catarina – 250 anos na história brasileira. PRCE / UFSC - SPHAN. Florianópolis/SC, 1990a.

FOSSARI, T. D. et al. Relatório preliminar da pesquisa arqueológica no Forte Santa Cruz de Anhatomirim. UFSC/SPHAN/Fundação Banco do Brasil. Florianópolis/SC, 1990b.

FOSSARI, T. D. Relatório do controle arqueológico, feito durante o desenvolvimento das obras de restauração do Forte São José da Ponta Grossa. Florianópolis/SC, 1992 b.

FOSSARI, T. D. Relatório final. Pesquisa arqueológica no Forte São José da Ponta Grossa: Projeto Fortalezas da Ilha de Santa Catarina – 250 anos na história brasileira. PRCE / UFSC - SPHAN. Florianópolis/SC, 1991.

FUNARI, Pedro P. Linguística e Arqueologia. Delta, 15 (1), 1999. Disponível em: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102-44501999000100008>. Acesso em: 12 set. 14.

FUNARI, P. P. A. Arqueologia histórica em uma perspectiva mundial. In: SENATORE, M. X.; ZARANKIN, A. (Eds.). *Arqueologia da Sociedade Moderna na América do Sul*. Buenos Aires: Ediciones del Tridente, 2002, p. 107-116.

GARAI-OLAUN, A. A. Intereses cognoscitivos y praxis social em Arqueología de la Arquitectura. *Arqueología de la Arquitectura*, 1: 55-71, 2002.

HARO, M, A. P. Ilha de Santa Catarina: relatos de viajantes estrangeiros nos séculos XVIII e XIX. Florianópolis: Editora da UFSC, Editora Lunardelli, 1996.

HILLIER, B.; HANSON, J. *The Social Logic of Space*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.

HODDER, I. La Arqueología Contextual. In: *Interpretación em Arqueología*: Corrientes Actuales. Barcelona: Crítica, 1994, p. 133-165.

HUNT, W. Ethnicity and Firearms in the Upper Missouri Bison-Robe Trade: An Examination of Weapon Preference and Utilization at Fort Union Trading Post N.H.S., North Dakota. *Historical Archaeology*, 1993, 27(3):74-101.

LIMA, T. A. Cultura material: a dimensão concreta das relações sociais. *Boletim Museu Paraense Emílio Goeldi*. v. 6, n. 1, 2011.

MACHADO, R. M. M. (1994). *Fortalezas da Ilha de Santa Catarina*: um panorama. Florianópolis: Imprensa Universitária da UFSC

MAGALHÃES, M. P. Arqueologia na Fortaleza de São José de Macapá. *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi*. Ciências Humanas, 1 (2): 33-59, 2006.

MARQUES, F. L. T. Investigação arqueológica na Feliz Lusitânia. In: *Feliz Lusitânia: Forte do Castelo, Casa das Onze Janelas, Casario da Rua Padre Champagnat*. Belém: SECULT, p. 147-187.

MARKUS, T A. *Building and Power: Freedom and Control in the Origin of Modern Building Types*. Londres e Nova York: Routledge, 1993.

MCGUIRE, R. H.; SCHIFFER, M. B. A Theory of Architectural Design. *Journal of Anthropological Archaeology*, 2 (3): 277-303, 1983.

MONKS, G. G. Architectural symbolism and non-verbal communication at Upper Fort Garry. *Historical Archaeology*, 26 (2): 37-57, 1992.

NAJJAR, R. Para além dos cacos: a Arqueologia Histórica a partir de três superartefatos (estudo de caso de três igrejas jesuítas). *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi*. Ciências Humanas, 6 (1): 41-55, 2011.

ORSER, C. *Introducción a la Arqueología Histórica*. Buenos Aires: Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología/ Ediciones del Tridente, 2000.

____. Symbolic Violence and Landscape Pedagogy: An Illustration from the Irish Countryside. Historical Archaeology, 40 (2): 28-44, 2006.

PIDDOCK, S. *A Space of Their Own*: The Archaeology of Nineteenth Century Lunatic Asylums in Britain, South Australia and Tasmania. Nova York: Springer, 2007.

SENATORE, M. X. *Arqueología e historia en la Colonia Española de Floriadablanca*. Buenos Aires: Editorial Teseo, 2007.

SENATORE, M. X.; VILLELLI, M. B.; BUSCAGLIA, S.; MARSCHOFF, M.; NUVIALA, V.; BOSONI, C. e STARÓPOLI, L Uma arqueologia de las práticas cotidianas em la colônia española de Floridablanca (Patagonia, siglo XVIII). In: BORRERO, L. e FRANCO, N. *Arqueología del extremo sur del continente americano*. Resultados de nuevos proyectos. Buenos Aires: Consejo Nacional de Investigaciones Cienticas y Técnicas – CONICET, 2008.

SOARES, F. C. As fortificações catarinenses litorâneas na perspectiva arqueológica: levantamento das pesquisas realizadas. In: LINO, J. T. e FUNARI, P. P. (orgs.) *Arqueologia da Guerra e do conflito*. Erechim: Habilis, 2013.

SOARES, F. C.; SALVADOR, A. E BILÉSSIMO, A. R. Inventário do acervo arqueológico das fortificações catarinenses. *Revista Tecnologia e Ambiente*, Dossiê IX Jornadas de Arqueologia Iberoamericana e I Jornada de Arqueologia Transatlântica, v. 19, n. 1, 2013, Criciúma, Santa Catarina.

SILVA, R. A. Arqueologia Colonial: as Casas Fortes (de Pedra) como unidades de defesa e ocupação no Rio Grande do Norte no século XVII. *Mneme*, 13 (6): 1-11, 2005. Disponível em: < http://www.cerescaico.ufrn.br/mneme/pdf/mneme13/131.pdf>. Acesso em: 12 set. 14.

SOUZA, M. A. T. Arqueologia da paisagem e sítios militares. Estudo de um forte colonial em Laguna – Santa Catarina, Brasil. *Historical Archaeology in Latin America*, 6: 113-122, 1995.

STASKI, E. e REITER, J. Status and Adobe Quality at Fort Fillmore, New Mexico: Old Questions, New Techniques. *Historical Archaeology*, 1996, 30(3): 1-19.

STANCHI, R. P. *Modernidade, mas nem tanto*: O caso da vila operária da fábrica Confiança, Rio de Janeiro, Séculos XIX e XX. 2008. 199 f. Dissertação (Mestrado em Arqueologia) – Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, 2008.

SOUZA, S. R. S. *A presença portuguesa na arquitetura da Ilha de Santa Catarina, século XVIII e XIX*. Florianópolis: FCC / IOESC, 1981.

SOUZA, S. R. S. *As fortificações catarinenses*. Notas para uma revisão histórica. Florianópolis: Imprensa Universitária da UFSC, 1991.

SYMANSKI, L. C. P. Arqueologia histórica no Brasil: uma revisão dos últimos vinte anos. In: *Cenários regionais de uma arqueologia plural*. Porto Seguro: Annablume / Acervo, 2009.

THIESEN, B. V. *As paisagens da cidade*: Arqueologia da área central da Porto Alegre do século XIX. 1999. 320f. Dissertação (Mestrado em História) – PUCRS, Rio Grande do Sul, 1999.

TONERA, R; OLIVEIRA, M. M. *As defesas da Ilha de Santa Catarina e do Rio Grande de São Pedro em 1786 de José Carlos Rangel*. Florianópolis: Editora da UFSC, 2011.

UCHÔA, C. E. *Fortalezas catarinenses*: a estória contada pelo povo. Florianópolis: Imprensa Universitária da UFSC, 1992.

VEIGA, E. V. *As fortificações catarinenses no Brasil Colonial*. Introdução ao seu estudo. Florianópolis: Imprensa Universitária da UFSC, 1988.

VEIGA, E. V. Relatório da pesquisa histórica sobre o Forte São José da Ponta Grossa e demais fortificações catarinenses: subsídios para uma investigação arqueológica. IPUF. Florianópolis/SC.

VEIGA, E. V. *Forte de Santa Bárbara*: História, resistência e modernidade. In: Anais do VI Seminário Regional de Cidades Fortificadas e Primeiro Encontro Técnico de Gestores de Fortificações. Florianópolis, 31 de Março a 02 de Abril de 2010. UFSC.

VIANNA, H. Primeiro relatório dos trabalhos efetuados no decorrer da pesquisa arqueológica realizada no Forte de Santo Antônio de Ratones – Baía Norte de Santa Catarina/SC. 1989.

VIANNA, H. Relatório sobre a lavagem, triagem e classificação do material do Forte de Santo Antônio de Ratones/SC. 1991

RAPOPORT, Amos. *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona: GG, 1978.

ZARANKIN, Andrés. Casa tomada: sistema, poder y vivienda familiar. In: ZARANKIN, A.; ACUTO, F. (Org.) *Sed non Siata: Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporânea*. Buenos Aires: Del Tridente, 1999, p. 239-271.

____. *Paredes que domesticam*: arqueologia da arquitetura escolar capitalista. São Paulo: Universidade Estadual de Campinas, 2002.

____. Arqueología de la Arquitectura, modelando al individuo disciplinado em la sociedade capitalista. *Revista de Arqueología Americana*, 22 (1): 25-41, 2003.

____. Corpos Congelados: uma leitura metafórica de paredes e muros em Belo Horizonte, MG. In: ANDRADE, R.; MACEDO, J.; TERRA, C. (Org.) *Arqueologia na paisagem: novos valores, dilemas e instrumentos*. Rio de Janeiro: Rio Books, 2012, p. 18-33.

____. Hacia uma arqueologia histórica latino-americana. In: FUNARI,P.P. e ZARANKIN, A. (eds.). Arqueología histórica en América del Sur: los desafios del siglo XXI. Bogotá: Uniandes. 2004, p. 131-143.

ZOREDA, Luis Caballero. Sobre limites y possibilidades de la investigación arqueológica de la arquitectura. De la estratigrafia a um modelo histórico. *Arqueología de la Arquitectura*, 1: 83-100, 2002.

O sistema defensivo da cidade do Desterro: remanescentes de uma paisagem fortificada

Fabiana Comerlato

Eliane Veras da Veiga

Introdução

Através de uma perspectiva processual o objetivo deste artigo é analisar a configuração das fortificações[1] próximas às ocupações urbanizadas da Ilha de Santa Catarina. Da sua construção até a atualidade, nossa proposta é perceber os diversos períodos de construção, (des)construção e reconstrução da paisagem fortificada. O sistema defensivo abordado é aquele localizado no perímetro urbano e inclui os fortes de Sant'Ana (1761), São Francisco Xavier (1761), São Luiz (1771), Santa Bárbara (1786) e São João (1793). E a partir da análise de documentos históricos e arqueológicos veremos como esta paisagem foi sendo transformada ao longo dos séculos, resultando em diferentes legados às novas gerações.

Um total de dezesseis fortalezas[2], fortes[3], baterias[4] e fortalezas passageiras[5] distribuídas pelo perímetro da Ilha de Santa Catarina e ilhas adja-

---

[1] "Em termos gerais, a expressão Fortificação pode ser definida como uma denominação genérica e que designa todos os trabalhos e obras de defesa militar, de uma vasta área ou de um local." (NAKAMUTA, 2009, p. 29).

[2] "Fortaleza: é uma *fortificação* maior, cujo armamento está repartido em várias baterias de artilharia, instaladas em locais independentes e intervalos." (SOUZA, 1981, p. 62-63).

[3] "Forte: é a fortificação constituída de algumas baterias de artilharia, mas localizadas na mesma obra. É de proporções menores." (SOUZA, 1981, p. 63).

[4] "Bateria: é uma pequena fortificação, armada somente com alguns canhões. Compõem-se geralmente de uma muralha." (SOUZA, 1981, p. 63).

centes foram abordadas, nos anos setenta do século XX, pelo historiador Oswaldo Rodrigues Cabral, na publicação "As Defesas da Ilha de Santa Catarina no Brasil-Colônia". Ele dividiu – espacial e historicamente – em três grupos distintos: os edifícios fortificados situados na barra do norte, os da estreita faixa ocupada pela Vila de Desterro e os dispersos em vários pontos da Ilha de Santa Catarina.

As três da Barra Norte são a Fortaleza Santa Cruz de Anhatomirim, a Fortaleza Santo Antônio dos Ratones e a Fortaleza São José da Ponta Grossa, com a complementar bateria de São Caetano. Como fortes no perímetro urbano este autor listou cinco deles: São Francisco Xavier, São Luiz, Santa Bárbara, Sant'Ana e São João, este último localizado no continente fronteiro à Ilha de Santa Catarina. Na Barra Sul e no interior da Ilha de Santa Catarina ele se referiu a duas: as Fortalezas de Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba e Nossa Senhora da Conceição da Lagoa. As fortalezas passageiras ficavam localizadas próximas a Ponte do Lessa, a Ponte das Almas e outras três em morros e praia da Ilha de Santa Catarina (CABRAL, 1972, p. 48).

A construção de uma paisagem fortificada: século XVIII

No século XVIII, tempo em que mares e terras eram disputadas entre as maiores potências europeias, destacadamente Portugal, Espanha, Inglaterra, França e Holanda, um verdadeiro colar de baluartes passou a ser construído, blindando a costa de novas terras – na África, nas Américas e mesmo na Ásia. A arquitetura militar no Brasil teve o seu ciclo entre 1549 a 1914, sendo neste período construídas mais de 400 fortificações, destas um pouco mais de uma centena subsistiu e 44 foram reconhecidas como bem cultural (LYRA, 2006, p. 54).

Estas edificações militares tinham como objetivo proteger a terra e os habitantes de ataques de nações inimigas e de corsários, garantindo, por meio da aplicação do princípio jurídico do *uti possidetis* a posse da terra. Na costa brasileira e terra adentro foram erguidas, desde muralhas abaluartadas a fortalezas completas. Da mesma forma, no sul do Brasil, a Coroa Portuguesa defendeu o seu direito à posse da Ilha de Santa Catarina, a fim de preservar o acesso às baías norte e sul desta ilha e seu porto, considerada, na época, a melhor região para o descanso das embarcações a caminho do

[5] "Fortaleza passageira: destina-se a satisfazer as necessidades que se apresentam no decorrer de uma campanha. Serve mais como abrigo de homens e armas." (SOUZA, 1981, p. 63).

sul da América, em direção ao Rio da Prata. Portugal iniciou esta ocupação defensiva com uma campanha arrojada, construindo as quatro grandes fortalezas entre 1738 e 1744, projetadas pelo primeiro governador da terra, o engenheiro militar Brigadeiro José da Silva Paes. Em seguida, povoando o território com imigrantes açorianos, entre 1748 e 1756 e complementando o sistema defensivo, ainda no final do século XVIII.

Em 1760, por determinação do Marquês de Pombal, o Conde de Bobadela, Capitão- General e Governador do Rio de Janeiro, Gomes Freire de Andrade, enviou a Santa Catarina o então Tenente Coronel do Real Corpo de Engenheiros José Custódio Sá e Faria, para fazer um levantamento das fortificações ali existentes. A Coroa Portuguesa temia que a Ilha e todo o continente ao sul fossem dominados pelos espanhóis, porque a tensão entre as duas Coroas se agravara, após a assinatura do Tratado de Madri, em 1750. Após examinar as fortalezas construídas por Silva Paes, Sá e Faria concluiu que se as defesas existentes fossem forçadas, ou contornadas, a Vila de Desterro ficaria desprotegida.

Assim, ele propôs à Coroa Portuguesa e executou a construção de dois fortes para a proteção da Vila e para evitar a atracação de embarcações tripuladas por contrabandistas. No intuito de proteger a Vila de Desterro, o forte Sant'Ana foi construído entre 1761 e 1763, sob o governo do Coronel Francisco Antônio Cardozo de Menezes e Souza (1761-1765). A localização do forte Sant'Ana foi importante, pois visava o cruzamento de fogos com o Forte São João, localizado na cabeceira continental, protegendo o canal entre as duas baías, com cerca de 410 metros de largura, a ligação mais estreita entre a Ilha de Santa Catarina e o continente.

O projeto deste forte, assim como o do forte São Francisco da Praia de Fora, é de autoria do militar português Custódio de Sá e Faria. Ele foi, também, naquela época, autor do mais completo conjunto iconográfico sobre as fortalezas catarinenses. A curiosidade sobre este personagem é que, como coronel, ele foi interlocutor do exército português, durante a invasão espanhola à Ilha de Santa Catarina, em 1777, num processo que culminou com a capitulação portuguesa. Posteriormente, Sá e Faria renunciou à cidadania portuguesa, passando a integrar as forças espanholas. Morreu quase no anonimato, em 1792.

O acesso ao forte Sant'Ana é identificado por uma portada em granito. O telhado, pela delicada inclinação, é um elemento marcante no conjunto arquitetônico. Indica a influência estética oriental incorporada aos traços lusitanos do século XVIII. Um único terrapleno é sustentado por grossas muralhas,

desenhando um pentágono irregular, que se liga aos pontos extremos do conjunto de edificações térreas e lineares. O forte foi construído com um programa simples, contendo o estritamente necessário para o seu funcionamento: um pequeno quartel da tropa (não se pode esquecer que o forte estava muito próximo da Vila, ficando as moradias dos soldados provavelmente acessíveis), casa da palamenta, paiol da pólvora (cuja antessala não existe mais), casa do comandante, cozinha, portada e uma guarita de vigia. Os compartimentos são geminados e voltados para o pátio, no terrapleno, onde ficavam 10 canhões, seis de ferro e quatro de bronze, de calibre variado.

Há duas visões importantes deste forte: uma é a entrada pela portada voltada para a Vila; a outra é a fachada voltada para a baía, onde foram dispostas aberturas de proporções e ritmos calculados, guarnecidas de cantaria em granito que alternam vergas retas e em caprichosos arcos abatidos.

Quanto aos desenhos dos fortes São Francisco Xavier, São Luis, Santa Bárbara e São João, eles foram bastante singelos, destacando-se muralhas arredondadas, poucos baluartes e guaritas, portadas modestas, eventualmente o pontilhão de acesso, ou túnel abobadado e curto, além de sintéticos programas arquitetônicos.

A (des)construção de uma paisagem fortificada: século XIX

No século XIX, quando as embarcações comerciais fundeavam na Baía Norte, os fortes mais próximos do porto da Ilha de Santa Catarina e do ancoradouro localizado na Praia de Fora tiveram a tarefa de manter a segurança das intensas atividades portuárias que sustentavam o comércio em Nossa Senhora do Desterro. Após a metade do século XIX, são construídas fortalezas passageiras, em locais sujeitos à ação de contrabandistas que adentravam as baías para comercializar ilegalmente.

A diversidade de funções e usos das fortalezas durante o século XIX foi uma constante, fossem as fortalezas maiores, ou os pequenos fortins. Além de servirem de lazaretos - hospitais de quarentena – estas estruturas militares controlavam a entrada e a saída de navios, desde a barra até o percurso pelo canal, comunicando-se por meio de salvas de tiro de canhão, enviando sinal para solicitar identificação, admitir o acesso e mesmo o desembarque. Os documentos disponíveis no Arquivo Público do Estado de Santa Catarina, notadamente as coleções de ofícios da Presidência da Província aos comandantes das fortalezas, definiam instruções precisas para essa comunicação. As salvas eram distintas: para a defesa de embarcações, contra ataques de

outras, para o controle de trafego naval, em situações de guerra e para o controle do desembarque de colonos e de suas bagagens. Também em ocasiões festivas soavam os tiros de festim.

Porém, no percurso do século XIX, as fortificações do perímetro urbano da Cidade de Nossa Senhora do Desterro passam por momentos de abandono, ruína, destruição, reformas e de incorporação de novos usos do espaço fortificado. Arruinaram-se aos poucos, foram transformados em lazaretos, depósitos de pólvora, adaptadas às armas empregadas em outros episódios bélicos, como a Revolução Federalista e a Primeira e Segunda Guerras Mundiais. Todos estes fatos contribuíram para as alterações na forma física e na identidade simbólica destes complexos militares oitocentistas.

Forte Sant'Ana. Entre 1849 e 1867, o Forte Sant'Ana foi objeto de vários reparos, visto o seu estado de arruinamento e má conservação. As obras concentraram-se no quartel, nos telhados, nas paredes da varanda e na pintura, sendo caiadas todas as paredes internas dos edifícios. Ainda, foram construídas carretas de artilharia para três das peças de bronze portuguesas, de calibre 12 e quatro das peças de ferro inglesas, de calibre 9.

Este forte serviu para diferentes usos. Em 1857, foi local de aquartelamento da Escola de Aprendizes de Marinheiros. Em 1872, residiam no forte o tenente reformado Antonio Francisco Costa, adido da Companhia dos Inválidos e dois soldados. Em 1876 ele foi reparado, ainda para aquartelar a Companhia dos Inválidos. Nesta época, o Ministro da Guerra, Duque de Caxias, mandou fornecer ao forte quatro peças de bronze, de calibre 12. Em 1880, foi posto do Serviço de Polícia Marítima. Durante a Revolta da Armada, em setembro de 1893, teve função de guarnição, no combate à Revolução Federalista. Na ocasião, os parapeitos do forte foram rasgados, para a instalação de dois canhões Krupp, que acabaram sendo destinados aos combates contra a esquadra revolucionária em Canasvieiras. O Forte Sant'Ana ficou apenas com o restante da obsoleta artilharia de ferro fundido, alma lisa e carregamento pela boca, do tempo de D. João V, cujos projéteis não iam além dos trezentos metros de distância. Em virtude da desigualdade dos meios de ação contra os navios que atravessavam o canal, o comandante ordenou o cessar fogo. No embate daquela ocasião, saíram feridos um soldado e o alferes Hermínio Coelho dos Santos, que comandava o 25º Batalhão de Infantaria no Forte de Santana.

Forte São Francisco Xavier. Em 1840, a Tesouraria da Província decidiu que a área do antigo fortim deveria ser novamente medida e demar-

Tabela 1. Dados gerais das fortificações do
perímetro urbano da Ilha de Santa Catarina

Fortificação	Data de construção	Governo	Construções	Autoria do projeto	Peças
Sant'Anna	1761	Antônio Cardoso de Menezes e Souza	Quartel da tropa, armazém, casa da pólvora, quartel do comandante e cozinha	José Custódio de Sá e Faria	10 canhões
São Francisco Xavier	1761	Antônio Cardoso de Menezes e Souza	Quartel dos oficiais, quartel da tropa, cozinha, casa da pólvora.	José Custódio de Sá e Faria	18 canhões
São Luís	1771	Francisco de Souza de Menezes	Quartel do comandante, quartel da tropa, cozinha, casa da pólvora.	Francisco José da Rocha	5 canhões
Santa Bárbara	1786	João Alberto Miranda Ribeiro	Quartéis da tropa, armazéns e casa da pólvora	Desconhecida	13 canhões
São João	1793	João Alberto Miranda Ribeiro	Sobrado com muralha	Joaquim Correa de Lacerda	17 canhões

Referência da tabela 1 – CABRAL, 1970; UCHÔA, 1992; VEIGA, 1988.

cada. Reservou-se para a Câmara apenas a posse de dois pequenos trechos da extensa marinha, no local do extinto forte de São Francisco, ponte do 'Sisnando' e, na praia do Estreito, de um e outro lado do forte de Sant'Anna. Do forte, que era composto por pequenos compartimentos, se tem pouca informação, já que foi leiloado em 31 de agosto de 1841, por um preço inferior às suas peças de cantaria. No terreno, de marinha, traçou-se uma praça, atendendo a uma antiga reivindicação do povo que, por volta de 1862, criticava a ausência de qualquer árvore nas proximidades. Esta praça pas-

sou por transformações nos séculos seguintes, já que a área sofreria grande valorização, com o desmembramento das antigas chácaras da Praia de Fora (VEIGA, 2010a, p. 308-309).

Forte São Luís. Toda esta região do centro da Vila e à beira mar pertencia, desde 1766, ao 'rossio' da Câmara, ou seja, eram logradouros públicos. No entanto, as dificuldades na demarcação e no conhecimento dos limites da propriedade atrasaram a oficialização e defesa do 'rossio', tornando pouco regular o uso e a posse de muitas terras no meio urbano. Podiam ser esses terrenos devolutos, da Marinha ou públicos, ou mesmo propriedades públicas, que "doações indevidas" a cidadãos comuns e sua descendência tinham transformado em privadas; inclusive, podia tratar-se de remanescentes de títulos de propriedade derivados de provisões da época da fundação da Vila. As primeiras normas de zoneamento urbano só viriam no início do século XIX, quando, por ordem do Ministério do Império, foi publicado um aviso proibindo edificar na orla marítima, reservada para o uso público. Outros espaços que ficaram sob o domínio público foram o largo de São Sebastião e o largo resultante da demolição do antigo forte São Luis, a antiga praça Lauro Müller. Esse terreno, no lugar conhecido por São Luis, já em 1828 era cogitado quanto à possibilidade de ser transformado num largo, aproveitando um concorrido regato que por ali passava, com o qual se podia construir uma fonte pública (VEIGA, 2010a, p. 308-309).

Forte Santa Bárbara. Desde 1851, com o forte já desativado e desprovido de sua artilharia, cogitava-se reformá-lo para instalar ali a Capitania dos Portos. Em 1871, o edifício encontrava-se em ruínas, quando teve início um processo contínuo de descaracterizações. O antigo quartel da tropa foi demolido e um galpão de dois pavimentos, para o alojamento de colonos, foi acrescentado. Posteriormente, foram fechadas as canhoneiras, construído um parapeito na muralha, pavimentado o terrapleno e instaladas floreiras. A partir de 11 de janeiro de 1875, a Capitania dos Portos das Províncias do Rio Grande de São Pedro do Sul e de Santa Catarina foi instalada no forte, que, com suas janelas ogivais e um ar vetusto, já lembrava um edifício gótico, distanciado da aparência original, espartana e colonial (Figura 1). Predominou o tempo em que ele sediou a Capitania dos Portos, mas o antigo Forte de Santa Bárbara serviu também como enfermaria militar, em meados do século XIX, e, em 1893, após outra reforma, sediou o Governo do Estado (VEIGA, 2010a, p. 217-218; VEIGA, 2010b).

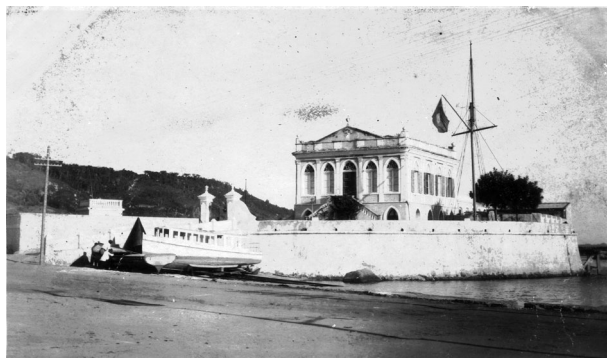



Figura 1 – Vista geral do Forte Santa Bárbara na fase de Capitania dos Portos.
Arquivo: Banco de Imagens da Casa da Memória (Florianópolis). Fonte: VEIGA, 2010b, p.393.

Forte São João. Em 1840, foram examinados os aprovisionamentos pertencentes ao Forte São João. Na ocasião foram relatadas como pertencentes a este forte: balas de artilharia enterradas na praia, peças junto ao trapiche da cidade, o quartel em ruína e o paiol em bom estado de conservação. Entre 1863 a 1864, foram realizados serviços de carpintaria e alvenaria no forte, porém foram suspensas as obras de restauração (JANUÁRIO, 2013, p. 45). Seu arruinamento seria progressivo.

A reconstrução de uma paisagem fortificada: século XX

O século XX foi marcado pelos ideais de ordem e progresso instaurados na formação da República Brasileira. Este novo cenário político, social e econômico, remodela as cidades brasileiras, a partir do ideário da urbanização com novos parâmetros de civilidade das novas elites e de uma burguesia ainda incipiente. Em cidades como Recife, Salvador, Rio de Janeiro estas mudanças produziram uma nova paisagem urbana, com a demolição de antigos conjuntos de edifícios coloniais, a construção de canais, o aterramento de áreas alagadiças, introdução dos bondes, a abertura de grandes avenidas e *boulevards*, a expulsão de camadas populares dos centros urbanos para a periferia das cidades e a reprodução de uma nova estética – o *art déco*.

Esta nova concepção de cidade moderna tão almejada também pôde ser percebida na capital do Estado de Santa Catarina. Virgílio Várzea alcunharia, Florianópolis, no alvorecer do século XX, como uma cidade pitoresca e agreste (VÁRZEA, 1985, p. 25). Sob a égide de uma nova denominação, a cidade teve a sua principal mudança na consolidação simbólica do regime

republicano. Durante este processo de remodelação urbana de Florianópolis foi construído o atual mercado público, foi aberta a Avenida do Saneamento (atual Hercílio Luz), o morro do Antão (atual Morro da Cruz) foi ocupado pela população pobre, novas normas de viver nas cidades foram pautadas pelo Serviço de Higiene do Estado (RITCHER, 2009).

No final do século XIX e início do XX, a área central da cidade estava consolidada, sem espaço para expansão, limitada numa área triangular entre as Baías Norte e Sul e o Maciço Central de Florianópolis, a leste. Se as inovações na infra-estrutura urbana e as soluções arquitetônicas do momento trouxeram à cidade uma aparência mais eclética e dinâmica, produzindo uma impressão de modernidade, na segunda metade do século XX o seu crescimento urbano seria adensado e posteriormente, verticalizado (VEIGA, 2008, p. 288).

Dentro deste contexto da Primeira República, os governos de Hercílio Luz (de 1894 a 1898, de 1918 a 1922 e de 1922 a 1924) destacaram-se por modernizar a capital com o saneamento e a construção da primeira ligação da Ilha de Santa Catarina ao continente por uma ponte (CABRAL, 1968, p. 275). O desmonte e soterramento dos alicerces dos fortes São Francisco Xavier e São Luís deram espaço para praças com ajardinamento, destinadas ao uso público, compondo o novo bairro da Praia de Fora, caracterizado por residências da elite florianopolitana. Referente ao Largo Lauro Müller onde ficava o Forte São Francisco Xavier, Vírgilio Várzea nos oferece uma descrição, no ano de 1900:

> *Posto que pequeno, é esse sítio um dos mais pitorescos da cidade, não só pelo bairro onde se acha, como pelo seu elegante jardim, de estreitas ruas areadas e minúsculos canteiros verdejantes. Cercado de um gradil em retângulo, como o do Largo Quinze de Novembro, torna-se, como este, aos domingos e feriados um belo ponto de distração (VÁRZEA, 1985, p. 30).*

O largo São Luís, onde havia o forte de mesma denominação, foi transformado em um jardim em 1922. O largo denominado de jardim Dias Velho, em homenagem ao fundador da cidade, era formado por *"(...) gramados estensos com árvores robustas, justificadas pela proximidade do mar e pelo local muito castigado pelos ventos do norte"* (LUZ, 1923, p. 43). Na ocasião, também foi fixado um marco de granito com duas placas de bronze em homenagem ao fundador da cidade. Além das obras de embelezamento, foram finalizadas as obras de alvenaria do canal Fortkamp que deságua no São Luís.

Nesta nova paisagem somente duas unidades militares oitocentistas, denominadas por Aloísio Magalhães de “fortalezas interiores”, ainda permaneciam na porção central da capital: o Forte Santana, localizado na Ponta do Estreito e o Forte Santa Bárbara na Orla da Baía Sul (PROCESSO Nº1.053--T-81). Únicos remanescentes da história e arquitetura militar no distrito sede da cidade, como estes dois fortes se transformam em patrimônio a ser preservado? Os dois casos apontam para caminhos distintos na sua atribuição como patrimônio tombado, destinos engendrados a partir das políticas de preservação do patrimônio nacional.

O tombamento do Forte Sant’Anna ocorre em 24 de maio de 1938, dentro da fase heroica do IPHAN (na época Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional), quando foram tombadas edificações que evocam nosso passado colonial, identificados como monumentos de “pedra e cal”. O tombamento ocorreu nos termos do Decreto-Lei nº25 de 30 de novembro de 1937, quando todas as fortalezas estavam sob jurisdição do Ministério da Guerra. As três fortificações do sistema de triangulação da Barra Norte, a fortaleza na porção sul da Ilha de Santa Catarina e o Forte Sant’Anna tiveram o seu tombamento ratificado na mesma data, portanto, configuraram os bens escolhidos como os melhores representantes do domínio militar português no litoral de Santa Catarina (GONÇALVES, 2011, p. 553).

Interessante verificar na leitura do processo de tombamento, que estas fortificações foram inscritas no Livro do Tombo das Belas Artes e no Livro do Tombo Histórico, com exceção da Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição na Ilha de Araçatuba, cuja importância paisagística foi denotada com a inscrição no Livro do Tombo Arqueológico, Etnográfico e Paisagístico. O mesmo processo de tombamento contém diversas fortificações do Brasil as quais foram todas agrupadas em uma única pasta, apesar de cada uma receber sua própria inscrição de tombamento separadamente (PROCESSO Nº155-T-38). Especificamente, sobre o Forte Sant’Anna não existe nenhuma descrição arquitetônica, artística ou histórica. Nesta primeira fase de tombamento os processos foram expedidos, breves e compostos, em sua maioria, por trocas de correspondências entre diversos órgãos da administração pública, alguns recortes de matérias de jornais da época, além das certidões de tombamento. Parece-nos que esta característica dos processos denota ainda um período em que o SPHAN tinha poucos técnicos e ainda estava formando uma expertise no âmbito do patrimônio cultural.

Hoje, o Forte Sant’Anna, além da sua importância artística e histórica reconhecida, faz parte da ambiência da ponte Hercílio Luz, sendo local de

grande fluxo turístico pelo seu aspecto cenográfico. Após o tombamento da referida ponte pelo IPHAN em 1998, este forte passou a integrar a poligonal que compreende o entorno insular e continental da Ponte Hercílio Luz. Sendo assim, no âmbito das políticas de preservação do patrimônio cultural do IPHAN esta fortaleza teve a sua importância reiterada.

Já o caso do Forte Santa Bárbara nos remete à fase moderna do IPHAN, período da trajetória da organização que correspondente à gestão de Aloísio Magalhães. Sob um olhar comparativo: “Durante a presidência de Rodrigo Melo Franco de Andrade, prevaleceu a noção de patrimônio histórico e artístico nacional, ou seja, uma *objetificação do passado*; no período de Aloísio Magalhães, devido à noção de *referência cultural*, impôs-se a noção de presente.” (SALADINO, 2010, p. 92).

Nos anos 70, em função das obras viárias do novo aterro da Baía Sul, pretendeu-se demolir o Forte de Santa Bárbara (Figuras 2 e 3). A imprensa local promoveu uma série de debates sobre a pertinência ou não da sua preservação e um grupo de intelectuais e políticos locais saiu em favor da preservação do forte. Após alguns anos de tramitação documental e de protagonismo de diversos atores sociais o tombamento do Forte Santa Bárbara foi efetivado apesar do acentuado grau de descaracterização, tanto de sua arquitetura quanto de seu entorno. Por fim, o forte foi preservado, sendo tombado pelo IPHAN em 29 de maio de 1984, inscrito no Livro de Tombo Histórico (PROCESSO Nº1.053-T-81).

Uma agência da Capitania dos Portos continuou instalada no Forte de Santa Bárbara até 1999, quando foi transferida para o Estreito, no Continente. Em janeiro de 2001, a Fundação Cultural de Florianópolis Franklin Cascaes, órgão de cultura da prefeitura, passou a ocupar as dependências deste monumento histórico, até a sua devolução à Marinha Brasileira, em 2012.

A questão da arqueologia no contexto dos fortes do perímetro urbano vem à tona após a descoberta de remanescentes arqueológicos destes sítios durante obras de engenharia.

As primeiras descobertas de artefatos arqueológicos ocorreram em março de 1996 durante uma obra de tratamento de esgoto realizada pela Companhia Catarinense de Águas e Saneamento (CASAN) nas mediações da Praça Lauro Müller, onde existia o Forte São Luís. O arqueólogo Osvaldo Paulino da Silva em visita às obras, conseguir identificar um cabo de caçarola, um garfo, cerâmica vitrificada, um fragmento de osso, dentes e outros

artefatos. Na ocasião, mesmo após as importantes descobertas, a pesquisa arqueológica não foi contemplada.

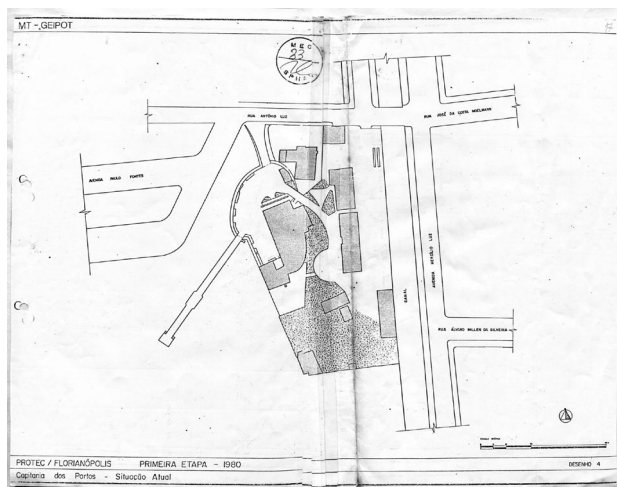



Figura 2 – Planta de situação do Forte Santa Bárbara. Fonte: Arquivo Noronha Santos (RJ).

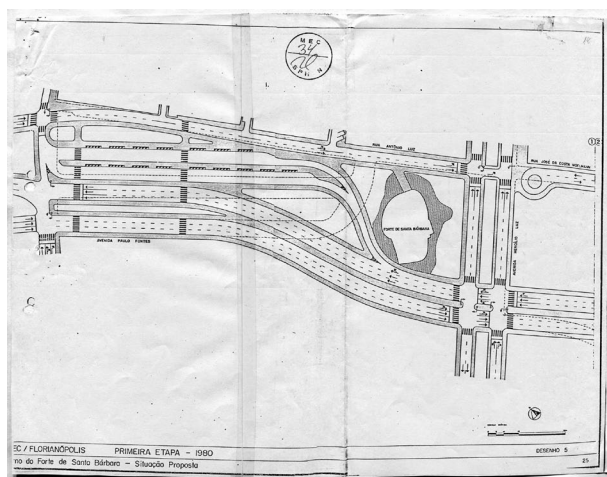



Figura 3 – Proposta de sistema viário para Baía Sul de 1980. Fonte: Arquivo Noronha Santos (RJ).

O segundo caso foi a descoberta de estruturas remanescentes do Forte São Francisco Xavier, localizado na Praça Esteves Júnior, em setembro

de 1998. Naquela ocasião, a Prefeitura não se preocupou com o conjunto que encontrara; somente com os dois canhões, posteriormente, instalados naquela praça (Figura 4). A exposição de tais peças sem a realização de um amplo trabalho de conscientização e valorização dos canhões, através de ações de Educação Patrimonial, resultou em pichações na superfície dos mesmos (Figura 5). Ainda em meados de 1999, durante as obras de drenagem da Rua Bocaiúva, encontrou-se novamente um canhão, peça de artilharia do Forte São Francisco Xavier, sendo noticiado pela imprensa local (O Estado, 27/07/1999). Novamente, em novembro de 2010, outro canhão foi parcialmente desenterrado na Rua Bocaiúva, à frente da mesma praça, fato noticiado na imprensa local e em redes sociais. Destes dois últimos canhões desconhecemos a destinação e se foram retirados do solo.

Figura 4 – Canhões no pátio da Companhia Melhoramentos da Capital (COMCAP). Foto: Carlos Kilian/DC/Florianópolis.

Ainda nesta mesma época, foi realizada uma coleta assistemática de cerâmicas, louças e vidros que afloravam na linha de praia do Forte Sant'Anna em razão da ação erosiva provocada pela mudança da dinâmica das correntes dentro do canal, alterando as marés (COMERLATO,1999; COMERLATO, 2000; COMERLATO, 2001). Após comunicação à 11ª SR/IPHAN/SC, a orientação do referido órgão foi efetuar-se coleta de superfície e organização deste material, sendo esta ação emergencial financiada e creditada por esta Superintendência Regional. Dentre o acervo coletado encontram-se bordas, fundos e alças de faiança fina, porcelana fina e cerâmica vidrada (colonial), fragmentos de vidro, além de um fragmento de cerâmica guarani, os quais

poderão contar sobre o consumo, uso e hábitos cotidianos nos séculos XVIII, XIX e início do século XX, dos moradores e usuários do Forte Sant'Anna.

Figura 5 – Canhões do Forte São Francisco Xavier expostos na Praça Esteves Júnior.
Foto: Fabiana Comerlato, 11/07/1999.

Do material exumado, a primeiro peça que provoca questionamento é o fragmento de cerâmica indígena da cultura Guarani, com acabamento superficial externo ungulado em barra longitudinal. Sabemos que no período do contato o local onde está fixado o Forte Sant'Anna era transitado pelos Carijó em 1550, como relata Hans Staden. Isto sugere que este fragmento seja de uma fase de contato entre indígenas e colonizadores europeus. Cabe observar que na pesquisa arqueológica na fortaleza de São José da Ponta Grossa também foram encontrados fragmentos de origem indígena (FOSSARI, 1992, p. 45).

A presença de cerâmica vidrada ou vitrificada de origem local foi abundante, tais como: fragmentos de bordas, alças e bases de vasilhames, com tratamento de superfície em vitrificado amarelo e laranja, alguns com incisos em linhas onduladas paralelos à borda. Alguns objetos zoomorfos de cerâmica de barro cozido sem vitrificação foram identificados, porém sua origem e finalidade são desconhecidas, apesar de parecerem ser de produção local e ter sido algum tipo de brinquedo ou peça decorativa.

O material predominante na amostra é a louça branca com decoração (impressa, pintada a mão, ou de técnica mista) e lisa. Fragmento de pratos, tigelas, malgas, canecas e xícaras decorados continham motivos orientais, floral, faixas e frisos, geométricos, trigal, quadriculado, antropomorfo, ro-

mântico, *shell edged e willow* Verificamos um repertório bastante diverso de técnicas decorativas: transfer printing/pintada a mão, pintada a mão sobre superfície modificada, carimbada, superfície modificada, transfer printing, transfer printing/pintada a mão, transfer printing/borrão, pintada a mão, pintada a mão/molde vasado, decalcomania, banhada.

A marca inglesa J. & G. Meakin, fabricada na China, foi a estrangeira mais encontrada, apresentando três tipos de carimbos diferentes; os mais antigos são os fragmentos que apresentam um brasão com um leão e um dragão; os que representam sóis possuem números de série e são mais recentes. As outras marcas presentes foram Woods & Sons e Ridgways, ambas da Inglaterra, Villeroy & Boch da Alemanha, Maestricht da Holanda e Taylor, Smith, Taylor Company (T.S.&T) dos Estados Unidos (Figura 6). As marcas brasileiras também estão presentes como: Adelinas de São Caetano do Sul, Campo Largo e Iguassú de Campo Largo, Mauá da cidade homônima, Iguassú e D. Pedro II do Rio de Janeiro, Schmidt de Pomerode, Santa Terezinha de São Bento do Sul (Figura 7).

Figura 6 – Marcas estrangeiras impressas nas louças coletadas na praia do Forte Sant'Anna.
Acervo: LADA/UFRB. Foto: Fabiana Comerlato, 2014.

Os fragmentos vítreos apresentam uma variabilidade de formas, cores e usos. As cores encontradas foram rosa, verde, azul, marrom e branco. Quanto às formas, apareceram gargalos, fundos e paredes com superfície lisa e também trabalhada. Encontramos duas tampas de perfume em formato de coração de cor marrom, fragmentos de frasco de perfumes e remédios,

além de fragmentos de cálices e garrafas. Também encontramos alguns fragmentos de grés, provavelmente de garrafas, sendo um destes de origem holandesa, e um braço e uma perna de bonequinhas de porcelana.

Figura 7 – Marcas nacionais impressas nas louças coletadas na praia do Forte Sant'Anna. Acervo: LADA/UFRB. Foto: Fabiana Comerlato, 2014.

A amostra coletada reuniu centenas de fragmentos cerâmicos e vítreos em seis caixas organizadoras de plástico, caracterizou-se pela grande variedade de padrões que correspondem há décadas de utilização do forte e a um padrão de consumo bem variado, de louças mais caras a tipos mais populares. O material coletado, após as etapas de limpeza e acondicionamento, foi armazenado da Reserva Técnica do Museu Universitário "Prof. Oswaldo Rodrigues Cabral". Ainda, uma pequena coleção de referência do sítio encontra-se no Laboratório de Documentação e Arqueologia da Universidade Federal do Recôncavo da Bahia.

A ameaça de continuidade da erosão no Forte Sant'Anna e as sucessivas intervenções urbanas sem pesquisa arqueológica suscitou um grupo de historiadores e arqueólogos a elaborarem um documento para a Procuradoria da República em Santa Catarina e para a 11ª Superintendência Regional do IPHAN em julho de 1999. Neste ofício são relatadas as constantes destruições e mutilações de sítios arqueológicos presentes no perímetro urbano de Florianópolis. De acordo com documentação do Ministério Público, a representação ofertada por Fabiana Comerlato e outros foi ratificada ao arquivamento em 2002.

Figura 8 – Vista aérea do Forte Sant'Anna. Foto: Natalia Fernández, 2010.

O grupo de historiadores e arqueólogos apresentou novo documento à Procuradoria da República, em maio de 2002 questionando a insuficiência da decisão de "Recomendação" para o Município, baseado nos seguintes argumentos: 1º) O material arqueológico (solo antropogênico, estruturas e artefatos) não é facilmente reconhecido por leigos ou pessoas que não conheçam a especificidade da cultural material; 2º) Não existe um sistema integrado de informações que o Instituto de Planejamento Urbano de Florianópolis (IPUF), Fundação Municipal do Meio Ambiente de Florianópolis (FLORAM) e Secretaria de Obras acessem com a identificação precisa dos sítios cadastrados, quiçá das áreas com potencial arqueológico que necessitam de tratamento diferenciado; 3º) A recomendação apenas trata o objeto ou sítio arqueológico que possa ser descoberto, podendo o sítio já sofrer impacto negativo nesta etapa. O planejamento de obras públicas que interfiram no subsolo pode também contemplar o patrimônio arqueológico, evitando a destruição e mutilação, mesmo que involuntária.

A constante atuação da Prefeitura Municipal de Florianópolis na destruição dos sítios arqueológicos no perímetro urbano mostrou-se uma prática recorrente em total descompasso com a legislação de proteção ao patrimônio cultural (Lei Federal nº3924/61, Constituição Brasileira de 1988, Lei Orgânica do Município). Outro ponto que podemos refletir sobre esta sucessão de eventos está na falta de uma agenda institucional entre os órgãos, no tocante à preservação dos testemunhos arqueológicos da cidade de Florianópolis, situação que se arrasta sem solução até hoje.

Considerações finais

A bibliografia sobre fortificações catarinenses é extensa, os primeiros estudos evocam sua relevância na defesa da Capitania de Santa Catarina contra a ocupação espanhola na região platina e os planos de engenharia do Governador Brigadeiro José da Silva Paes. Hoje, os estudos deslocam-se para entender as políticas de preservação e a transformação destes espaços em locais de memória.

No âmbito da arqueologia histórica, muito está por fazer, pois efetivamente não foram ainda realizadas escavações arqueológicas nas fortificações existentes que compunham o sistema defensivo central. Os estudos arqueológicos nos Forte Santa Bárbara e Sant'Ana, ainda inexistentes, poderiam revelar feições primevas da construção, solos de ocupação, lixões e pavimentos antigos interferindo positivamente nas restaurações e revelando aspectos e práticas sociais pretéritas.

Os estudos arqueológicos nos anos 80 e 90 do século XX deslocaram-se para as fortalezas de Santa Cruz de Anhatomirim, São José da Ponta Grossa e Santo Antônio de Ratones, muito calcados no entendimento das feições arquitetônicas, como pisos internos e pavimentação das áreas externas às edificações – no cômputo do projeto "Fortalezas da Ilha de Santa Catarina – 250 anos na História Brasileira" da Universidade Federal de Santa Catarina (FOSSARI, 1992; SOARES, 2012; VIANNA, 1994). Se a arqueologia teve papel coadjuvante nestas fortalezas como classifica a arqueóloga Fernanda Codevilla Soares e colaboradores nas unidades próximas ao perímetro urbano sua contribuição foi nula (SOARES *et alli*, 2013, p. 24). Não nos resta dúvida da importância e potencial destes sítios arqueológicos, sejam aqueles mais evidentes em que foram preservadas suas volumetrias (Fortes Sant'Ana e Santa Bárbara), como aqueles cujas estruturas se encontram subsuperfície (Fortes São Francisco Xavier e São Luís).

A falta de uma política pública de preservação das estruturas arqueológicas no contexto urbano pela municipalidade tem atrasado o desenvolvimento da arqueologia urbana e, consequentemente, a socialização dos testemunhos arqueológicos pelos moradores e usuários atuais. O resultado de novas pesquisas poderá subsidiar reconstituições gráficas, a interpretação do material exumado nas escavações e até mesmo na musealização dos sítios arqueológicos. A valorização destes sítios militares poderá trazer novas oportunidades de compreender a formação da cidade, seus fluxos e dinâmicas, além de possibilitar reconstruir as formas de defesa e controle do

núcleo fundador pelos sujeitos históricos ao longo dos séculos.

A política de estímulo ao tratamento da arqueologia urbana e de defesa do patrimônio urbano-arquitetônico de Florianópolis ainda pode avançar muito. É oportuno registrar a recente determinação do IPHAN que estabeleceu a área de entorno dos bens tombados pela União no centro do município de Florianópolis (Portaria nº 500, de 20 de outubro de 2014). Este novo direcionamento do IPHAN na política de preservação do patrimônio cultural do Brasil tem dado enfoque às paisagens culturais, regulamentando intervenções e diretrizes da área de entorno de bens tombados nas cidades de Santos, Cabo Frio, Paraty, Brasília, Macapá, Manaus.

Trata-se de um perímetro generoso que inclui explicitamente os Fortes de Santa Bárbara e Sant'Ana (além da antiga Alfândega, Casa Natal de Victor Meirelles e Ponte Hercílio Luz, tombados pela União e diversos bens tombados pelo município e estado, além de sítios arqueológicos e paisagísticos especiais) e implicitamente a área das ruínas do Forte de São João. A regulamentação constante de tal Portaria, gerada pelo Processo Administrativo nº 01510.000863/2014-01 é bem clara na definição dos limites atravessando os logradouros do centro da cidade e mencionando os tombamentos – tanto na área insular, quanto continental, exigindo que qualquer intervenção a ser realizada no entorno dos bens tombados deverá ser precedida de autorização do IPHAN. A longo prazo este novo instrumento legal de proteção da paisagem cultural poderá garantir a proteção da visibilidade dos bens tombados, incluindo os fortes que remanesceram no perímetro urbano do município de Florianópolis.

Referências

Documentos

BRASIL. **Portaria Nº 500, de 20 de outubro de 2014**. Dispõe sobre a delimitação da área de entorno dos bens tombados pelo Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional – IPHAN localizados no centro do Município de Florianópolis, Estado de Santa Catarina. Diário Oficial da União, nº205. Brasília, DF, 23 de out. 2014. Disponível em < http://sintse.tse.jus.br/documentos/2014/Out/23/portaria-no-500-de-20-de-outubro-de-2014-dispoe >. Acesso em: 25 nov.2014.

Livros de Correspondência dos Engenheiros com o Presidente da Província de 1829 a 1881. Arquivo Público do Estado de Santa Catarina.

Livros de Correspondência com a Capitania do Porto de 1880 a 1888. Arquivo Público do Estado de Santa Catarina.

Mensagem apresentada ao Congresso Representativo, em 22 de julho de 1923, pelo Engenheiro Civil Hercilio Pedro da Luz, Governador do Estado de Santa Catarina. Disponível em < http://memoria.bn.br/pdf2/720518/per720518_1923_00001.pdf>. Acesso em 08 set. 2014

PASTA DO PROCESSO Nº155-T-38. IPHAN/DET, Seção de História. Rio de Janeiro, IPHAN, Arquivo Noronha Santos.

PASTA DO PROCESSO Nº1.053-T-81. Forte Santa Bárbara, Florianópolis, Santa Catarina. Rio de Janeiro, IPHAN, Arquivo Noronha Santos.

Jornais

GOMES, Osmar. Material arqueológico é achado no centro da Ilha. **Jornal ANCapital**.Nº 170. Florianópolis, Domingo, 3 de março de 1996.

GOMES, Osmar. Arqueólogo propõe escavação na praça Lauro Müller. **Jornal ANCapital**.Nº 172. Florianópolis, Terça-feira, 5 de março de 1996.

Achado mais um canhão na praça. **Jornal O Estado**. Florianópolis, 27 de julho de 1999.

BRAGA, Débora Murta. Canhões são encontrados durante escavação. **Diário Catarinense**, Sexta-feira, 4 de setembro de 1998.

FELHL, Aline. Escavações provocam polêmica na Capital. **Jornal ANcapital**. Florianópolis, Terça-feira, 17 de agosto de1999.

MARTINS, Celso. Erosão ameaça estrutura do Forte de Santana. **Jornal A Notícia**. Florianópolis, Domingo, 24 de novembro de 2002.

Artigos, dissertações, livros, teses consultadas

CABRAL, Oswaldo Rodrigues. **História de Santa Catarina**. Florianópolis: Secretaria de Educação e Cultura, 1968.

CABRAL, Oswaldo Rodrigues. **História de Santa Catarina**. Curitiba: Grafipar, 1970. 1º vol.

CABRAL, Oswaldo Rodrigues. **As Defesas da Ilha de Santa Catarina no Brasil-Colônia**. Florianópolis: Conselho Federal de Cultura, 1972.

COMERLATO, Fabiana. **Relatório final da coleta de superfície realizada no Forte Sant'Ana**. Ilha de Santa Catarina, 1999.

COMERLATO, Fabiana. Cultura material e possibilidades de intervenção no Forte Sant'Ana, Ilha de Santa Catarina. **Anais do IV Congresso Internacional de Estudos Ibero-Americanos**, Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2000.

COMERLATO, Fabiana. Cultura material e possiblidades de intervenção no forte Sant'Ana, Ilha de Santa Catarina. **Anais do XI Congresso da Sociedade de Arqueologia Brasileira**, Rio de Janeiro, 2001.

FOSSARI, Teresa Domitila (Coord.). A Pesquisa Arqueológica do Sítio Histórico São José da Ponta Grossa. In: **Anais do Museu de Antropologia 1987/1988**. Florianópolis: UFSC, nº 19, 1992.

GONÇALVES, Janice. **O tombamento como mecanismo de produção de memórias e de esquecimentos: reflexões sobre Santa Catarina**. MICHELON, Francisca Ferreira; FERREIRA, Maria Letícia Mazzucchi. Anais do V Seminário Internacional em Memória e Patrimônio: Memória & esquecimento [recurso eletrônico]. – Pelotas: Ed. da UFPel, p. 550- 560, 2011.

JANUÁRIO, Jefté Brandão. A história das fortalezas catarinenses no século XIX. **Revista Ágora**, Vitória, n. 17, p. 32-48, 2013. Disponível em < http://periodicos.ufes.br/agora/article/view/6080> Acesso em: 07 set. 2014.

LYRA, Cyro Corrêa. A importância do uso na preservação da obra de arquitetura. **Revista do Programa de Pós-Graduação em Artes Visuais**, 2006, p. 53-57.

NAKAMUTA, Adriana Sanajotti. **Forte São João e o patrimônio histórico e artístico nacional**. 2009. 152 f. Dissertação (Mestrado em Arquitetura e Urbanismo) – Escola de Engenharia de São Carlos, Universidade de São Paulo, São Carlos, 2009. Disponível em < http:// www.teses.usp.br/teses/disponiveis/18/.../DissertacaofinalAdriana.pdf> Acesso em: 20 nov. 2014.

RICHTER, Fábio Andreas. **Corpo e alma de Florianópolis: o patrimônio cultural na ação do governo do município - 1974 a 2008**. 2009. 167 f. Dissertação (Mestrado em História) – Centro de Ciências Humanas e da Educação, Universidade do Estado de Santa Catarina, Florianópolis, 2009. Disponível em < http://www.tede.udesc.br/tde_busca/arquivo.php?codArquivo=1607> Acesso em: 07 set. 2014.

SOARES, Fernanda Codevilla. Revisão das pesquisas arqueológicas das fortificações catarinenses do litoral e novas perspectivas para a análise da

cultura material. **Revista Tempos Acadêmicos**, Dossiê Arqueologia Histórica, Criciúma, nº 10, p. 88-100, 2012. Disponível em < http://periodicos.unesc.net/index.php/historia/article/view/1112> Acesso em: 07 set. 2014.

SOARES, Fernanda Codevilla; SALVADOR, Soares Angela; BILÉSSIMO, Angelo Renato. Inventário do acervo arqueológico das fortificações catarinenses. **Revista Tecnologia e Ambiente**, Dossiê IX Jornadas de Arqueologia Iberoamericana e I Jornada de Arqueologia Transatlântica, v. 19, n. 1, p. 17-38, 2013, Criciúma, Santa Catarina. Disponível em < http://periodicos.unesc.net/index.php/tecnoambiente/article/viewFile/1318/1266> Acesso em: 07 set. 2014.

SOUZA, Sara Regina Silveira de. **A presença portuguesa na arquitetura da Ilha de Santa Catarina**: séculos XVII e XVIII. Florianópolis: FCC, 1981.

UCHÔA, Carlos Eduardo. **Fortalezas Catarinenses**: a estória contada pelo povo. Florianópolis: Imprensa Universitária da UFSC, 1992.

VÁRZEA, Virgílio. **Santa Catarina**: a ilha. Florianópolis: Editora Lunardelli, 1985.

VEIGA, Eliane Veras da. **As fortificações catarinenses no Brasil Colonial**: introdução ao seu estudo. Florianópolis: Imprensa Universitária, 1988.

VEIGA, Eliane Veras da. **Florianópolis**: Memória Urbana. 3ª ed. rev. Florianópolis: Fundação Franklin Cascaes, 2010a.

VEIGA, Eliane Veras da. Forte de Santa Bárbara: História, resistência e modernidade. **VI Seminário Regional de Cidades Fortificadas e Primeiro Encontro Técnico de Gestores de Fortificações**. 31 de março a 02 de abril de 2010b. Disponível em <http://www.fortalezas.ufsc.br/6seminario/index.php> Acesso em: 07 set. 2014.

VIANNA, Hélio. **Forte Santo Antônio de Ratones. Relatório Final**. Rio de Janeiro, novembro 1994.

Agradecimentos

Ao Arquivo Noronha Santos do Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional, em especial ao seu chefe técnico o Sr. Hilário Figueiredo Pereira Filho. Aos colegas professores Alejandra Saladino e Luydy Fernandes pela ajuda nos pequenos detalhes.

Paisagem, território e práticas locais em duas fortificações catarinenses do século 18

Marcos André Torres de Souza

Francesco Palermo Neto

Introdução

Neste capítulo, pretendemos examinar as fortificações catarinenses setecentistas sob a ótica da Arqueologia. Na nossa análise, pretendemos realizar uma releitura dessas fortificações que embora venham sendo investigadas de forma sistemática desde fins da década de 1980, ainda contam com muito poucos resultados publicados (FOSSARI, 1992; SOUZA, 1994; para uma síntese recente desses estudos, ver SOARES 2012). Enfocaremos em mais detalhe duas dessas estruturas: O Forte de Santo Antônio de Ratones, construído em 1740 na Baía de Santa Catarina, e o Forte de Laguna, construído em fins do século 18 na entrada do canal que Ligava a vila de Laguna ao Oceano (Figuras 1 e 2), ambos localizados no estado de Santa Catarina, Brasil.

O Forte de Ratones situa-se na face norte de uma pequena ilha localizada próximo à entrada da Baía Norte de Santa Catarina. Sua construção se inseriu em um amplo programa de fortificação da Ilha, que incluiu também a edificação dos fortes de Santa Cruz de Anhatomirim e São José da Ponta Grossa. Para a execução dessa tarefa, foi designado o brigadeiro José da Silva Paes, que desembarcou na Vila de Desterro (atual Florianópolis) no ano de 1739. A fortificação da ilha foi motivada por uma série de disputas diplomáticas e militares entre Portugal e Espanha, que concorriam visando a posse das colônias meridionais da América do Sul. Em consequência dessas

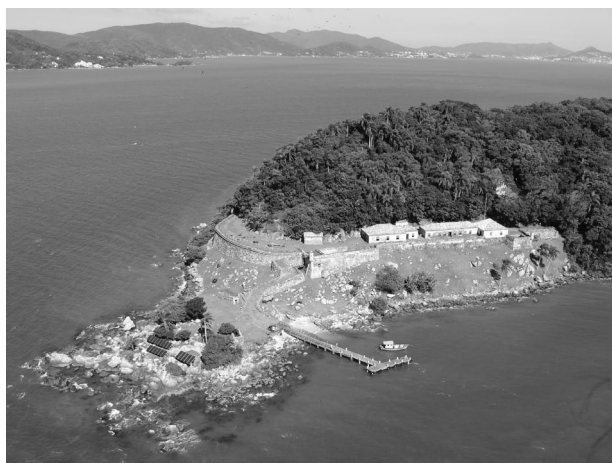



Figura 1 – Vista aérea do Forte de Ratones.
Fonte: http://www.fortalezas.ufsc.br, acesso em 7/7/2014.

Figura 2 – Vista de satélite do Forte de Laguna
Fonte: Google Earth.

disputas, Santa Catarina e seu porto passaram a ser considerados como tendo importância estratégica para a manutenção dos domínios portugueses. A partir da década de 1830, essa fortificação, já parcialmente arruinada, passou a ser utilizada para aguada de embarcações e como lazareto, abrigando a tripulação dos navios que chegavam com sinal de peste a bordo. No inicio do século 20 seria ainda utilizada como depósito de carvão e área de treinamento de tiro (CABRAL, 1972:201-145). Na década de 1990 foi restaurada, estando hoje aberta à visitação.

O Forte de Laguna surgiu em um contexto diverso. Sua construção aconteceu em fins do século 18 com o objetivo principal de realizar serviços aduaneiros para as embarcações que se serviam do porto de Laguna e, dessa forma, conter o intenso contrabando que havia na região (sobre essa prática, ver HÜBENER, 1981). A estimativa de edificação desse forte em fins do século 18, que coincide com a data proposta por Boiteux (1927:113), baseia-se nos antigos mapas de regimento da capitania, que só passaram a relacionar o contingente existente nessa fortificação em 1797 (ARQUIVO NACIONAL, Mapas de Regimento da Capitania de Santa Catarina). Esse forte se situava em um morro conhecido no século 18 como "Ponta da Fortaleza" e, durante o século 19, como "Morro da Atalaia". Implantado à meia-encosta, debruçava-se sobre a entrada do estreito canal que ligava Laguna ao oceano. Ele tinha dimensões bastante reduzidas, sobretudo se comparado às fortificações da Baía Norte de Santa Catarina. Em 1839 foi tomado pelas forças da Revolução Farroupilha, revolta popular de inspiração republicana que constituiu em Laguna a denominada "República Juliana". Essa apropriação fez com que diversos autores atribuíssem, equivocadamente, sua construção aos revolucionários (SOUZA, 1885; BARRETO, 1958). Após ser reformado pelas forças farroupilhas, serviu como importante posto de combate, vindo, inclusive, a participar da épica Batalha de Laguna, passada defronte ao local onde se implantava a fortificação e que envolveu um violento embate entre os revolucionários e as forças imperiais (BOITEUX, 1957). Ao longo do século 19, passou por novas reformas. Durante esse período, serviu de posto e moradia para o prático da barra, função essa que durou até 1906, quando um novo canal de acesso a Laguna foi aberto e o original aterrado (ARQUIVO PÚBLICO DO ESTADO DE SANTA CATARINA, doravante APESC, Ofício do Ministério da Marinha para o residente da Província de Santa Catarina, 22.2..1844; APESC, Correspondencia do Presidente da Provincia de Santa catarina ao Prático da Barra da Laguna, 2.5.1844; APESC, Oficio da Capitania dos Portos para o Presidete da Provincia de Santa Catarina, 21.2.1887). Atualmente, essa fortificação encontra-se abandonada, contando hoje apenas com algumas poucas evidências do seu alicerce em superfície.

Em muitos aspectos, este capítulo retoma as discussões encaminhadas por Souza (1994). As discussões aqui propostas vão se desenvolver em torno de dois eixos de análise. No primeiro eixo, propomos explorar o capital simbólico das duas fortificações examinadas a partir da sua exterioridade. Nessas discussões, daremos maior ênfase ao Forte de Ratones, construído por José da Silva Paes.

Português de origem, Silva Paes desembarcou em Santa Catarina acumulando as funções de arquiteto, engenheiro militar e governador da recém-criada capitania. Chegou também credenciado por um sólido treinamento na arquitetura militar e ampla experiência na construção e reforma de fortificações em Portugal e no Brasil. Eram muitos seus predicados: homem de armas, arquiteto, estrategista, cartógrafo e politico (PIAZZA, 1988; VEIGA, 1988:21). Apesar das suas credenciais, Silva Paes vem sendo sistematicamente escrutinado em tempos recentes, bem como sua produção como arquiteto militar em Santa Catarina. Esse debate, que conta com muitos ingredientes, inclui criticas a eficácia defensiva das fortificações por ele projetadas na Baía Norte, usualmente entendidas como incapazes de oferecer resistência eficaz contra invasores (acerca desse tema, ver especialmente BOITEUX, 1957; CABRAL, 1972; VEIGA, 1988; SOUZA, 1991; TONERA, 2005; JANUÁRIO, 2013).

Embora discussões sobre os aspectos funcionais das fortificações catarinenses sejam ricas em interesse, nesta seção vamos examinar, conforme já assinalamos, outra dimensão dessas fortificações: sua função simbólica que, acreditamos, teve importância precípua no sistema defensivo estabelecido na região. Propomos, então, analisar duas linhas de evidência associadas a essa função: a materialidade das fortificações de Ratones e Laguna, e as representações cartográficas setecentistas dessas e outras edificações militares, existentes na região. Nessa análise utilizaremos o conceito de capital simbólico, conforme proposto por Bourdieu (1998:47-52). Esse conceito se funda na percepção de que os recursos utilizados por indivíduos ou grupos podem ser empregados de modo a legitimar ou reforçar simbolicamente seu poder, prestígio, reconhecimento ou honra, convertendo-se, assim, em instrumentos para a aquisição de certas vantagens políticas ou sociais. O capital simbólico pode codificar outras formas de capital, incluindo o jurídico ou militar, servindo de base, assim, para o exercício dessas outras modalidades. Cabe aqui considerar que o capital simbólico pode ser expresso materialmente, o que oferece à Arqueologia histórica um universo muito rico de possibilidades, conforme há muito vêm assinalando diversos autores (LEONE, 1984; RUBERTONE, 1989; MROZOWSKI, 1991; SHACKEL; LITTLE, 1992; EPPERSON, 2000; e.g. BRANTON, 2009).

Nosso segundo eixo de análise procura fazer um contraponto entre a paisagem altamente disciplinada dos fortes coloniais e sua apropriação pelo local e pelo vernacular. Com esse propósito, vamos nos focar na vida passada no interior das fortificações examinadas. Para essas discussões, nos

inspiramos no trabalho de duas arqueólogas: Shanon Lee Dawdy (2000) e Barbara Voss (2008), que têm procurado discutir, na perspectiva da Arqueologia, a interface entre a materialidade do controle político e econômico de administrações coloniais e a emergência de práticas locais específicas. Nas Américas, houve situações onde parte da vida diária foi institucionalizada pela presença de sítios militares. Apesar disso, essa institucionalização nunca foi completa, uma vez que, mesmo nesses assentamentos, as pessoas retiveram sua capacidade de agir no mundo e, consequentemente, participar da formação da ordem social e material (VOSS, 2008:288). Baseados nessa percepção, pretendemos, na segunda seção deste texto, problematizar a questão das práticas locais e sua possível penetração no cotidiano da vida nas fortalezas.

Uma das vantagens da Arqueologia histórica está na sua capacidade de analisar, combinadamente, diferentes tipos de fontes (BEAUDRY, 1988; LITTLE, 1994; GALLOWAY, 2006; WILKIE, 2006). Em nossa análise faremos uso não só das evidências materiais encontradas nas fortalezas de Ratones e Laguna, mas também de diferentes fontes documentais e iconográficas, incluindo, principalmente, os relatos de viajantes que passaram pela Ilha de Santa Catarina até 1828 e organizados em um único volume por Haro (1990), manuais portugueses de arquitetura militar referentes ao período estudado (PIMENTEL, 1680; TOLOZANO, 1708; FORTES, 1729; VELLOZO, 2005 [1743]) e mapas setecentistas. Em relação a essa última fonte, iremos considerar, sobretudo, sua natureza discursiva. Tradicionalmente, as representações cartográficas são entendidas como uma reprodução objetiva do mundo real, razão pela qual, em seu uso mais trivial, são empregadas por arqueólogos de modo a determinar a localização de sítios específicos. Aqui, todavia, adotaremos um viés crítico na sua interpretação, baseando-nos, para isso, na percepção de que, assim como outras fontes, os mapas constituem-se em um tipo de produção culturalmente situado (SEASHOLES, 1988; BINNEMA, 2001; WILKIE, 2006; SMITH, 2007a, 2007b).

A exterioridade das fortificações e seu capital simbólico

No universo colonial português, o mar se constituía no principal meio para o estabelecimento de relações politicas e comerciais de larga escala, conectando não só diferentes portos e regiões, mas também diversos interesses e domínios. Ao mesmo tempo, era do mar que vinha o perigo, a principal fonte de ameaça à integridade territorial e política das colônias portuguesas. Em larga medida, esses dois traços foram elementos muito presentes na

ilha de Santa Catarina. Conforme dão conta diferentes fontes, seu porto era visto ora como tendo qualidade e posição privilegiadas, ora como sendo uma presa em potencial para o inimigo externo. No que diz respeito ao valor do seu porto, os viajantes que por lá passaram quase sempre se preocuparam em assinalar suas vantagens. Definido pelos franceses nas primeiras décadas do dezoito como *bon port*, tinha entre suas principais virtudes a capacidade de oferecer excelente aguada, facilidade de acesso durante qualquer estação do ano e com qualquer vento, baixos riscos à navegação, uma vez que não apresentava bancos de areia e rochedos submersos, ter boa profundidade, possuir uma larga faixa de ancoragem e, sobretudo, possuir uma localização favorável, estando posicionado entre o Rio de Janeiro e as colônias situadas mais ao sul (HARO, 1990:46,61-65,114,143,150,204,270). No que diz respeito ao temor de invasão, isso se manifestava no medo algumas vezes expresso pela população local quando uma embarcação armada ancorava na ilha. Isso foi notado, por exemplo, por La Pérouse, comandante de uma viagem de exploração francesa ao pacífico em 1785. Em sua parada em Santa Catarina, notou o "grande terror" que sua chegada causara à população local (HARO, 1990:114). Em outro nível, a própria materialidade das fortificações dá conta disso. Ao longo do século 18 foram edificadas perto de uma dúzia de sítios militares na ilha (VEIGA, 1988), consubstanciando de forma indiscutível uma grande preocupação com a defesa marítima desse território.

O fato de que a vida comercial, política e militar na Ilha de Santa Catarina no setecentos estava voltada para o mar exige uma percepção diversa no que diz respeito à compreensão da sua paisagem e das suas fortificações, que podem ser entendidas como o que Ford (FORD, 2011) definiu como uma "paisagem cultural marítima", uma perspectiva interessante para as discussões aqui propostas e que já vem sendo adotada no Brasil por alguns pesquisadores (RAMBELLI, 2003; MENDONÇA JUNIOR, 2012; CAMARGO, 2013). Para a compreensão desse tipo de paisagem faz-se necessária uma nova disciplina do olhar, que deve tomar o mar não só como um meio de contato entre diferentes lugares e espaços, mas também como uma superfície na qual relações são estabelecidas, percepções do mundo construídas e identidades forjadas (COONEY, 2004; MENDONÇA JUNIOR, 2012:21-23). Tão relevante quanto isso é o fato de que, quando o ponto de referência é o mar, a percepção da paisagem assume características muito particulares. A perspectiva tomada do mar pode, por exemplo, exacerbar tensões nos elementos naturais e culturais que constituem a paisagem, possível por meio da justaposição entre a linearidade do oceano e a verticalidade do terreno, edifi-

cações ou embarcações. Pode também facilitar o reconhecimento de marcos territoriais e fronteiras, na medida em que as pessoas tendem a identificar a costa como uma fronteira natural, e dessa forma, o valor e a importância do espaço a ser controlado podem ser maximizados (FORD, 2009:19,30).

A inserção das fortificações da Ilha de Santa Catarina nessa paisagem cultural marítima é muito clara, na medida em que essas estruturas situavam-se ora em ilhas, ora debruçadas sobre o mar. Além disso, tinham sempre suas muralhas e canhões voltados para o oceano. Essas características podem ser exemplificadas pela localização dos três fortes situados na Baía Norte (Figura 3). É interessante notar que esse foi o caso até mesmo do Forte de Ponta Grossa, que estava situado em terra e contava apenas com uma pequena bateria posicionada na sua retaguarda, que fazia face para a parte em terra. De uma maneira mais ampla, essa preocupação parece ter sempre orientado os projetos militares de Silva Paes que, ao realizar obras nas fortificações do Rio de Janeiro, foi explicito ao assinalar a importância de prepara-las de modo a repelir com eficiência o inimigo que vinha do mar (Carta de José da Silva Paes ao Rei, 3/6/1735, reproduzida em PIAZZA, 1988:77). Tais considerações são relevantes sobretudo na medida em que a presença de elementos agressivos e não agressivos em uma fortificação, bem como a posição desses diferentes elementos, são bastante reveladores da percepção que as nações tinham dos seus inimigos (PORTOCARRERO, 2011).

O desejo de posicionar suas fortificações de frente para o mar deu a Silva Paes a possibilidade de transforma-las, do ponto de vista simbólico, em importantes ferramentas, tanto para a defesa da Ilha de Santa Catarina, quanto para o estabelecimento de marcos territoriais portugueses. Voltando-as para o mar, tornou-as facilmente visíveis e capazes de cumprir essas duas funções. A visibilidade dessas fortificações foi atestada por pelo menos dois viajantes que visitaram a região no século 18: em 1740, George Anson, comandante de uma esquadra de guerra inglesa, registrou em seu diário que, ao ultrapassar a Ilha do Arvoredo, situada próximo à entrada da Baía Norte, "observamos de nossos navios, a uma distância bastante considerável, dois fortes que pareciam destinados a impedir a passagem dos inimigos entre a ilha de Santa Catarina e o continente" (HARO, 1990:61). Muito tempo depois, em 1822, o navegador francês Duperrey pontuou, acerca do Forte de Anhatomirim, que "visto de uma certa distância, se bem que não haja recebido nenhum reparo há mais de oitenta anos, época de sua fundação, tem uma aparência respeitável" (HARO, 1990:266).

O Forte de Laguna é um caso também interessante de ser considerado (Figura 4). Ao levarmos em conta sua posição, situada na entrada da barra, nos parece clara a intenção do seu projetista em fazer com que ele fosse notado pelo navegante, podendo ser visto mesmo por aqueles que não tinham o objetivo de atravessar o estreito canal por ele protegido. Embora construído com a função de prevenir o contrabando de gêneros, a lógica de dota-lo de alta visibilidade a partir do mar parece ter também orientado sua construção. Dessa forma, serviu como uma sinalização importante da presença portuguesa e da sua administração.

Foram muitos os fatores que concorreram para que as estruturas fortificadas de Santa Catarina pudessem ser notadas com facilidade e a partir de certa distância. Um aspecto interessante de se considerar diz respeito ao fato de que linearidade horizontal da paisagem oceânica permite a fácil identificação dos elementos sinuosos ou verticais da paisagem costeira. Para o caso da Ilha de Santa Catarina, as possibilidades criadas pela perspectiva oceânica não deixaram de provocar o olhar do viajante, que frequentemente se sentia despertado a descrever os elementos naturais que a eles se apresentavam ao se aproximarem da ilha. Por exemplo, ao entrar na Baía Norte em uma manhã, logo após o nascer do sol, John Mawe registrou em seu diário, em 1821, que "ficamos encantados com o panorama grandioso e pitoresco dos seus rochedos cônicos, emergindo, abruptos, do mar, embelezado, ao fundo, pelas altaneiras montanhas do Brasil, cobertas de matas" (HARO, 1990:190). Impressão semelhante foi descrita por Duperrey, assinalando que, após ultrapassar a Ilha do Arvoredo, "agora a vista passeava agradavelmente sobre as espessas florestas que cobrem a Ilha de Santa Catarina e toda a parte do continente que se lhe avizinha. Sobre os morros e os flancos das montanhas, no fundo dos vales e sobre a orla do mar, estendia-se soberba vegetação, formando o quadro mais imponente e pitoresco que pode nos oferecer a natureza em seu estado selvagem" (HARO, 1990:249). O oceano abria possibilidades de uma leitura da paisagem que não era possível, em toda sua extensão, na perspectiva da terra firme. Isso favorecia não só uma leitura mais apurada da paisagem natural, mas também dos elementos culturais que a constituíam.

Outros recursos favoreciam uma posição de visibilidade e destaque para as fortificações da Baia Norte. Um desses recursos foi o expediente empregado por Silva Paes de adaptar essas estruturas ao terreno, o que é bastante evidente no caso de Ratones. Ao contrário de fortificações edificadas em outras partes do Brasil, geralmente simétricas, de formato abaluartado

e poligonal, Ratones se moldava à topografia, adaptando-se aos contornos do terreno, conforme têm notado arquitetos dedicados ao estudo das fortificações catarinenses (VEIGA, 1988:29; TONERA, 2005:2-3). Ratones se desenvolve em um terrapleno encaixado, margeando a escarpada face norte de uma pequena ilha, conforme se nota nas Figuras 5 e 6 (notar em especial o corte "D-E" existente na Figura 5). Conforme assinalou seu projetista, essa feição foi possível por meio do recurso de produzir um corte na rocha, seguido pelo seu terrapleno e revestimento com uma muralha (Carta de José da Silva Paes ao Rei, 19/4/1741, reproduzida em PIAZZA, 1988:133). Essa muralha é feita em alvenaria de pedra, o que contribuiu de forma significativa para a conformação do conjunto. Implantação semelhante foi obtida na fortificação de Laguna que embora edificada em outro momento e por outro construtor, obedeceu a principio análogo. Essa fortificação situava-se a meia altura do Morro da Barra, ajustando-se também à encosta dessa elevação. Quando soluções dessa ordem não eram possíveis, havia o recurso do uso de terraplenos sucessivos, capazes de ajustar a fortificação ao terreno e dar-lhe maior estatura, caso, por exemplo, do Forte de Ponta Grossa.

O ajuste ao terreno em fortificações como as de Ratones e Laguna, bem como a presença de muros em alvenaria de pedra entrecortando a paisagem natural, aumentavam a visibilidade dessas fortificações, garantindo-lhes maior proeminência e destaque, sobretudo se a vista tomada do mar é considerada. Além disso, outras variáveis contribuíram para que essas fortificações assumissem relevância na paisagem. Se a posição de fortificações como as da Baía Norte são consideradas, fica igualmente claro um interesse com o posicionamento dessas estruturas de modo a que elas pudessem ser vistas por diferentes ângulos de visão e a partir de diferentes pontos.

A capacidade de serem identificadas à distância somava-se a outra importante função, que era a de permitir um controle amplo do espaço marítimo. Esse interesse é manifesto, sobretudo, na colocação das atalaias, cuja função era a de "representar aquilo que os olhos representão no corpo humano", conforme pontuou Luis Serrão Pimentel (1680) em seu manual de obras militares. Servindo como postos de observação e controle, as atalaias eram geralmente implantadas nos flancos das fortificações, porque "desses lugares (...) fica a vista mais livre e desembaraçada assim para descubrir os lugares distantes, como também o fosso, e pé da muralha" (PIMENTEL, 1680:105). Por meio de tal estratégia, criavam-se, assim, panópticos, um mecanismo de vigilância ostensiva comumente empregado no século 18 e que objetivava, em ultima instancia, a manutenção das estruturas de contro-

Figura 3 – Imagem aérea da Ilha de Santa Catarina com indicações das fortificações da Baía Norte.

le e poder (FOUCAULT, 2010). Esse expediente foi utilizado, por exemplo, em Ratones, onde havia quatro desses postos, todos situados em flancos da fortificação (Figuras 6). No que diz respeito à sua visibilidade para o observador externo é, todavia, interessante notar que não era desejo dos engenheiros militares que as atalaias se destacassem, na medida em que podiam dar indicações importantes ao inimigo. Em sua obra "O Engenheiro Portuguez", Manoel de Azevedo Fortes (1729:317) recomendou que as atalaias não fossem caiadas, "porque assim servem aos inimigos, para guiarem os seus approches sem serem infiados na praça, guiados pelas guaritas dos ângulos flanqueados". Ainda que disfarçada na paisagem da fortificação, isso não a excluía como uma ferramenta adicional, do ponto de vista simbólico, para afirmação da presença portuguesa na paisagem. Ruggles (2000:107), por exemplo, sugeriu que postos de vigilância como esse representavam, em ultima análise, o próprio Rei, reforçando, simbolicamente, sua autoridade e soberania sobre um dado território.

O fato de que fortificações como a de Ratones estavam encaixadas no relevo, moldando-se à topografia e aos seus contornos, suscita reflexões de outra ordem, que merecem também ser consideradas. Por meio da Arqueologia, sabe-se que a natureza pode servir como uma importante fonte

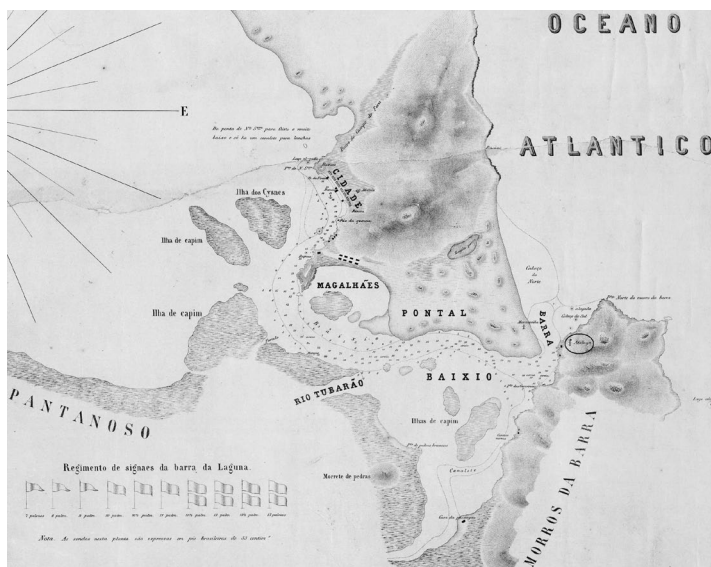



Figura 4 – Detalhe da “Planta hydrographica da Laguna”, 1864. O local da antiga fortificação está circundado. Nesse momento, já servia como casa do prático da Barra da Laguna, aparecendo com a denominação de “Atalaya”.

de recursos simbólicos (TILLEY, 1994; TILLEY; BENNETT, 2004). Ao se ajustar à paisagem, a fortificação de Ratones apropriou-se da natureza, dela se servindo. Ao se conformar aos atributos preexistentes no terreno, essa estrutura passou a “fazer parte” do meio natural, adquirindo, assim, a propriedade de aparentar pertencimento ao lugar. Nessa direção, consideramos que a paisagem cultural dessa fortificação foi, em certo sentido, naturalizada e, consequentemente, a presença portuguesa na região. Esse processo foi capaz de fazer com que o observador externo a entendesse como sendo um atributo intrínseco do ambiente. Conforme já foi assinalado por outros autores, escamotear a agência humana no ambiente naturaliza certos processos culturais que não são, nem de longe, inatos ou espontâneos (HARRIS; RUGGLES, 2007). É interessante notar também que, ao se ajustar ao meio natural, essas fortificações podiam herdar muitos dos seus atributos. Essa capacidade não deixou de ser notada por alguns engenheiros militares que consideravam que uma das vantagens de se edificar fortificações em montanhas e rochedos era “que as montanhas são por si mesmo tão fortes que custa pouco ajudar a natureza com o artificio, fabricando os baluartes, e mais obras da fortificação” (VELLOZO, 2005:42). Essas estruturas podiam também se valer das ameaças apresentadas pela natureza ao ser humano, sobretudo se a perspectiva do observador externo, pouco familiarizado com

esse ambiente, é levada em conta. Isso pode ser exemplificado pela impressão colhida pelos viajantes que visitaram Santa Catarina e que comumente viam a exuberante mata nativa da região, por um lado, como possuindo certos atributos idílicos, e por outro, como sendo uma fonte de muitos perigos. Por exemplo, em sua passagem pela ilha em 1763, o navegador francês Dom Pernetty registrou que quando ele e seu grupo penetravam nas partes mais interiores em terra se cercavam de certos cuidados. Assinalou que "nunca íamos a sós, sempre juntos a dois ou três, para nos socorrermos mutuamente, em caso de ataque de alguma serpente monstruosa ou de algum animal feroz; nós apreendíamos sobretudo as onças (...) que os nativos diziam ser muito mais comuns e cruéis que os tigres" (HARO, 1990:94). O medo da natureza também foi registrado por Lisiansky, capitão de um navio russo que passou por Santa Catarina em 1803. No seu relato, fez a seguinte observação: "Liamos nos contos de fadas, da existência de jardins encantados, guardados por serpentes e outros monstros venenosos; um reconhecimento desta ilha nos leva a dar crédito a tais maravilhas: talvez em nenhum lugar do mundo exista uma quantidade ou variedade tão grande destes répteis" (HARO, 1990:152). O temor em relação ao ambiente da ilha transpira do tom muitas vezes exagerado desses relatos e que, convém considerar, eram importantes fontes de referência para outros viajantes, que muitas vezes neles se baseavam ao visitar terras estranhas. Ao se imiscuir ao ambiente, as fortificações catarinenses puderam se valer, subjetivamente, da noção de que o ambiente que as abrigava constituía-se em uma fonte de muitos riscos e perigos, o que potencializava seu poder para repelir o invasor.

Essas fortificações podiam representar também uma fonte de estabilidade e força, não só pela sua presença física, mas também por meio dos muitos elementos que as constituíam, incluindo a solidez das suas estruturas de pedra e cal. Elementos dessa ordem são capazes de promover um sentimento de estabilidade e permanência, tanto para o observador externo quanto para os habitantes locais. Essa noção de resistência e durabilidade está materializada na muralha de Ratones, que não só servia de local para a bateria de tiro, mas também como um marco imponente de segurança e solidez (Figura 6). Conforme magistralmente demonstrado por Bachelard (1969) em seu estudo sobre a poética do espaço, o meio edificado pode oferecer às pessoas sentimentos tais como: conforto, segurança, estabilidade e continuidade. É nessa direção que entendemos que as fortificações aqui examinadas podem ser também compreendidas, a despeito da existência de qualquer aparelhamento bélico nessas estruturas.

É em uma perspectiva similar que, acreditamos, devem ser considerados os elementos artísticos presentes nas fortificações da Baía Norte. De inspiração renascentista, os fortes projetados por Silva Paes podiam contar com interessantes componentes estéticos. Esse foi, por exemplo, o caso do pórtico de acesso ao Forte de Anhatomirim, que apresenta influências orientais, um recurso muito caro à estética renascentista e que, no caso dessa estrutura, fazia conjunto com uma escadaria em lioz português e com as muralhas do forte. Outro exemplo vem do pórtico do Forte de Ratones, que adotou o vocabulário mais fundamental da arquitetura clássica, possuindo uma portada em arco abatido e encimada por um frontão. Esse pórtico, que era protegido por uma cortina e um fosso seco, era complementado por um pontilhão levadiço, uma guarita e uma casa de guarda, de onde apontavam três seteiras (Figura 7). A intrusão de elementos estéticos clássicos na arquitetura militar de Baía Norte de Santa Catarina levou alguns autores à observação ingênua de que Silva Paes foi mais arquiteto do que engenheiro militar, percepção que não se sustenta sob nenhum ângulo (para uma crítica a essa posição do ponto de vista da funcionalidade das fortificações, ver TONERA, 2005, 2010). A esse respeito, uma série de considerações podem ser feitas. Um primeiro aspecto diz respeito à preocupação em se utilizar os elementos estruturais e estéticos presentes no pórtico de Ratones de modo a repelir o inimigo, tornando-o mais ameaçador. Nesse particular, Silva Paes parece ter seguido quase à risca o que sugeriam os arquitetos militares portugueses do período. Fortes (1729:292), por exemplo, argumentou que o aspecto de um pórtico militar "deve ser hórrido, que mostre fortaleza, e a sua architetura robusta". Pimentel (1680:147) assinalou que ele "deve ser no aspecto exterior algum tanto rude para que represente austeridade e horror". Vellozo (2005:225), por sua vez, argumentou que "a sua fábrica deve representar robustez e valentia". Para esses arquitetos, isso poderia ser alcançado não só por meio do uso de estruturas tais como cortinas, fossos, pontes levadiças, guaritas e casas de guarda, estruturas essas todas presentes no Forte de Ratones, mas também por meio da adoção de elementos arquitetônicos de inspiração clássica, que segundo eles possuíam mais "galhardia" e eram "mais aparatosos" (PIMENTEL, 1680:147; FORTES, 1729:292; VELLOZO, 2005:225). Tais considerações simbólicas, muito frequentes no Renascimento, se baseavam nos princípios vitruvianos de força, funcionalidade e beleza. Considerava-se, portanto, que a adoção de elementos clássicos seria capaz de maximizar a confiança que os usuários dessa fortificação tinham na sua robustez e inexpugnabilidade.

Figura 5 – "Planta da Fortaleza de Santo Antônio de Ratones, com um corte e uma vista da fortaleza", 1742
Fonte: fortalezas.org, acesso em 7/7/2014.

O cuidado em apresentar referenciais artísticos nessas fortificações e, dessa forma, refina-las do ponto de vista do gosto e da satisfação estética, pôde, num outro plano, convencer observadores de que essa paisagem importava e que era relevante. A adoção de determinados referenciais técnicos e artísticos permitiu também que essas estruturas assumissem uma identidade específica. Esse tipo de operação se liga ao que se convencionou denominar de "espaços de visibilidade construída", que se baseia na noção de que a apresentação ou ocultamento de certas formas ou elementos permite que o observador interprete a edificação de uma maneira particular e lhe confira uma dada identidade (HARRIS; RUGGLES, 2007:16). Um exemplo dessa natureza se relaciona ao Presídio de São Francisco, fortificação espanhola do século 18 situada na Califórnia, Estados Unidos. Em sua análise sobre esse sítio, Voss (2008:191) argumentou que o uso extensivo do adobe nessa

Figura 6 – Vista da muralha norte do Forte de Ratones. Notar sua feição encaixada no terreno e a presença de duas atalaias nas suas extremidades. Fonte: http://www.fortalezas.ufsc.br, acesso em 7/7/2014.

fortificação conferiu a ela uma identidade colonial própria, completamente distinta daquela associada à população que já habitava o lugar. Se considerados os casos de Ratones e Anhatomirim, é emblemático que, justamente nos *loci* de entrada dessas fortificações, ponto de passagem do universo exterior para o interior, tenham se estabelecido referenciais estéticos específicos, marcando assim um determinado gosto e estilo para os que entravam nessas edificações. Esses referenciais foram extraídos do Mundo Renascentista, cujo caráter expansionista e colonizador possuía um poder fortemente evocativo, perfeitamente hábil para investir as fortificações catarinenses com a essência do expansionismo territorial português. Acrescenta-se a essa orientação artística, uma série de elementos bastante característicos da cultura portuguesa no período, incluindo a cantaria, a lioz e a “pedra e cal”, que foram incorporados com certa regularidade na arquitetura dessas edificações. Elementos dessa ordem permitiram reafirmar a identidade portuguesa dessas estruturas e seu envolvimento com o universo ultramar português. Associavam-se, assim, a outras edificações de caráter oficial, que também se valiam desse tipo de recurso e que se constituíam em esferas igualmente importantes do domínio colonial no Brasil.

Um ultimo aspecto que merece ser levado em conta nessa discussão diz respeito à temporalidade associada aos elementos estéticos acima discutidos. Conforme há muito vem demonstrando a Arqueologia, o tempo não é exterior ao espaço, sendo dele um importante elemento constitutivo (THOMAS, 1996; INGOLD, 2000:189-208). Quando elementos estéticos ligados ao Renascimento foram acrescentados a essas fortificações, elas adquiriram coevidade e, dessa forma, relevância temporal, um atributo importante na medida em que, conforme assinalamos na introdução deste capitulo, as fortificações da

Figura 7 – Portada do forte de Ratones. Fonte: http://www.fortalezas.ufsc.br, acesso em 7/7/2014.
Fonte: Cáceres e Juan Ares (2000: p. 153).

Baía Norte foram criadas em um contexto muito específico, marcado por conflitos políticos e militares entre Portugal e Espanha. A iniciativa de dotar essas fortificações com elementos artísticos não foi uma ação inocente ou neutra, contribuindo, efetivamente, para que elas fossem investidas com importante capital simbólico.

Uma segunda dimensão simbólica que consideramos em nossa análise se coloca além da materialidade direta dessas fortificações. Essa dimensão diz respeito à sua representação cartográfica, por nós entendida como tendo uma função metonímica: enquanto a materialidade das fortificações se relaciona à experiência de observadores diretos, sejam eles navegadores que chegavam à região ou seus habitantes, sua representação por meio de mapas contempla uma dimensão que não têm, necessariamente, relação imediata com os espaços onde essas estruturas estão implantadas. Entendemos, todavia, que estamos tratando de duas dimensões ligadas à paisagem militar.

São fartíssimas as representações cartográficas de Santa Catarina e de suas fortificações (e.g. TONERA, 2001), o que é compreensível, levando-se em conta, sobretudo, a importância estratégica da região. Muitos desses mapas apresentam um ótimo nível de detalhamento. O mapa espanhol apresentado na Figura 8 é um exemplo desse conjunto. Nessa imagem, aparecem representados tanto pontos geográficos quanto assentamentos. Entre os pontos geográficos registram-se as ilhas, rios e acidentes existentes na região. Em relação aos assentamentos, ganharam especial destaque a Vila de Desterro (denominada no mapa de "Vila do Governador") e os pontos fortificados existentes na ilha, expressos por diferentes tipos de representa-

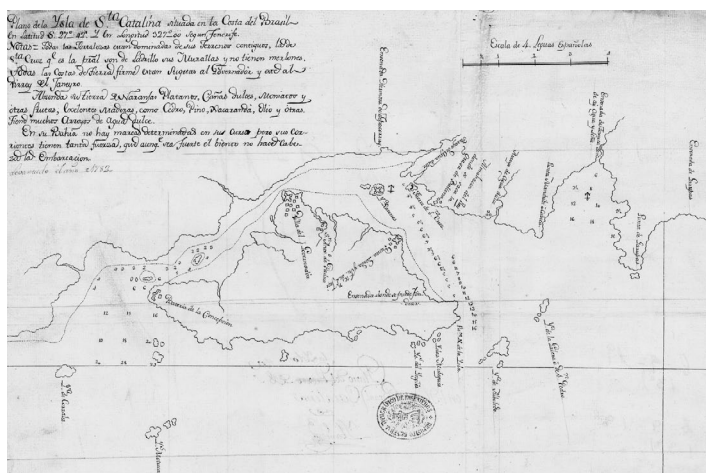



Figura 8 – Detalhe do "Plano de la Isla de Santa Catalina situada em la Costa del Brasil", 1782
Fonte: fortalezas.org, acesso em 7/7/2014.

ções poligonais. Complementando essas informações, aparece a batimetria de trechos das Baías Norte e Sul, e a indicação de pontos onde embarcações podiam fundear, representados por âncoras.

Os elementos presentes nesse mapa são em seu conjunto muito significativos. Nele estão informados os rios de água doce, que representavam importantes pontos de aguada para o navegador em transito, áreas abrigadas e de potencial interesse para desembarque, a rota a ser seguida em caso de uma aproximação e indicada pela sequencia de diferentes profundidades do fundo da baía, a sede administrativa da ilha e, finalmente, todos seus pontos fortificados. Assim como acontecia com outros mapas, o objetivo expresso desse conjunto de representações era, claramente, oferecer informações e soluções práticas para aqueles que desejavam chegar à ilha por meio de uma aproximação por mar.

Em sua análise sobre os mapas, De Certeau (1988:121) argumentou que esse tipo de representação se associa à emergência do pensamento científico (acerca dessa discussão, ver também THROWER, 1996). Ao procurar traduzir o "real" a partir do conhecimento empírico, os mapas assumem a autoridade do conhecimento de forma inconteste (SMITH, 2007b:1-2). Para a presente discussão, interessa também considerar que, como modalidade discursiva, os mapas transformam o espaço social em entidades concretas e tangíveis, o que é possível por meio da descrição fixa e definitiva dos elementos que o constituem. Nessa direção, a representação cartográfica é capaz de

produzir realidades destacadas da experiência física imediata, informando não só sobre os diferentes elementos da paisagem em um dado lugar, mas também sua qualidade e valor. Vistas por esse angulo, as representações cartográficas das fortalezas de Santa Catarina e aqui exemplificadas pelo mapa da Figura 8, são capazes de criar uma referência dos marcos de territorialidade e defesa do mundo português. Como modalidade discursiva – ou nos termos propostos por De Certeau, como linguagem simbólica – tinham a habilidade de projetar o sistema defensivo de Santa Catarina para além da sua materialidade objetiva. Dessa forma, acreditamos que as representações cartográficas das fortificações catarinenses contribuíram de forma significativa para a determinação de direitos sobre aquele território.

Na introdução de seu tratado sobre a elaboração de cartas geográficas, Manoel de Azevedo Fortes (1722:4) assinalou a grande importância que na época possuíam os mapas. Segundo ele, esses documentos eram uma importante ferramenta para o governo político e militar, e que por essa razão, devia ser deles conhecedores "os mayores capitaens, e os mayores generaes". Tal conhecimento oferecia-se como um recurso importante para que se desse a conhecer os pontos que eram ou não fortificados. Nessa direção, esses mapas podiam servir também como recurso capaz de repelir o inimigo, tão logo esses se certificassem que existia em dadas regiões um bem montado sistema defensivo, como era o caso de Santa Catarina. Para essa região, é interessante notar que, em certas ocasiões, a representação cartográfica das fortificações era feita pela simples inserção de um ponto. Em outros, eram utilizadas representações por meio de símbolos poligonais, como no mapa apresentado na Figura 8, que indicam de forma alegórica a existência de locais fortificados. Em certas situações, esses mapas chegavam ao ponto de apresentar a planta baixa das fortificações, oferecendo um maior nível de detalhamento acerca dessas estruturas e indicando de forma muito clara o destaque dado aos pontos fortificados nesses documentos.

É útil considerar também que os mapas se referem a um mundo onde não há variação ou ponto de vista. Quando existe uma experiência direta do lugar, o ponto de observação é sempre transitório. Nesses casos, o que existe é aquilo que De Certeau denominou "geografias da ação". A paisagem sempre vai mudar à medida que o observador se desloca, sendo ela, dessa forma, sempre fluida e situacional (TILLEY, 1994:7-34; TILLEY; BENNETT, 2004:11-30). Os mapas, por outro lado, determinam realidades inertes, que não variam (DE CERTEAU, 1988:20), podendo, assim, se constituir em ferramentas para a criação de um sentido de permanência, bastante útil para

o exercício do poder e da posse territorial. A contar pelo altíssimo número de mapas indicando a presença de fortificações na Baía Norte, é licito considerar que a representação cartográfica dessas fortificações agiu como um importante mecanismo de afirmação da posse e defesa desse território. O emprego desse recurso naquele momento, cumpre assinalar, não foi fortuito, uma vez que foi exatamente no transcorrer dos séculos 17 e 18, sobretudo com o avanço do colonialismo, que essas representações assumiram notável importância do ponto de vista geopolítico (THROWER, 1996:91-124).

O Forte de Laguna, por sua vez, mostrou-se como muito mais limitações nesse particular. Em nossa pesquisa, identificamos apenas um único mapa que o representa, datado entre 1796 e 1800 ("Mappa hydrographico, topográfico, histórico e analytico da província da Ilha de Santa Catarina", acervo da Biblioteca Nacional). Talvez por datar de um período no qual a defesa contra o inimigo europeu não fosse mais tão relevante e, sobretudo, por possuir uma função que não era voltada á defesa contra invasores externos, era praticamente invisível na cartografia do período.

Se os diferentes recursos simbólicos empregados nas fortificações catarinenses e até aqui considerados são levados em conta, é possível identificar nessas estruturas um papel que se coloca muito além da sua funcionalidade e capacidade bélica. Por mais paradoxal que possa parecer, a invasão espanhola responsável pela tomada da Ilha de Santa Catarina em 1777 – e considerada por muitos como sinal da ineficiência das fortificações catarinenses – é o maior indicador do capital simbólico que essas fortificações possuíam. Nesse episódio, ainda causa surpresa as forças que foram mobilizadas para essa ação. Embora existam algumas discordâncias em relação ao número preciso de soldados, armas e navios empregados pelos espanhóis, seguimos aqui os números apontados por Cabral (1972:120). Segundo ele, foi utilizado um total de 117 navios de guerra, 670 canhões e cerca de 12.000 homens. Esse contingente de homens e armas teria inibido qualquer reação portuguesa, que diante da inconteste supremacia espanhola entregou suas armas ao inimigo. Após afugentar uma armada portuguesa de doze navios incumbida de auxiliar na defesa da ilha, os espanhóis desembarcaram na praia de Canasvieiras, situada em uma pequena enseada, protegida do fogo das fortificações da Baía Norte (Figura 3). Em seguida, os soldados seguiram a pé para o Forte de Ponta Grossa. Após tomar esse posto, assumiram o controle das demais fortificações. Por fim, seguiriam até a Vila de Desterro, que foi também ocupada pelas forças espanholas e só devolvida aos portugueses cerca de um ano depois por meio do Tratado de Santo Idelfonso (CABRAL, 1972:121).

Dois acontecimentos nesse episódio servem como indicadores da eficácia simbólica das fortificações de Santa Catarina. Em primeiro, assinalamos a força desproporcional empregada para a invasão. Isso não deixou de causar assombro ao governador da capitania, Antônio Carlos Furtado de Mendonça que, em carta ao Vice-rei, assinalou que "o poder dos castelhanos é sem questão desproporcionado, pois trazendo eles 10.000 homens, que defensa poderemos fazer com uma tropa que não chega a 2.000" (SOUZA, 1991:19). Em segundo, chama a atenção o fato de que os espanhóis procuraram um porto situado aquém da zona de tiro das fortalezas, preferindo o ataque por terra. No nosso entendimento, o emprego exagerado de armas e forças, bem como a decisão de evitar o confronto naval, são um produto direto do grande poder simbólico que as fortificações de Santa Catarina exerceram sobre os inimigos de Portugal. Longe de se apresentarem como ineficientes, essas fortificações impuseram ao inimigo respeito e autoridade, cumprindo, dessa forma, a função para a qual foram destinadas.

A vida interior nas fortificações

Uma dimensão interessante de ser considerada a respeito das fortificações catarinenses se relaciona aos seus espaços internos. As possibilidades que se abrem nesse tipo de enfoque são consideravelmente ampliadas se casos como o de Ratones são levados em conta, uma vez que ele – assim como outras fortificações situados na Baía Norte – conta com uma farta documentação escrita e iconográfica (TONERA, 2001), e foi alvo de intervenções arqueológicas e de restauro (SOARES, 2012).

Ao examinarmos os espaços associados a essa fortificação torna-se possível a identificação de alguns dos esquemas organizacionais que orientaram sua construção. O primeiro diz respeito ao desejo do seu projetista, José da Silva Paes, em facilitar certas práticas espaciais. Isso pode ser exemplificado pela praça de armas e edificações situadas no seu entorno (Figura 9,a). As praças de armas eram projetadas para permitir a reunião do efetivo militar em caso de cerco ou ataque (PIMENTEL, 1680:329). Em fortificações abaluartadas e regulares, essas praças geralmente tinha uma forma quadrangular, ocupando a parte mais central da estrutura. Em Ratones, todavia, esse espaço é pequeno e assimétrico, o que se deve ao fato dessa fortificação se desenvolver de forma irregular, ajustando-se ao terreno, que lhe impõe inúmeras limitações. A despeito disso, a praça de armas em Ratones possuía uma função distributiva importante. À sua frente, situava-se a rampa de acesso ao forte, iniciada no pórtico que descrevemos anteriormente, passan-

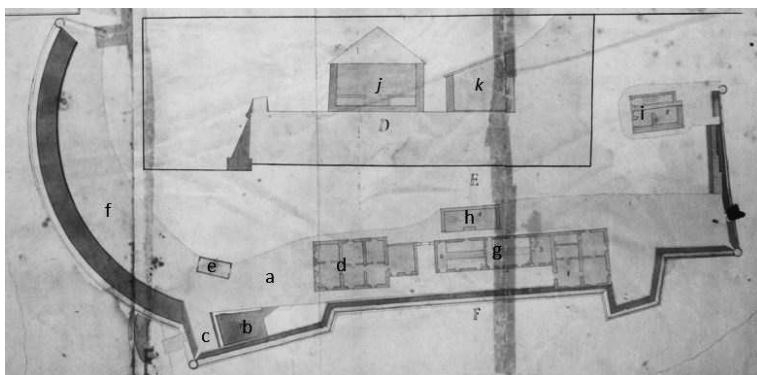



Figura 9 – Imagem modificada da "Planta, corte e elevação da Fortaleza de Santo Antônio de Ratones", 1740. Planta principal: a) Praça de Armas, b) Rampa de acesso ao forte, c) Casa da Guarda, d) Quartel do comandante, e) Casa da Palamenta, f) Bateria principal de tiro, g) Quartel da guarnição, h) Cozinha, i) Paiol de pólvora; Detalhe: j) Cozinha, k) Quartel da guarnição. Fonte: fortalezas.org, acesso em 7/7/2014.

do pela Casa da Guarda (Figura 9,b,c). Em um dos seus lados, se situava o quartel do comandante e, no lado oposto, a Casa da Palamenta (Figura 9,a), local destinado à guarda dos utensílios e apetrechos de artilharia. Essa edificação possuía duas portas: uma voltada para a praça de armas e outra para a bateria principal de tiro (Figura 9,c), que era aparelhada com nove canhões (HARO, 1990:138). Situada em uma posição estratégica, e possuindo duas portas de acesso, a Casa da Palamenta permitia que, em caso de um ataque repentino, a tropa pudesse, após reunir-se na Praça de Armas, entrar nessa edificação por uma das portas, se aparelhar dos itens necessários ao combate e, em seguida, sair pela outra porta, dirigindo-se à plataforma principal de tiro. Esse conjunto sugere um traço bastante característico dos espaços fortificados: sua idealização de modo a facilitar determinadas performances espaciais. Em boa medida, o arranjo dos espaços e edificações existentes em Ratones objetivava a promoção do que De Certeau (1988:115-116) definiu como "práticas espaciais", que envolvem a tentativa de se criar de narrativas espaciais especificas, possível por meio de ações e movimentos ritualizados.

Outro traço organizador dos espaços e edificações em Ratones se relaciona à criação e reprodução de hierarquias, um aspecto sempre muito característico na paisagem dos sítios militares. Isso é bastante visível na implantação do quartel do comandante, importante centro de decisões de ordem militar e disciplinar. Essa edificação ocupava uma posição central nesse conjunto. Situava-se também, conforme já assinalamos, defronte à Praça

de Armas, onde a guarnição devia ser reunida em uma situação de sítio. A centralidade dessa edificação alinhava-se, portanto, com sua importância do ponto de vista decisório. A preocupação com o estabelecimento de hierarquias fez também com que se definisse uma relação de proporcionalidade entre os diferentes quartéis existentes no forte. Conforme pode ser notado na Figura 9, os cômodos destinados ao comandante apresentavam-se com mais espaço, maior número de compartimentalização e, muito possivelmente, individualização, enquanto aqueles destinados à guarnição eram menos espaçosos, tinham menos compartimentalização e foram usados de forma coletiva (Figura 9,g,j). Tal preocupação esta expressa não só em fortificações como Ratones, mas também nas prescrições apresentadas nos manuais militares da época. Em seu "*Methodo lusitanico de desenhar fortificaçoens*", por exemplo, Pimentel (1680:239) assinalou que os quartéis dos capitães devem ter "a largueza conveniente a suas pessoas".

De uma forma mais ampla, a vocação essencialmente militar de Ratones também serviu como um esquema organizador dos seus espaços. O perfil de Ratones apresentado na Figura 5 (Perfil MN) indica que todo o conjunto formado pelos quartéis e demais edificações de uso militar ficavam a vista. Na porção situada sobre o terrapleno avistava-se, da esquerda para a direita: a bateria de tiro, a Casa da Palamenta, Quartel do Comandante e Quartéis da Guarnição. Foram deixadas de fora dessa paisagem dominante duas estruturas. A primeira foi o Paiol de Pólvora (Figura 9,i), construção em dois pavimentos que se situava em um plano superior, abrigado pela encosta. Esse ocultamento se deveu à preocupação em proteger essa estrutura do fogo direto, que podia lhe causar sérios danos. A segunda foi a cozinha (Figura 9,h,k), uma edificação construída em meia-água e que se relacionava a um aspecto não "militarizado" da fortificação: o seu cotidiano. Assim como nas residências civis, a "faixa intima" dessa fortificação foi recolhida a uma área fora da visibilidade direta, localizando-se entre o quartel da guarnição e a encosta da ilha. A prática de recolher as cozinhas a áreas que não eram vistas pelo observador externo parece ter sido frequente nas fortificações catarinenses do período, não se resumindo só ao caso de Ratones (para o caso de Ponta Grossa, ver FOSSARI, 1992). Somava-se a esse conjunto uma fonte coberta, situada na parte externa da fortificação, possivelmente por estar ai localizada a única fonte de água disponível, e um pequeno depósito, situado próximo ao desembarcadouro e onde havia uma rampa de acesso para o conjunto. Faltava a Ratones uma capela, estrutura comumente encontrada em outros fortes coloniais.

Um ultimo esquema organizador se liga à questão disciplinar, traço também importante nas paisagens militares. Nas fortificações catarinenses, havia a presença de dois tipos de estruturas de punição: troncos e calabouços. A respeito dos troncos, seu uso foi bem documentado em Anhatomirim pelo comandante norte-americano David Porter, que passou por Santa Catarina, em 1812. Segundo ele, esse forte tinha troncos colocados "à entrada dos apartamentos do comandante", associando-se, assim, à autoridade máxima da fortificação e possivelmente a responsável pelas decisões punitivas. Porter assinalou ainda que eles "estavam tão bem cuidados e engraxados que me fez pensar que eram bastante frequentes as ocasiões de serem usados" (HARO, 1990:217). Tais estruturas envolviam um tipo de punição muito comum até o início do século 19 e que implicava não só no castigo propriamente dito mas também no suplicio físico, geralmente executado por meio de um espetáculo público (FOUCAULT, 2010:13). Há referências também para a presença de calabouços que, por sua vez, se associam a uma modalidade de punição pudica (FOUCAULT, 2010:19). Quando Silva Paes deixou a Ilha, em 1743, informou que ainda faltavam algumas obras a serem concluídas nas fortificações, incluindo o calabouço de Ratones (PIAZZA, 1988:138). Embora não haja noticia da continuidade dessa obra e não seja conhecida sua localização, há informações de que ele foi usado para o aprisionamento de um Jesuíta durante a perseguição a essa ordem feita pelo Marquês de Pombal (SOUZA, 1991:44), sugerindo, assim, a finalização dessa obra.

A paisagem de Ratones favoreceu também medidas disciplinares mais sutis e voltadas ao trabalho no forte, o que foi possível por meio da agência material. Um exemplo disso são as atalaias, estruturas que permitiam disciplinar as atividades de vigilância por meio do constrangimento físico. Nas atalaias existentes em Ratones, assim como em outras fortificações, só cabia um homem de pé, uma vez que, em virtude da sua conformação alongada e estreita, era impossível seu uso por mais de uma pessoa ou em uma posição que não fosse a ereta (Figura 7). Esse agenciamento era programado e visava uma maior disciplina do trabalho. Conforme indica o manual de engenharia militar escrito por Manoel de Azevedo Fortes – obra que constava na biblioteca de Silva Paes (PIAZZA, 1988:164), não deveriam caber nesses postos de vigilância duas pessoas, já que elas poderiam se envolver em conversas e, assim, se desviar do trabalho a ser realizado. O mesmo autor argumentou também que as atalaias deveriam ser estreitas o bastante para que "o soldado de sentinela não tenha lugar de se deitar, ou assentar, ou recolher nela a ronda viva em tempo de chuva, neve, ou tempestade, para que com a compa-

nhia se não devirta (sic) da sua obrigação, que he vigiar continuamente para huma e outra parte"(FORTES, 1729:317).

Conforme vem demonstrando a Arqueologia histórica (e.g. LEONE, 1984; SPENCER-WOOD, 1987; EPPERSON, 2000; SENATORE, 2002; ZARANKIN, 2002; SOUZA, 2007; MCGUIRE, 2008; MATTEWS, 2011), uma das muitas funções da paisagem edificada é servir como meio para a legitimação da ordem social e sua estruturação. No Forte de Ratones, os diferentes esquemas empregados atendiam a essa finalidade, se somando de modo a codificar o seu espaço de uma forma específica, procurando organizar e disciplinar as ações, e reforçar as hierarquias entre oficiais e subordinados.

Associava-se a esses esquemas de organização uma grande expectativa em relação aos soldados, cuja figura ideal era, naquela época, a de alguém que levava os sinais naturais de seu vigor, coragem, orgulho, força e valentia, bem como um conhecimento adequado do seu ofício (FOUCAULT, 2010:131). Esse tipo de expectativa é nítido na obra de Tolozano, "*O governador de praças*" que também constava na biblioteca de Silva Paes (PIAZZA, 1988:164). Segundo o autor, "não haverá coisa que mais alegre a um governador do que depois de ter mostrado uma boa praça, mostrar também bons soldados, bem armados e bem disciplinados" (TOLOZANO, 1708:51). Essa preocupação certamente orientou Silva Paes que na qualidade de governador da capitania, buscou organizar suas forças miliares. Isso está, inclusive, expresso em uma correspondência por ele escrita ao Rei, justamente no momento em que se encarregava da edificação das fortalezas. Segundo ele, "todas essas prevenções e obras sem gente que as guarneça eram corpos sem alma" (citado em SILVA, 2008:169).

O modelo de soldado hoje exposto no Forte de Ponta Grossa, com seu impecável uniforme de infantaria português (Figura 10), sugere a presença de uma guarnição fardada, organizada e bem treinada nas fortificações catarinenses, refletindo um tipo de investimento que aos olhos dos engenheiros e oficiais militares parecia imperioso, conforme procuramos demonstrar acima. Todavia, ao contrário do que parece, essa não foi a norma, sendo sucessivas as queixas e relatos acerca das más condições da guarnição catarinense. Há relatos de que eram frequentes os atrasos no pagamento dos soldos, de que havia falta de fardamento, armas e pólvora para a defesa, e que volta e meia encontravam-se os soldados em mal estado de saúde, sendo ora açoitados pela extrema pobreza, ora pelo contágio de doenças epidêmicas. Queixavam-se ainda do mal treinamento das tropas. Essa situação parece ter sido sensivelmente agravada após a retomada da ilha das

mãos dos espanhóis e, mais particularmente, com a entrada do século 19 (CABRAL, 1972). Desse período dão conta também os diversos viajantes que passaram pela ilha. Por exemplo, no ano de 1808, o almirante russo Vasily Golovnin registrou que "suas fardas ou suas roupas parecem de mendigos. Os soldados estão quase todos descalços; as espingardas das sentinelas estão cobertas de ferrugem" (HARO, 1990:203).

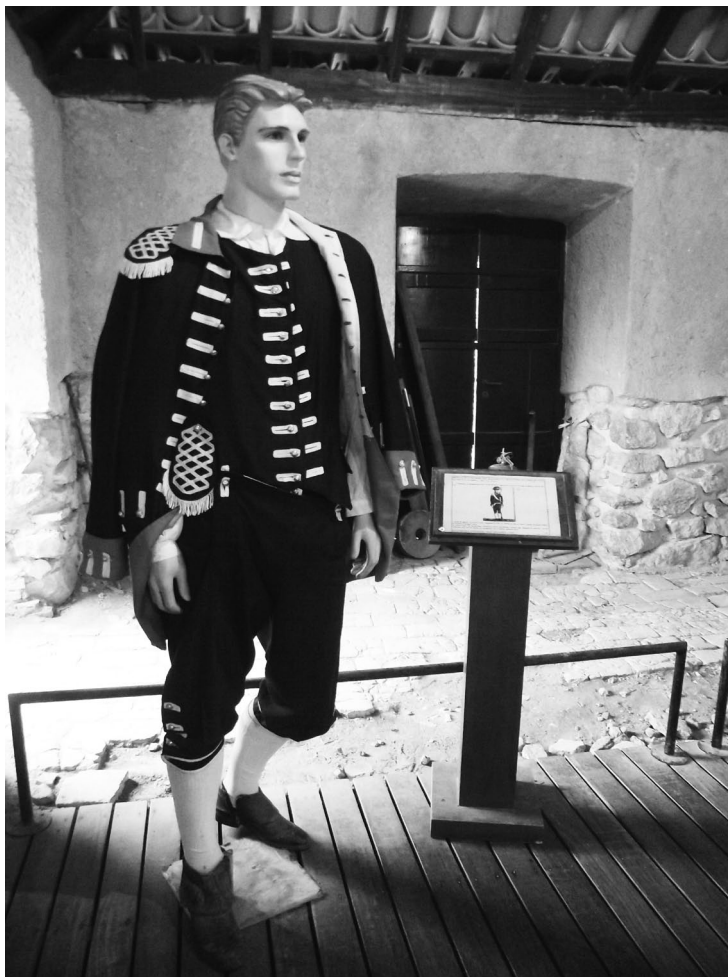



Figura 10 – Réplica do uniforme dos soldados da infantaria de linha da Ilha de Santa Catarina, século 18. Modelo exposto na Casa de Guarda do Forte de Ponta Grossa. Fotografia: Fernanda Soares, 2014.

Dessas informações, depreende-se um dado interessante: embora a paisagem dessas fortificações tenha sido organizada de modo a normatizar e disciplinar as ações no seu interior, e a despeito da preocupação do governador Silva Paes em preparar uma tropa para guarnecê-las, seu funcionamento foi, do ponto de vista militar, negligenciado pela Coroa portuguesa. Em um trabalho anterior a respeito do Forte de Laguna, Souza (1994) sugeriu que tal prática abriu espaço para que essa paisagem fosse apropriada pelas práticas vernaculares e locais. Conforme sugere a documentação referente a Santa Catarina do século 18, essa possibilidade vai além do simples descaso da Coroa Portuguesa, uma vez que ela própria estimulou uma forte imbricação entre as práticas civis e militares na capitania. Neste ponto, faz-se necessária uma breve digressão sobre os habitantes de Santa Catarina, a começar pelos momentos que antecederam a construção das suas primeiras fortificações. Conforme é bem conhecido, a Vila de Desterro se originou como abrigo para criminosos e desertores, conforme informaram os viajantes que por lá passaram nesse período, referindo-se a eles por meio de denominações tais como “fugitivos”, “aprisionados de guerra” ou “uma malta de bandidos” (HARO, 1990:23,47). Nessa época, a ilha constituía-se, conforme pontuou Salomon (2002:53), em uma “espécie de espaço de fuga e transgressão”. Com a implantação do sistema defensivo na Ilha, ocorrido na década de 1740, essa situação em parte se transformou. Inicialmente, presenciou-se na ilha a chegada dos primeiros oficiais e soldados, que seriam os responsáveis por compor sua tropa de primeira linha, figurando entre eles, inclusive, José da Silva Paes, que seria o responsável por guiar esse processo. Em função da demanda por um corpo militar de maior vulto, necessário para a composição das tropas, a solução inicialmente encontrada por Silva Paes foi a de recrutar os moradores locais e, posteriormente, de estimular a imigração de açorianos e madeirenses, o que fez com que a população da capitania passasse de cerca de 4.000 pessoas em meados da década de 1740 para cerca de 10.000 uma década mais tarde (SALOMON, 2002:112,164-177).

A tarefa de arregimentar o grosso da força militar a partir de dois grandes segmentos da população civil – residentes locais e imigrantes portugueses, cada qual com seus costumes próprios (BRITO, 1829:139), obviamente que facilitou a convergência entre as práticas civis e militares. Um maior estreitamento, todavia, deu-se em função de um mecanismo adicional utilizado pela administração colonial de modo a compor seu efetivo militar: permitir aos soldados de linha que, em tempos de paz, vivessem dispersos na ilha; enquanto uma parte estava de serviço, a outra podia ficar em suas ca-

sas, cultivando suas hortas e roças, criando seus animais ou envolvendo-se em atividades comerciais fortuitas (HARO, 1990:152-153,228,268). Em caso de ataque inimigo, todos tinham que atender com suas armas de pronto, um expediente que, em certa medida, minimizava o problema da manutenção e subsistência desse efetivo, já que a economia local, de pouca envergadura, dificilmente seria capaz de sustenta-lo (SILVA, 2008:166). Esse tipo de transito entre o civil e o militar pelos habitantes da ilha, acreditamos, também contribuiu para uma imbricação entre essas duas esferas.

A penetração de certas práticas locais na paisagem das fortificações pode ser vislumbrada a partir da documentação do período. Talvez a mais emblemática seja a impressão colhida por Golovnin que, ao entrar na Baía Norte, notou que "por cima do parapeito de terra de um dos fortins vimos três ou quatro pessoas de poncho, mas não sabíamos quem eram: monges, mendigos ou soldados". O poncho, traje muito comum entre sertanistas paulistas e amplamente utilizado pelas populações do sul do Brasil (LUCCOCK, 1942:127; HOLANDA, 1994:228), foi incorporado por pelo menos uma parte do destacamento das fortificações catarinenses, o que terminou por confundir o viajante russo, a ponto de coloca-lo em duvida quanto à identidade militar desses indivíduos. O hábito de andarem muitas vezes descalços e trajarem-se em roupas muito velhas também gerou duvidas em outros viajantes. Baseado nesses sinais, Dupperey (HARO, 1990:255) foi um deles. No seu relato, registrou que o destacamento dessas fortificações lembrava mais a paisanos que a militares.

Ao mesmo tempo em que as guarnições catarinenses se aproximavam das práticas locais, se distanciavam do trato militar, para o qual, aliás, não pareciam ter interesse ou estar capacitadas. Em carta à Corte datada de 1769, o Vice-rei Conde da Cunha disse que os soldados que guarneciam a Ilha deveriam ser portugueses, e não seus filhos da terra, pois "perde-se tudo o que eles guarnecem" (citado em LUZ, 2000:85). Alguns anos antes do ataque espanhol, em 1775, o governador de Santa Catarina, Furtado de Mendonça, assinalou que "neste governo não há hum só soldado que a saiba [a artilharia] mover, carregar e apontar" (SOUZA, 1991:16). Alguns anos depois, quando julgado pela sua culpa na rendição sumária da Ilha no episódio da invasão espanhola, o mesmo governador argumentou que "a maior parte destes [soldados] eráo degredados por mal procedimentos e criminosos" (citado em SOUZA, 1991:27), sugerindo, implicitamente, a inaptidão das forças disponíveis para sua defesa. Com a entrada do século 19, as queixas persistiram. Por exemplo, em uma memória sobre Santa Catarina escrita em 1829,

seu autor assinalou que “as fortificações que ha em diferentes lugares desta Capitania, são tais ou acham-se em tal estado, que devem antes considerar--se como nulas”. Em relação aos soldados que as guarneciam, assinalou que eles eram “mal regulados, e mal disciplinados” (BRITO, 1829:134,135)

A apropriação da paisagem das fortificações catarinenses pela população civil é ainda mais visível na documentação referente ao pequeno Forte de Laguna. Em uma vistoria realizada em 1808, o juiz ordinário da vila, alferes José Francisco Ferreira, descreveu um quadro que não diferia muito do que se verificava em outras partes da capitania naquele momento: o pequeno muro que sustentava essa fortificação estava parcialmente destruído, seus quatro canhões estavam enferrujados e incapacitados de lidar com fogo, as carretas que os sustentavam estavam quebradas, e a praça de armas estava coberta de capim (APESC, Ofício e auto de visita que fez o juiz ordinário de Laguna ao Forte de Laguna, 7.8.1808). Foi também encontrado um rancho e casa de pau-a-pique com cobertura de palha , tipos de edificação vernácula muito comuns no período mas que fogem inteiramente ao padrão das edificações de uso militar de Santa Catarina. Ordinariamente construídas de pedra e cal, as fortificações do Brasil meridional só eram erigidas com outros tipos de materiais quando não havia disponibilidade desses recursos, como, por exemplo, no caso do Forte Jesus Maria José, construído no Rio Grande por Silva Paes e que foi edificado em madeira em virtude da falta de pedras no local (PIAZZA, 1988:102). Indisponibilidade de materiais não era, todavia, um problema em Laguna. Esse forte estava implantado sobre um pontão rochoso, havendo, portanto, disponibilidade de pedra. Ele estava situado em uma região onde havia também a presença de enormes sambaquis, bem conhecidos regionalmente e que se apresentavam como uma ótima fonte de cal. Um exemplo de que esse recurso era conhecido e utilizado desde, pelo menos, a primeira metade do século 18, vem de uma correspondência de Silva Paes ao Governador do Rio de Janeiro, quando, durante a construção das fortalezas da Baía Norte, assinalou ter achado “huma mina de casca de ostra tão abundante que pode carregar frotas” (citado em SOUZA, 1991:10).

Tão interessante quanto a intrusão de uma arquitetura vernácula nessa paisagem é o fato de que o alferes responsável pela vistoria não encontrou nenhum homem no forte, tendo se deparado apenas com duas mulheres (APESC, Ofício e auto de visita que fez o juiz ordinário de Laguna ao Forte de Laguna, 7.8.1808), que certamente não faziam parte do seu contingente militar e cujo gênero rompia com a expectativa de uma população exclusivamente masculina nesse tipo de local. A presença de mulheres é interessante

não só pelo fato de identificarmos um grupo que não pertencia ao efetivo militar da fortificação, mas também porque elas foram importantes vetores de transformação nas antigas colônias ibéricas, tendo um papel ativo na criação e reprodução de práticas locais, como vêm demostrando estudos em contextos relacionados aos espanhóis (DEAGAN; KOCH, 1983; DEAGAN, 1996) e aos portugueses (SOUZA, 2000, 2002).

A apropriação desses espaços seria ainda mais efetiva com o transcorrer do século 19, quando uma parte significativa das fortificações de Santa Catarina ganharia novos usos. No caso de Ratones, os locais onde funcionaram os quarteis do comandante e da tropa passaram a ser utilizados como lazareto, enquanto sua função militar foi deixada inteiramente de lado. No caso do Forte de Laguna, seu espaço seria, em um primeiro momento, utilizado como reduto pelos revolucionários farroupilhas e, em um segundo momento, como posto e moradia para o prático da barra, conforme já registramos na introdução deste capítulo.

Apropriações como as descritas acima são indicativos de que, nas fortificações da região, muitas das ações e práticas militares foram substituídas por aquelas consagradas pelo local e pelo vernacular. Levando em conta essas evidências, nossa percepção é que embora as fortificações catarinenses tenham sido construídas de modo a organizar, hierarquizar e disciplinar as ações, seu espaço foi, em larga medida, apropriado pela população local, a partir de seus próprios referenciais. Para esse entendimento, nos baseamos no princípio de que a performance espacial é sempre um ato contingencial e criativo. Conforme assinalou De Certeau (1988:123-125), ainda que o espaço obedeça a ordenações específicas, sempre vai permitir a proliferação de ações que o desrespeitam.

A apropriação desses espaços foi feita por um grupo de pessoas bastante diverso. Conforme já assinalamos nesse texto, dois grandes grupos de euro-descendentes se destacam na formação demográfica da ilha e no serviço das fortificações: um grupo mais antigo, formado por desertores e fugitivos da metrópole e outras colônias portuguesas e estabelecidos em Desterro à época da sua construção, e um segundo, formado por imigrantes açorianos, cuja chegada se sucedeu ao advento das fortalezas. Somavam-se a esse grupo muitos indígenas e negros, geralmente arregimentados para o trabalho compulsório ou para o serviço nas tropas de segunda linha (SILVA, 2008:178-182). Os mapas de regimento da capitania consultados (ARQUIVO NACIONAL, Mapas de Regimento da Capitania de Santa Catarina) indicam que o numero efetivo de soldados servindo nessas fortificações era geral-

mente reduzido. Se, todavia, essa diversidade é levada em conta, bem como o padrão flutuante do contingente dessas fortificações, é possível supormos que agentes muito diferentes entre si participaram do seu cotidiano.

Estudos arqueológicos têm demonstrado que a cultura material – e especialmente os artefatos de uso diário – se constitui em uma importante ferramenta para a compreensão da interface entre os sistemas institucionais do poder e a agência de sujeitos sociais (VOSS, 2008:302). Entendemos, assim, que para que esse tipo de entendimento seja mais efetivo é necessária a análise de artefatos provenientes de escavações arqueológicas, o que está além do escopo da presente análise. Todavia, ao considerarmos a vida passada no interior dessas fortificações, é importante que essa questão seja problematizada. Sabe-se que em contextos nos quais a cultura dominante perde ou abre mão do seu controle político e econômico, pode haver a criação de certos impasses que encorajam a negociação e a rápida troca de ideias e materiais, o que tende a acelerar a mudança cultural (DAWDY, 2000:120). A chegada de açorianos na ilha pode ter contribuído de forma significativa para esse processo, uma vez que, sendo portadores de uma identidade própria, podem ter forçado novas negociações e a reformulação de algumas das práticas locais. Dessa forma, consideramos como possível que, na constituição das vivências cotidianas, os usuários dessas fortificações romperam com as normas militares ai estabelecidas, se envolvendo em uma série de negociações baseadas em referenciais próprios.

Notas para uma narrativa reversa das fortificações catarinenses

Neste capítulo, procuramos discutir duas dimensões relacionadas à paisagem das fortificações catarinenses: sua exterioridade e sua vida interior. Para isso, nos baseamos em dois casos: o Forte de Ratones e o Forte de Laguna. Na primeira parte da nossa discussão, argumentamos que essas fortificações tiveram uma função simbólica importante, sendo capazes de repelir com eficiência e durante muito tempo os inimigos de Portugal. Em muitos sentidos, as fortificações catarinenses serviram como instrumento para o exercício do poder, permitindo a Portugal a manutenção estratégica dos seus territórios meridionais.

Na segunda parte deste texto, procuramos demonstrar que os espaços e edificações existentes no interior das fortificações catarinenses foram organizados a partir de uma série de esquemas voltados à regulação do uso do espaço, ao estabelecimento de hierarquias e a medidas disciplinares,

sempre regidos por uma lógica militar. Argumentamos a seguir que, a despeito dessa intenção, é possível que esses espaços tenham sido apropriados pela população local, a partir dos seus próprios referenciais. Esse quadro é interessante porque revela um desfecho imprevisto para o jogo entre o poder estabelecido e as práticas das pessoas comuns. Embora o exercício do poder aspire influenciar e muitas vezes determinar certas práticas sociais, parece que em Santa Catarina houve um processo de subversão dessa ordem, o que aconteceu em função de um conjunto de circunstâncias e ingerências tanto por parte da Coroa portuguesa quanto por parte da população local. Conforme já assinalado por outros pesquisadores, as condições estruturais informam, mas não necessariamente determinam como as identidades coloniais são materializadas e negociadas. Isso acontece porque a interseção entre os sistemas coloniais e os contextos locais será sempre historicamente contingente (VOSS, 2008:288).

As possibilidades que se abrem com a interpretação arqueológica das fortificações setecentistas de Santa Catarina mostram-se promissoras, podendo contribuir de forma efetiva para uma releitura dessa parte da história catarinense que, a despeito dos esforços feitos até aqui, parece ainda aprisionada em narrativas que acentuam os aspectos mais negativos da sua trajetória. Entre esses aspectos está a ineficiência funcional das fortificações, bem como o episódio da invasão espanhola, que parece ter um peso exageradamente opressivo nas narrativas tradicionais. Essas mesmas narrativas também vitimizam os contingentes que serviram nessas fortificações, retratando-os unicamente como pobres, desarticulados, inaptos e completamente desassistidos por aqueles que governavam a colônia.

Se confrontados com as evidências materiais e documentais associadas a essas fortificações, muitos desses argumentos não se sustentam. É possível se considerar, por exemplo, que essas fortificações tinham uma capacidade defensiva que se coloca muito além dos seus aspectos puramente funcionais, conforme procuramos demonstrar neste capítulo. As evidências sugerem também que os contingentes dessas fortificações tiveram uma participação ativa no seu dia-a-dia, a despeito das limitações que lhes eram impostas. Essas pessoas, muito possivelmente, engendraram seus próprios referencias no cotidiano dessas fortificações e se envolveram em negociações sociais que, aparentemente, foram bastante ricas e diversificadas. Sabe-se que as narrativas tradicionais tendem a invisibilizar agentes sociais anônimos. Nesse sentido, a Arqueologia pode desempenhar um papel importante. Por meio do exame da cultura material de uso cotidiano, está em condições de recuperar histórias

esquecidas e tornar visíveis universos multiculturais. Embora essa história ainda necessite ser melhor explorada, mostra-se bastante promissora.

Ao escrever sobre a construção de narrativas reversas, Paul Shackel (2013:9) argumentou que uma história não vai estar completa se não contar com uma certa diversidade de perspectivas. Acreditamos que a construção de narrativas alternativas sobre as fortificações catarinenses – referenciais tangíveis da história colonial no Brasil – pode, seguramente, contribuir para uma maior diversidade na sua interpretação, bem como das pessoas que lá viveram. Em um sentido mais amplo, estudos dessa ordem podem contribuir também com o entendimento acerca das fortificações portuguesas em diferentes contextos no mundo atlântico. Abordagens revigoradas acerca dessas fortificações vêm sendo realizados também em Portugal (PORTOCARRERO, 2011). Tais releituras representam possibilidades também interessantes para a análise e interpretação desse conjunto de evidências materiais.

Referências citadas

BACHELARD, G. **The poetics of space**. Boston: Beacon Press, 1969.

BARRETO, A. **Fortificações do Brasil**. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército, 1958.

BEAUDRY, M. C. **Documentary archaeology in the New World**. Cambridge England ; New York: Cambridge University Press, 1988.

BINNEMA, T. How Does a Map Mean? Old Swan's Map of 180 I and the Blackfoot World. In: T. Binnema; G. J. Jens; R. C. MacLeod (Eds.); **From Rupert's land to Canada**. p.201–224, 2001. Alberta, Canada: University of Alberta Press.

BOITEUX, H. **A republica catarinense**. Rio de Janeiro: Imprensa Naval, 1927.

BOITEUX, L. A. **As Fortificações de Santa Catarina**. Rio de Janeiro: Jornal do Comércio, 1957.

BOURDIEU, P. **Practical reason : on the theory of action**. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1998.

BRANTON, N. Landscape approaches in Historical Archaeology: the archaeology of places. In: T. Majewski; D. Gaimster (Eds.); **International Handbook of Historical Archaeology**. p.51–65, 2009. new York: Springer.

BRITO, P. J. M. DE. **Memoria politica sobre a capitania de Santa Catharina, escripta no Rio de Janeiro em o anno de 1816**. Lisboa: Typ. da Academia Real das Sciencias, 1829.

CABRAL, O. R. **As Defesas da Ilha de Santa Catarina no Brasil Colônia**. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1972.

CAMARGO, P. F. B. DE. Os canhões de Cananéia: uma abordagem de arqueologia marítima das fortificações costeiras do centro-sul brasileiro construídas na transição da colônia para o império (1808-1856). In: J. T. Lino; P. P. A. Funari (Eds.); **Arqueologia da guerra e do conflito**. p.77–95, 2013. Erechim: Habilis.

CERTEAU, M. DE. **The practice of everyday life**. Berkeley: University of California Press, 1988.

COONEY, G. Introduction: seeing land from the sea. **World Archaeology**, v. 35, n. 3, p. 323–328, 2004.

DAWDY, S. L. Understanding Cultural Change Through the VernacuIar: Creolization in Louisiana. **Historical Archaeology**, v. 34, n. 3, p. 107–123, 2000.

DEAGAN, K. Colonial transformation: Euro-American cultural genesis in the early Spanish-American colonies. Journal of Field Archaeology, v. 52, n. 2, p. 135–160, 1996.

DEAGAN, K. A.; KOCH, J. K. **Spanish St. Augustine : the archaeology of a colonial Creole community**. New York: Academic Press, 1983.

EPPERSON, T. Panoptic plantations: the garden sights of Thomas Jefferson and George Mason. In: J. A. Delle; R. Paynter; S. A. Mrozowski (Eds.); **Lines that divide: historical archaeologies of race, class and gender**. p.58–77, 2000. Knoxville: University of Tennessee Press.

FORD, B. L. **Lake Ontario maritime cultural landscapeDepartment of Anthropolog**y, 2009. Ryan: Texas A&M University.

FORD, B. L. Introduction. In: B. Ford (Ed.); **The archaeology of maritime landscapes**. p.1–9, 2011. Indiana: Springer.

FORTES, M. DE A. **Tratado do modo o mais facil, e o mais exacto de fazer as cartas geograficas, assim da terra, como do mar, e tirar as plantas das´praças, cidades, e edificios com instrumentos, e**

sem instrumentos, para servir de instruccam a fabrica das cartas geograficas. Lisboa: Officina de Pascoal da Sylva, 1722.

FORTES, M. DE A. **O engenheiro portuguez**. Lisboa: Officina de Manoel fernandes da Costa, 1729.

FOSSARI, T. D. A pesquisa arqueológica do sítio histórico São José da Ponta Grossa. **Anais do Museu de Antropologia da UFSC**, v. 19, p. 5–103, 1992.

FOUCAULT, M. **Vigiar e punir**. 38a edição ed. Petrópolis: Vozes, 2010.

GALLOWAY, P. Material culture and text: exploring the spaces within and between. In: M. Hall; S. W. Silliman (Eds.); **Historical Archaeology**. p.42–64, 2006. Malden: Blackwell.

HARO, M. A. P. DE. **Ilha de Santa Catarina: relatos de viajantes estrangeiros nos séculos XVIII e XIX**. 3a edição ed. Florianópolis: Editora da UFSC / Editora Lunardelli, 1990.

HARRIS, D.; RUGGLES, D. F. Landscape and vision. In: D. Harris; D. F. Ruggles (Eds.); **Sites unseen**. p.5–32, 2007. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press.

HOLANDA, S. B. DE. **Caminhos e Fronteiras**. São Paulo: Companhia das Letras, 1994.

HÜBENER, L. M. **O comércio da cidade do Desterro no século XIX**. Florianópolis: Editora da UFSC, 1981.

INGOLD, T. **The perception of the environment : essays on livelihood, dwelling & skill**. London ; New York: Routledge, 2000.

JANUÁRIO, J. B. A história das fortalezas catarinenses no século XIX. **Revista Ágora**, v. 17, p. 32–48, 2013.

LEONE, M. P. Interpreting ideology in Historical Archaeology: Using rules of perspective in the William Paca Garden in Annapolis, Maryland. In: D. Miller; C. Tilley (Eds.); **Ideology, power and prehistory**. p.25–35, 1984. Cambridge: Cambridge University Press.

LITTLE, B. J. People with History: An Update on Historical Archaeology in the United States. **Journal of Archaeological Method and Theory**, v. 1, n. 1, p. 5–40, 1994.

LUCCOCK, J. **Notas sobre o Rio de Janeiro e partes meridionais do Brasil, tomadas durante uma estada de dez anos nesse país, de 1808 a 1818**. São Paulo: Livraria Martins, 1942.

LUZ, A. A. DA. **Santa Catarina, quatro séculos de história : XVI ao XIX**. Florianópolis: Editora Insular, 2000.

MATTEWS, C. N. Emancipation Landscapes: Archaeologies of Racial Modernity and the Public Sphere in Early New York. In: M. P. Leone; J. Schablitsky (Eds.); **Historical Archaeology and The Importance of Material Things II**. p.26–46, 2011. Society for Historical Archaeology.

MCGUIRE, R. H. Edificando el poder en la paisage cultural del condado de Broome, Nueva York (1880-1940). **Vestígios. Revista Latino-Americana de Arqueologia Histórica**, v. 2, n. 2, p. 59–76, 2008.

MENDONÇA JUNIOR, N. P. **O arsenal de marinha da corte: a inserção de um estaleiro na paisagem do Rio de JaneiroMuseu Nacional, Setor de Arqueologia**, 2012. Rio de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro.

MROZOWSKI, S. A. Landscapes of inequality. In: R. H. McGuire; R. Paynter (Eds.); **The archaeology of inequality**. p.79–101, 1991. Oxford: Blackwell.

PIAZZA, W. F. **O brigadeiro José da Silva Paes: estruturador do Brasil meridional**. Florianópolis: Editora da FURG, 1988.

PIMENTEL, L. S. **Methodo lusitanico de desenhar as fortificaçoens das praças regulares, irregulares, fortes de campanha, e outras obras pertencentes a architectura militar distribuido em duas partes operativa, e qualificativa**. Lisboa: Impressão de Antonio Craesbeeck de Mello, 1680.

PORTOCARRERO, G. Coastal defence systems in Arrábida, Portugal, during the early modern era: power and landscape. **Post-Medieval Archaeology**, v. 45, n. 2, p. 291–306, 2011.

RAMBELLI, G. **Arqueologia Subaquática do Baixo Vale do Ribeira**, SPMuseu de Arqueologia e Etnologia, 2003. São Paulo: Universidade de São Paulo.

RUBERTONE, P. Landscape as artifacts. Comments on the archaeological use of landscape treatment in social, economic e ideological analysis. **Historical Archaeology**, v. 23, n. 1, p. 50–54, 1989.

RUGGLES, D. F. **Gardens, landscape, and vision in the palaces of Islamic Spain**. University Park, Pa.: Pennsylvania State University Press, 2000.

SALOMON, M. **O saber do espaço: ensaio sobre a geografização do espaço em Santa Catarina no século XIX**. Departamento de História, 2002. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina.

SEASHOLES, N. S. On the use of historical maps. In: M. C. Beaudry (Ed.); **Documentary archaeology in the New World**. p.92–118, 1988. Cambridge: Cambridge University Press.

SENATORE, M. X. Discursos Iluministas e Ordem Social: Representações Materiais na Colônia Espanhola de Floridablanca em San Julían (Patagônia, século XVIII). In: A. Zarankin; M. X. Senatore (Eds.); **Arqueologia da Sociedade Moderna na América do Sul: Cultura Material, Discursos e Práticas**. p.87–106, 2002. Buenos Aires: Ediciones Del Tridente.

SHACKEL, P. A. Changing the past for the present and for the future. Historical Archaeology, v. 47, n. 3, p. 1–11, 2013.

SHACKEL, P. A.; LITTLE, B. J. Post-Processual Approaches to Meanings and Uses of Material Culture in Historical Archaeology. **Historical Archaeology**, v. 26, p. 5–11, 1992.

SILVA, A. DA. **A Ilha de Santa Catarina e sua terra firme: estudo sobre o governo de uma capitania subalterna (1738-1807)**. Departamento de História, 2008. São Paulo: Universidade de São Paulo.

SMITH, A. Mapped landscapes: the politics of metaphor, knowledge, and representation on nineteenthy-century Irish ordinance survey maps. **Historical Archaeology**, v. 41, n. 1, p. 81–91, 2007a.

SMITH, A. Spatial Stories: Mapping the Social Relations of Power on 19th Century Ordnance Survey Maps of Ireland. (R. Reynolds & P. Laviolette, Eds.)**ASA Conference**, 2007b. London Metropolitan University: ASA. Disponível em: <http://www.nomadit.co.uk/asa/asa07/panels.php5?PanelID=186>.

SOARES, F. C. Revisão das pesquisas arqueológicas das fortificações catarinenses do litoral e novas perspectivas para a análise da cultura material. **Tempos Acadêmicos. Dossiê Arqueologia Histórica**, v. 10, p. 88–100, 2012.

SOUZA, A. F. DE. Fortificações do Brasil. **Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro**, v. 48, p. 5–140, 1885.

SOUZA, M. A. T. DE. Arqueologia da paisagem e sítios militares: estudo de um forte colonial em Laguna- Santa catarina, Brasil. **Historical Archaeology in Latin America**, v. 6, p. 113–122, 1994.

SOUZA, M. A. T. DE. **Ouro Fino. Arqueologia histórica de um arraial de mineração do século XVIII em Goiás**. Departamento de História, 2000. Goiânia: Universidade Federal de Goiás.

SOUZA, M. A. T. DE. Entre práticas e discursos: a construção social do espaço no contexto de Goiás do século XVIII. In: A. Zarankin; M. X. Senatore (Eds.); **Arqueologia da sociedade moderna na América do Sul. Cultura material, discursos e práticas**. p.63–85, 2002. Buenos Aires: Ediciones Del Tridente.

SOUZA, M. A. T. DE. Uma outra escravidão: a paisagem social no Engenho de São Joaquim. **Vestígios. Revista Latino-Americana de Arqueologia Histórica**, v. 1, n. 1, p. 59–92, 2007.

SOUZA, S. R. S. DE. **As fortificações catarinenses: notas para uma revisão histórica**. Florianópolis: Editora da UFSC, 1991.

SPENCER-WOOD, S. M. A survey of domestic reform movement sites in Boston and Cambridge. **Historical Archaeology**, v. 21, n. 2, p. 7–36, 1987.

THOMAS, J. **Time, culture and identity : an interpretative archaeology**. London ; New York: Routledge, 1996.

THROWER, N. J. W. **Maps and civilization: cartography in culture and society**. 2a edição ed. Chicago: The University of Chicago Press, 1996.

TILLEY, C. Y. **A phenomenology of landscape : places, paths, and monuments**. Oxford, UK ; Providence, R.I.: Berg, 1994.

TILLEY, C. Y.; BENNETT, W. The materiality of stone. **Explorations in landscape phenomenology 1**, 2004. Oxford ; New York: Berg. Disponível em: <http://www.myilibrary.com?id=33951>.

TOLOZANO, A. DE V. **O governador de praças**. Lisboa: Officina de Antonio Pedrozo Galram, 1708.

TONERA, R. Fortalezas Multimidia. ,2001. Florianópolis: Editora da UFSC.

TONERA, R. O Sistema Defensivo da Ilha de Santa Catarina – Brasil: Criação, Abandono e Recuperação. **1er Seminario Regional de Ciudades Fortificadas**, 2005. Montevideo, Urugai. Disponível em: <http://www.fortalezas.ufsc.br/6seminario/index.php>.

TONERA, R. Fortalezas de Santa Cruz, Santo Antônio e São José – patrimônio mantido pela UFSC. **VI Seminário Regional de Cidades Fortificadas e Primeiro Encontro Técnico de Gestores de Fortificações**, 2010. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina.

VEIGA, E. V. DA. **As fortificações catarinenses no Brasil Colonial: introdução ao seu estudo**. Florianópolis: Imprensa Universitária, 1988.

VELLOZO, D. S. **Arquitetura militar ou fortificação moderna**. Salvador: EDUFBA, 2005.

VOSS, B. L. **The archaeology of ethnogenesis : race and sexuality in colonial San Francisco**. Berkeley: University of California Press, 2008.

WILKIE, L. A. Documentary Archaeology. In: M. C. Beaudry; D. Hicks (Eds.); **The Cambridge Companion to Historical Archaeology**. p.13–33, 2006. Cambridge: Cambridge University Press.

ZARANKIN, A. **Paredes que Domesticam: Arqueologia da Arquitetura Escolar Capitalista**. São Paulo: Universidade Estadual de Campinas, 2002.

Os sistemas defensivos do Império Marítimo Português e a cidade fortificada da Ribeira Grande de Santiago, Cabo Verde

José Silva Évora

Jaisson Teixeira Lino

O presente texto tem por objetivo realizar algumas reflexões sobre os sistemas defensivos relacionados com a expansão marítima portuguesa. Para tal, dividiu-se este trabalho em duas partes: em um primeiro momento, realiza-se uma breve análise sobre as pesquisas arqueológicas em sítios militares do período para, em seguida, apresentar-se um estudo de caso sobre a cidade fortificada da Ribeira Grande de Santiago, situada em Cabo Verde na África Ocidental.

De 1570 a 1670, o Atlântico constituiu um oceano economicamente importante pelo comércio dos escravos e do açúcar e, consequentemente, um centro de disputas e de rivalidade marítimas. Pela sua localização geográfica, as Ilhas de Cabo Verde, constituíram um entreposto natural para as relações entre a Europa, a África e as Américas, e foi precisamente esse fator que as tornou um centro de cobiça para diversos povos.

A partir de 1585, os saques à Ribeira Grande de Santiago, então capital das ilhas, os ataques de corsários em pleno mar, a incursão de estrangeiros, se tronou frequente na vida desta urbe.

Neste contexto, foi criado um sistema defensivo, consubstanciado na construção de várias fortalezas, sendo a mais emblemática a Real Fortaleza

de S. Filipe que, juntamente com as outras, fez da Ribeira Grande uma autêntica cidade fortificada.

Pretende-se, com este texto, uma viagem para a Ribeira Grande do século XVI, e apresentar algumas notas relativas ao principal sistema defensivo desta Cidade histórica, Patrimônio Mundial da Humanidade desde 2009.

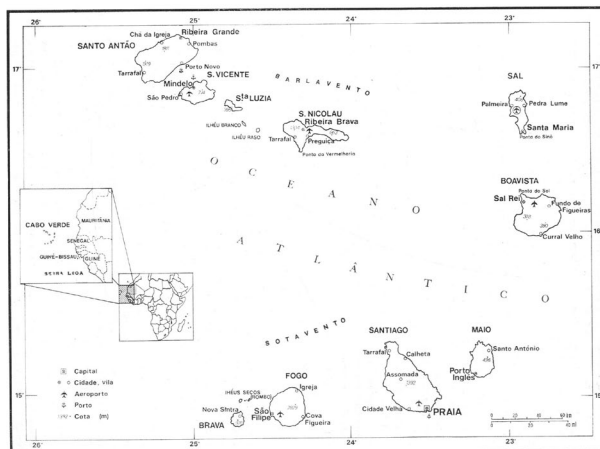



Figura 1 – O Arquipélago de Cabo Verde.
Fonte: Amaral (1991).

Arqueologia dos sistemas defensivos do Império Marítimo Português

A partir do século XV Portugal se lançou de modo pioneiro na exploração mercantil de partes do mundo fora da Europa, por meio da organização de expedições marítimas resultantes do desenvolvimento das técnicas de navegação deste país, a época muito a frente das demais potencias da Europa Ocidental. Juntamente com este processo com fins essencialmente de exploração econômica, transladaram-se para diversas partes dos continentes americano, asiático e africano uma série de aspectos socioculturais portugueses que, adaptado-se as condições e características locais, criaram-se formas sincréticas que refletiram na cultura material do período moderno.

Para que houvesse a efetiva conquista de novos territórios com fins de exploração econômica, necessitou-se desenvolver todo um aparato militar, garantindo tanto a posse sobre as populações nativas, bem como a proteção dos lugares conquistados contra as pretensões de expedições de outras nações,

de dentro (ingleses, espanhóis, holandeses, franceses) ou de fora da Europa (mongóis, árabes, etc.). Dentre os sistemas defensivos para assegurar pela força a posse e criação de colônias, destacam-se as fortalezas, obras arquitetônicas que em muitos casos ultrapassaram os reveses do tempo e chegaram aos dias atuais, sendo consideradas no mais das vezes símbolos materiais da expansão marítima portuguesa de maior expressão e significação.

Devido ao relativo grau de preservação de muitas destas obras arquitetônicas, associadas com a monumentalidade e a simbologia colonial a elas associadas, desde muito tempo arqueólogos vem se interessando por pesquisas nas fortalezas de origem portuguesa, desenvolvendo-se atividades de escavações, ou mesmo realizando-se leituras arqueológicas das estruturas em si e do entorno paisagístico. Assim, tem-se uma série de estudos que privilegiam o estudo dos artefatos, como projéteis, armas, materiais construtivos, louças, cerâmicas, vidro, dentre outros objetos comumente encontrados. Quando a fortificação em si é tratada como um objeto arqueológico, destacam-se os estudos sobre as mesmas serem símbolos de poder e transmissora de significados não-verbais (CRUXEN, 2011; PRATA, 2011; ZARANKIN, 2002) ou ainda privilegiando-se aspectos locacionais, de assentamento e de transformações no espaço, com foco na arqueologia da paisagem.

Também destacam-se as intervenções de restauro e preservação e trabalhos de acompanhamentos arqueológicos, visto que muitas fortalezas foram sendo tombadas a nível mundial pela UNESCO, ou mesmo recebendo medidas legais de proteção por parte do poder público local. Embora muitas pesquisas na fase inicial de exploração arqueológica das fortalezas tenham se dado com enfoques teóricos conservadores e factuais, com o passar do tempo e o surgimento de enfoques diversos na arqueologia, observou-se um alargamento dos modelos interpretativos e juntamente viram-se surgir análises críticas sobre temas do colonialismo europeu e seus reflexos na cultura material. Para o caso do Brasil, as fortalezas foram objeto de valorização patrimonial e a consequente exploração turística desde pelo menos o período do primeiro governo de Getúlio Vargas (1930-1945), sendo estes sítios objeto de políticas oficiais de preservação de bens culturais ligados à construção de um passado colonial e o consequente conceito de nação brasileira forjado pelas elites, cujos reflexos na cultura material podem ser observados na preferência pela preservação do patrimônio material de palácios, igrejas e fortalezas: "Essas escolhas foram feitas devido a seus vínculos com a história oficial da nação. Enquanto a arquitetura foi elevada à condição de marca nacional capaz de promover a imagem de solidez do Estado brasileiro, os bens

culturais não pertencentes às elites acabaram relegados ao esquecimento". (FUNARI e PELEGRINI, 2006, p. 46). No entanto, com os avanços teóricos mencionados, pode-se submeter as fortalezas à análises arqueológicas que privilegiem aspectos críticos de poder, de cotidiano, de espaços singulares de sociabilidades e resistências.

O surgimento das fortalezas como sistema defensivo com suas especificidades, coincide com o momento histórico da expansão colonial portuguesa. As fortalezas surgem a partir do surgimento da pirobalística em meados do século XIV, isto é, o desenvolvimento de armas criadas a partir da utilização da pólvora para fins militares. Anteriormente, os castelos eram os símbolos máximos de defesa e demonstração de poder político, enquanto os armamentos eram baseados na neurobalística, isto é, armas que utilizam munições lançadas por arremesso mecânico, sem auxílios de explosão proporcionados pela pólvora. Assim, os castelos foram sendo paulatinamente substituídos por estruturas que pudessem resistir aos ataques de armas com tecnologia inovadoras, surgindo-se juntamente uma série de inovações arquitetônicas em resposta aos novos armamentos, destacando-se o surgimento do baluarte, facilitando duplamente tanto a proteção do lugar, bem como a resposta aos ataques (PRATA, 2011, p. 6-7). Contudo, observa-se que em muitos lugares as fortificações eram construídas considerando as especificidades locais dos atacantes, como aconteceu em muitos casos no Brasil, onde necessitava-se defender-se de índios (neurobalística) e de europeus, como franceses e holandeses (pirobalística). (CRUXEN, 2011, p. 11).

Segundo Cruxen (2011), as fortificações que foram sendo erguidas para a defesa das feitorias portuguesas eram caracterizadas arquitetonicamente como de "transição", já que haviam muitos elementos típicos de castelos medievais da região ibérica, denotando uma lenta e gradual transformação dos sistemas defensivos, sendo que os primeiros que foram sendo instalados nos séculos XV e XVI mais tinham conexão com a arquitetura militar dos castelos, do que propriamente com fortalezas.

Na literatura especializada, bem como nos documentos coloniais, estas estruturas defensivas eram nomeadas como fortalezas, fortes ou fortificações. A pesquisadora Maria Catharina Reis Queiroz Prata define assim estas estruturas arquitetônicas:

> *Entendemos que a fortificação pode ser descrita como uma estrutura arquitetônica construída com fins militares para defesa de um lugar, podendo ser dividida em duas categorias permanentes ou provisórias. As estruturas permanentes são erguidas com materiais duráveis, tais como pedra e cal, por exemplo, normalmente*

> *construídas pelo Estado por meio de um projeto concebido como tal; ao contrário das provisórias, edificadas no decurso de um combate, empregando materiais próprios da região [madeira ou terra] (PRATA, 2011, p. 7-8).*

Como se vê, havia-se a grosso modo dois tipos de fortificações, divididas de acordo com o material construtivo empregado e influenciadas pelas contingências e a emergência dos conflitos. Para a arqueologia, existem muito mais dificuldades de localização de vestígios materiais das fortificações provisórias, haja vista a ausência de estruturas mais resistentes às vicissitudes do tempo, e a efemeridade de permanência de pessoas nestes lugares, resultando em baixo índice de descarte de objetos.

Embora se tenham desenvolvido mundo afora intervenções arqueológicas e patrimoniais em diversas fortificações portuguesas, devido à imensa quantidade de estruturas construídas no bojo da expansão marítima desta nação em muitas regiões do mundo, pode-se afirmar que ainda há muitos locais aguardando a investigação arqueológica. Esta conclusão pode ser confirmada no estudo de Mendiratta (2012), cuja tese de doutorado elenca um sem número de sistemas defensivos, permanentes ou temporários, criados no contexto da fundação e manutenção da chamada Província do Norte do Estado português da Índia (sécs. XVI-XVIII), localizada no atual território da Índia.

A título de ilustração, descrevem-se sumariamente alguns estudos arqueológicos sobre fortificações do império ultramarino português:

a) *Sistemas defensivos da cidade de Ormuz, Marrocos* (TEIXEIRA, LOPES, CORREIA e ZARRA, 2010): Pesquisa interdisciplinar que conjuga informações da história, da arquitetura e da arqueologia, contribuindo para a análise dos aspectos defensivos do período de ocupação portuguesa da cidade Marroquina de Ormuz, entre os anos de 1513 e 1542. Escavações arqueológicas foram realizadas visando identificar algumas estruturas das fortificações.

b) *Fortaleza de Quiloa, Tanzânia* (LIZARDO, 2005): Interessante estudo que refuta a identificação de uma fortificação na África oriental como de construção portuguesa, a partir da análise de pesquisas arqueológicas realizadas na década de 1960 por Neville Chittick. Submetendo os resultados da arqueologia ao crivo crítico, Lizardo conclui que houve grande erro em identificar uma fortaleza na Ilha de Quiloa (ex-Zanzibar, atual Tanzânia) como uma construção portuguesa, observando que os vestígios de tal fortificação que consta nos documentos escritos deve ser procurada em outro lugar.

c) *Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição, Brasil* (ROSSI, 2008): pesquisa centrada na análise artefatual da cerâmica de oleiro encontrada neste fortificação localizada na Ilha de Santa Catarina, construída em 1742. O estudo contribui com informações sobre o cotidiano e os hábitos culturais dos habitantes do local, refletidos nos objetos cerâmicos.

d) *Fortificações de Ceuta, Espanha* (PAREDES, RUIZ e PADILLA, 2008): estudo sobre as fortificações do período português de ocupação desta que foi a primeira região a ser ocupada pelos portugueses no inicio do processo de expansão marítima, localizada na costa africana de Gibraltar, sendo ocupada por Portugal entre 1415 e 1668, quando passou a ser de posse espanhola. Os autores realizaram identificações e leituras arqueológicas sobre as muralhas e outras estruturas da arquitetura militar do período, concluindo que *"tenemos pues ante nosotros un extraordinario ejemplo de la transformación de una fortaleza medieval em una renacentista o abaluartada permitiendo através de las excavaciones llevadas a cabo esbozar nuevas hipótesis sobre el modo concreto en que dicha transformación se produjo"* (ob. cit, p. 17).

e) *Fortificações no litoral sul fluminense, Brasil* (OLIVEIRA e FERREIRA, 2013): neste trabalho encontra-se o estudo de fortificações que visavam proteger o litoral sul fluminense a partir do século XVIII, caracterizadas em sua maioria por pequenos fortins, cuja eficiência bélica é colocada em questão. Analisando-se os vestígios materiais destes sítios militares, os autores os problematizam no viés do poder, uma vez que tais estruturas serviam efetivamente como elementos demarcatórios, além de locais estratégicos de vigilância e visualização da costa.

f) *Fortificações do litoral paulista, Brasil* (CAMARGO, 2013): descreve-se o sistema de fortificações do litoral paulista a partir do estudo epígrafico e arqueométrico dos canhões remanescentes, inserindo importantes discussões como a análise crítica dos conceitos de maritimidade e culturas marítimas, além de analisar o sistema de assentamento das fortificações, que muitas vezes objetivavam servir como "embarcações de terra firme", de acordo com seu ponto de instalação.

g) *Fortificações no Paraná, Brasil* (PARELLADA, 2013): apresenta o estado da arte dos estudos arqueológicos sobre fortificações neste Estado do sul do Brasil, não limitando-se somente ao litoral, mas também apresentando dados sobre sítios militares do interior desde o período inicial colonial, ainda no século XVI, em um contexto de disputas ibéricas pelo território.

h) *Fortalezas da Ilha de Santa Catarina, Brasil* (SOARES, 2013): trata-se de síntese das pesquisas arqueológicas realizadas até o momento sobre as fortificações da Ilha de Santa Catarina, com dados sobre materiais encontrados, intervenções realizadas, equipes envolvidas, resultados alcançados, dentre outras características. Deste modo, mostra o potencial que os estudos sobre cultura material da guerra e dos conflitos pode oferecer para este conjunto de sítios especificamente.

Uma rápida análise permite observar que embora existam centenas de estudos sobre fortificações portuguesas, as mesmas se concentram mais em abordagens da história e da arquitetura. Assinala-se também o fato de que maior atenção se tem dado à sítios do litoral, devido a numerosa presença dos fortes na defesa do território de invasores que ocupavam o território via mar e o fato de que os sistemas defensivos do interior muitas vezes eram construídos com materiais perecíveis. Contudo, Castro (2007) alerta para a pouca atenção dedicada às pesquisas em fortificações portuguesas do interior, concluindo que a arqueologia com seus métodos e técnicas específicas pode ser fundamental para a localização e estudos dos sistemas defensivos do interior brasileiro.

A seguir, apresenta-se uma abordagem arqueológica para uma fortificação portuguesa em particular, situada em Cabo Verde, na África Ocidental, mostrando em pormenor e a partir de um estudo de caso, as contribuições que as pesquisas arqueológicas fornecem para o entendimento da arquitetura militar do período em questão.

A história de Cabo Verde e a Cidade Fortificada da Ribeira Grande de Santiago.

O arquipélago de Cabo Verde é constituído por dez ilhas e oito ilhéus, formando dois grupos, o de Barlavento e o de Sotavento, designados em função da posição que ocupam em relação ao vento dominante, os alísios de nordeste. As ilhas estão enquadradas na zona do Atlântico Norte entre as latitudes 17º 13` e 14º 48`N e as longitudes 22º 42`e 25º 22`W, com a área total de 4043 km2 e à distância mínima de 455 Km da costa do Senegal. São de origem vulcânica, fazendo parte do conjunto das ilhas da mesma origem do Atlântico Norte designado por Macaronésia e de que fazem parte também os arquipélagos dos Açores, Madeira e Canárias.

As ilhas mais antigas localizam-se no leste. São as do Sal, Boavista e Maio, ilhas rasas ou de relevo pouco acentuado, resultante da ação erosiva.

As outras, são relativamente mais recentes e nelas, portanto, a ação erosiva exerce-se há menos tempo, do que resulta que sejam ainda muito acidentadas e possuam maior diferenciação climática com a existência de inúmeros microclimas. O relevo é, portanto, o principal fator que condiciona o clima do arquipélago, dentro das condições meteorológicas normais da região do globo onde se localiza.

O Arquipélago foi "descoberto" no século XV, altura em que a Europa, com Portugal na linha da frente, lançou-se na aventura expansionista, dominando mares e conquistando povos, abrangendo um complexo histórico-geográfico que se estendeu desde o Norte de África até ao litoral da África Ocidental, passando pelas ilhas do Atlântico, designadamente as de Cabo Verde.

Segundo documentos da época, ao serem descobertas, não eram povoadas de seres humanos. É o que podemos depreender partindo da análise da narrativa de Diogo Gomes, quando em referência ao descobrimento da ilha de Santiago, afirma não ter visto ali *"nenhum indício de homem"*. Portanto, foi necessário transplantar tudo de outras paragens, nomeadamente, da Metrópole, desde pessoas, instituições e demais recursos indispensáveis à organização do novo espaço então descoberto. Sobre a importância das ilhas atlânticas neste empreendimento, Raquel Soeiro de Brito fez a seguinte menção:

> *As ilhas do atlântico desempenharam, devido à sua posição, um papel de primeira importância por ocasião dos descobrimentos portugueses, e, para tal, três factores foram determinantes: Terem sido escalas obrigatórias nas rotas do Atlântico;Terem servido de laboratório de ensaio e de adaptação de homens, animais e plantas;O Tratado de Tordesilhas (1494) ter acordado aos portugueses a sua posse, à excepção das Canárias (BRITO, 1997, p. 22).*

Apenas um século após as primeiras viagens atlânticas, diz-nos aquela investigadora:

> *Todo o oceano era familiar aos marinheiros europeus que, seguindo os portugueses e espanhóis, haviam explorado todo o espaço marítimo e as suas costas. (...) Uma longa evolução ocorreu desde o século XV, quando as Ilhas entram para o mundo conhecido da época. Desde então, a sua posição tem tido papel de relevo na ligação entre os continentes (...). [É assim que] " o Atlântico constitui, enquanto sistema sócio-económico, um campo estruturado de relações, quando os povos das suas várias margens estabelecem contactos seguros e estáveis, abrindo assim caminho à formação de redes de interdependências (CORREIA E SILVA, 1990, p. 4).*

No processo de formação daquele que viria a ser o povo Cabo-verdiano, a ilha de Santiago, a maior do arquipélago e primeira a ser povoada, joga um papel fundamental, pois é onde se situa a localidade da Ribeira Grande, o berço da nação cabo-verdiana, a primeira cidade construída pelos europeus nos trópicos, a primeira capital de Cabo Verde, Patrimônio Mundial da Humanidade desde 2009[1].

O seu porto constituiu um dos factores de grande relevância na atração e na fixação da população, com efeitos marcantes. Aí se fazia a ligação com o Mundo, aí se acostavam os navios e se permutavam as mercadorias, aí se instalaram, enfim, os homens de negócio que deslocaram para esse burgo toda a animação da vida municipal. Este movimento tornou-se notório a partir do século XVI, altura em que começaram a surgir referências a navios vindos da costa africana, envolvidos no tráfico negreiro.

Desde os primórdios das descobertas marítimas, as dinâmicas insulares unindo ambas as margens do Atlântico, transformaram Ribeira Grande de Santigo num nódulo de concentração e dispersão de gentes e armadas. A força de atração dessas ilhas, particularmente a de Santiago, unida a um posicionamento estratégico privilegiado, convertera os mares desta zona do Atlântico e as suas zonas costeiras em encruzilhada de vários e diversos caminhos marítimos, percorridos por diferentes bandeiras.

Com a descoberta das Américas, os primeiros negros saem da Ribeira Grande para o Brasil e as Caraíbas, sempre como mão-de-obra escrava para as grandes plantações agrícolas.

Se da Costa Africana importaram-se produtos, como o feijão africano e o milho, para a alimentação dos escravos, das Américas, vieram novas plantas como a mandioca, e árvores frutíferas, experimentadas na Ribeira Grande de Santiago. Assim, da combinação desses produtos transatlânticos, nasceu em Cabo Verde uma nova culinária no mundo.

Ribeira Grande, tornou-se, assim, o primeiro espaço de "diasporização" Atlântica do homem negro, ao mesmo tempo que um laboratório de experimentação de novas espécies, de relações sociais, de expressões culturais, enfim, um espaço onde uma nova identidade no mundo foi forjada, na

[1] Após ter sido considerado no dia 10 de Junho de 2009, como uma das sete Maravilhas de Origem Portuguesa no Mundo, num controverso concurso de votação pública, organizado em Portugal, no qual participaram outros 27 monumentos edificados por Portugal no mundo, no dia 26 de Junho do mesmo ano, Cidade Velha foi reconhecida, pela sua riqueza histórica, como Patrimônio Mundial da Humanidade pela UNESCO, colocando Cabo Verde no mapa histórico-cultural do mundo e entre os lugares que marcaram para sempre a humanidade.

sequência da interação permanente e entre culturas distintas, dando assim origem ao surgimento do mundo "crioulo".

Foi elevada à categoria de cidade em 1533 sob o nome de Cidade de Santiago de Cabo Verde, altura em que foi criada a Diocese de Cabo Verde e dos Rios da Guiné, tornando-se assim a sede do Bispado, o centro do poder civil e militar das colônias portuguesas da África Ocidental.

Como dito anteriormente, no século XVI atingiu o seu apogeu como de comércio entre Europa, Africa e Américas, particularmente no tráfico negreiro, numa altura em que " ao princípio do mar fechado começou a opor-se o princípio da liberdade dos mares e da livre circulação de todas as nações." (TORRÃO, 1991, p. 319).

Mas a sua posição tornava-o também num ponto de passagem obrigatório de todas as embarcações envolvidas em atividades de corso e da pirataria, transformando-a numa cidade insegura, vulnerável, constantemente vítima de ataques. Situação que impôs, novos conceitos respeitantes aos critérios de defesa militar.

Deste modo, à semelhança de outras possessões portuguesas no Além-Mar, na Ribeira Grande, por imposição da instabilidade então verificada no Atlântico Médio, foram surgindo fortalezas, *"idealmente auto-suficientes, sem o apoio táctico de defesas satélites"* (OCEANOS, 1996, p. 9).

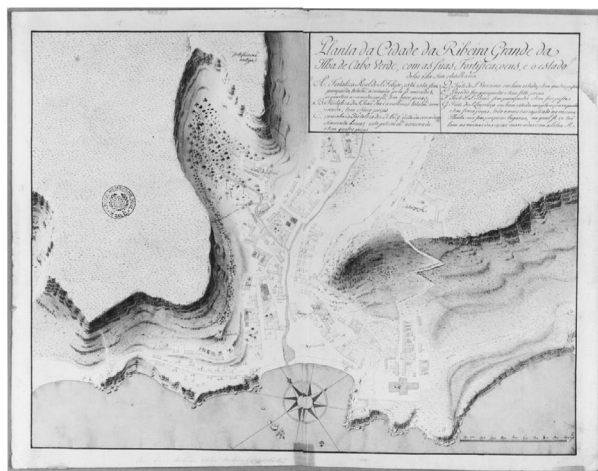



Figura 2 – Antiga Cidade da Ribeira Grande. Desenho de Luís Benavente, 1968.
Acervo Luís Benavente. Fonte: Oceanos (1996, p. 49).

Mais ou menos distantes da *"boca"* do porto, o sistema defensivo idealizado para esta cidade, possuía uma grande originalidade que se relacionava com a forma como vários fortes foram construídos estrategicamente pela cidade.

Entre os séculos XVI e XVII, Ribeira Grande, transformou-se numa cidade fortificada, sendo de se destacar, os Fortes de Santo António e de São Lourenço, mandados construir pelo governador António Salgado (1698-1702) e o Forte de S. Veríssimo, mais próximo do porto, construído pelo Governador Veríssimo da Costa (1687-1688). A par desses, uma série de fortins e de outras obras militares que sustentavam a defesa da Cidade, como o Forte de S. Brás, o Presídio, a Porta do Mar, o Forte de São João dos Cavaleiros e o de Santa Marta. Porém, o mais antigo e mais expressivo de todos foi, sem dúvida, a Fortaleza Real de São Filipe.

Figura 3 – A Fortaleza Real de S. Filipe.
Fonte: Foto de José Silva Évora.

Símbolo da arquitetura militar, a Fortaleza Real de S. Filipe, é um conjunto de pequenos fortes, torres de vigia e muralhas, distribuídos pelos pontos estratégicos da cidade, constituindo o primeiro complexo militar ao Sul do Saara, e que, juntamente com os outros Fortes, fez da Ribeira Grande uma autêntica cidade fortificada.

Na sequência dos ataques e pilhagens por parte dos beligerantes estrangeiros, por ordem do rei Filipe II de Espanha[2], esta Fortaleza foi construída por volta de 1587, num local criteriosamente selecionado, de forma a tirar o maior rendimento possível do alcance da sua artilharia.

Corresponde ao tipo de fortaleza renascentista, porquanto, pelas suas muralhas inclinadas e baluartes abandonam o modelo medieval. A sua muralha possui um perímetro de 474 metros, abrangendo uma superfície

[2] Entre 1580 e 1640, Portugal perdeu a independência e ficou sob a monarquia espanhola. Ficaria conhecido pelo período filipino, na história de Portugal e suas dependências.

com cerca de 6000 m2. Na parte exterior se desenvolve uma estrutura em paralelo à muralha "*representada nos planos da segunda metade do séc. XVIII como ante muro*".[3]

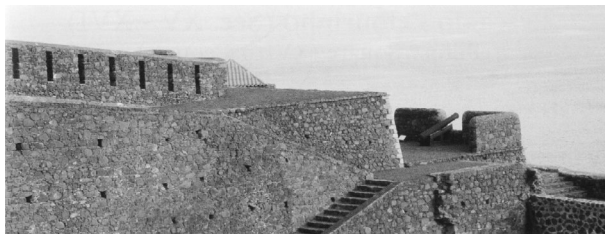



Figura 4 – Fortaleza Real de S. Filipe.
Fonte: Foto de José Silva Évora.

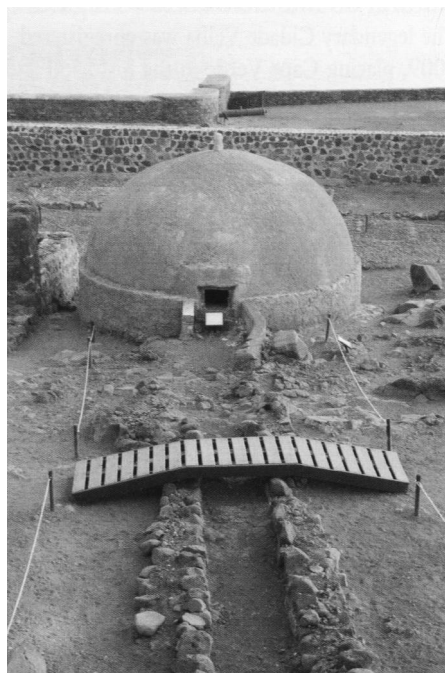



Figura 5 – A cisterna e suas dependências.
Fonte: Foto de José Silva Évora.

[3] Os planos de 1770 a 1778, encontram-se reproduzidos em Pereira (1988. Fts. 2 e 8); Correia e Silva (1998, p. 23), citados por Cáceres e Juan Ares (2000).

Duas portas dão acesso ao forte e a duas grandes guaritas: a principal, que dá acesso à cidade e a porta de serviço. No centro existe uma cisterna coberta por uma cúpula semiesférica de tijolo, como depósito de água, a fim de assegurar a autonomia da fortaleza no que se refere ao abastecimento de água. A chegada de água fazia-se pelo canal a céu aberto e escoava na cisterna pela abertura depois de passar por um depósito de decantação.

Figura 6 – Os Canhões.
Fonte: Foto de José Silva Évora.

À esquerda da cisterna fica o armazém de pólvora e munição e em frente a este e no mesmo alinhamento fica a residência do Governador, as casernas e a Capela de São Gonçalo. O armazém de pólvora, logo a frente da cisterna, permitia dotar a Fortaleza de meios para resistir a todo e qualquer eventual ataque.

As pesadas peças de artilharia dispostas ao longo das muralhas permitiam, por sua vez, deter o avanço de assaltantes, quer viessem por mar, quer por terra. A Norte e a Oeste, um muro de 480 palmos de altura, fecha a fortaleza. Apesar desta proteção, a Fortaleza foi tomada por assalto em 1712 por piratas franceses comandados por Jacques Cassard, os quais, posteriormente, saquearam toda a Cidade. Com os ataques e a queda do império negreiro, a população começou a fugir da Ribeira Grande rumo a vila da Praia de Santa Maria. Por fim, em dezembro de 1769, a sede de Governo foi transferida para a Praia, ditando o fim do primeiro núcleo populacional de Cabo Verde.

Como se sabe, as fortalezas da expansão portuguesa não foram apenas instrumentos de dissuasão e defesa, mas também locais de encontro entre culturas e povos diversos.

Neste sentido, em 1999, no âmbito das intervenções realizadas nos principais monumentos existentes na antiga Cidade da Ribeira Grande de Santiago, hoje, Cidade Velha, recorreu-se a escavações arqueológicas cujos objetivos primordiais foram essencialmente:

a) Procurar os alinhamentos dos muros dos lugares e perimetrais no intuito de se estabelecer a sua configuração original;

b) Obter uma sequência estratigráfica dos lugares escavados procurando a evolução dos mesmos;

c) Analisar os materiais obtidos relacionando-os com a funcionalidade dos recintos do Forte;

d) Avaliar a veracidade da documentação escrita sobre o Forte à luz dos restos arqueológicos.

Relativamente ao espólio arqueológico daí exumado, na altura conservado no Gabinete da Cidade Velha devidamente classificado, é de salientar a existência e uma grande quantidade de cerâmica, matéria-prima fundamental em arqueologia, que merece ser dada uma devida atenção para que dela se retire as lições que se impõem.

A classificação dos materiais viu-se dificultada pelo fato da maioria das peças serem em pequenos fragmentos de grande variedade de procedências. Foram exumados 26 fragmentos de porcelana chinesa do período Ming, que *"encaixam com a cronologia da Fortaleza. O estudo das suas formas indica que na sua maioria pertencem a tigelas, chávenas, ou pequenas peças de loiça de mesa, todos de pequena espessura (...)"* (CÁCERES e JUAN ARES, 2000, p. 149). Foram encontrados abundantes fragmentos de louça estanífera, nas suas múltiplas variantes, desde branco passando pelo azul e vermelho e azul sobre azul.

Tendo em conta que a arqueologia do Novo Mundo foi pioneira em denominar e descrever certos tipos de origem peninsular, os seus nomes correspondem aos lugares americanos onde foram documentados pela primeira vez. Assim,

> *Entre a cerâmica de origem Sevilhana documentadas encontram-se a Série azul e branco, Isabella polychrome, a Série azul de fundo liso com esponjado, Capara Blue, a série azul linear, Yayal Blue on White, a Série azul figurativo, Santo Domingo Blue on White, do século XVI prolongando-se ao longo do século XVII (CÁCERES e JUAN ARES, 2000, p. 151).*

Figura 7 – Artefatos arqueológicos encontrados na cidade fortificada da Ribeira Grande de Santiago.

A grande quantidade deste tipo de cerâmica mostra a importância de Sevilha como produtora de bens para o comércio Atlântico. Aliás, o que se pode dizer é que a enorme e variada coleção de cerâmicas oferecida pela escavação é testemunho não só de significativos aspectos da vida quotidiana daqueles que os produziram e/ou utilizaram, como também refletem a complexa trama comercial e cultural então operada no Atlântico e naturalmente no arquipélago de Cabo Verde. A par dessas, outras cerâmicas foram encontradas, nomeadamente as feitas à mão em torno lento, *"que embora se pareçam formalmente a modelos da Costa Africana, também poderiam ter sido produzidas na Ilha de Santiago, aspecto este de grande interesse, já que a ser assim estas seriam as mais antigas produções de cerâmicas autóctones de Cabo Verde."* (CÁCERES e JUAN ARES, 2000, p. 160)

Portanto, uma leitura atenta do espólio recolhido nesta Fortaleza, permite-nos tirar ilações relativamente as relações entre a Fortaleza e o exterior e às necessidades da vida quotidiana. A Fortaleza Real de S. Filipe, que constitui, ainda no presente, o mais emblemático monumento arquitetônico e artístico do Cabo Verde colonial encerra em si um manancial de informações sobre a arquitetura militar da Era Moderna e aos novos conceitos respeitantes aos critérios de defesa militar no período em apreço.

Referências bibliográficas.

AMARAL, Ilídio do. Cabo Verde: Introdução Geográfica, in: História Geral de Cabo Verde. Vol. I. Dir. Luís de Albuquerque e Maria Emília Madeira Santos. Lisboa/ Praia. CEHCA/ DGPC. 1991.

AMARO, Clementino. Escavações Arqueológicas no Arquipélago de Cabo Verde. **Oceanos, nº 5**, Comissão Nacional das Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, Lisboa, 1990.

BALENO, Ilídio. Cabo Verde e as Rotas Atlânticas. **La Bataille de Praya de 1781**. Ambasade de France, Praia, 2001.

BALENO, Ilídio. O Corso e a Pirataria em Cabo Verde – seus reflexos na vida local. **Actas do III Colóquio Internacional de História da Madeira**. Secretaria Regional do Turismo e Cultura. Centro de Estudos de História do Atlântico, Funchal, 1993.

BALENO, Ilídio. Povoamento e Formação da Sociedade. **História Geral de Cabo Verde, Vol. I.** (Coord. Luís de Albuquerque e Maria Emília Madeira Santos), IICT / DGPC, Lisboa / Praia, 1991.

BRITO, Raquel Soeiro de. **No Trilho dos Descobrimentos.** Estudos Geográficos. Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses. Lisboa, 1997.

CAMARGO, Paulo F. Bava de. Os canhões de Cananéia: Uma abordagem de arqueologia marítima das fortificações costeiras do centro-sul brasileiro construídas na transição da colônia para o império (1808-1856). LINO, Jaisson Teixeira e FUNARI, Pedro Paulo A. **Arqueologia da Guerra e do Conflito.** Erechim: Habilis Editora, 2013, pp. 77-96.

CÁCERES, Yasmina e JUAN ARES, Jorge de . **Restabelecimento do Passado: Investigações arqueológicas na Real Fortaleza de S. Filipe**

– **Cabo Verde, gente e paisagem.** Agência Espanhola de Coopéracion Internacional / Ministério da Cultura de Cabo Verde, 2000.

CASTRO, Adler Home Fonseca. Arqueologia: Procurando pela história militar do Brasil. **Revista DaCultura**, Ano VII, n. 12, 2007.

CORREIA e SILVA, António. A Influência do Atlântico na Formação de Portos em Cabo Verde. **Separata 228**, Centro de Estudos de História e de Cartografia Antiga, Instituto de Investigação Científica Tropical, Lisboa, 1990.

CORREIA e SILVA, António. **Espaços Urbanos de Cabo verde.** O Tempo das cidades. Porto/ Lisboa, CNCDP, 1998.

CRUXEN, Edison. A Arquitetura Militar Portuguesa no período de Expansão Ultramarina e suas origens medievais. **Revista Aedos**, v. 3, n. 9, 2011, pp. 113-129.

FUNARI, Pedro Paulo e PELEGRINI, Sandra C. A. **Patrimônio Histórico e Cultural**. Rio de Janeiro: Zahar, 2006.

LIZARDO, João. A identificação do Forte Português em Quíloa. **Revista Al-Madan** (Adenda eletrônica), IIª Série, n. 13, 2005, pp. 1-9.

MENDIRATTA, Sidh Daniel Losa. **Dispositivos do sistema defensivo da Província do Norte do Estado da Índia, 1521-1739.** Tese de doutorado em Arquitetura, Universidade de Coimbra, 2012.

OCEANOS. Fortalezas da Expansão Portuguesa. **Revista Oceanos**, n. 28. Outubro/ Dezembro. Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses. Lisboa, 1996.

OLIVEIRA, Nanci Vieira de e FERREIRA, Júlio César Valente. Poder e fortificações no litoral sul fluminense. LINO, Jaisson Teixeira e FUNARI, Pedro Paulo A. Arqueologia da Guerra e do Conflito. Erechim: Habilis Editora, 2013, pp. 63-76.

PAREDES, Fernando Villada; RUIZ, José M. Hita e PADILLA, José Suares. Vestígios arqueológicos del período portugués (1415-1668). Anais do Congresso Internacional de História Portugal e o Magrebe / Congrés International d´Histoire Portugal et le Magreb, Lisboa-Lagos, 2008.

PARELLADA, Claudia Inês. Arqueologia das fortificações no Paraná. LINO, Jaisson Teixeira e FUNARI, Pedro Paulo A. **Arqueologia da Guerra e do Conflito**. Erechim: Habilis Editora, 2013, pp. 97-128.

PEREIRA, Daniel. **Marcos cronológicos da Cidade Velha**. Praia. Instituto Cabo-verdiano do Livro, 1988.

PRATA, Maria Catharina Reis Queiroz. Fortificações: símbolos políticos de domínio territorial: o papel desempenhado pela Engenharia Militar na América Portuguesa. **Vértices**, v. 13, n. 2, 2011, pp. 127-145.

ROSSI, Luciene. **Um olhar sobre a cerâmica da Fortaleza de Nossa Senhora da Conceição**. Trabalho de Conclusão de Curso de História. Universidade Federal de Santa Catarina, 2008.

SOARES, Fernanda Codevilla. As fortificações catarinenses litorâneas na perspectiva arqueológica: levantamento das pesquisas realizadas. LINO, Jaisson Teixeira e FUNARI, Pedro Paulo A. **Arqueologia da Guerra e do Conflito**. Erechim: Habilis Editora, 2013, pp. 129-162.

TEIXEIRA, André; LOPES, Ana; CORREIA, Jorge e KARRA, Azzeddine. **As fortificações portuguesas de Azamor: contributo para a actualização do seu conhecimento**. Repositório Digital da Universidade do Minho, 2010. Disponível em http://repositorium.sdum.uminho.pt/handle/1822/25164

TORRÃO, Maria Manuel. Actividade Comercial Externa de Cabo Verde: Organização, Funcionamento, Evolução. História Geral de Cabo Verde. Vol. I. Coord. Maria Emília Madeira Santos / Alexandre de Albuquerque. IICT/ DGPC. Lisboa/ Praia, 1991.

ZARANKIN, Andrés. **Paredes que domesticam**: arqueologia da arquitetura escolar capitalista. Campinas: Unicamp, 2002.

Autores e autoras

Ângelo R. Biléssimo é graduado em História pela UDESC e mestre em História dos Descobrimentos e da Expansão pela Universidade de Lisboa – Portugal. Desde 2010 é historiador do MArquE/UFSC. Pesquisador do Luisa Mahin – Instituto de Estudos Culturais e pesquisador-associado do NEAB/UDESC, suas pesquisas concentram-se em Santa Catarina nos séculos XVIII e XIX, com especial ênfase na valorização da diversidade cultural catarinense.

Eliane Veras da Veiga é arquiteta e urbanista, mestra em História (UFSC). Professora da Unisul, especialista em Reabilitação de Conjuntos Urbanos, pela FAU/USP e em Arquivologia, pela UFSC. Técnica do Instituto de Planejamento Urbano de Florianópolis (IPUF), desde 1983. Trabalhou entre 1995 e 2014 com história oral e memória na Fundação Cultural de Florianópolis Franklin Cascaes. Publicou *Florianópolis: Memória Urbana* (2010, 3ª ed.); *Fortificações Catarinenses: introdução ao seu estudo* (1990, 2ª ed.); *Transporte Coletivo em Florianópolis – origens e destinos de uma cidade à beira-mar* (2004); *Anhatomirim: Fortalezas Multimídia – CDRom* (2000. co-autoria de pesquisa e textos); *O Voo da Pandorga Mágica* (2012 - literatura infantil), entre outros títulos.

Fabiana Comerlato possui graduação em História pela UFSC (1995), mestrado e doutorado em História, área de concentração Arqueologia, pela PUC-RS (1998 e 2005) e pós-doutorado em Ciências Sociais pela UFBA (2006). Já atuou profissionalmente em instituições culturais e de ensino, no Brasil e no exterior. Desde 2009, é professora do Centro de Artes, Humanidades e Letras da UFRB onde desenvolve suas atividades de pesquisa, ensino e extensão na área de conhecimento Museu e Arqueologia. É líder do grupo de pesquisas Recôncavo Arqueológico (www.ufrb.edu.br/reconcavoarqueologico).

Fernanda Codevilla Soares é graduada em História pela UFSM (2004), especialista em Processos Interdisciplinares em Arqueologia pela URI – Campus Erechim (2008), mestre em Integração Latino – Americana pela UFSM (2006) e doutora em Quaternário, Materiais e Cultura pela Universidade de Trás-os-Montes e Alto Douro – Portugal (2012), com reconhecimento de título expedido no exterior pelo programa de pós-graduação em Arqueologia do Museu Nacional da UFRJ (2013). Atualmente desenvolve estágio pós-doutoral no Laboratório de Estudos Antárticos em Ciências Humanas (LEACH) da UFMG. Foi bolsista UNESCO do setor de arqueologia do IPHAN/SC, através do Programa de Especialização em Patrimônio PEP/IPHAN/UNESCO (2006/2008). É pesquisadora colaboradora do LEIA/UFSC e do MARquE/UFSC.

Francesco Palermo Neto é bacharel em Arqueologia pela Universidade Estácio de Sá, com especializações na área. Vem desenvolvendo pesquisas em diversas regiões do Brasil, com foco nos estados de Santa Catarina, Goiás e Bahia. Tem atuado em projetos arqueológicos de grande impacto nacional como a Ferrovia Norte Sul, rodovias interestaduais e a investigação da Primeira Sé do Brasil, localizada em Salvador. Atualmente é pesquisador da Fundação Aroeira, onde tem coordenado diversos projetos executados por essa instituição.

Jaisson Teixeira Lino graduado em História pela UNESC, especialista em Arqueologia pela URI, mestre em História pela UFRGS e doutor em Quaternário, Materiais e Cultura pela Universidade de Trás-os-Montes e Alto-Douro (UTAD), de Portugal, com reconhecimento de título expedido no exterior pelo programa de pós-graduação em Arqueologia do Museu de Arqueologia e Etnologia da USP. É professor adjunto da UFFS, campus Chapecó-SC.

José Évora da Silva possui Licenciatura em História, variante Arqueologia, Faculdade de Ciências Histórica, Universidade de Varones, Rússia (1996) e Mestrado em Estudos Africanos, Faculdade de Letras, Universidade do Porto, Portugal (2008). Atualmente é professor de Patrimônio Arqueológico e Artístico na Universidade de Cabo Verde e pesquisador do Arquivo Histórico Nacional de Cabo Verde.

Juliana Brandão Moreira é aluna de mestrado no Programa de Pós-Graduação em Antropologia, com ênfase em Arqueologia, da UFMG. Graduada em Bacharelado e Licenciatura Plena em História, na UFPA. Ao longo de toda a graduação realizou trabalhos na área de Arqueologia, incluindo um ano como bolsista PIBIC/CNPq no Museu Paraense Emílio Goeldi.

Marcos Albuquerque é doutor em História com área de concentração em arqueologia, coordenador do Laboratório de Arqueologia da UFPE, realizou estágio no Instituto de Alta Cultura de Portugal (Cultura Castrense), tem especialização em Pré-história Americana na Escola de Altos Estudos, França; é membro da Academia de História Militar Terrestre do Brasil, é membro da Academia de História Militar do Paraguai, é membro da Academia de Artes, Letras e Ciências de Olinda, é pesquisador Associado do Centro de Pesquisa de História Militar do Exército, é membro do Icofort – Brasil – Unesco e autor de vários livros e artigos sobre fortificações.

Marcos Andre Torres de Souza é professor adjunto da UFMG, Departamento de Antropologia e Arqueologia. Possui graduação em Arqueologia pela Universidade Estácio de Sá, Rio de Janeiro, mestrado em História pela UFG, doutorado em Antropologia por Syracuse University, EUA, e pós-doutorado pelo Museu Nacional / UFRJ (CNPq). Tem dedicado suas pesquisas à investigação de sítios históricos e, em particular, à Diáspora Africana no Brasil.

Maria Madalena Velho do Amaral é Graduada em Ciências Sociais pela UFSC e Mestre em Arqueologia pela PUC/RS. Pesquisadora-colaboradora do Setor de Arqueologia do MArquE/UFSC. Consultora em Estudos de Impacto Ambiental (EIA) no que se refere à identificação e proteção do patrimônio histórico-arqueológico do Estado de Santa Catarina.

Maria Ximena Senatore é doutora pela Universidade de Valladolid, Espanha (2003). Atualmente é investigadora assistente do CONICET no Departamento de Investigaciones Prehistóricas y Arqueológicas do Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas. É professora adjunta de Departamento de Ciências Antropológicas, Faculdade de Filosofia y Letras, UBA. Dirige projetos de investigação em Arqueologia Histórica na colônia espanhola de Floridablanca, Patagonia, século XVIII e o projeto "Vida y Muerte en el Estrecho de Magallanes: Arqueología en la ciudad del Nombre de Jesús. É co-diretora do projeto "Arqueología Histórica Antártica" e membro integrante do Centro de Investigações Antárticas da Universidade de San Martín.

Roberto Tonera formou-se em Arquitetura e Urbanismo pela UFSC (1985), com especialização em Engenharia Civil (2002), sendo desde 1989 o arquiteto responsável técnico pelas fortalezas gerenciadas pela UFSC. Também atuou como chefe da Divisão Técnica do IPHAN/SC no período de 1992 a 1996. Criador e coordenador do Projeto Fortalezas Multimídia (1995), é

autor, entre outros trabalhos, do *CD-ROM Fortalezas Multimídia* (2001) e co-autor do livro *As defesas da Ilha de Santa Catarina e do Rio Grande de São Pedro em 1786* (2011). Atualmente é chefe da Divisão de Projetos da Coordenadoria do Projeto Fortalezas da Secretaria de Cultura da UFSC e coordena o projeto Banco de Dados Internacional sobre Fortificações: www.fortalezas.org.

Teresa Domitila Fossari é Graduada em História pela UFSC, Mestre em Arqueologia pela USP e Doutora em Geografia pela UFSC. Arqueóloga do MArquE/UFSC. Coordenadora das pesquisas Arqueológicas da UFSC desenvolvidas junto às fortalezas da Ilha de Santa Catarina e ilhas adjacentes.